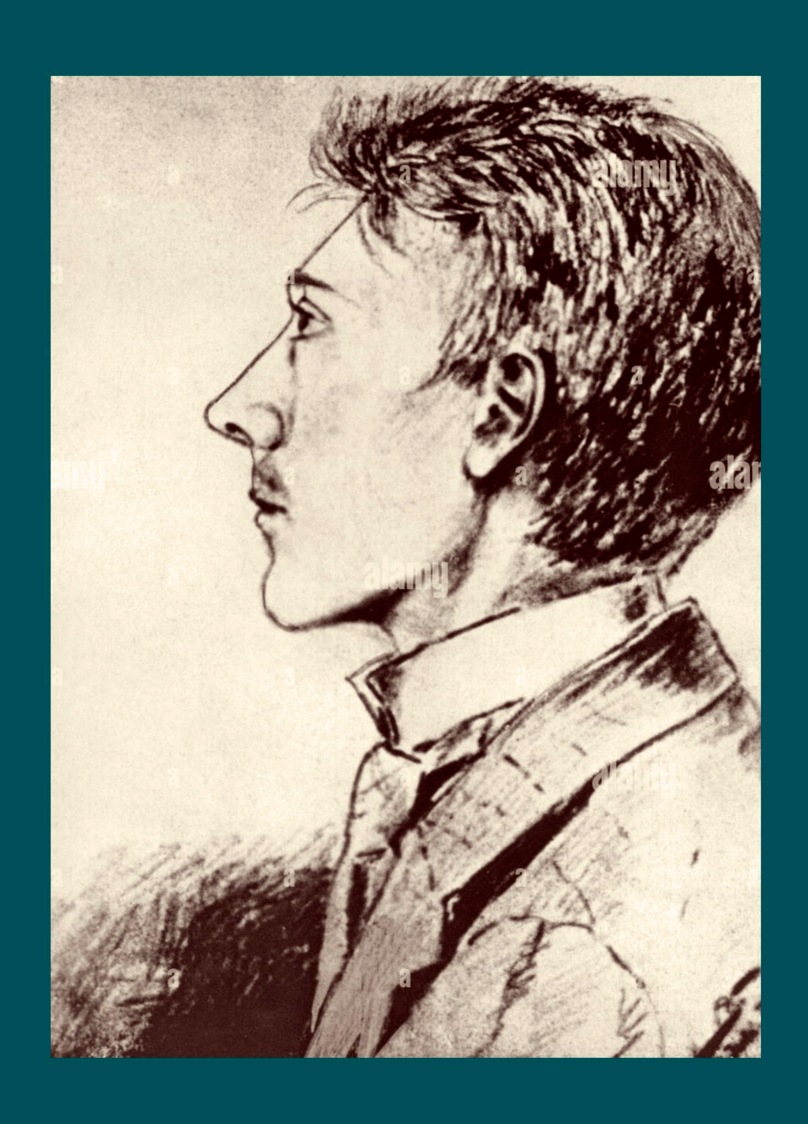
HITLER

MI AMIGO DE JUVENTUD



AUGUST KUBIZEK

enr

HITLER MI AMIGO DE JUVENTUD

Por

August Kubizek

INDICE

INTRODUCCIÓN

Después de la primera Guerra Mundial, y como consecuencia del tratado de paz que puso término a aquella, surgió, en Europa Central, un nuevo tipo de jefe político: el tribuno popular. Estos hombres, provenientes de los más diversos estratos sociales que convirtieron en su lema la frase del semidiós griego: "No lo has llevado a cabo todo por ti mismo, oh, ardiente y santo corazón!", llegaron a alcanzar las más altas cimas de la fama. El entusiasmo de las masas les rodea, y la propaganda las ensalza sin medida. Que Dios se apiade, empero, de aquellos que osan aventurarse en una guerra, y se permiten perderla de acuerdo con la moral de nuestro tiempo, esto significa ser condenado a muerte y ahorcado por un tribunal que pretende defender el derecho de gentes, pero que, en realidad, no hace sino defender el derecho de los vencedores. O, si quieren escapar a este destino, deben elegir la muerte por su propia mano. El fin de Hitler y Mussolini es característico. Estos dos estadistas iniciaron la era de los tribunos populares, que más tarde habría de encontrar su continuación, en un gran número de variaciones, en otros países y continentes.

Adolfo Hitler se derrumbó entre el fragor y las tempestades de un crepúsculo de los dioses. Cuando se hubo dado muerte de un disparo en el refugio de la destrozada Cancillería y la desgraciada segunda Guerra Mundial hubo terminado con la capitulación incondicional del Reich, su figura se convirtió, en un principio, en una caricatura histórica y humana. La "literatura confidencial" se apropió de ella. Desde los llamados "También historiadores" hasta los psiquíatras, todos intentaron hacer su agosto de esta figura en forma de obras bien remuneradas. Aquellos que afirman ante el pueblo: "no fue mía la culpa, sino suya", pertenecen también a ellos, lo mismo que los realmente maltratados, los que a duras penas pudieron salvarse, y que le odiaron ya desde un principio. Y, sin embargo, un retrato claro de la naturaleza y de la obra de Adolfo Hitler no podrá ser siquiera esbozado en tanto no se cree para ello una premisa fundamental: el total conocimiento de todas las relaciones en la gran política y en la vida de Hitler. Y aun cuando ésta exista, la figura del canciller alemán seguirá todavía confusa en la historia, pues, en este aspecto, ha de ser decisivo el punto de vista desde el que se considere. No hay que recordar sino la actitud de los historiadores europeos en relación con el emperador Federico II o Wallenstein, y, ante todo, con Napoleón, Metternich y Bismarck en las distintas épocas. Cabe alegrarse, ciertamente, de que la literatura "sensacionalista", y "confidencial", que se venga de la época nacionalsocialista vaya cediendo, cada vez más el lugar a la ciencia histórica. Se conocen ya serios y nobles intentos para aportar las primeras

piedras para un juicio objetivo de la época autoritaria de Alemania y de sus figuras responsables.

Esta obra pretende servir también al mismo propósito, ya que ofrece a los historiadores un importante material objetivo de la juventud de Hitler, para permitirles esbozar un estudio de conjunto sobre la naturaleza y la obra de este hombre.

Todos y cada uno pueden medir, en su propia existencia, cuan importante es la época de la juventud para el ulterior desarrollo del nombre. El carácter, la actitud en relación con lo que le rodea, con la época y sus ideas, con la política, el arte y las ciencias, en resumen, todo el concepto del mundo, se absorben y captan en esta época de la vida. Para Hitler es esto valido en una medida especial, dado que, por razón de sus especiales inclinaciones, apenas si se han modificado aquellas posteriormente.

Hay que hacer constar también en este lugar otra consideración: antes de que el último testigo de la juventud de Hitler deje para siempre la pluma de su mano, es preciso retener y conservar para la posteridad, sus conocimientos sobre el tribuno popular alemán. August Kubizek, en la actualidad jefe de negociado en el municipio de Eferdíng, a sus sesenta y cuatro años, es, sin duda, el más importante de ellos, ya que fue amigo de Adolfo Hitler. Y debemos destacar que no es un amigo más tal como se les encuentra en la vida de todo hombre joven, sino el único amigo en aquella época en que Hitler acababa de salir de la escuela real en Linz y trataba de encontrarse a sí mismo y a su porvenir. Lo mismo es válido, también, para los años de aprendizaje en Viena, hasta la repentina desaparición voluntaria de Hitler. Las declaraciones de Kubizek son, por tanto, de una importancia casi decisiva. Él es el único que esta en situación de ofrecernos el cuadro del joven Hitler de modo concurrente, ya que no existe ninguna fuente, mejor, ni podrá haberla, tampoco, en el futuro.

A ello se añade que el autor de este libro es músico por naturaleza e inclinación, al que tan sólo los avatares de la época arrojaron a la administración de una comunidad. La política no le interesaba entonces, ni sigue interesándole hoy día. Es por ello que sus manifestaciones se refieren solamente al aspecto humano y psicológico de Adolfo Hitler. Y también cuando se refiere a los proyectos y pensamientos del amigo de su infancia - que más tarde han de resurgir, en efecto, en el programa político de Hitler, con lo que pone de manifiesto de manera irrefutable, lo consecuente en la Naturaleza del dictador alemán, está muy por encima de la sospecha de servir a la especulación política. Es justamente esta falta de interés por la política la que concede a Kubizek la libertad interior para describir la vida de Hitler antes de su madurez, como hombre y amigo, y nada más que esto.

Cuando el 8 de abril de 1938 ve Hitler de nuevo a "su Gustl", en Linz, y le ofrece espontáneamente su ayuda para que pueda consagrarse a la música, rechaza Kubizek esta propuesta por modestia, pues se cuenta entre aquellos que no buscaron jamás ninguna ventaja o provecho de su amistad con Hitler. Cuando más tarde, siguiendo una invitación del canciller alemán, acude a Bayreuth, lo hace solamente como continuación de la amistad sellada en la entrada de paseo del Teatro Municipal de Linz, ascendido, ahora a la categoría de jefe del Estado. Las tentadoras ofertas de los editores para escribir sobre el canciller del Reich, hubo de rechazarlas Kubizek ya en aquel tiempo en que Hitler y Bormann no le habían recomendado aún la mayor reserva. Dado que algunos de sus recuerdos, de Hitler estaban en contradicción con las declaraciones de éste en su obra polémica Mi lucha, prefirió distanciarse de todo ello. Pero, cuando la estrella de su amigo empezó a declinar, el músico apolítico, que hasta entonces no había sido siquiera miembro del partido decidió ingresar en el NSDAP: no para ceder su voto al régimen, sino por pura fidelidad al amigo. En una actitud tan llena de carácter insobornable, no debe causar extrañeza el que el autor de esta obra se negara, también después de 1945, a publicar en la literatura "sensacionalista" los recuerdos de su juventud al lado de Hitler. Esperó hasta que se hubiera calmado el encrespado oleaje de la excitación política, hasta, que la edad le aconsejó aportar sus conocimientos sobre Hitler, hacia el que sigue reconociéndose como amigo de la infancia, por encima de toda política, para contribuir a una biografía histórica objetiva y carente de todo apasionamiento. Esto deben agradecérselo todos los círculos interesados - tanto los antiguos enemigos como los partidarios del nacionalsocialismo-, pues, gracias a ello, podrá salir a la luz la figura del joven Hitler, yacente hasta ahora, en la obscuridad.

La Editorial Leopold Stocker, a cuyos ruegos se escribió la presente obra, agradece desde aquí particularmente al autor, pues sabe cuán falsamente interpretada puede ser tal obra. El hecho de que el autor haya aceptado llevar a cabo esta penosa tarea, en beneficio de la ciencia histórica y de la verdad es digno del mayor reconocimiento. El propósito de la editorial coincide con el de August Kubizek en todos sus aspectos. No aspira más que a una cosa: ¡prestar un servicio a la verdad!

Leopold Stocker

DECISIÓN Y JUSTIFICACIÓN

La decisión de recopilar mis recuerdos de infancia al lado de Adolfo Hitler, me ha sido difícil; son grandes, pues, las probabilidades de no ser comprendido. Sin embargo, los dieciséis meses de cautiverio americano a que tuve que someterme en el año 1945, a mis cincuenta y siete años, han quebrantado mi salud de por sí ya no muy fuerte; y es por ello que quiero aprovechar los años que me han sido todavía concedidos.

En los años de 1904 a 1908 viví yo al lado de Adolfo Hitler como el único de sus amigos, primero en Linz, y después en Viena, donde compartíamos la misma habitación. Aun cuando se trata de aquellos años de evolución y desarrollo, en los que va marcándose lentamente el sello de la personalidad de un hombre, poco es lo que se conoce de tan importante capítulo en la vida de Adolfo Hitler, y este poco no es, además, siempre verdad. Al referirse a este período, el mismo Hitler se ha limitado siempre a algunas observaciones bastante fugaces. Es por ello que opino que estas páginas pueden contribuir a aclarar el cuadro que al presente se ha hecho de Adolfo Hitler, sea cual sea el punto de vista desde el que se examine. El supremo principio que me guía, es: redactar estos recuerdos de infancia sin añadir, pero tampoco silenciar nada. No quiero decir más que lo que fue.

Por todo ello no me gustaría que esta obra fuera incluida entre la habitual literatura sensacionalista en torno a Hitler. He demorado la publicación de esta obra hasta ver disminuido el interés despertado por esta clase de literatura, y cuando cabe esperar que habrá de ser tomada en serio por los hombres conscientes y de pensar objetivo, al publicarse un libro sobre Adolfo Hitler. Sería falso querer añadir a estos recuerdos y vivencias comunes de juventud, pensamientos y opiniones propios de los capítulos posteriores de la vida de Hitler.

He procurado celosamente mantenerme alejado de estos peligros, y consignar mis recuerdos de aquellos tiempos de la misma manera como si Adolfo Hitler, con el que tuve una amistad tan íntima, hubiera seguido siendo durante toda su vida un desconocido o hubiera caído en la Primera Guerra Mundial.

Comprendo perfectamente las enormes dificultades que se oponen a mi propósito de recordar y escribir sucesos y acontecimientos que se remontan a más de cuarenta años. Sin embargo, mi amistad con Adolfo Hitler llevó marcada, ya desde un principio, la importancia de lo extraordinario, de forma que los detalles han quedado más firmemente grabados en mi recuerdo de lo que es usual en las relaciones más indiferentes. Por otra

parte, me sentía también obligado al mayor agradecimiento hacia Adolfo Hitler, por haber sido él quien pudo persuadir a mi padre de que mis inclinaciones y aptitudes musicales no me llamaban al taller, sino al Conservatorio. Esto cambio, decisivo para el ulterior curso de mi vida, y que el joven Hitler, que entonces contaba sólo dieciocho años, consiguió imponer a pesar de las resistencias que me rodeaban, dio a mis ojos un superior realce a nuestra amistad. Es por ello, también, que su recuerdo ha quedado tan firmemente grabado en mi mente. Debo añadir, además, que yo, a Dios gracias, gozo de una excelente memoria, que, de todas formas, es eminentemente acústica. Para la redacción de esta obra han sido para mí una gran ayuda las cartas, tarjetas y dibujos recibidos de mi amigo, y, de otra parte, las anotaciones tomadas por mí mismo hace ya mucho tiempo. Si nuestro pueblo quiere recuperar algún día la confianza en sí mismo, tan quebrantada en estos últimos tiempos, debe procurar superar este difícil y penoso capitulo de su historia, es decir sin ningún impulso desde el exterior. Esto no puede conseguirse, es cierto, por falsas "revelaciones" o juicios unilaterales, sino por la representación objetiva, justa y, en consecuencia, realmente convincente de los acontecimientos históricos. Y confío poder contribuir a ello en el modesto marco de esta obra.

Eferding, agosto de 1953.

AMIGOS DE JUVENTUD EN LINZ

PRIMER ENCUENTRO

Yo nací en Linz el 3 de Agosto de 1888. Mi padre era de oficio tapicero, y mi abuelo carpintero. Mi abuela procedía del campo, y pertenecía a los Gillhofer de Peuerbach. Mi madre era hija de un herrero, emigrado a la ciudad en los años en que se trazó la línea de ferrocarril tirado por caballos Linz - Budweis. Estaba casado con una campesina de Rosenberg. A su través entraron a formar parte de nuestra familia gentes de la patria de Adalbert Stifter. Mi padre tenía muchos de los rasgos propios de los moradores de los bosques de Bohemia.

Antes de contraer matrimonio, mi padre trabajaba como oficial tapicero en la fábrica de muebles de Linz, Müller und Sohn, en la Bethelemstraße. Al mediodía solía comer en un pequeño figón en la Bischofsstraße, que existe todavía en la actualidad. Aquí conoció a mi madre, que trabajaba de camarera en este local, en el que no era obligatorio la consumición de bebidas. Los dos se agradaron mutuamente, y en Julio de 1887 contrajeron matrimonio.

En un principio, la joven pareja se instaló en casa de los padres de mi madre, en la Hafnerstraße 35. El jornal de mi padre era escaso, y mucho y fatigoso el trabajo. Mi madre se encontraba encinta, y había abandonado su trabajo. Es por ello que yo nací en tristes circunstancias. Un año más tarde nació mi hermana Maria, que murió todavía en la primera niñez. Al año siguiente vino Theresia al mundo. Ésta murió a la edad de cuatro años. Mi tercera hermana, Carolina, enfermó gravemente, vivió delicada algún tiempo y murió cuando contaba ocho años de edad. No es para describir el dolor de mi madre. Durante toda su vida sufrió bajo el temor de perderme también a mí. De sus cuatro hijos, yo era el único con vida. Así, todo el amor de mi madre se consagró hacia mí.

Hay aquí un notable paralelo en nuestros destinos. También la madre de Hitler había perdido a tres de sus hijos: Gustav, Ida y Otto. Durante mucho tiempo fue también Adolf el único hijo que seguía con vida. Edmund, nacido cinco años después de Adolf, murió a la edad de seis años. La única superviviente era Paula, la hermana de Adolf, siete años más joven. Mucho había de común en la naturaleza y modo de ser de las dos madres. Y también Adolf y yo, aun cuando en nuestra juvenil exuberancia no hacíamos ninguna especial mención de la muerte de nuestros hermanos, nos sentíamos, en cierto modo, señalados por el destino; por decirlo así,

como los supervivientes de un linaje muy amenazado, a los que competían, en consecuencia, una especial responsabilidad. El hecho de que Adolf me llamara a mí, a veces, Gustav en lugar de August, con toda seguridad de manera inconsciente -también en una tarjeta a mí dirigida puede leerse este nombre en la dirección-, nombre llevado por su primer hermano muerto, guarda, quizá, una relación con la usual forma familiar de Gustl, pero es posible también que quisiera dar con ello una alegría a su madre, al transmitirme este nombre a mí, acogido como un hijo en la familia Hitler. No puedo acordarme con más detalle sobre esta particularidad. Entre tanto, mi padre se había hecho independiente abriendo un taller de tapicería en el número 9 de la Klammstraße. La vieja casona, fea y pesada, que ha resistido sin la menor transformación el paso de los años, se convirtió desde entonces en el escenario de mi niñez y mi juventud. Quiero describir con todo detalle los sucesos y vivencias de aquella época, aun cuando carezcan en el fondo de toda trascendencia, para conjurar la atmósfera en que se desarrolló mi amistad con Adolf Hitler. La estrecha y umbría calle, en la que durante un tiempo vivió también el poeta Adam Müller-Guttenbrunn, aparecía miserable al lado de la amplia y luminosa avenida, adornada con superficies de césped y árboles, que formaban su prolongación.

No cabe duda de que las insanas condiciones de la vivienda tenían su parte de culpa en la temprana muerte de mis hermanas. Todo esto cambió en la nueva casa. El taller estaba situado en la planta baja, y la vivienda en el primer piso, formado por dos habitaciones y una cocina. A pesar de ello, mi padre apenas si podía verse libre de sus dificultades pecuniarias. El negocio iba mal. Más de una vez estuvo a punto de cerrar el taller y entrar de nuevo, como obrero, en la fábrica de muebles. Sin embargo, en el último instante podía siempre hacer frente a todas las dificultades. Llegó el tiempo de ingresar en la escuela, un acontecimiento bastante desagradable para mí. Mi buena madre lloraba por las malas notas que yo llevaba a casa. Su dolor era lo único que podía incitarme a un mayor celo en mis estudios. En tanto que mi padre daba por supuesto que yo ocuparía algún día su sitio -¡por qué, sino, se atormentaba él desde que amanecía hasta la noche!- mi madre, a pesar de mis malas calificaciones, quería que yo siguiera estudiando. Primeramente debía seguir cuatro años en el instituto, y luego, en todo caso, ingresar en la escuela de aprendices. Sin embargo, yo no quería saber nada de ello. Me consideré feliz cuando mi padre, al cumplir yo los diez años, me mandó a la escuela secundaria municipal. En opinión de mi padre, con ello quedaba decidido de una vez mi ulterior destino.

Sin embargo, hacía ya tiempo que otra afición se había ido infiltrando en mi vida, y a la que me entregué con todo mi corazón: la música. Este amor

encontró su expresión visible cuando, contando yo nueve años, recibí como regalo un violín en las Navidades de 1897. Puedo acordarme todavía con toda exactitud de los detalles de esta fiesta, y cuando hoy día rememoro de nuevo mis tiempos idos, mi vida consciente empieza, por así decirlo, con este acontecimiento. El hijo mayor de nuestro vecino era aspirante al magisterio, y me dio lecciones de violín. Yo aprendía bien y con rapidez. ¡Qué alegres perspectivas no se abrieron entonces ante mí! Cuando mi primer profesor de violín se hubo graduado, y fue destinado a un lugar en el campo, ingresé como alumno elemental en el Conservatorio municipal de Linz, pero el sistema de enseñanza en este centro no acababa de satisfacerme, quizá porque yo estaba ya mucho más adelantado que los demás alumnos. Después de las vacaciones tomé de nuevo clases particulares con un antiguo cabo de la banda de música de su Alteza imperial, que desde el primer momento me hizo comprender que yo ignoraba aún todo, y que me enseñó los principios fundamentales del violín a la "manera militar". El aprendizaje al lado del viejo Kopetzky eran unas verdaderas maniobras militares. Cuando yo me cansaba del rudo tono militar, me consolaba y me prometía que si seguía progresando así sería aceptado, sin duda, como alumno en la banda del regimiento de su majestad, lo que, a su modo de ver, significaba la cima de todos los honores musicales.

Después de terminados mis estudios con Kopetzky, ingresé en el grado medio del Conservatorio, y encontré un maestro tan hábil en su disciplina como en la pedagogía, el sensible profesor Heinrich Dessauer. Como asignaturas complementarias estudiaba yo la trompeta y el trombón, así como teoría musical en general y colaboraba ya en la orquesta formada por los propios alumnos.

Yo gozaba a veces, secretamente, con la idea de hacer de la música la carrera de mi vida. No a la manera del cabo Kopetzky, sino que soñaba en alcanzar un bello destino como mi estimado profesor Dessauer. Sin embargo, la realidad vino a cortar de un golpe todos mis sueños. Apenas hube completado mis estudios en la escuela municipal tuve que entrar como aprendiz en el taller de mi padre. Ya anteriormente, cuando escaseaba la mano de obra, había tenido que ayudar yo en el taller, por lo que tardé en desenvolverme perfectamente en el trabajo. Renovar las viejas tapicerías es un trabajo odioso. Es preciso desmontar toda la pieza hasta sus fondos, separar las bandas con los remaches, y sacar todo el material de relleno. ¡Muchas veces estaban rotos también los muelles, incluso enmohecidos! Armado de la abridora, un tambor de hierro provisto de un cilindro estriado, que yo hacía girar rápidamente por medio de una manivela, debía ocuparme yo del relleno mediante crin, estopa u otro

material por el estilo. Todo esto tenía lugar en medio de nubes de polvo, en los que el aprendiz a veces ni podía distinguirse. ¡Qué colchones tan viejos no se llevaban a veces a nuestro taller! En ellos hubiera podido registrarse todas las enfermedades pasadas, o no pasadas, en los lechos. No es de extrañar, pues, que los tapiceros no lleguen alcanzar una edad avanzada. Sin embargo, no tardé en conocer también el lado bueno del oficio de tapicero: un sentido por el arte y un buen gusto personal juegan aquí un papel decisivo, y no queda ya lejos el paso hacia el arte de la decoración interior. Visitaba casas distinguidas, veía muchas cosas, oía también muchas, y, por encima de todo: en invierno apenas si había aquí nada que hacer. Y, naturalmente, este tiempo pertenecía por entero a la música. Una vez hube pasado con éxito el examen de oficial ante la comisión designada al efecto por las comunidades gremiales, mi padre quiso que entrara yo a trabajar en algún otro taller. Comprendía yo perfectamente la decisión de mi padre, pero no me interesaban las exigencias del oficio elegido, sino, únicamente, los ulteriores progresos de mi educación musical. Así, pues, permanecí como oficial en el taller de mi padre, porque en él podía disponer con mucha más libertad de mi tiempo que no bajo un maestro extraño.

“Violinistas los hay, por lo general, demasiados, pero violas... ¡éstos son los que hacen falta!” Aun hoy debo agradecer al profesor Dassauer que sobre la base de esta experiencia hiciera de mí un aplicado viola. La vida musical en la ciudad de Linz estaba en aquel entonces a un elevado nivel. August Göllerich era el director de la Sociedad Musical de Linz. Como discípulo de Liszt y colaborador de Richard Wagner en los Festivales de Bayreuth, Göllerich era el hombre adecuado para dirigir las actividades musicales de Linz, entonces tan a menudo humillada como “ciudad de aldeanos”, y que era mirada por encima del hombro, con desdén, por la deslumbrante metrópolis vienesa. Esta Asociación Musical celebraba cada año tres conciertos sinfónicos, así como un concierto extraordinario, en el que intervenía casi siempre un gran coro con acompañamiento de orquesta. Mi madre, aunque procedía de una sencilla familia de artesanos, tenía una extraordinaria sensibilidad musical, y apenas si dejaba de asistir a ninguna de estas representaciones. Ya de pequeño solían llevarme mis padres con ellos a la sala de conciertos. Mi madre me explicaba los pasajes más difíciles, y como ya en aquel entonces dominaba yo superficialmente varios instrumentos musicales, mi interés en estas reuniones era cada vez mayor. Mi máxima aspiración era poder algún día formar parte de la orquesta de la asociación musical, ya como viola o como trompeta.

Sin embargo, esto había de hacerse esperar todavía bastante tiempo. Por el momento, era cuestión de destripar polvorientos colchones y tapizar las

paredes de las habitaciones. En aquellos años, las usuales enfermedades de los tapiceros empezaron a ponerse de manifiesto en mi padre. Cuando un tenaz catarro de los lóbulos pulmonares lo retuvo por fin medio año en cama, me vi obligado a atender yo solo el taller. Con ello, mi joven vida discurría entre dos claros contrastes. El trabajo, al que pertenecían mis fuerzas (y también, ciertamente, mis pulmones), y la música, de la que pendían todos mis afectos. No hubiera podido yo jamás creer que pudiera existir entre ambos la menor relación. Y, sin embargo, así era. Intervino el destino, y me aferró por los cabellos.

Entre los clientes del taller de mi padre se contaba también la cercana administración de la ciudad, de la que dependía el teatro. Un buen día trajeron a nuestro taller las tapicerías de un decorado rococó para su reparación. Los ángulos de los almohadones estaban rozados por el uso, y el tapizado estaba en parte desgarrado. El tapizado de los asientos y los respaldos debían encajarse sobre un marco de madera. La nueva tapicería fue encargada en los colores azul y blanco. Una vez hubieron sido restauradas las tapicerías, mi padre me mandó una mañana con ellas al teatro, que no estaba muy lejos de nuestra casa. El maestro encargado de los accesorios me hizo subir al escenario, para que yo adaptara las tapicerías en su marco de madera, que estaban pintados de blanco y tenían tallas doradas. En el escenario se celebraba justamente en aquel momento un ensayo. No recuerdo ya, de qué obra se trataba, pero sí sé que era una ópera. Sin embargo, puedo sentir todavía, como si fuera hoy, la sensación que experimenté al encontrarme, al lado de los artistas y cantantes, en el escenario. Me sentí transformado, como si en este instante me hubiera descubierto a mí mismo por primera vez. Ante mí estaba, vestido de manera deslumbrante, un hombre. Se me apareció como un hombre procedente de otro mundo. Cantaba de manera tan maravillosa, que no pude siquiera imaginarme que éste pudiera hablar como un hombre vulgar. La orquesta contestaba a su poderosa voz... Yo entendía algo de todo ello, pero en esta hora me pareció insignificante todo lo que su música había significado hasta entonces para mí. Tan sólo en su relación con el escenario se levantaba la música hasta un plano más elevado, más digno, el mayor que uno pueda imaginarse. Sin embargo, allí estaba yo, un simple aprendiz de tapicería, ante los sillones rococó, tratando de encajar las tapicerías en sus marcos de madera. ¡Qué mísera ocupación, qué triste existencia! Teatro... este era el mundo que yo andaba buscando. El juego y la realidad se mezclaban en sus excitados sentidos. El torpe aprendiz -como una figura cómica de una obra de Nestroy- con los pelos alborotados, inquieta la mirada, con su mandil y las mangas arremangadas, en pie frente a los bastidores, manipulando entre los almohadones y los sillones, como si debiera pregonar con ello el derecho a permanecer allí; ¿era, en verdad, tan

sólo un triste aprendiz de tapicero? Un chiquillo pobre, despreciado, lanzado siempre de uno a otro lado, al que la “distinguida dama” cuyo tocador tapiza no trata de manera muy distinta que a la misma escalera de mano: se la pone aquí, se la pone allí, donde se la necesite, y cuando no se la necesita más, se la coloca de nuevo en un rincón. Hubiera sido preciso que este aprendiz de tapicero, con sus herramientas todavía en la mano, se hubiera adelantado en este instante hacia las candilejas, animado por el director de la orquesta con un disimulado guiño, para cantar su parte, tan sólo para demostrar a los oyentes en el patio de butacas (que no existían siquiera) -¿qué es lo que significa “oyente”?-, y al mundo sorprendido, que, en verdad, era alguien muy distinto a aquel pálido y larguirucho aprendiz del taller de tapicería de la Klammgasse, que, en realidad, su sitio estaba en el teatro, en la escena...

Desde aquella hora me entregué al teatro, y lo he seguido hasta hoy. Mientras encolaba la pared de la casa de un cliente, para pegar luego la maculatura preparada con una cola especial, soñaba yo brillantes éxitos en el teatro, en el atril, al frente de la orquesta. Estos sueños no hacían ningún bien a mi trabajo, y no tenía nada de extraño que las franjas de papel encolado quedaran a veces un poco desplazadas. Sin embargo, al volver de nuevo al taller, una nueva recaída en la enfermedad de mi padre me hizo comprender rápidamente cuál era la responsabilidad que sobre mí pesaba. Así iba oscilando mi vida, entre el sueño y la realidad. En mi casa nadie sospechaba cuál era mi intención; pues antes que decir siquiera una palabra sobre mis ocultos deseos, hubiera preferido morderme la lengua. También a mi madre le ocultaba mis secretos planes. A pesar de ello, es posible que ella adivinara lo que en silencio me torturaba. Pero, ¿podía yo acaso aumentar aún más sus preocupaciones con las mías? Así, pues, no había nadie a quien yo pudiera confiarme. Me sentía muy abandonado, rechazado por el mundo, y estaba tan solo, como sólo puede estarlo una persona joven a la que se ha revelado por vez primera la belleza y los peligros de la vida. El teatro me infundía nuevos ánimos. No me dejaba escapar ninguna ópera, y por muy cansado que estuviera del trabajo, nada podía retraerme de ir al teatro. Naturalmente, con los míseros ingresos que recibía de mi padre como oficial no podía aspirar más que a una localidad de general. Es por ello que solía colocarme siempre en la llamada localidad de paseo, desde donde se podía divisar mejor el escenario. Además, pude constatar que en ninguna otra parte era tan buena y completa la acústica como en ese lugar. Encima, en el centro de los palcos, se encontraba el palco real, sostenido desde abajo por dos columnas de madera. Estas columnas ejercían una especial fuerza de atracción sobre el público de las localidades de paseo, por ser las únicas que ofrecían la posibilidad de apoyarse, sin tener que renunciar, por ello, a una parte del espectáculo; pues, si se apoyaba uno en

la pared posterior, las columnas se interponían en su campo visual. ¡Cuán contento me sentía yo, si, después de pasar todo el día trabajando encaramado en lo alto de la escalera, podía recostar por la noche mi espalda en la lisa columna! Es cierto que para ello era preciso acudir muy temprano al teatro, si no quería desaprovechar esta oportunidad.

Muchas veces son justamente los detalles sin importancia los que se graban con más fuerza en la memoria. Puedo verme todavía, con toda exactitud, en la imaginación precipitarme a mi localidad, ante las columnas, reflexionando si debía elegir la de la derecha o la de la izquierda. Muchas veces, sin embargo, estaba ya ocupada una de las dos columnas, la de la derecha; así, pues, había alguien más interesado todavía que yo. Medio molesto, medio asombrado, contemplé a mi competidor. Era un joven curiosamente pálido, delgado, de la misma edad aproximadamente que yo, que seguía con ojos resplandecientes la representación. No cabía duda de que era de una casa acomodada, pues iba siempre pulcramente vestido y se mostraba sumamente reservado.

Tomamos nota de nuestra mutua presencia sin pronunciar una sola palabra. Pero, en una de las siguientes representaciones -no recuerdo si era “El Cazador Furtivo”, “El Sueño de una Noche de Verano” o “Evangelimann”, por aquel entonces representada con mucha frecuencia- entramos en conversación durante uno de los entreactos, pues al parecer ninguno de los dos estábamos satisfechos con el artista que incorporaba uno de los principales papeles en la representación. Comentamos esta impresión, y nos satisfizo esta unanimidad en el juicio desfavorable. Me sentí asombrado por la rápida y segura comprensión de mi interlocutor. No cabía la menor duda de que me era superior en este aspecto. Por el contrario, él reconocía mi superioridad cuando la conversación se refería a temas puramente musicales. No me es posible fijar con exactitud el día en que tuvo lugar esta primera conversación. De todas formas, era en los días alrededor de la festividad de Todos los Santos en el año 1904.

Las cosas siguieron así durante algún tiempo. El otro joven no había hablado hasta entonces una sola palabra acerca de sí mismo. Así, pues, yo tampoco creí necesario referirle algo de mi vida. Por el contrario, los dos sentimos el mismo intenso interés por las representaciones a las que asistíamos regularmente, y adivinábamos que en cada uno de nosotros palpitaba el mismo entusiasmo por el teatro.

Un día, le acompañé a su casa después de la representación. Así pude averiguar que vivía en el número 31 de la Humboldtstraße. Cuando nos despedimos, me dijo su nombre: Adolf Hitler.

EXTRAÑA AMISTAD

A partir de aquel día nos encontramos a cada representación de ópera, nos citábamos luego a la salida del teatro, y dábamos largos paseos a pie, uno al lado del otro, por la Landstrasse. Linz, que en este último decenio se ha convertido en una moderna ciudad industrial, y que alberga a gentes de todas las regiones de la amplia comarca del Danubio, era entonces una ciudad de fuerte carácter campesino. En sus arrabales se veían todavía las sólidas granjas cuadrangulares de los aldeanos, al modo de viejas fortalezas, y en medio de los bloques de casas de viviendas se extendían las praderas, en las que pacía plácidamente el ganado. En las tabernas, la gente bebía el mosto habitual en el país. Por todas partes se oía el amplio y cómodo dialecto del país. En la ciudad se conocían solamente los carruajes tirados por caballos, y los cocheros eran quienes más celosamente procuraban que Linz no se distanciara del "campo". La burguesía, aun cuando en su gran mayoría procedía del campo, y estaba unida también por lazos familiares con la población campesina, procuraba distanciarse tanto más de las capas aldeanas, cuanto más afines eran todavía a ellas. Casi todas las familias más destacadas de la ciudad se conocían entre sí. El mundo del comercio, los funcionarios y los oficiales de la guarnición eran los que daban el tono y prestancia a la sociedad. Quien se tenia a si mismo en alta estima, se encontraba por las noches en el paseo cotidiano por la calle principal de la ciudad, que lleva desde la estación al puente que cruza el Danubio, y que se llama, de manera significativa la Landstrasse». Dado que Linz no poseía en aquel entonces universidad, los jóvenes de todas las capas y estados sociales procuraban imitar lo mejor posible las costumbres de los estudiantes. El tráfico social en esta calle no quedaba muy atrás de la vida nocturna en la Ringstrasse vienesa. Por lo menos, así lo estimaban los habitantes de Linz.

Hitler no parecía tener mucha paciencia; pues, si en alguna ocasión dejaba yo de acudir puntualmente a la cita convenida, acudía él al instante al taller en mi busca, y ello, tanto si yo estaba justamente ocupado reparando un viejo sofá de hule negro, o una silla de orejas barroca, o cualquier otro objeto. Consideraba mi trabajo simplemente como una molesta interrupción de nuestras personales relaciones y blandía impaciente el negro bastoncillo de paseo que llevaba siempre consigo. Yo me admiraba que tuviera siempre tanto tiempo libre, y en cierta ocasión le pregunté si no trabajaba también.

-De ninguna manera! - fue la abrupta respuesta.

A estas palabras, que me parecieron muy fuera de lugar, añadió Hitler una

larga explicación. De acuerdo con su forma de pensar, no consideraba necesario perder el tiempo en un trabajo determinado, un «oficio para ganar el pan», según su propia expresión.

Hasta entonces no había oído yo de nadie palabras semejantes. Estaban en contraste con todo lo que hasta aquel momento había sido fundamental en mi existencia. En un principio acogí sus palabras simplemente como una juvenil baladronada, aun cuando Adolfo Hitler no tenia, es cierto, el menor aspecto de vanidoso, ni por su presencia ni por su manera de hablar. De todas formas, no pude por menos de sentirme asombrado por sus propósitos, pero no seguí preguntando. Por ahora ya había sacado bastante de él. Era preferible hablar de "Lohengrin", la ópera que más nos entusiasmaba, que no de asuntos particulares. "Tal vez sea hijo de padre ricos", pensaba yo, «o tal vez haya recibido una gran herencia y puede permitirse vivir sin su oficio para ganarse el pan»; estas palabras tenían en sus labios un tono francamente despectivo. No le tenía, en modo alguno por un ocioso, pues nada en él mostraba el aire superficial e irreflexivo del vago. Cuando cruzábamos por delante del Café Baumgartner, el actual Café Schönberger, se acaloraba siempre al contemplar a los jóvenes sentados allí detrás de los ventanales junto a las mesitas de mármol, como en un gran escaparate, mientras consumían su tiempo en interminables conversaciones, sin que, al parecer, se diera cuenta del contraste de sus palabras con su propia norma de vida. Es posible que algunos de los que "estaban sentados en el escaparate" tuvieran ya una firme posición y unos ingresos garantizados, cosa que en él era todavía incierta. ¿Era tal vez Hitler un estudiante? Esta había sido mi primera impresión. También el negro bastoncillo de ébano con el gracioso zapatito de marfil como puño era un accesorio típicamente estudiantil. De todas formas, no dejaba de sorprenderme que hubiera elegido para amigo a un simple aprendiz de tapicero, siempre temeroso de que durante sus paseos pudiera percibirse todavía el olor de la cola con la que trabajaba durante el día: Si Hitler era un estudiante, debía ir a alguna clase. De manera imprevista llevé yo la conversación hacia la escuela.

-¿Escuela?

Fue el primer acceso de cólera que tuve ocasión de observar en él. No quería tener absolutamente nada que ver con la escuela. La escuela no le importaba en modo alguno. Odiaba a los profesores, a los que no saludaba, y también odiaba a los compañeros le colegio, que en éste eran educados solamente a la ociosidad. Le conté cuán poco éxito había yo tenido en el colegio. Por qué poco éxito?, quiso saber.

No parecía complacerle lo más mínimo que yo hubiera obtenido tan poco provecho del colegio, al que él declaraba odiar de esta manera. No pude descubrir el motivo de esta contradicción. Sin embargo, de la ulterior conversación pude deducir que hasta no hacia mucho había asistido él también a un colegio, probablemente a una escuela superior, el instituto o quizá la escuela real, y que estos estudios habían terminado, probablemente, con una catástrofe. De lo contrario, no podía explicarse esta radical oposición. Por lo demás, de continuo descubría yo en él nuevos contrastes y enigmas. Muchas veces llegó a parecerme su carácter misterioso. En cierta ocasión, mientras paseábamos por el Freinberg, se detuvo Hitler de repente, sacó del bolsillo un librito negro ó ¡me parece verlo todavía ante mí y podría describir todos los detalles! y me leyó una poesía escrita por él mismo. No puedo recordar ya el contenido de esta poesía, mejor dicho, no puedo distinguirlo de las otras poesías que Adolfo me leyó posteriormente. Sin embargo, recuerdo exactamente la enorme impresión que me produjo el hecho de que mi amigo compusiera poesías, y que llevara sus poesías consigo con la misma naturalidad como yo solía llevar las herramientas propias de mi oficio. Cuando más tarde Hitler me enseñó también sus dibujos, planos esbozados por él mismo, proyectos confusos, difíciles de descifrar, que tardé bastante tiempo en poder entender, cuando me explicó que tenía otros muchos mejores todavía guardados en su habitación, y que estaba decidido a dedicar su vida por entero al arte, empecé a comprender, lentamente, lo que le sucedía a mi amigo. Pertenecía a aquel particular linaje humano del que también yo soñaba en mis instantes de audacia; un artista, que despreciaba el vulgar «oficio para ganar el pan», y se ocupaba solamente de componer poesías, dibujar y pintar, y asistir a las representaciones teatrales. Esto me impuso de manera enorme. Sentí un escalofrío ante lo que veía ante mí. Mis ideas acerca de lo que significaba un artista eran en aquel entonces aún bastante vagas; es probable que Hitler se representara también aún muy incierto bajo este nombre. Sin embargo, tanto más atractivo se me aparecía a mí todo ello.

Hitler hablaba raramente de su familia. Era preferible no confiarse demasiado a los mayores, opinaba, pues éstos no hacían más que procurar disuadirle a uno de sus propias intenciones en su particular beneficio. Así, por ejemplo, su tutor, un campesino de Leonding, llamado Mayrhofer, pretendía que él aprendiera un oficio. También su cuñado era de la misma opinión.

Deduje de ello que en casa de Hitler debían reinar unas complicadas relaciones familiares. Al parecer, entre todos los adultos, no tenía más que a una sola persona en verdadera estima: ¡A su madre!

Y, con todo ello, no contaba en aquel entonces más que dieciséis años, es decir, era nueve meses más joven que yo. Por lo demás, ninguna de sus opiniones, distantes de toda concepción burguesa, me molestaba a mi en lo más mínimo. ¡Por el contrario! Justamente este aspecto desusado de su naturaleza me atraía a él aún con mayor fuerza. Que hubiera dedicado su vida al arte era para mí la mayor revelación que una persona joven pudiera anunciar; pues, en silencio, también yo albergaba a menudo la esperanza de poder huir del polvoriento y ruidoso oficio de tapicero hacia el puro y elevado campo del arte, para dedicarme por entero a la música. Para una persona joven no es, en modo alguno, indiferente el lugar en que se inicia una nueva amistad. Que nuestra amistad se hubiera iniciado en el teatro, ante un deslumbrante escenario y en medio de la embriagadora música, se me aparecía, por decirlo así, como un símbolo. En cierto sentido, nuestra amistad se encontraba también bajo esta afortunada atmósfera.

Por lo demás, yo me encontraba también en una situación parecida a la del mismo Hitler. Había salido ya de la escuela, y ésta no tenía nada que ofrecerme. A pesar de todo mi amor y afecto por mis padres, las personas mayores no representaban mucho para mí. Y, ante todo, aun cuando era mucho lo dudoso e incierto en mí, no tenía yo a nadie en quien pudiera confiarme. A pesar de todo, nuestra amistad fue en un principio bastante difícil, puesto que nuestro modo de ser era fundamentalmente distinto. En tanto que yo era un muchacho callado, algo soñador, muy sensible y acomodable, es decir, dócil, un "carácter musical", por decirlo así, Hitler era extraordinariamente violento y temperamental. Las cosas más ofensivas, algunas palabras ligeras quizá, podían provocar en él arrebatos de cólera que, a mi modo de ver, no guardaban la menor relación con la intrascendencia de su causa. Sin embargo, es probable que, en este punto, no entendiera yo del todo a Adolfo. Es posible que la diferencia entre nosotros dos fuera que él se tomaba las cosas en serio, en tanto que a mi me eran indiferentes. Sí, ésta era una de las típicas características suyas: todo le ocupaba e intranquilizada y nada era para él indiferente.

Pero a pesar de todas las dificultades, derivadas de la diversidad de nuestros caracteres, nuestra amistad no estuvo jamás seriamente en peligro. No sucedía tampoco, como es frecuente entre los jóvenes, que con el tiempo llegáramos a ser extraños e indiferentes. Al contrario. En las cosas externas nos teníamos mutuamente la mayor consideración. Esto puede sonar tal vez extraño, pero aquel mismo Hitler, tan implacable en la defensa de sus puntos de vista, podía ser, a la vez, tan respetuoso y considerado, que yo debía sentirme a menudo avergonzado. Es por ello que con el tiempo llegamos a habituarnos completamente el uno al otro.

No tardé en darme cuenta de que la pervivencia de nuestra amistad se debía, en no pequeña parte, a que yo era capaz de escuchar pacientemente. A pesar de ello, no me sentía, en modo alguno, desgraciado por este papel pasivo; pues precisamente por ello comprendía claramente hasta qué punto me necesitaba mi amigo. También él estaba completamente solo. Su padre había muerto hacía dos años. La madre, a pesar de cuanto él la quería, no podía ayudarle en sus problemas y dificultades. Recuerdo cómo, en ocasiones, me daba largas conferencias sobre cosas que no me interesaban en lo más mínimo, como el impuesto de consumo, que se cobraba en el puente del Danubio, o sobre una lotería de beneficencia, a cuyo fin se colectaba en aquellos días por las calles. Sabía hablar, y necesitaba a alguien que le escuchara. Muy a menudo me sentía yo lleno de asombro, cuando, solo ante mí, pronunciaba un discurso con una animada mímica. Nunca le molestaba que fuera yo su único público. Pero una persona joven que, como mi amigo, pudiera captar con extraordinaria intensidad todo lo que veía y vivía, necesitaba un medio para hacerle tolerables las tensiones provocadas por su impetuoso temperamento. Estas tensiones se expresaban en él de manera directa en sus charlas y discursos. Estos discursos, pronunciados casi siempre en un lugar cualquiera, al aire libre, bajo los árboles del Freinberg, o en los bosques de las islas del Danubio, semejaban a menudo verdaderas erupciones volcánicas. Surgían de su interior como si algo extrajo, muy distinto, se abriera paso en él. Hasta entonces no había visto yo tales éxtasis más que en el teatro, entre los actores, que debían expresar cualesquiera sentimientos, y, en un principio, yo no era más que un oyente desconcertado y admirado ante tales estallidos, que, en su asombro, se olvidaba finalmente de aplaudir. Sin embargo, no tarde en comprender que este "teatro" no era en realidad teatro. No, esto no era fingido, no era exagerado, ni "representado", era vivido profundamente.

Comprendí, también, cuánta amarga gravedad se escondía en todo ello. Una y otra vez debía admirarme yo por la habilidad de sus expresiones, la fluidez con que las palabras surgían de sus labios, cuan gráficamente sabía describir todo lo que llenaba su interior cuando se dejaba arrastrar por sus sentimientos. No era lo que decía lo que me gustó de él en un principio, sino cómo lo decía. Esto era para mí algo nuevo, algo genial. No había sabido siquiera hasta entonces que un hombre, con la ayuda le simples palabras, pudiera ejercer una influencia semejante. De mí no se esperaba más que una cosa: asentimiento. Esto no tardé en comprenderlo Y no me fue tampoco difícil ofrecerle mi asentimiento, pues muchos de los temas que tocaba me eran absolutamente desconocidos.

A pesar de ello, sería falso decir que nuestra amistad quedara reducida a

esta sola faceta. Esto hubiera sido demasiado cómodo para Adolfo y demasiado poco para mí. Lo esencial seguía siendo que nos completábamos magníficamente: en él palpitaba una activa concepción frente a la vida, que exigía una participación interna cada vez mayor; pero, en el fondo, sus elementales arrebatos de cólera eran una prueba de la pasión que ponía él en todas las cosas. Yo, en el fondo una naturaleza contemplativa y pasiva, tomaba con más o menos reservas lo que a él le apasionaba, y, salvo en los asuntos musicales, me dejaba convencer fácilmente. Fue gracias a él que pude comprender a fondo el tiempo y el mundo que nos rodeaba.

De todas formas, debo reconocer que Adolfo exigía mucho de mí. Disponía arbitrariamente de todas mis horas libres. Como su propio tiempo no estaba sometido al menor orden, debía someterme yo por entero a sus deseos. Lo exigía todo de mi, pero estaba también siempre dispuesto a hacerlo todo por mí. Para mí no cabía ciertamente ninguna otra posibilidad. Teniendo de este modo todo el tiempo absorbido por él, no me hubiera sido posible cultivar ninguna otra amistad. Yo no sentía tampoco la menor necesidad de ello; pues Adolfo equivalía para mí a toda una docena de amigos más o menos indiferentes. En realidad, sólo una cosa hubiera podido separarnos: una muchacha de la que ambos nos hubiéramos enamorado a la vez; en este caso ninguno de los dos hubiera obrado con la menor contemplación. Pero justamente en este punto el destino tenía dispuesta para nosotros una solución tan extraordinaria ó me referiré a ella más tarde, en el capítulo «Estefanía» ó, que nuestra amistad no se vio jamás perturbada por ello, sino, por el contrario, se hizo aún más profunda.

Yo sabía de él que ó aparte de mí ó no tenía ningún amigo. Un sucedido sin importancia, al parecer secundario, se ha quedado firmemente grabado en mi memoria, como si acabase de suceder. Adolfo había venido a recogerme a mi casa. De la Klammstrasse seguimos el camino de costumbre a través de la Promenade, para desembocar en la Landstrasse. Fue entonces cuando sucedió. Podría mostrar todavía la esquina en la que tuvo lugar la siguiente escena: Un jovenzuelo, de la misma edad nuestra aproximadamente, dio la vuelta a la esquina; era un señorito bastante compuesto, mofletudo. Reconoció en Adolfo a uno de sus antiguos compañeros de colegio, se detuvo, sonrió abiertamente de alegría y exclamo: "Servus, Hitler!"

Así diciendo, le tomó confiadamente por la manga y le preguntó, con sincero interés, cómo le iban las cosas. Yo esperaba que Adolfo contestara con la misma amabilidad a su compañero de colegio, pues siempre hacía gala de una conducta cortéz y amable. Pero el rostro de mi amigo enrojeció de cólera. Yo conocía ya este cambio en su rostro de otras ocasiones, y sabía que no significaba nada bueno.

No te importa en absoluto! le gritó, con el rostro rojo de indignación, mientras le rechazaba rudamente. Después me tomó del brazo y proseguimos nuestro camino, sin preocuparse ya más del otro, cuyo desconcertado rostro y el temblor de sus molletes me parece tener todavía ante mis ojos. Todos son futuros servidores del Estado! dijo Hitler, todavía furioso. ¡Y con semejantes criaturas he ido yo a la misma clase! Tardó bastante antes de que se hubo tranquilizado. Un segundo sucedido, algo posterior, ha quedado también grabado en mi memoria. Mi admirado profesor de violín Heinrich Dessauer había muerto. Hitler me acompañó hasta el cementerio. Esto me asombró, pues él no conocía siquiera al profesor Dessauer.

A mi asombrada pregunta me respondió -Porque no puedo sufrir que vayas y hables con otras personas jóvenes. Había muchas cosas, aun las más intrascendentes, que podían llenarle de excitación. Pero lo que más le indignaba era oír decir que debía convertirse en un funcionario del Estado. Solamente el oír en alguna parte la palabra «funcionario», aun cuando no fuera pronunciada en la menor relación con su propio futuro, era inmediato en él un arrebato de ira. Yo pude comprobar que estos arrebatos de ira, en cierto sentido, eran todavía recuerdo de discusiones con su padre, hacía tiempo ya fallecido, que quería hacer de él, a toda costa, un funcionario; por decirlo así, «discursos de defensa a posteriori». Para nuestra amistad de aquel entonces era ciertamente necesario que yo tuviera en tan poca estima como él a la clase y categoría de los funcionarios. Con su casi rabioso distanciamiento de la carrera de funcionario, podía yo explicarme, finalmente, que un sencillo aprendiz de tapicero le fuera más a modo como amigo que uno de aquellos estirados hijos de consejero de la corte, que gracias a la protección, relaciones y compromisos políticos de sus padres llevaban ya en la cabeza el plan asegurado de su empleo, y que conocían desde un principio el probable curso de su futura existencia. Hitler era exactamente lo contrario de esto. En él todo era incertidumbre. Y había todavía una segunda condición positiva, que a los ojos de Adolfo me había predestinado para ser su amigo: lo mismo que él, también yo concedía al arte la primacía en la vida de una persona. Naturalmente, en aquel entonces no podíamos formular nosotros estas ideas con unas palabras tan elocuentes. No obstante, vivíamos prácticamente de conformidad con este fundamento, para mí, el ejercicio de la música se había convertido ya en el factor decisivo de mi existencia. El trabajo en el taller no tenía más objeto que asegurarme la existencia externa. Para mi amigo, sin embargo, el arte era todavía mucho más; dada la intensidad con que captaba, examinaba, rechazaba y discutía todo cuanto le rodeaba, en su insondable gravedad, en esta continua e integral participación, necesitaba forzosamente una

compensación. Y ésta no podía encontrarla en otra parte que en el arte. Así pues, yo reunía para él todas las condiciones necesarias para una amistad: no tenía nada de común con sus antiguos compañeros de colegio, no me interesaba en lo más mínimo la carrera de funcionario y vivía enteramente para el arte. Además, yo entendía mucho de música. Esta afinidad de aficiones nos unía con la misma fuerza que la diversidad de nuestros mutuos temperamentos. Dejo al cuidado de los demás el juzgar si las personas que, como Hitler, siguen su camino con la seguridad de un noctámbulo, saben encontrar casualmente, de entre la masa, a las personas que necesitan para un determinado trecho de su camino, o si es una decisión del destino que las pone ante estas personas en el instante decisivo. Yo no puedo más que afirmar la realidad que, desde el momento de nuestro encuentro en el teatro, hasta su ulterior caída en los tiempos de miseria en Viena, a la que yo no pertenecía, fui esta persona para Adolfo Hitler.

LA IMAGEN DEL JOVEN HITLER

Lamento tener que comenzar este capitulo con una constatación negativa: no poseo ninguna fotografía a que nos pudiera mostrar a Adolfo Hitler durante los años de nuestra amistad. Tampoco recuerdo haberla poseído jamás. Lo más probable es que no exista ningún retrato fotográfico de Hitler de aquella época.

La no existencia de retratos fotográficos de aquellos años es por demás comprensible. Durante los primeros años de nuestro siglo no existían todavía aparatos fotográficos que uno pudiera llevar cómodamente consigo. Y en el caso de que éstos hubiesen existido, ninguno de nosotros dos hubiese poseído un tal aparato; éramos unos pobres diablos que gastaban sus últimos dineros para asistir a una representación de ópera o a un concierto sinfónico. Cuando uno se quería hacer retratar, iba al fotógrafo, Y esto era un asunto tan complicado y costoso que antes había que meditarlo cuidadosamente. En realidad, la gente sólo se retrataba con motivo de acontecimientos festivos, los bautizos, las comuniones y las bodas. Mi amigo jamás sintió, por lo que yo recuerde, la necesidad de hacerse retratar. Era todo menos presuntuoso. A pesar de que se preocupaba mucho de su persona, no era presumido en el sentido corriente de esta palabra. Incluso me atrevo a decir que ser presumido era demasiado poco para él. Era demasiado inteligente para ello y, además, tan convencido de sí mismo que no dejaba lugar para la presunción, ni tampoco cuando Estefanía apareció en su vida. Tal vez se deba a esta falta de presunción que no poseamos hoy

en día ningún retrato fotográfico juvenil de Hitler. Por el contrarío, poseo varios de mí mismo.

Los retratos realmente auténticos de la infancia y la juventud de Adolfo Hitler se pueden contar con los dedos de una mano.

En primer lugar, la conocida fotografía que hicieron en el año 1889 del pequeño Adolfo pocos meses después de su nacimiento esta imagen, pequeña y delicada, del niño, nos ofrece ya todo aquello que posteriormente es típico de la fisiognomonía de Hitler. Las proporciones características de la nariz, mejillas y boca, los ojos claros y penetrantes, los obscuros cabellos que le caen sobre la frente, todo esto con la peculiar ingenuidad de la niñez. Hay otro detalle que llama especialmente la atención en este primer retrato fotográfico de Hitler: el gran parecido de Adolfo con su madre. Tuve ocasión de cerciorarme de este parecido cuando vi por vez primera a la señora Hitler. Pero todos aquellos que comparen el retrato de Adolfo con el de su madre, se darán igualmente cuenta de este parecido. El retrato de la madre es realmente la obra maestra de un fotógrafo. El parecido es realmente sorprendente. Casi como copiado. Paula, la hermana de Adolfo, por el contrario, se parecía en todo al padre. No conocí al padre de Adolfo y he de referirme en este sentido a los informes que poseo de la madre.

Siguen a continuación los retratos de la época escolar de Hitler, retratos de los alumnos de toda una clase. No se conocen retratos individuales de aquella época. Las fotografías publicadas son ampliaciones de aquellos retratos colectivos. Todos recordamos cómo se hacían estas fotografías. Un buen día se presentaba el fotógrafo en la escuela. Los alumnos se reunían en el patio. La fila inferior se sentaba en el suelo y los que estaban en el extremo izquierdo, o derecho, se tumbaban apoyándose con los codos en el suelo para de esta forma crear un cuadro simétrico; la segunda fila se sentaba en unos bancos y los demás de pie. Relato todo esto porque la excitación que dominaba en tales ocasiones a los escolares se adivinaba perfectamente en la expresión de sus rostros e impedía que éstos se revelaran libres y sin inhibiciones de ninguna clase. Con rostros graves, tan ajenos a los que mostraban durante el resto del día, miraban fijos hacia el objetivo.

El escolar Hitler es difícil de diferenciar de aquellos cuarenta o mas rostros que, sobre todo, en las escuelas populares campesinas se parecen como un huevo al otro. La mayoría de las veces se hace necesaria una flecha o una cruz para llamar la atención sobre el rostro que se quiere hacer resaltar. La única expresión que se puede leer en la misma es la de una curiosidad

reservada de cómo aquel fotógrafo que se toma tanto tiempo para hacer la fotografía llevará a feliz término su propósito. No podemos adscribir a estos rostros de escolares expresiones que en realidad no existen. Sólo quiero llamar la atención sobre un hecho: la expresión de Hitler en estas fotografías es siempre la misma. A pesar de que existe un plazo de tiempo considerable entre ellas, es siempre el mismo rostro, como si nada hubiese cambiado en él. Creo que en ello se expresa, aun cuando de un modo todavía inconsciente, aquella peculiar consecuencia de expresión, aquel «no poder cambiar», que se me antoja es la característica más esencial de Hitler. Se ha dicho también que Hitler en dichas fotografías trataba siempre de aparecer en un lugar privilegiado. En el retrato de su clase del año 1899, de la cuarta clase en Leonding, aparece Hitler en el centro de la fila superior; en la fotografía del año 1901, en la primera clase del Instituto de Linz, aparece de nuevo en la fila superior, esta vez en el extremo derecho.

Con esto queda dicho todo lo que se puede decir sobre las fotografías del joven Hitler, si la casualidad no nos hubiese conservado el dibujo de un compañero de clase del cuarto curso del Instituto de Steyr, la última clase a la que asistió Hitler. El dibujo procede del año 1905. Este compañero de clase llamado Sturmlechner, que hizo un retrato del joven Hitler y que en el ángulo superior escribió orgulloso: "al natural", era, desde luego, un aficionado. Esto se adivina ya desde un principio en el dibujo, que es todo menos una obra artística. Lo más seguro es que Sturmlechner sólo supiera dibujar de perfil, ya que siempre hacía esta clase de dibujos. Lo que se apartaba del perfil, le proporcionaba inauditas dificultades. La nariz aparece mal perfilada y, en cuanto a los pelos, fracasa por completo su arte, aun cuando los cabellos por aquella época casualmente se correspondían "al natural". A pesar de todo, el dibujo posee un cierto atractivo, y esto debido a que la expresión es natural y sin añadidos de ninguna clase. Si sólo me fijo en el perfil de este bosquejo de Sturmlechner, veo ante mí la imagen que se corresponde con el recuerdo que tengo de mi amigo de juventud.

El dibujo de Sturmlechner ha tenido un destino muy curioso. Se han cometido muchas absurdidades con el mismo. Por ejemplo, un autor que ha escrito sobre los años de miseria de Hitler en Viena ha colocado sobre la cabeza de éste un sombrero hongo y metido en la corbata una aguja con una cruz gamada, y publicaba el retrato en cuestión como una expresión característica de Hitler durante los últimos años que pasó en Viena. La autenticidad del perfil no admitía discusión posible teniendo en cuenta cuán poco había cambiado la fisionomía de Hitler. Pero aquel autor no sabía que Hitler jamás había usado un sombrero hongo. A Adolfo sólo le gustaban los

sombreros obscuros y flexibles, nada más. ¡Cómo se burlaba él de aquellos melones!

Con ello he llegado al fin de todo lo que hace referencia a las fotografías del joven Hitler. Voy ahora a intentar completar algo sobre la imagen de mi amigo de juventud, aun cuándo me percato plenamente de que mi estudio siempre será incompleto.

Hitler era de estatura mediana y esbelto, por aquel entonces ya algo más alto que su madre. Su constitución no era en modo alguno la de un hombre fuerte, sino más bien delgado y frágil. Su salud era de lo que hubiese sido de desear y él se lamentaba con frecuencia de ello. Tenía que protegerse ante el clima nebuloso y húmedo de Linz durante los meses de invierno. En efecto, durante estos meses se encontraba con frecuencia enfermo y tosía mucho. En resumen, era débil de pulmones. La nariz, muy regular y bien proporcionada. La frente, despejada y libre, ligeramente inclinada hacia atrás. Me sabía mal, ya por aquel entonces, que tuviera la costumbre de peinar su cabello muy hacia la frente. Por lo demás, esta descripción usual frentenarizboca me resulta ridícula, puesto que en aquel rostro eran los ojos tan sobresalientes que no se observaba nada más. Jamás he vuelto a ver en mi vida un rostro de hombre en el cual... ¿cómo expresarme?... los ojos dominaran de tal forma la expresión del rostro como era el caso en mi amigo. Eran los ojos claros de su madre. Pero aquella mirada fija, penetrante, era todavía más acusada en el hijo; en cierto modo, había sido superada y poseía más fuerza y capacidad de expresión. Resultaba sorprendente cómo podían cambiar la expresión de aquellos ojos, sobre todo, cuando Adolfo hablaba. Para mí tenía mucho menos importancia el sonido grave y sonoro de su voz que la expresión de sus ojos. Adolfo hablaba efectivamente con los ojos. Aun cuando mantenía los labios firmemente apretados, los ojos revelaban lo que él quería decir. Cuando vino por primera vez a nuestra casa y yo le presenté a mi madre, me dijo ella, antes de acostarse: ¡Qué ojos tiene tu amigo! Y recuerdo perfectamente que en el tono de su voz se adivinaba más el temor que la admiración. Cuando en ocasiones me han preguntado en qué característica resaltaba aquel hombre durante su juventud, sólo puedo responder: ¡Por sus ojos!

Claro está que también llamaba la atención su fácil oratoria. Pero era yo demasiado inexperto en este sentido para sacar las debidas consecuencias Yo estaba convencido de que Hitler llegaría algún día a ser un gran artista, un poeta, pensé en un principio, luego un célebre pintor, hasta que luego, en Viena, me convenció de que sus dotes se encaminaban hacia el campo de la arquitectura. Pero para tales fines artísticos sus dotes oratorias no eran

necesarias, al contrario, casi representaban un obstáculo en la consecución de sus fines. A pesar de todo, le escuchaba gustosamente cuando él hablaba. Su lenguaje era muy escogido. Rehusaba el dialecto, sobre todo el vienés, que le era adverso por su tono suave, melodioso. En realidad, Hitler no hablaba como un austríaco. Se podía decir incluso que en la rítmica de su lenguaje, en su modo de expresarse, se asemejaba más a los bávaros. Decisivo en este caso puede ser qué desde los tres a los seis años vivió en Passau, donde su padre era funcionario de aduanas. No cabe la menor duda de que mi amigo Adolfo fue, ya desde su primera juventud, un hombre dotado de una fácil oratoria. Y él lo sabía. Hablaba a gusto y sin interrupción. En ciertas ocasiones, cuando se perdía en sus fantasías, despertaba en mí la sospecha de que todo lo que decía era sólo un ejercicio de oratoria. Pero rápidamente alejaba de mi esta sospecha. ¿Acaso no había creído yo a pies juntillas todo lo que él había dicho? Adolfo gustaba de probar su fuerza de persuasión en mí y en otras personas. Recuerdo un ejemplo que jamás se borrará de mi memoria, y es que cuando aún no había cumplido los dieciocho años de edad, convenció a mi padre de que debía mandarme al conservatorio de Viena. No cabe la menor duda de que era este un éxito sorprendente teniendo en cuenta la naturaleza tan pesada y cerrada de mi padre. Desde aquella demostración tan decisiva para mí de su capacidad, no consideraba ya nada imposible que Hitler no pudiera conseguir gracias a su fuerza de persuasión. La mayoría de las veces solía recalcar sus palabras con gestos comedidos y estudiados de antemano. De vez en cuando, al referirse a uno de sus temas predilectos, el puente sobre el Danubio, la ampliación del museo e incluso sobre la estación subterránea que él había previsto para Linz, le interrumpía yo y le preguntaba cómo se imaginaba la realización práctica de aquel proyecto, ¡nosotros no éramos más que unos pobres diablos! En aquellas ocasiones me miraba extrañado y casi con expresión enemistosa, como si no hubiese comprendido mi pregunta. La mayoría de las veces no respondía a lo que yo le había preguntado y se limitaba a interrumpirme con un gesto muy significativo de su mano. Más tarde, me fui acostumbrando a ello y ya no encontraba ridículo que aquel muchacho de dieciséis o diecisiete años desarrollara proyectos gigantescos y me los expusiera en todo su detalle. Si sólo hubiese hecho caso de sus palabras, todo aquello se me hubiese antojado un juego o una locura. Pero la expresión de sus ojos me convencía, cada vez de nuevo, de que hablaba en serio. Adolfo prestaba mucha atención a un comportamiento correcto y exacto. Con una exactitud fuera de dudas observaba las leyes de los tratos sociales, aun cuando para él la sociedad representase tan poco. Recalcaba continuamente la posición de su padre que en su calidad de funcionario de aduanas se podía equiparar a un capitán. Cuando hablaba de su padre no se podía sospechar cuán profundamente negaba para sí mismo aquella posición de empleado estatal.

Siempre había algo en torno de él que hablaba de seguridad en sí mismo. Jamás se olvidó de darme recuerdos para mis padres y en ninguna de las tarjetas postales que me envió faltó jamás la fórmula "saludos a tus queridos padres".

En Viena, donde convivimos en casa de la misma patrona, observé que por las noches colocaba siempre los pantalones bajo el colchón para tenerlos planchados a la mañana siguiente. Adolfo sabía apreciar un aspecto externo cuidado. Aun cuando no era presumido, poseía un sentido muy acusado para la presentación de sí mismo. No cabe la menor duda de que tenía grandes dotes de artista que, junto con sus dotes oratorias, sabía emplear en el momento oportuno. En ocasiones, me preguntaba yo a qué se debía que Hitler, que poseía cualidades indudables, no hubiese llegado más lejos en Viena. Fue sólo más tarde que comprendí que él no tenía ningún interés en un ascenso profesional. No poseía la menor ambición para conquistarse una posición que le permitiera ganarse su sustento. La gente que le conocía en Viena no podían comprender en modo alguno la contradicción que existía entre su aspecto externo tan cuidado, su lenguaje culto y su presencia segura y, por otro lado, aquella vida tan mísera que llevaba; y le consideraban orgulloso o presumido. Pero Hitler no era nada de ambas cosas. No encajaba en un sistema burgués. Hitler era un verdadero artista en pasar hambre, a pesar de que, cuando se le presentaba la ocasión, gustaba de comer bien. Es cierto que durante su época en Viena casi siempre le faltaba el dinero necesario para ello. Y cuando tenía dinero estaba siempre dispuesto a renunciar a la comida para adquirir una localidad en el teatro. No comprendía los placeres materiales. No fumaba, no bebía y vivía durante días alimentándose sólo de pan y leche.

En su menosprecio por todo aquello que hacia referencia al cuerpo, el deporte, que por aquel entonces se hallaba en franco ascenso, significaba para él muy poco. En cierta ocasión leí no sé dónde que el joven Hitler había cruzado a nado el Danubio. No recuerdo este hecho. Lo único que hacíamos era irnos a bañar de vez en cuando al Rodel. Pero esto era todo. El Byzicle Club, en el cual se reunían los emprendedores ciclistas, sólo le interesaba porque en el invierno disponía de una pista de patinaje. Pero, incluso esta pista de patinaje, le interesaba menos por el ejercicio físico, que por su amada muchacha que allí practicaba este arte. El único deporte que practicaba Hitler con gran afán era el caminar. Iba a pie a todas partes y siempre. En mi memoria siempre le veo de un modo u otro en movimiento. Podía caminar durante horas y horas, sin cansarse. Juntos recorrimos los alrededores de Linz en todas direcciones. Apenas debe existir allí un camino que no hayamos recorrido los dos. Su amor a la Naturaleza era muy acusado. Desde luego, amaba la Naturaleza a su modo.

No se trataba aquí de sentirse estimulado por intereses científicos. No recuerdo haberle visto hojear libros científicos. Su afán de saber casi siempre insaciable parecía haber llegado a unos límites muy claramente delimitados. Durante su época de escolar, tal como me contó, había sentido una gran pasión por la botánica, pero esta afición, así como también el coleccionar mariposas o minerales respondía más bien a afanes juveniles que a una determinada inclinación en este sentido. No le interesaban los detalles en la Naturaleza, asimilaba ésta en su conjunto. La llamaba él «afuera». Esta palabra sonaba tan familiar en sus labios, como si hubiese dicho «dentro», «en casa». En efecto, en la Naturaleza se encontraba como en su propia casa. Su predilección por las excursiones nocturnas o a permanecer de noche en algún lugar en el que no había estado anteriormente, fue ya muy acusada durante los primeros años de nuestra amistad.

La Naturaleza ejercía sobre él una influencia muy extraordinaria, tal como no he podido observar en ninguna otra persona. Cuando estaba «fuera» era una persona muy diferente de cuando estaba «dentro» en la ciudad. Había rasgos muy concretos de su personalidad que sólo se revelaban cuando estaba en la Naturaleza. Jamás se mostraba tan concentrado en sus pensamientos como cuando caminaba por los silenciosos senderos de los bosques del Mühlviertel o cuando, por las noches, recorríamos rápidamente el Freinberg. Mientras caminábamos, sus pensamientos y ocurrencias fluían mucho más tranquilas y seguras que en cualquier otra parte. Había cierta contradicción en él que no supe explicarme durante mucho tiempo. Cuando el sol iluminaba los estrechos callejones y un viento fresco y vivificante traía el olor del bosque a la ciudad, se sentía irremediablemente impulsado a salir de aquellos callejones estrechos y sombríos y pasear por los prados y campos. Pero, apenas estábamos allí, me aseguraba que no podía resistir por más tiempo el estar al aire libre. Afirmaba que le sería imposible volver a residir, por ejemplo, en un pueblo como Leonding. A pesar de todo su amor a la Naturaleza, se alegraba cada vez que regresábamos a la ciudad.
Cuando en el correr del tiempo conocí más a fondo a Adolfo, comprendí también esta contradicción en su carácter. Necesitaba la ciudad, la multiplicidad y riqueza de las impresiones, de las vivencias y acontecimientos; se sentía partícipe de todo, no había nada en la ciudad que no le preocupara personalmente. Necesitaba a las personas con sus intereses tan contradictorios, sus ambiciones, objetivos, planes y deseos. Sólo en esta atmósfera cargada de problemas se sentía a gusto. El pueblo, considerado desde este punto de vista, le resultaba demasiado uniforme, sin importancia, falto de interés y, por consiguiente, para sus intereses ilimitados que le llevaban a ocuparse de todo, poco exhaustivo. Además, una ciudad, con su aglomeración de casas y viviendas resultaba ya de por sí

interesante. Es comprensible que por todo lo expuesto sólo se sintiera a gusto cuando podía vivir en la ciudad.

Por otro lado, necesitaba una compensación contra aquella ciudad que continuamente le cargaba y atraía todos sus intereses. Encontraba esta compensación en la Naturaleza, en la cual él nada podía mejorar o cambiar puesto que las siempre eternas leyes a que obedece la Naturaleza se hallan más allá de la voluntad humana. Aquí podía volverse a encontrar a sí mismo, puesto que no se veía incitado como era el caso en la ciudad, a adoptar una actitud determinada a cada paso que daba. Mi amigo tenía un modo especial de poner la Naturaleza a su servicio. Buscaba cerca de la ciudad un lugar quieto, un lugar que apenas visitaban los demás, y en el que podía estar a solas. Siempre de nuevo le conducían sus pasos al mismo sitio. Cada arbusto, cada árbol le era conocido. No había nada en torno de él que hubiese podido alejarle de sus meditaciones. La Naturaleza le rodeaba como los muros de una silenciosa y familiar estancia. De esta forma convirtió el «afuera» en su «interior», en el cual sin interrupciones de ninguna clase podía seguir el hilo de sus pensamientos y sus planes.

Durante largo tiempo instaló su estudio natural en un banco del Turmleitenweg. Allí leía sus libros, dibujaba y hacía sus acuarelas, allí escribió sus primeras poesías. Otro lugar que eligió posteriormente le era todavía más escondido y silencioso. Del sendero que conducía desde media altura del Kalvarienberg al Zaubertal, era necesario desviarse hacia el oeste y encaramarse por altas rocas y espesos arbustos para alcanzar dicho lugar, que era difícil nadie más pudiera encontrar. Nos sentábamos sobre la roca más alta, que avanzaba hacia el valle. En tanto que los arbustos y los árboles cerraban para nosotros el mundo tras nuestros cuerpos, veíamos libre ante nosotros el curso suave del Danubio. El tranquilo fluir del río impresionaba siempre de nuevo a Adolfo. Inagotable, irrefrenable, procedente de la eternidad, fluyendo hacia la eternidad, se dirigían las poderosas aguas hacia el Este. ¡Cuántas veces me habló mi amigo, allá arriba, de sus planes! A veces se sentía dominado por sus sentimientos, y en estos casos daba libre curso a su fantasía. Recuerdo que una vez me relató en aquel lugar una escena del viaje de Krimilda al país de los hunos, con tanta emoción, que creí ver deslizarse desde allí arriba los poderosos barcos de los reyes de Burgundia.

En contraste con estos momentos de meditación y recogimiento estaban nuestras largas excursiones. No nos costaba mucho equiparnos para las mismas. Lo único que necesitábamos era un baston fuerte. Adolfo se ponía su traje de a diario, una camisa de colores y en señal de que tenía la intención de hacer una larga caminata, en lugar de la corbata sólo un

pañuelo de seda anudado al cuello. No nos llevábamos nada para comer. Cuando sentíamos hambre, encontrábamos siempre un lugar donde nos vendían un poco de pan y tomábamos un vaso de leche. ¡Qué tiempos tan felices aquellos!

Menospreciábamos los trenes y los coches e íbamos a todas partes a pie. Cuando combinábamos una de estas largas caminatas domingueras con una excursión de mis padres, lo que tenía para nosotros la ventaja de que luego mi padre nos invitaba a un opulento almuerzo en alguna posada, salíamos nosotros ya muy temprano para alcanzar a mis padres que partían más tarde en el tren. Mi padre, que estaba más contento que yo mismo después de seis días de esforzado trabajo, bañado en sudor y cubierto de polvo, al poder respirar aire puro y fresco sentía una especial predilección por el pueblecito de Walding, situado en medio de grandes y hermosos huertos y que durante la primavera resplandecía en colores rosados y blancos. Para nosotros, también Walding tenía sus grandes atractivos puesto que el río Rodel fluye por allí cerca y donde en los cálidos días de verano nos bañábamos. El río con su fondo dorado obscuro nos recuerda los tranquilos riachuelos de la patria de Adalberto Stifter. Pero el Rodel es traidor. Cuando menos se espera se forman remolinos y sólo los buenos nadadores logran zafarse de los mismos.

Recuerdo un pequeño episodio. Adolfo y yo habíamos bajado de la posada al río para bañarnos. Yo era un nadador bastante bueno y también mi amigo. Pero mi madre siempre estaba intranquila. Nos vio y se sentó sobre un bloque de granito para contemplar desde allí nuestras artes acuáticas. El bloque de granito que se adentraba hacia el agua estaba cubierto de musgo. Mi madre mientras nos contemplaba con expresión angustiada, resbaló sobre el húmedo musgo y cayó al agua. Yo estaba demasiado alejado para acudir inmediatamente en su auxilio. Pero Adolfo se tiró a su vez al agua y la sacó del río. Adolfo siempre sintió un gran cariño por mis padres. Es característico en este sentido que aún en el año 1944, con motivo de cumplir mi madre sus ochenta años, le mandara tui paquete de comestibles, sin que yo lograra jamás informarme cómo se había enterado él de este hecho.

A Adolfo le gustaba en especial el Mühlviertel. Las amplias alturas que de colina en colina hacían la vista más espaciosa y final mente se abría el paisaje por completo. Allí abajo junto a la cinta plateada del río, se alzaba la ciudad. Desde el monte Püstling, que no es una montaña en el sentido exacto de la palabra, sino sólo el límite de la altiplanicie que se extiende hacia el Danubio, caminábamos a través del Holspoldl y el Elendsimmerl hasta Gramastetten o a través de los bosques en dirección a las ruinas de

Lichtenhag. Adolfo medía los restos de las ruinas conservadas y los anotaba luego en su libro de apuntes que siempre llevaba consigo. Luego, hacia un rápido bosquejo de las ruinas, añadía el puente levadizo y el foso y recubría, según el dictado de su fantasía, los muros de helecho. En cierta ocasión me sorprendió al exclamar: ¡Este es el lugar ideal para mi soneto! » Pero, cuando le pregunté a qué se refería, se limitó a contestarme: « Primero tengo que ver lo que resultará de todo esto! » Por el camino de regreso me confesó que tenía la intención de convertir un tema, que le obsesionaba, en una obra teatral.

Fuimos también a St. Georgen an der Cusen ya que él quería examinar los posibles recuerdos que existían allí sobre la célebre batalla de la Guerra de los Labradores. Después de haber recorrido todo el Riedmark sin haber encontrado ningún punto de apoyo, se le ocurrió a Adolfo una idea por demás extraordinaria. Estaba convencido de que la gente que allí vivía tenía que tener un lejano recuerdo de aquella batalla tan importante. Al día siguiente se encaminó solo a aquella región después de haber intentado conseguir en vano que mi padre me permitiera acompañarle. Permaneció fuera durante dos días y dos noches. No recuerdo si logró averiguar algo.
Sólo porque Adolfo quería ver a su amada ciudad de Linz desde el Este, tuve que acompañarle al desagradable Pfennigberg, una montaña por la cual los habitantes de Linz mostraban muy poco interés. También a mí me gustó más la visión de la ciudad desde aquel lado que desde éste. Pero Hitler se pasó allí horas y horas tomando apuntes. La subida al Steyregg que emprendimos aquel mismo día no me compensó las fatigas de la anterior ascensión.

Por el contrario, St. Florian comenzó a convertirse también para mí en un lugar de peregrinaje del arte. Creíamos tropezamos aquí en esta región, bendecida por Anton Bruckner, con el «músico de Dios» y escuchar en la hermosa iglesia sus geniales improvisaciones en el gran órgano. Pero debimos contentarnos con detenernos ante la sencilla losa donde habían enterrado hacía diez años al gran maestro.

Para mí, tales visitas eran muy interesantes, puesto que Adolfo era en realidad un hombre muy encerrado en si mismo. Siempre había un campo de acción en su interior, en el que no permitía la entrada a nadie. Existían para él secretos insondables y en muchos aspectos mí amigo era para mí un verdadero enigma. Pero había una clave que permitía descubrir cosas y hechos que en caso contrario quedaban ocultos: su entusiasmo por todo lo bello. Cuando hablábamos de una obra de arte tan maravillosa por el claustro de St. Florian, se derrumbaban todos los obstáculos. En tales momentos Adolfo, impulsado por su entusiasmo, salía por completo de su

reserva y yo me sentía doblemente feliz por aquella amistad.
En muchas ocasiones me han preguntado, creo incluso que el propio Rudolf Hess cuando durante una de sus visitas a Linz me rogó le fuera a ver, si Hitler, tal como yo le recordaba, había tenido sentido del humor. Las gentes que le rodeaban encontraban a faltar esta faceta en su carácter. A fin de cuentas era austríaco, de modo que no cabía la menor duda de que también él había heredado algo del célebre humor austríaco.
Es cierto que la impresión que se obtenía de Hitler, sobre todo después de un encuentro corto y fugaz, era la de un hombre muy serio. Esta profunda seriedad parecía ensombrecer todo lo demás. En sus años jóvenes también era así. Con una seriedad muy grande, que no se correspondía en absoluto con aquel muchacho de dieciséis o diecisiete años de edad, examinaba todas las cuestiones que le conmovían y afectaban. Y el mundo tenía miles y miles de preguntas que dirigirle. Podía amar y admirar, odiar y despreciar, pero siempre con la máxima seriedad. Pero no era capaz de echar un problema a un lado con una ligera sonrisa. Aun cuando no se interesara personalmente por el deporte, por ejemplo, era el deporte, como manifestación de una época, tan importante para él como cualquier otro problema. Jamás llegaba a una conclusión final cuando comenzaba la discusión de todos los puntos de vista en pro y en contra. Con su seriedad característica planteaba continuamente nuevos aspectos del problema, y si el presente no le ofrecía un tema, hurgaba en el pasado durante horas y horas y en toda clase de libros. Esta seriedad desacostumbrada era su característica externa más destacada. Por el contrario, se encontraban a faltar muchos aspectos que caracterizan a la juventud: una indolencia despreocupada, vivir al día, contentarse con el que venga lo que sea.. No, esto no valía para él. En este caso - extraña contradicción! - se hubiese él sentido muy poco joven. El humor quedaba con ello relegado a la esfera más intima. Sólo irradiaba de vez en cuando, como si se tratara de algo despreciable. Con frecuencia se dirigía este humor a las personas que le rodeaban, o sea a aquel campo de acción en el que no existían para él problemas ni preguntas. Por este motivo, el agudo y algo amargado humor se mezclaba con frecuencia a la burla, desde luego, siempre una burla amistosa. En cierta ocasión asistió a un concierto en el que yo tocaba la trompeta. Le divertía lo indecible imitarme y me confesó que con mis mejillas hinchadas le había parecido yo un ángel de Rubens.
No voy a terminar este capítulo sin destacar una característica del joven Hitler que, lo reconozco de antemano, puede resultar hoy día un tanto paradójica. Hitler poseía una gran capacidad de penetración en las almas de las personas. De una forma realmente conmovedora se hizo cargo de mi persona. No tenía necesidad de contarle cuál era mi situación. Comprendía y asimilaba todo lo que me conmovía a mí de un modo tan directo como si hubiese sido yo mismo. ¡Cuántas veces me ayudó en una situación

apurada! Siempre sabía lo que era más conveniente para mí, lo que yo podía necesitar. Aun cuando se ocupase intensivamente de todo lo concerniente a su persona, también con la misma intensidad se ocupaba de los asuntos de aquellas personas que le interesaban. No fue en modo alguno debido a la casualidad que fuera él quien diera el curso decisivo a mi vida persuadiendo a mi padre que me permitiera estudiar música. Y esto se debía a su posición básica que le llevaba a tomar parte, de un modo que no admitía dudas, de todo aquello que hacía referencia a mi persona. En ocasiones no podía desprenderme de la impresión de que junto a su vida vivía él también la mía.

He reflejado aquí la imagen del joven Hitler, tal como la conservo en mi memoria. La pregunta, empero, que por aquel entonces so cernía inconsciente y sin ser formulada en palabra sobre aquella amistad de juventud, ha quedado sin respuesta hasta el día de hoy: ¿A qué fin destinaba Dios aquel ser humano?

LA IMAGEN DE LA MADRE

Sólo existe uno, pero éste hace innecesarios todos los demás retratos, ya que expresa la esencia de aquella mujer silenciosa y modesta a la que yo adoraba, mucho mejor que una docena de fotografías tomadas al azar. Vemos ante nosotros la imagen de una mujer joven de rasgos sorprendentemente regulares. Pero se adivina ya una oculta sombra de dolor en torno a aquella boca de labios firmemente apretados a los cuales les resulta difícil esbozar una sonrisa. Los ojos claros y de mirada, quizá, demasiado fija dominan por completo aquel rostro de expresión grave.
Clara Hitler tenía ya cuarenta y cinco años cuando yo conocí a la familia, y había quedado viuda dos años antes. Pero sus rasgos no habían cambiado esencialmente de los que se reflejan en aquel retrato fotográfico. Sólo que el dolor se adivinaba ahora con mayor claridad y tenía el pelo gris. Pero Clara Hitler siguió siendo una mujer hermosa hasta su muerte. El dolor acusaba aún más esta belleza. Siempre que la veía sentía yo no sé exactamente por qué, compasión hacia ella y me veía impulsado a hacer algo que pudiera agradarle. Se alegraba de que Adolfo hubiese encontrado a un amigo con el cual congeniaba y en el que poder confiar plenamente. La señora Hitler me tenía mucho aprecio por este motivo. ¡Cuántas veces me confesó las preocupaciones que le deparaba Adolfo! Confiaba en haber encontrado en mí una valiosa ayuda para que el hijo caminara por los cauces que había deseado su padre. No quedaba otro remedio que desengañarla en este sentido. Pero no me lo tomaba a mal puesto que

seguramente sospechaba que las causas del comportamiento de Adolfo eran mucho más profundas y estaban más allá de mis posibilidades de influencia.

A no tardar, cada uno de nosotros dos había tomado pie en la familia del otro. Adolfo era con frecuencia nuestro invitado y yo también me sentía muy a gusto en su casa, y la señora Hitler jamás insistía en que les volviera a visitar cuando me despedía de ellos. Me consideraba miembro de aquella familia, pues que no había otras personar que la frecuentaran.
Con frecuencia, cuando terminaba el trabajo en el taller antes que de costumbre, me lavaba rápidamente, me vestía y corría luego a la Humboldstrasse. La casa numero 31 era una casa de tres pisos que no se puede decir fuese fea. La familia Hitler vivía en el tercer piso. Subía corriendo las escaleras. Llamaba a la puerta. La propia señora Hitler me abría y me saludaba amablemente. Esta amabilidad, que salía de su corazón, parecía iluminar en cierto modo aquel dolor soportado en silencio que se adivinaba en sus rasgos. Me alegraba cada vez que la veía sonreír.
Veo con toda claridad aquella sencilla vivienda en mi imaginación. La pequeña cocina, con los muebles pintados de verde, poseía una sola ventana que daba a un patio. La sala de estar, con sus dos pequeñas camas en las que dormían la madre y la pequeña Paula, daban a la calle. De una de las paredes colgaba el retrato del padre, un rostro expresivo y consciente de sí mismo, típico del funcionario, cuya expresión un tanto severa quedaba suavizada por la bien cuidada barba. En el gabinete, al que se llegaba desde el dormitorio, dormía y estudiaba Adolfo.

Paula, la pequeña hermana de Adolfo, tenía, cuando yo conocí a la familia, nueve años de edad. Era una niña silenciosa, muy reservada, bonita, pero no se parecía en modo alguno ni a la madre ni tampoco a Adolfo. Rara era la vez que la veía contenta y alegre. Congeniábamos bien. Pero Adolfo apenas prestaba atención a su hermana. Esto se debía, sobre todo, a la diferencia de edad, que excluía por completo a Paula de su campo de acción. La llamaba «la pequeña». Paula ha quedado soltera y vive actualmente en Kónigssee, cerca de Berchtesgaden. Conocí también en el seno de la familia Hitler a una mujer de algo más de veinte años de edad, de bonito cuerpo, casada, llamada Angela, que de momento no logré incluir en aquella familia a pesar de que llamaba a la señora Clara Hitler «madre» al igual que la pequeña Paula. Esto me confundía enormemente y no fue hasta más tarde que encontré la solución a aquel enigma. Angela, que había nacido el 28 de julio de 1883, era, por lo tanto, seis años mayor que Adolfo e hija del anterior matrimonio del padre. Su madre, Francisca Matzelsberger, había muerto al año de su nacimiento. Cinco meses más tarde el padre se había vuelto a casar, esta vez con Clara Polzl. Angela, que

no poseía el menor recuerdo de su madre verdadera, consideraba a Clara como su madre. En el mes de septiembre del año 1903, o sea un año antes de trabar conocimiento con Adolfo, se había casado Ángela con el funcionario de Hacienda Raubal. Vivían muy cerca de allí, en la posada «Zum Waldhorn», en la Bürgerstrasse. Visitaba con suma frecuencia a su madrastra, pero jamás en compañía de su esposo. No conocí a Raubal. En contraste con la señora Hitler, era Angela una persona alegre y siempre divertida que reía a gusto. Era ella la que animaba a la familia. Con su rostro de rasgos regulares, el hermoso pelo peinado en largas trenzas y tan obscuro como el de Adolfo, era una mujer por demás hermosa. Por boca de Adolfo y también por lo que su madre me contó en secreto, me enteré de que Raubal era un alcohólico. Adolfo le odiaba. En Raubal se concentraba todo aquello que él odiaba en un hombre. Siempre estaba en la posada, bebía y fumaba, se jugaba su dinero y, además: era funcionario. Para mal mayor, se sentía impulsado a representar el punto de vista de su suegro e insistía cerca de Adolfo de que también éste siguiera la carrera de funcionario. No hacía falta nada más para que Adolfo se sintiera por completo desligado de él. Cuando Adolfo hablaba de Raubal, su rostro adquiría una expresión de viva amenaza. Tal vez fuera este odio tan manifiesto que sentía Adolfo contra el marido de su hermanastra el motivo de que Raubal jamás se dejara ver en la Humboldstrasse. Cuando Raubal murió, pocos años después de haberse casado con Ángela. Las relaciones entre los dos hombres hacía ya tiempo se habían roto de un modo definitivo. Ángela se casó años más tarde con un arquitecto de Dresden. Todavía poseo una tarjeta postal que me mandó desde Bayreuth. Murió en el año 1949 en Munich. Adolfo me informó que del segundo matrimonio de su padre existía también un hijo llamado Alois que había pasado igualmente su infancia en el seno de la familia Hitler, pero que durante la estancia de ésta en Lambach habíase luego independizado. Este hermanastro de Adolfo, que nació el. 13 de diciembre de 1882 en Braunau. era siete años mayor que Adolfo. Cuando el padre vivía todavía, había estado varias veces en Leonding, tal como me contó Adolfo. Pero no recuerdo haberle visto por la Humboldstrasse En la vida de Adolfo jamás representó el hermanastro Alois un papel muy importante. Por su parte, tampoco Alois se interesó jamás por la carrera política de Adolfo. Vivió en París, en Viena y también en Berlín. Hoy se ha instalado definitivamente en Hamburgo. Del primer matrimonio de este hermanastro de Adolfo con una holandesa, desciende aquel William Patrick Hitler que en el mes de agosto de 1939 publicó el escrito: «Mon uncle Adolphe », en tanto que el hijo de su segundo matrimonio, Heinz Hitler, murió en el campo de batalla del Este como oficial.

Expongo estos detalles sobre la familia Hitler, que van más allá de mis recuerdos personales, sólo porque lo considero necesario para completar el

cuadro y por haber tenido ocasión de estudiar los documentos en cuestión. Aun cuando la señora Hitler sólo hablaba muy a disgusto de sí misma y de sus preocupaciones, se sentía empero aliviada cuando podía confiarme todas las preocupaciones que sentía por Adolfo. Las manifestaciones evasivas, que para la madre no tenían ningún significado, que hacía Adolfo con respecto a su futuro como artista, no podían satisfacer en modo alguno a aquélla. Las preocupaciones por el bienestar y el futuro del único de sus hijos que había quedado con vida ensombrecían cada vez más la expresión de su rostro. ¡Cuántas veces nos sentamos ella, Adolfo y yo en la pequeña cocina! «Nuestro buen padre no encuentra descanso en su tumba - solía decirle a Adolfo -, porque tú no tienes la menor intención de hacer lo que él tanto deseaba. La obediencia es lo fundamental de un buen hijo. Pero tú no lo crees así. Por este motivo tampoco has adelantado en la escuela y no tienes suerte en la vida. »

Paulatinamente fui comprendiendo mejor el dolor que dominaba a aquella mujer. Jamás se lamentaba de su suerte. Pero con frecuencia me hablaba de la juventud tan dura que había tenido.

En parte por mis propias experiencias y en parte por los relatos de los miembros de la familia conocí las relaciones en la misma. En ocasiones se hablaba también de los parientes que vivían en el Waldviertel, pero me resultaba difícil adivinar si se trataba de los parientes por parte de la madre o del padre. Sea como fuese, la familia Hitler sólo tenía parientes en el Waldviertel, un contraste muy notable con otras familias de funcionarios austríacos que tenían parientes en otras numerosas provincias. Sólo más tarde supe que las líneas paterna y materna de Hitler ya en la segunda generación se unían, de modo que, efectivamente, para él a partir del abuelo se trataba de una sola familia. Recuerdo que Adolfo visitó en cierta ocasión a sus familiares en el Waldviertel. Otra vez me mandó una tarjeta postal desde Weitra, que se halla en la región de Waldviertel, lindante con Bohemia. No recuerdo ya lo que le llevó allí. Tampoco solía hablar de sus parientes y se limitó a describirme la región: un país pobre que se halla en vivo contraste con la región tan fructífera de las márgenes del Danubio. Aquel país pobre y austero era la parte de sus antepasados, tanto por línea materna como paterna.

Los datos que hacen referencia a la señora Clara Hitler, nacida Pölzl, han sido confirmados plenamente. Nació el 12 de agosto de 1860 en Spital, una pobre región de Waldviertel. Su padre, Johann Baptist Polzl, era un sencillo campesino; su madre, Johanna Polzl, una nacida Hüttler. La ortografía del nombre Hitler varía en los diversos documentos. Encontramos tanto la

forma Hiedler como Hüttler, en tanto que el nombre de Hitler aparece sólo con el padre de Adolfo.

Aquella Johanna Hüttler, la abuela de Adolfo por línea materna, era hija de Johann Nepomuk Hiedler; por consiguiente, Clara Pólzl estaba emparentada con la familia HüttlerHiedler. Johann Nepomuk Hiedler era el hermano de Johann Ceorg Hiedler, que en el registro de bautizos de Döllersheim aparece reseñado como primo del padre de Adolfo. Clara Polzl era, por consiguiente, sobrina en segundo grado de su esposo. Mientras no fue su esposa, Alois Hitler la llamaba simplemente su sobrina. Clara Polzl pasó una juventud pobre en casa de sus padres de tan numerosa familia. Con frecuencia me hablaba de sus hermanos. Clara era de las más jóvenes en aquella familia de doce hijos. A menudo me hablaba también de su hermana Johanna. Cuando murieron sus padres, tía Johanna se preocupó en muchas ocasiones de Adolfo. Otra hermana de Clara, Amalia, la conocí más tarde.

En el año 1875, cuando Clara Polzl hubo cumplido los quince años, la llamó a su casa el aduanero Alois Schicklgruber en Braunau para que ayudara a su esposa en las labores de la casa. Alois Schicklgruber, que no adoptó hasta el año siguiente el nombre de Hiedler, que luego transformó en Hitler, estaba casado por aquel entonces con la señora Anua GlaslHörer. Este primer matrimonio de Alois Hitler con aquella mujer que le llevaba catorce años no tuvo descendencia y finalmente obtuvieron la separación. Cuando murió su esposa en el año 1883, Alois Hitler se casó con Francisca Matzelberger, una mujer que tenía veinticuatro años menos que él. De este matrimonio proceden los dos hermanastros de Adolfo, Alois y Angela. Clara había prestado sus servicios en casa de Alois Hitler cuando éste estaba casado y luego separado de su primera mujer. Cuando Alois Hitler se volvió a casar por segunda vez abandonó la casa y se fue a Viena. Pero cuando Francisca, la segunda esposa de Alois Hitler, enfermó gravemente después del nacimiento de su segundo hijo, Alois Hitler volvió a llamar a su sobrina a Braunau. Francisca murió el 10 de agosto de 1884 después de apenas dos años de casada. (Alois, el primer hijo de este matrimonio había nacido antes de que contrajeran matrimonio y luego fue adoptado por el padre.) El 7 de enero de 1855, medio año después de la muerte de su segunda esposa, se casó Alois Hitler con su sobrina Clara, que ya esperaba un hijo de él, Gustavo, que nació el 17 de mayo de 1885, o sea, apenas a los cinco meses de estar casados y que murió el 9 de diciembre de 1887.
Aun cuando Clara Pólzl era sólo sobrina en segundo grado, necesitaron ambos una dispensa eclesiástica para poder contraer matrimonio. Esta instancia, redactada con la clara y limpia escritura del funcionario real

imperial en el Archivo episcopal de Linz con la cifra de registro 6. 911/II/2 1884, dice lo siguiente:

Solicitud de Alois Hitler y su novia Clara Pólzl con el fin de obtener el permiso para contraer matrimonio.

Eminencia!:

»Los abajo firmantes están decididos a casarse. Pero a tenor del árbol genealógico que se adjunta se presenta el obstáculo canónico del parentesco en tercer grado lindante con el segundo. Por este motivo dirigen el humilde ruego de que Su Eminencia tenga a bien concederles la dispensa y esto por los siguientes motivos:

»El novio es según partida de defunción del 10 de agosto de este año, viudo y padre de dos hijos de menor edad, un niño de dos años y medio (Alois) y una niña de un año y dos meses (Angela) para los cuales necesita urgentemente de una persona que pueda cuidarlos, puesto que por su cargo de aduanero se ve obligado a pasar muchos días e incluso noches fuera de su casa y por lo tanto no puede cuidar ni vigilar la educación de sus hijos. La novia ha asumido ya el cuidado de los niños a la muerte de la madre y les ha mostrado siempre un gran afecto, de modo que no parece existir ningún obstáculo para que atienda al cuidado y a la educación de los niños y, además, haga de este un matrimonio feliz. Además, la novia no dispone de bienes de ninguna clase y, por consiguiente, no se le ofrecería tan pronto otra oportunidad como ésta para contraer un matrimonio decente.
»Apoyándose en estas causas, repiten los humildes signatarios su ruego que les sea concedida la dispensa del mencionado obstáculo de parentesco.

Braunau, 27 de octubre de 1884.
Alois Hitler, novio,
Clara Polzl, novia.
El árbol genealógico que fue adjunto a la solicitud es el siguiente:

Johann Georg Hiedler -- Johann Nepomuk Hiedler
Alois Hitler Johanna Hiedler, casada Polzl
Clara Polz

El obispado de Linz contestó que no estaba autorizado a conceder dicha dispensa y que transmitía la solicitud a Roma, desde donde mandaron la correspondiente autorización. El matrimonio de Alois Hitler con Clara es descrito por numerosos conocidos en Braunau, Passau, Hafeld, Lambach y Leonding, que frecuentaron la familia, como un matrimonio feliz, lo que

seguramente se debe única y exclusivamente al carácter dócil y sumiso de la mujer. En cierta ocasión me dijo a mí a este respecto: «Mi matrimonio no ha sido aquello que una joven muchacha espera y desea del mismo», y luego añadió, resignada: «Pero, ¿quién tiene esta suerte?» A esto se añadió la carga moral y física de aquella delicada mujer por los rápidos partos: en el año 1885 nació Gustavo, en 1886 una hija llamada Ida, que murió también a los dos años, en 1887 otro hijo, Otto, que murió a los tres días de haber nacido y el 20 de abril de 1889 otro hijo, Adolfo.

¡Cuánto dolor de madre se revelaba en la escueta enunciación de estos datos! Cuando nació Adolfo habían muerto ya sus tres hermanos Gustavo, Ida y Otto. ¡Con qué preocupaciones debió la madre seguir, día por día, el crecimiento del único hijo que le quedaba!. Me contó en cierta ocasión, que Adolfo había sido un niño muy débil, de forma que siempre había temido que también perdería a éste.

Comprendí perfectamente los sentimientos de aquella mujer, puesto que también mi madre había perdido a tres de sus hijos a temprana edad y siempre estaba atemorizada por lo que le pudiera suceder al cuarto. Tal vez se debía la causa de la muerte temprana de aquellos tres hijos procedentes del tercer matrimonio de. Alois Hitler, al hecho de que fuera un matrimonio entre parientes. Este juicio lo dejo, empero, en manos de los entendidos. Pero sí quiero llamar la atención sobre un hecho que, en mi opinión, es de gran importancia.

La característica más notable en el carácter de mi amigo de juventud era, en mi experiencia personal, la increíble consecuencia en todo lo que decía y hacía. Había algo en su modo de ser seguro, fijo, inconmovible y obstinado que manifestaba hacia el exterior en la gravedad y seriedad de su expresión y que constituía la base sobre la cual se desarrollaban sus demás peculiaridades. Adolfo «no podía zafarse de su piel», como decimos los alemanes. Lo que yacía en él, quedaba invariable para siempre más. ¡Cuántas veces tuve ocasión de comprobarlo! Recuerdo unas palabras que me dijo en el año 1938, treinta años después de no habernos vuelto a ver: «Usted no ha cambiado, Kubizek, sólo ha envejecido.» Estas palabras fueron definitivas para mi. En realidad, estas palabras valían con respecto a él mismo. Jamás cambió.

He buscado una explicación a este rasgo tan fundamental en su persona. Las influencias del medio ambiente y de la educación no cuentan apenas en este caso. Pero sí me imagino, a pesar de que soy un ignorante por todo cuanto hace referencia a los problemas de herencia y biológicos, que debido a especiales constelaciones en la herencia de este matrimonio entre parientes fueran fijados determinados aspectos y estos «complejos

retardados» provocaran precisamente aquel cuadro de carácter tan típico. En el fondo era este modo de ser lo que llenaba con tantas preocupaciones a su madre.

Una vez más el corazón de la madre sufrió un rudo golpe. Cinco años después del nacimiento de Adolfo, el 24 de marzo de 1894, dio la madre a luz a un quinto hijo, Edmundo, que murió también cuando todavía era niño, el 20 de junio de 1900, en Leonding. En tanto que Adolfo no poseía el menor recuerdo de los tres hermanos fallcidos en Braunau y nunca hablaba de ellos, recordaba perfectamente a su hermano Edmundo, ya que tenía once años cuando murió aquél. Me contó, en cierta ocasión, que su hermano Edmundo había muerto de difteria. Por el contrario, continuó con vida la menor de todas, Paula, que nació el 21 de enero de 1896. De sus seis hijos había perdido Clara Hitler ya cuatro a muy temprana edad. El corazón de la madre jamás se volvió a recuperar de estos rudos golpes. Sólo restaba algo: las preocupaciones por los dos hijos que habían quedado con vida, preocupaciones éstas que a la muerte de su esposo reposaban sólo sobre sus propios hombros. Un débil consuelo lo representaba el hecho de que Paula fuera una niña tan dócil, pero tanto mayores eran los temores y preocupaciones que la dominaban con respecto a su único hijo, Adolfo, unos temores y preocupaciones que sólo terminaron a su muerte.

Adolfo amó mucho a su madre. Lo declaró ante Dios y el mundo. Recuerdo muchas ocasiones en que hizo gala de este amor hacia su madre y, sobre todo, de un modo conmovedor cuando ella estuvo enferma. Siempre que hablaba de su madre lo hacía con palabras de profundo amor hacia ella. Fue un buen hijo. El que no pudiera ver realizado su ansiado deseo de proporcionarle una vida más segura y estable, esto estaba más allá de su voluntad personal.

Cuando vivimos juntos en Viena, llevaba siempre el retrato de la madre enmarcado en un medallón. En su libro Mi lucha aparece la muy significativa frase: «Adoraba a mi padre y amaba a mi madre. »

RECUERDOS DEL PADRE

Por desgracia, no le conocí personalmente. Sin embargo, el influjo de su personalidad podía percibirse aun en los menores detalles. A posar de que, cuando conocí a Adolfo, su padre había muerto hacía casi dos años, seguía estando "presente" todavía para sus familiares. La madre estaba dominada por entero por su personalidad. Con su modo de ser tranquilo y suave,

había perdido casi por completo la suya; lo que ella pensaba, decía y hacía, seguía las pautas marcadas por su esposo muerto. Sin embargo, para poder imponer, en adelante, también, la voluntad del padre, le faltaban su energía y decisión. Para esta mujer, que todo sabía disculparlo, su ilimitado amor que llenaba su entera existencia, era un obstáculo que se interponía en la educación de su hijo. De estas experiencias podía deducir yo cuán perfecta y duradera tuvo que haber sido la influencia de este hombre sobre su familia. Un señor patriarca de la casa, cuya absoluta autoridad era considerada como natural y lógica. En el mejor lugar de la habitación pendía su retrato. En la estantería de la cocina - puedo acordarme todavía exactamente de ello - estaban, cuidadosamente alineadas, con sus multicolores cabezas, las largas pipas en las que había fumado el padre en vida, como si en el próximo instante pudiera abrirse la puerta y entrar el señor inspector de aduanas, regresando, algo refunfuñante, del servicio, para después de un breve saludo tomar una de las pipas de la estantería. En la familia, estas pipas eran el verdadero símbolo de la plena autoridad del padre. Recuerdo aún cómo la señora Clara, en cierta ocasión, al hablar de su esposo, para dar más énfasis a sus palabras, señaló hacia estas pipas, como si ellas pudieran confirmarle cuán leal y fielmente seguía defendiendo ella sus opiniones.

Adolfo hablaba con un gran respeto de su padre. Por enérgicamente que se opusiera a su decisión de hacerse funcionario, jamás oí de sus labios una palabra inconveniente para con su padre. El respeto y adoración que le demostraba Adolfo iba en aumento con los años. No se tomaba a mal que el padre hubiera decidido, por sí solo y de manera autoritaria, la futura existencia y carrera de su hijo, determinando hacer de él un funcionario; pues el padre tenía derecho, incluso el deber, para obrar así. Muy distinto era que Raubal, el esposo de su hermanastra, este hombre inculto que no era más que un pequeño funcionario de la oficina de recaudación de impuestos, se atribuyera también este derecho. Adolfo se negaba a reconocerle el derecho a cualquier intromisión en sus asuntos personales. La autoridad del padre, lo mismo que en vida, seguía siendo aun después de su muerte el contrapeso de que Adolfo se valía para desarrollar su propia fuerza. En continua controversia con este contrapeso se había ido haciendo mayor. La actitud del padre le había inducido a una rebeldía, primero pasiva y luego abierta. Habían tenido lugar violentas escenas, las cuales, según me contara Adolfo, acababan a menudo con que el padre le pegaba. Sin embargo, Adolfo oponía su juvenil obstinación a esta violencia. De esta manera, la oposición entre padre e hijo se había hecho cada vez mayor. Esta relación entre padre e hijo, peculiar y contradictoria, compuestas en partes iguales de adoración y rebeldía, afecto y resistencia, inseparable unión y tenaz deseo de liberación, siguió formando, aun después de la

muerte de aquél, la orientación fundamental en la vida de Adolfo. El funcionario de Aduanas Alois Hitler poseyó durante toda su vida un marcado sentido para la representación. Esta es la razón de que dispongamos de excelentes fotografías de todas las épocas de su vida. Alois Hitler gustaba de fotografiarse, menos en ocasión de sus bodas - que siempre estaban bajo un astro desgraciado en sus ascensos profesionales.

La mayoría de estas fotografías nos lo muestran con su digno rostro de funcionario en uniforme de gala con pantalones blancos y chaqueta obscura, en la que resplandecía la doble hilera de los bien pulimentados botones. Su figura es corpulenta, de mediana estatura, tendiendo ligeramente a la obesidad. Es impresionante el rostro de este hombre. Una cabeza ancha, maciza, en la que destacan ante todo sus patillas, rasuradas en la barbilla, tal como las llevaba su supremo señor el emperador. Los ojos miran agudamente e insobornables. En esta mirada puede adivinarse que este hombre, como funcionario de aduanas, estaba obligado a acoger con desconfianza todo lo que le era sometido. Sin embargo, en la mayor parte de las fotografías, una dignidad profesional oculta lo "investigador" de la mirada. También en las fotografías que nos muestran a Alois Hitler ya retirado, puede percibirse que este hombre, vital y enérgico, no conocía en realidad el descanso. Aun cuando había cruzado ya el umbral de los sesenta años, faltan en él los signos típicos de la vejez. En una de estas fotografías, probablemente la última, la que puede verse también en el sepulcro familiar en Leonding, Alois Hitler aparece todavía como un hombre al que el servicio y el cumplimiento del deber han dado el sello a su vida. De todas formas, existe también otra fotografía de la época de Leonding, en la que Alois Hitler, algo más joven, se nos muestra algo más desde su lado privado: es la imagen de un burgués corpulento y acomodado que sabe también vivir bien.

El ascenso de Alois Hitler de hijo natural de una pobre muchacha empleada en un establo hasta el de funcionario considerado y respetado, es el camino de la insignificancia de una situación social olvidada a la en aquel entonces máxima posición para él al servicio del Estado. Oigamos primeramente lo que el mismo Hitler escribe en su libro acerca de la vida y carrera de su padre: "Como hijo de un pobre e insignificante jornalero, no había podido resistir la vida en el hogar. No contaba todavía trece años cuando el muchacho recogió su morral y se alejo de su patria, del bosque en que había nacido. En contra de los consejos de los «experimentados» habitantes del lugar, habíase encaminado hacia Viena, para aprender allí un oficio. Esto ocurría en los años cincuenta del pasado siglo. Una amarga decisión, ponerse así en camino con tres guineas para todo sustento hacia lo desconocido. Pero cuando este muchacho de trece años hubo cumplido los

diecisiete, había terminado ya su examen de oficial, sin que ello le reportan, empero, la satisfacción para consigo mismo. Estos largos años de miseria, de continua pobreza y dolor afirmaron en él la decisión de abandonar también este oficio, para llegar a ser algo «más alto». Si en otros tiempos el señor párroco de la aldea se aparecía como el símbolo de todas las dignidades posibles de alcanzar al hombre a los ojos de este triste muchacho campesino, su círculo de conocimientos, enormemente ampliado en la gran ciudad, le hace creer ahora lo mismo de la dignidad de un funcionario del Estado. Con toda la tenacidad de un adulto hecho «maduro» ya en plena juventud por la miseria y el dolor, el muchacho de diecisiete años se aferró con todas sus fuerzas a esta nueva decisión, y llegó a ser funcionario del Estado. Después de casi veintitrés años, según creo, había alcanzado su propósito. Y entonces creyó llegado también el instante de ver cumplida su promesa, hecha a sí mismo muchos años antes, a saber: «No regresar a la querida aldea paterna hasta haberse convertido en algo.
La carrera profesional de este Alois Schicklgruber, que más tarde hizo cambiar su nombre por el de Hitler, es la carrera normal de un funcionario celoso en el cumplimiento de su deber.

En 1864, el auxiliar Alois Schicklgruber fue ascendido a asistente provisional para el servicio de aduanas. En 1892 tiene lugar el ascenso del oficial de aduanas Alois Hitler a inspector provisional de aduanas. En 1894, Alois Hitler es confirmado definitivamente en este cargo y destinado a la capital provincial de Linz. Poco después solicita Alois Hitler su retiro, el cual le es concedido por un decreto del 25 de junio de 1895. Contaba entonces cincuenta y ocho años de edad y tenía tras de sí una hoja de servicios de casi cuarenta años sin interrupción.

Sus colegas le describen como un funcionario muy meticuloso y concienzudo, muy riguroso en el servicio y que tenía también «sus manías». Como superior, Alois Hitler no era, ciertamente, apreciado. En las horas libres de servicio se le describe como un hombre muy liberal, que no ocultaba en modo alguno sus convicciones. Alois Hitler estaba muy orgulloso de su categoría de funcionario. Con puntualidad profesional se presentaba en Leonding para beberse su vaso diario por la mañana. Por las noches, en torno a la mesa de sus amigos, era un contertulio apreciado, pero podía excitarse fácilmente y mostrarse grosero, al sumarse en él su natural apasionamiento y la severidad adquirida en el ejercicio de su profesión.

Las relaciones externas del padre, por consiguiente, se nos muestran claras e inequívocas: una carrera de funcionario como mil otras. No hay en ella nada de extraordinario. Sin embargo, esta vida, tan rígidamente regulada

por el servicio, de inspector jefe de aduanas imperial Alois Hitler, muestra un aspecto enteramente distinto, si se le considera desde un lado privado. La descripción del padre hecha en el libro Mi Lucha debe ser completada a la vista de documentos auténticos, para aparecer correcta e íntegra. No hay que olvidar que Adolfo Hitler, según reza el subtítulo del primer tomo de su obra Mi Lucha, concibió esta obra como «un ajuste de cuentas», naturalmente, desde un punto de vista político. Sus descripciones biográficas no tienen más objeto que ofrecer el marco adecuado para ello.

Sin embargo, su intención no era, ni de mucho, escribir una autobiografía. No hablaba de sí mismo más de lo que estimaba conveniente y útil en relación con la finalidad política del libro. Es lógico, por consiguiente, que silenciara el hecho de que él no provenía del primero, sino del tercer matrimonio de su padre; que su madre era una sobrina en segundo grado de su padre, es decir, que procedía de una boda entre parientes, así como que él no era el primero, sino el cuarto hijo de sus padres, y que de cinco hermanos cuatro habían muerto todavía en la niñez. La imagen del padre está representada también de manera incompleta. Un hecho indiscutible es pasado por alto: su padre, Alois Hitler, era un hijo natural. La certeza del origen natural del padre se tiene por la inscripción en el registro eclesiástico de la comunidad de Strones. Según éste, la doncella Anna María Schlickgruber, de cuarenta y dos años, dio a luz un hijo el 7 de julio de 1837, que en el bautizo recibió el nombre de "Alois". El padrino fue el patrón de la muchacha, el campesino Johann Trummelschlager, de Strones. Según se sabe, este hijo fue el primero y también el último. La doncella no hizo ninguna indicación al párroco acerca del padre de su hijo.

En el año 1842, cuando el hijo natural contaba ya cinco años de edad, Anna María Schlickgruber se casó con el mozo molinero Johann Georg Hiedler, de cincuenta años. En las proclamas matrimoniales en la parroquia de Dollersheim se añadió la siguiente nota: «Que él, Georg Johann Hiedler, inscrito como padre, conocido de los testigos abajo firmantes, ha reconocido ser el padre del niño Alois de la madre Anna María Schlickgruber, y ha solicitado la mscripción de su nombre en el libro de bautismos de esta parroquia, lo cual es confirmado por los testigos. » Siguen las firmas del párroco y de los cuatro testigos conocidos en el lugar.

Johann Georg Hiedler reconoció por segunda vez su paternidad con motivo de una herencia en el año 1876, en el notariado de Weitra. En aquel entonces contaba ya ochenta y cuatro años, y la madre de su hijo había muerto hacía casi treinta años; en aquel entonces Alois Schlickgruber era ya un respetado funcionario auxiliar de aduanas en Braunau. Los

campesinos Rameder, Perutsch y Breiteneder firmaron este documento como testigos bien conocidos en el lugar.

Con ello queda aclarada suficientemente la pregunta relativa a la paternidad, tanto desde el punto de vista eclesiástico como legal. No hay más que decir a este respecto. Naturalmente, no es posible alcanzar una certeza absoluta, de forma que son posibles, también, otras combinaciones acerca del abuelo de Adolfo Hitler por parte de padre. La literatura sensacionalista ha hecho un abundante empleo de esta circunstancia. Y, sin embargo, ¿quién se preocupó, en aquel entonces, del hijo natural de una pobre moza de establo en la retirada aldea de un distrito en medio del bosque?

Dado que el muchacho, aun después de casada su madre por la iglesia, no fue adoptado oficialmente, siguió llamándose en adelante Schlickgruber. Durante toda su vida hubiera conservado este nombre si Johann Nepomuk Hiedler, el hermano de Johann Georg, quince años más joven que éste, no hubiera hecho testamento y decidido legar una modesta suma al hijo natural de su hermano. Para ello, sin embargo, puso como condición que Alois tomara el nombre de Hiedler. Y, en efecto, el 4 de junio de 1876 el nombre de Alois Schlickgruber fue cambiado por el de Alois Hiedler en el libro registro de la parroquia de Döllersheim. El 6 de enero de 1877 este cambio de nombre fue confirmado por el juzgado del distrito de Mistelbach. Desde aquel momento, Alois Schlickgruber se llamó Alois Hitler, nombre que en sí no era mucho más significativo que el otro, pero que le aseguraba una parte de la herencia.

Más tarde, cuando en cierta ocasión la conversación pasó a referirse a sus familiares en el distrito forestal, Adolfo me refirió el cambio de nombre llevado a cabo por su padre. Ninguna otra medida de su «viejo señor» le satisfacía tanto como esta; pues «Schlickgruber» le parecía rudo, demasiado campesino y, además, demasiado engorroso, poco práctico. «Hiedler» le parecía demasiado aburrido, demasiado blando. Pero «Hitler» se escuchaba con gusto y era fácil de recordar. El que el padre no eligiera la forma usual de escribir «Hiedler» de sus parientes, sino que ideara, por su propia voluntad, la forma «Hitler», que, en realidad, debiera escribirse con dos t, lo mismo que Hüttler, muestra una peculiaridad típica de él: su anhelo de cambiarse continuamente. Sus superiores no tuvieron, ciertamente, la culpa de ello. En el curso de sus cuarenta años de servicio, Alois Hitler no fue trasladado más que cuatro veces. Los lugares en que hubo de prestar sus servicios, Saalfelden, Braunau, Passau y Linz, están situados tan favorablemente desde un punto de vista geográfico, que representan, por decirlo así, la carrera ideal para un funcionario de aduanas.

Sin embargo, apenas se había instalado Alois Hitler en alguno de estos lugares, cuando sentía ya la necesidad de trasladarse. Durante los años pasados en Braunau se conocen doce traslados de domicilio, aunque probablemente fueron más. En Passau cambió dos veces de morada en el plazo de dos años. Inmediatamente después de su retiro se trasladó de Linz a Hafeld, de aquí a Lambach - primeramente a la pensión Leingartner, después a la posada junto al Schweigbach, es decir, dos cambios de vivienda en un año -, y después a Leonding. No puede decirse que este continuo cambio de hogar - cuando nos conocimos Adolfo recordaba ya siete cambios de casa y había asistido a cinco escuelas distintas - fuera debido a las deficientes condiciones de habitabilidad de las diversas casas. La pensión de Pommer - Alois Hitler sentía una especial preferencia por habitar en pensiones - y en la que nació Adolfo en el año 1889 era una de las construcciones más bellas y representativas de los alrededores de Braunau. A pesar de ello, poco después del nacimiento de Adolfo, el padre no tardó en trasladarse de nuevo. Según puede constatarse, Alois Hitler cambiaba a veces una vivienda buena por otra peor. No era la casa, sino el trasladarse, lo que importaba. ¿Cómo podría explicarse esta verdadera manía?

Podría explicarse de la siguiente manera: Alois Hitler no podía resistir el permanecer en un mismo lugar. Si su profesión le forzaba a una cierta estabilidad externa, en su círculo de actividades más íntimo debía haber siempre movimiento. Apenas se había habituado a una determinada vecindad, se sentía ya hastiado de ella. Vivir significa cambiar de ambiente, rasgo fundamental este que puede reconocerse también con toda claridad en el modo de ser de Adolfo.

Alois Hitler cambió tres veces de esposa. Podría decirse que circunstancias externas eran las culpables de ello. De ser así, el destino se mostraba muy deferente con su temperamento. Pero sabemos cómo justamente su primera esposa, Anna, hubo de sufrir bajo esta inseguridad, circunstancia que la llevó a separarse de su esposo y que contribuyó también en parte a su inesperada muerte; pues Alois Hitler tuvo ya en vida de su primera esposa un hijo con la que después habría de ser su segunda esposa. Y cuando también la segunda mujer enfermó gravemente y murió, Clara, la tercera mujer esperaba ya un hijo de él. El plazo hasta la boda era justamente el necesario para que el hijo pudiera nacer de manera legítima. Alois Hitler no hacía fácil, ciertamente, la vida a sus mujeres. Más de lo que la señora Hitler ha insinuado de manera sumamente reservada, lo revelaba su consumido rostro. Es posible que contribuyera también a esta inestabilidad y desequilibrio interno del padre el hecho de que Alois Hitler no contrajera jamás un matrimonio armónico por la edad. Anna era catorce años más

vieja que él, Francisca veinticuatro, y Clara, veintitrés años más joven. La desusada y notable peculiaridad del padre de cambiar una y otra vez sus condiciones de vida, es tanto más asombrosa cuando que coincide con una época de tranquila y cómoda paz burguesa, en la que, visto desde fuera, no existe la menor justificación para tales cambios. Esta peculiaridad tan típica del padre me explica también la extraña conducta del hijo, que durante tanto tiempo fue un enigma para mí, porque no podía comprender su incesante inquietud. Cuando Adolfo y yo recorríamos las familiares callejuelas de la vieja ciudad - todo a nuestro alrededor respiraba paz, tranquilidad y equilibrio -mi amigo empezaba a cambiar, en su imaginación, todo lo que veía, presa de un peculiar estado de ánimo. Esta casa se encontraba aquí fuera de lugar. Debía ser derribada. Por el contrario, podía cerrarse allí aquella brecha entre los edificios. Aquel trozo de calle precisaba de una implacable corrección, para que ofreciera una impresión cerrada. ¡Fuera estos feos y tristes caserones de viviendas! Era preciso una visión libre hasta el viejo palacio. De esta manera reconstruía Hitler, en su imaginación, continuamente la ciudad. Pero no se detenía tan sólo en las edificaciones. El mendigo que pedía limosna a la puerta de la iglesia le daba el pretexto para hablar de la necesidad de una asistencia social municipal para los ancianos que hiciera innecesario este mendigar por las calles. Se acercaba una campesina con su carro de la leche, tirado por un jadeante e hirsuto perro de San Bernardo, pretexto para criticar la falta de iniciativa de la Sociedad Protectora de Animales. Dos jóvenes tenientes cruzan arrastrando el sable por la calle, razón suficiente para indignarse por la incapacidad del servicio militar, que permite estos ocios.

Esta tendencia a mostrarse disconforme con todo lo existente, a modificarlo continuamente y perfeccionarlo, es innata en él. Pero no se trata aquí en verdad de una cualidad suya, adquirida desde fuera, ya por la educación en la casa paterna o en la escuela, sino de una predisposición innata, que, a mí modo de ver, se pone de manifiesto en el inquieto carácter del padre. Esta fuerza misteriosa palpita en él como un motor que impulsa a cien ruedas. A pesar de ello, en la manera de ponerse de manifiesto esta predisposición se muestra ya una considerable diferencia entre el padre y el hijo. El padre poseía un regulador, de exacto funcionamiento, para dominar su irrefrenable temperamento: su profesión. Su actividad profesional, severamente regulada, daba un orden y una orientación a la inquieta naturaleza de Alois Hitler. La dura obligación de su cargo le salva, una y otra vez, de intrincadas situaciones. El uniforme del inspector de aduanas oculta lo que tiene lugar en la esfera privada de su agitada existencia. Y, ante todo, lo siguiente: con su profesión, el padre admite sin reservas la autoridad sobre la que está asentado este servicio. Aun cuando Alois Hitler, cosa que podía observarse entonces con mucha frecuencia entre los funcionarios

austríacos, tenía ideas liberales, la autoridad del Estado, representada en la persona del emperador, era para él algo absolutamente inmutable. Con esta subordinación sin condiciones a una autoridad reconocida por íntima convicción, Alois Hitler pudo superar todos los escollos y bajíos en el curso de su existencia en los que a veces amenazaba estrellarse como consecuencia de su impulsiva naturaleza.

Con ello se nos aparece bajo una luz distinta la tenaz insistencia del padre de hacer de Adolfo un funcionario. El padre no aspiraba, simplemente, a la usual decisión sobre la futura profesión del hijo. Su intención era, más bien, asegurar al hijo una situación que estuviera unida al reconocimiento de esta autoridad. Es perfectamente posible que el padre no llegara a tener siquiera plena conciencia de las profundas razones de esta actitud. Sin embargo, la obstinación con que hizo valer su punto de vista frente al hijo demuestra que sospechaba perfectamente lo que estaba aquí en juego para Adolfo. Hasta este punto conocía a su hijo.

Con la misma tenacidad, sin embargo, se resistía Adolfo a aceptar la voluntad de su padre, a pesar de que no tenía más que una vaga idea de lo que habría de ser en el futuro. Pintor artístico era, quizá, lo peor que podía desearle a su padre; pues significaba, en cierto modo, un continuo vagar y una norma de vida inestable, es decir, justamente lo que el padre quería evitar a todo trance.

Al negarse a convertirse en funcionario, la vida de Adolfo Hitler se separa, de manera brusca, de la órbita de su padre. En este punto es donde se encuentra la gran decisión de su vida. Aquí puso el desvío al inseguro vehículo de su vida y le dio, de manera definitiva e irrevocable, otra dirección. Yo pasé aliado de Adolfo los años que siguieron a esta decisión. Pude comprobar con qué gravedad buscaba él un camino hacia el futuro, no solamente trabajo y existencia, sino también una verdadera misión adecuada a sus capacidades.

Fue en vano que el padre, poco antes de su muerte, llevara al muchacho de trece años a la oficina central de aduanas en Linz, para mostrarle su futuro campo de actividades. En el fondo, detrás de la tenaz negativa a seguir la misma carrera del padre, se oculta la rebeldía ante la autoridad existente, aquella autoridad, por consiguiente, que a los ojos del padre tenía todavía una absoluta validez. Es por ello que el camino del hijo conducía en un principio a lo incierto y finalizó, de manera consecuente, incorporando Adolfo Hitler en su persona, en la meta de su carrera política, aquella misma autoridad estatal que tanto había combatido en el suelo de su patria

paterna.

A primera vista, parece como si las dos cualidades que tan decisivas son para la imagen característica de Adolfo Hitler, es decir, la implacable consecuencia de su naturaleza, de una parte, y de otra el deseo y ansiedad por cambiar todo lo existente, se contradijeran entre sí. Yo he tenido ocasión de vivir este contraste, sin podérmelo explicar en aquel entonces de manera satisfactoria. Aun cuando Adolfo tenía siempre en continuo movimiento a lo que le rodeaba, seguía siendo siempre el mismo. Su desorbitada avidez de cambio podía conseguir que, a pesar de lo consecuente de su carácter, no quedara rígido e inmóvil, aferrándose a una posición unilateral, sino que, por el contrario, la consecuencia de su carácter daba una meta inconmovible y firme, una clara orientación, a su violento deseo de cambio. Estas dos cualidades, alternativamente predominantes en él, se me aparecieron como condición ideal de un hombre revolucionario.

Alois Hitler tuvo una muerte repentina. El 3 de enero de 1903 - contaba entonces sesenta y cinco años y era todavía extraordinariamente vigoroso y activo -- se dirigió como cada día, puntualmente, a las diez, a la posada vecina para beber su vaso de vino matinal. De repente se desplomó sin una palabra de la silla. Antes de que pudiera acudir un médico o sacerdote estaba muerto. Cuando el hijo de catorce años fue llevado al lecho de muerte del padre, rompió en incontenibles sollozos según informan los presentes. Una prueba de que las relaciones de Adolfo con su padre eran mucho más profundas de lo que se admite generalmente.

LIQUIDACION CON LA ESCUELA

Cuando yo conocí a Adolfo Hitler había puesto ya punto final a sus relaciones con la escuela. Es cierto que en aquel entonces asistía todavía a la escuela real de Steyr, desde donde viajaba a menudo a su casa, casi todos los domingos. Solamente por amor a su madre había consentido en este, según sus palabras, «último intento». Sus calificaciones en la tercera clase de la escuela real en Linz habían sido tan deficientes, que se le había insinuado a la madre el hacer proseguir sus estudios a Adolfo en otra escuela. Mejor dicho; se le permitió aprobar el curso al muchacho con la expresa condición de que abandonaría la escuela de Linz. De esta manera solía trasladar la escuela de la capital a los alumnos que le parecían poco apropiados, a localidades de inferior categoría. Adolfo se indignó por estos métodos hipócritas, y desde un principio consideró como fracasados sus

intentos en la clase cuarta de la escuela real en Steyr. En este tiempo había tenido ocasión bastante para conocer la organización interna de la escuela, llegando a la conclusión de que, para lo que él se había propuesto en la vida, no necesitaba ya de más estudios. Los conocimientos que le faltaban prefería adquirirlos por su propio esfuerzo. Hacía tiempo que el arte había entrado en su vida, y se dedicó a él con juvenil pasión, convencido de que estaba predestinado a ser artista. Comparada con el arte, la escuela, con su odioso sistema de enseñanza, se hundía en una gris monotonía. Adolfo quiso liberarse, por último, de toda obligación y seguir por sí mismo su propio camino en la vida. Despreciaba a los jóvenes que no sabían trazarse sus propios caminos en la vida. En la misma proporción en que se liberaba a sí mismo de la odiada escuela, iba adquiriendo más valor e importancia nuestra amistad ante sus ojos. Lo que antes no pudieron darle la intrascendente camaradería de sus compañeros de clase, lo esperaba ahora de su amigo.

Los datos exteriores de su estancia en la escuela, que en aquel entonces me eran tan sólo conocidos superficialmente son fáciles de» averiguar:

2 de mayo de 1895. Ingreso en la escuela municipal de Fischlham, cerca de Lambach. Asiste a la sección inferior de esta escuela, a la que acude desde Hafeld.

1896-1897. Escuela municipal de Lambach, segunda clase.
Tercera clase de la misma escuela.
Escuela municipal en Leonding, cuarta clase.
Quinta clase en la misma escuela.
Primera clase de la escuela del Estado en Linz, Steingasse.
Repite la primera clase.
Segunda clase en la escuela real de Linz.
Tercera clase en la escuela real de Linz.
Cuarta clase en la escuela real de Steyr.
Otoño de 1906. Examen de reválida en esta escuela.

Existe también material suficiente acerca de los éxitos o fracasos de su estancia en la escuela.

Algunos libros de calificaciones pueden reconstruirse a partir de los cuadernos escolares.

En la escuela municipal fue Hitler siempre uno de los mejores alumnos. Aprendía con facilidad y hacia excelentes progresos sin necesidad de esforzarse demasiado.

El maestro Karl Mittelmaier en Fischlham, con el que empezó su enseñanza, le concedió las mejores calificaciones. Aun en el año 1938 vivía Mittelmaier, y, naturalmente, le interrogaron sin dilación por sus recuerdos de su antiguo alumno. Es verdad que recordaba todavía al pálido y flaco muchacho al que su hermanastra, Angela, de doce años, acompañaba siempre desde Hafeld hasta la escuela de Fischlhamer, pero era muy poco lo que podía decir de él. El pequeño Adolfo se había mostrado siempre muy obediente. Sus artículos escolares estaban en todo momento en el mejor orden. Por lo demás, ninguna otra cosa, en bien o en mal, le había nunca llamado la atención en su alumno. En el año 1939, Adolfo Hitler, ya canciller del Reich, visitó la escuela de Fischlhamer y se sentó de nuevo en el banco en el que había aprendido a leer y escribir. Como de costumbre aprovechó la visita para modificar todo lo existente: compró por su cuenta la vieja casa donde estaba instalada la escuela, conservada todavía y ordenó la construcción de una nueva y bella escuela. La maestra que había substituido al viejo director Mittelmaier fue invitada con sus alumnos al Obersalzberg.

También en Lambach, donde Adolfo Hitler asistió a las clases segunda y tercera de la escuela municipal, mereció un buen número de sobresalientes de su maestro Franz Rechberger. En aquel entonces ingresó en el coro de muchachos de seminario.

Del tiempo de su estancia en Leonding, donde asistió a las clases cuarta y quinta de la escuela municipal, los maestros Sixtl y Brauneis no pueden informarnos de nada de interés, ni tampoco de nada reservado u oculto. De Historia y Geografía sabía más que algunos maestros, afirmaba Sixtl.
Sin embargo, las cosas cambian cuando Adolfo Hitler ingresa en la escuela real de Linz, en septiembre de 1900. Él mismo escribe acerca de aquellos años:

Lo único seguro en un principio era mi visible fracaso en la escuela. Lo que me gustaba, lo aprendía yo, sobre todo aquello que en mi opinión podía serme útil más tarde como pintor. Lo que me pareció intrascendente en este sentido, o lo que no me atraía por lo demás, lo saboteaba yo sin contemplaciones. Mis cuadernos de calificaciones de esta época muestran, según el objeto y su apreciación, siempre valores extremos. Al lado de "notable" y "excelente", se encuentran también "apto" y "no apto". Mis mejores calificaciones las tenía, con mucho, en Geografía, y aún más en la Historia universal, mis dos asignaturas favoritas, en las que yo superaba al resto de la clase.

Sobre la base de esta autoexposición suele obtenerse por lo general un cuadro erróneo acerca de la época de escolar de Adolfo. Aun cuando éste me hablaba de ella con disgusto y tan sólo en sus raros momentos de expansión, nuestra amistad estaba, por decirlo así, en cierto modo a la sombra de sus tiempos escolares. De esta manera pude yo obtener una idea bastante diferente a la que él mismo revela quince años más tarde. En primer lugar, al muchacho de once años le era difícil imponerse en este ambiente extraño para él. Diariamente debía recorrer el largo camino de Leonding a la ciudad hasta la escuela situada en W la Steingasse. A menudo me contó, cuando en nuestras caminatas llegábamos hasta la vieja torre de la fortaleza, que se encuentra en una altura aproximadamente a medio camino en dirección a la ciudad, que estas diarias excursiones hasta la escuela, a pesar de todo, eran lo más bello para él en estos años. Este camino, de más de una hora de recorrido, le aseguraba un resto de libertad que él sabía apreciar tanto más cuanto que se había educado hasta entonces en el campo. En el primer momento, todo en la ciudad se le aparecía extraño. Sus compañeros de colegio, en su mayoría de familias distinguidas y acomodadas de Linz, no tenían en la menor consideración al muchacho forastero, que cada día venía basta allí "de los campesinos". Los profesores, por su parte, no se ocupaban más de él de lo que exigía su especialidad Todo esto era muy distinto de la escuela municipal, con su bondadoso maestro, que conocía exactamente a todos y cada uno de sus alumnos, y que por las noches se sentaba al lado del padre en la mesa de la posada. De la escuela municipal estaba habituado el muchacho a aprobar el curso sin necesidad de esforzarse demasiado. En un principio trató de salir adelante también en la escuela real, con sus improvisaciones, en lo que era un verdadero maestro. Esto fue realmente necesario, pues el aprenderse las lecciones de memoria - lo que tan importante era a ojos de los profesores - no le causaba mucha complacencia. Sin embargo, fallaron aquí las usuales evasivas y subterfugios. Así pues, se refugió por entero dentro de su orgullo y dejó que las cosas siguieran como estaban. Apenas si llamaba la atención en la clase. En más de una ocasión le dieron a entender algunos de estos mimados jóvenes modelo, que no se le tenía en estima a este muchacho procedente del campo. Esto le bastó para aislarse aún más de sus compañeros. Es sintomático que ni uno sólo de sus numerosos compañeros de colegio pudo alardear jamás de una estrecha relación o amistad con él, ni siquiera posteriormente. No podía faltar, lógicamente, la reacción por parte de la escuela. El director del establecimiento, el consejero Hans Commenda, que daba también clases de matemáticas, calificó a Hitler como «no apto», lo mismo que el maestro de Historia natural Max Engstler, temido también por todos los demás alumnos.

Así fue que el alumno Hitler, ya en su primer año escolar, llevó a casa un

certificado con dos "no aptos" y además la observación de que el alumno debía repetir el curso. Adolfo no me contó jamás cuál había sido la reacción del padre ante este certificado. Pero es fácil de imaginárselo.
¡Así pues, era preciso empezar de nuevo desde un principio! El director del curso era ahora el profesor Dr. Eduard Huemer, quien tenía además a su cargo las clases de alemán y francés, los únicos idiomas extranjeros que se enseñaban en las clases inferiores de la escuela real, y que, a mí entender, fueron también los únicos idiomas con los que Adolfo Hitler se ocupó jamás, o, mejor dicho, hubo de ocuparse. Sin embargo, entre tanto se había ya "aclimatado" algo. Le fue posible aprobar el primer curso. Se le trasladó a la segunda clase. En ésta, sin embargo, pudo a duras penas aprobar. Una vez más tuvo que poner el padre su firma al pie de su certificado que contenía un «no apto» en matemáticas, que esta vez procedía del profesor Heinrich Drasch. Así pues, no es posible pretender que fuera la arbitrariedad de los maestros la culpable de estas deficientes calificaciones. Hitler odiaba las matemáticas, por parecerle demasiado áridas y porque exigían un severo y sistemático trabajo. Ya hemos hablado de ello varias veces. Más tarde, en Viena, Hitler comprendió que habría de necesitar las matemáticas, si es que quería llegar a ser arquitecto o maestro de obras. A pesar de ello, persistió en su intenso odio hacia esta asignatura.
La tercera clase acabó también con dos «no apto», una vez más en matemáticas y también en alemán, aun cuando más tarde incluyó al profesor Huemer entre los profesores a los que tenía en cierta consideración. En este año tuvo lugar la muerte del padre. El profesor Huemer dio a entender claramente a la madre de Hitler que el ascenso a una clase superior no sería posible más que en otra escuela, es decir, fuera de la capital. Es falso, por consiguiente, que Adolfo Hitler fuera expulsado de la escuela real de Linz. No fue sino trasladado «al campo».
Si hasta entonces la orden del padre había conseguido retenerle en la escuela, a partir de ahora fue el amor por la madre que le apremiaba para que siguiera en la escuela. A disgusto se trasladó a Steyr. Después de haber leído la Divina Comedía de Dante, se refirió a la escuela de aquel lugar como la "ciudad de los condenados". En Steyr, Hitler vivía en casa de un funcionario de los tribunales, Edler von Cichini, en la calle Grünmarkt 19, pero aprovechaba todo momento libre para dirigirse a Linz. El resultado fue, como es fácil de prever, desastroso. Tampoco el examen de reválida aprobado entre el 1 y el 15 de septiembre de 1905 pudo influir en lo más mínimo. Además del consecuente «no apto» en matemáticas, vino a unirse ahora también un «insuficiente» en "Geometría descriptiva".

En las declaraciones hechas por el Dr. Huemer, durante tres años profesor de Hitler, acerca de su alumno en ocasión del proceso por alta traición después del fracasado putsch de noviembre de 1923, se dice: "Hitler era sin

duda un muchacho capacitado, aun cuando de manera unilateral, pero tenía poco dominio sobre si mismo; por lo menos se le tenía por rebelde, voluntarioso, porfiado y colérico, y era evidente que se le hacía difícil adaptarse al reglamento de una escuela. No era tampoco aplicado; de lo contrario, dadas sus indiscutibles disposiciones, hubiera podido obtener resultados mucho mejores".

Al final de sus conclusiones poco positivas, el profesor Dr. Huemer da libre rienda a sus sentimientos y añade: «Sin embargo, como demuestra la experiencia, la escuela no significa mucho para la vida, y así como los alumnos modelo desaparecen muy a menudo sin dejar huellas de su paso, los últimos de la clase empiezan tan sólo a desarrollarse cuando han conseguido para sí la necesaria libertad de movimientos. A este linaje me parece pertenecer mi antiguo alumno Hitler, al que deseo de todo corazón que no tarde en recobrarse de las odiseas y excitaciones de estos últimos tiempos y que pueda vivir todavía la realización de aquellos ideales que se albergan en su pecho y que a él, como a todo hombre alemán, no harían más que enaltecer su honor.»

Estas palabras, escritas en 1924, están, sin duda, libres todavía de una alabanza expresada a posteriori. Muestran una sorprendente solidaridad entre el maestro y su antiguo alumno. De manera indirecta expresa el profesor Dr. Huemer que los ideales por los que Hitler se encontraba en aquel entonces ante los jueces, procedían de la escuela, Y hay que recordar aquí que Hitler no había sido en modo alguno un buen alumno en alemán, bajo la dirección del profesor Dr. Huemer, como lo demuestran las faltas que pueden encontrarse en las cartas y tarjetas a mí dirigidas. Entre los profesores considerados también como «positivos» por el alumno Hitler, no por la asignatura de su especialidad, pero sí por sus sentimientos, era el profesor de Historia Natural Dr. Theodor Gissinger, que había venido a substituir al profesor Engster. Gissinger era un gran amante de la naturaleza, un infatigable andarín, un entusiasta gimnasta y alpinista. Entre los profesores militantes en las filas nacionalistas, era considerado como el más radical. Las controversias políticas que llenaban aquella época, se ponían de relieve también dentro del cuerpo docente, donde aparecían aún más evidentes en muchos aspectos que en la opinión pública. Esta atmósfera, cargada de elevadas tensiones políticas, fue mucho más decisiva para el desarrollo espiritual del joven Hitler que todo lo que enseñaban. Tal como sucede muy a menudo, no era el tema de la enseñanza, sino la atmósfera, la que determinaba el valor o inutilidad de la escuela.
También el profesor Gissinger emitió más tarde su parecer sobre su antiguo alumno Hitler. Este notable documento reza: «Hitler no se manifestó ante mi en Linz en un sentido favorable ni desfavorable. No era tampoco en

modo alguno el cabecilla de la clase. Su figura era esbelta y erguida, su rostro casi siempre pálido y muy delgado, casi como el de un enfermo de los pulmones; su mirada extraordinariamente abierta, los ojos resplandecientes.»

El tercer y último profesor considerado como «positivo» por Hitler era su profesor de Historia, el doctor Leopold Pötsch. Es el único entre casi una docena de profesores, al que Hitler manifestó ya entonces su respeto. A pesar del desagrado con que Hitler solía hablarme de sus antiguos maestros, con Pötsch hizo una excepción.

Son conocidas las palabras dedicadas por Hitler a su antiguo profesor de Historia:

"Fue quizá decisivo para toda mi vida el que el destino me diera un maestro de Historia que era uno de los pocos que sabía hacer valer este punto de vista (retener lo esencial, olvidar lo intrascendente) tanto en la enseñanza como en los exámenes. Esta ambición estaba encarnada de manera casi ideal en mi antiguo profesor Dr. Leopold Pötsch en la escuela real en Linz. Un anciano señor, de presencia bondadosa pero, a la vez, enérgica, que no solamente sabía cautivar nuestra atención con su deslumbrante elocuencia, sino también arrastramos en su entusiasmo. Todavía hoy recuerdo con suave emoción a este obscuro hombre, que en el ardor de su disertación nos hacía olvidar a veces el presente, nos conjuraba a los tiempos pasados y sabía moldear, como una viva realidad, el seco y árido recuerdo histórico de entre la niebla de los siglos. Y allí estábamos nosotros sentados, entusiasmados a menudo hasta el arrebatamiento, conmovidos, incluso, hasta derramar lágrimas".

Leopold Pötsch es la única personalidad citada por su nombre por Hitler en su obra Mi Lucha En ella se dedican dos páginas y media al recuerdo de este hombre.

No cabe duda de que este juicio a posteriori es exagerado. Prueba de ello es que Hitler acabó su carrera en la escuela con un «suficiente» en Historia, de lo cual tiene posiblemente también la culpa el cambio de escuela. A pesar de ello no hay que subestimar la influencia de este maestro sobre este muchacho tan extraordinariamente sensible.

Si se pretende que lo más valioso en el estudio de la Historia es el entusiasmo que provoca, el Dr. Pötsch cumplió, ciertamente, su misión en este caso.

Putsch era oriundo de la zona fronteriza meridional, y antes de venir a Linz, había enseñado en Marburg y en otros lugares de la frontera lingüística alemana. Así pues, traía consigo una viva experiencia de las luchas nacionales. Yo creo que aquel amor sin límites por el pueblo alemán, que Pötsch relacionaba con la repudiación del Estado de los Habsburgo, fue una vivencia decisiva para el joven Hitler. Con su ardiente profesión por el racismo alemán ganó un firme lugar para su vida futura.

Adolfo Hitler se muestra reconocido durante toda su vida a su viejo profesor de Historia, de la misma manera que su afecto por la escuela y sus maestros iban tanto más en aumento conforme el paso del tiempo iba alejando los recuerdos escolares. Cuando en el año 1938 vino Hitler a Klagenfurt, vio de nuevo a Pötsch, que pasaba los últimos años de su vida en St. Andrá en el Lavanttal. Durante más de una hora conversó Hitler con el decaído anciano a solas en una habitación. No existe ningún testigo de la conversación entre los dos hombres. Pero cuando Hitler salió de la habitación, explicó a sus acompañantes:

-No pueden ustedes sospechar lo que debo agradecer a este anciano.
A pesar de ello, estos juicios de Hitler sobre sus profesores no deben confundir la imagen que se deduce de sus años escolares, o, menos todavía, los contradictorios juicios de sus innumerables compañeros de colegio. La verdad es - y de ello soy yo testigo - que Adolfo abandonó la escuela con un odio elemental. Yo tenía buen cuidado de no llevar la conversación a la escuela. Sin embargo, él sentía alguna que otra vez la necesidad de descargarse con violencia.

No trató de permanecer en contacto con ninguno de los profesores, ni siquiera con Pötsch. ¡Por el contrario! Evitaba a los profesores y fingía no conocerlos cuando se los encontraba por la calle.

Paralelamente a sus conflictos externos con la escuela discurría un segundo conflicto interno, mucho más esencial para él: el conflicto con la madre. No hay que interpretar de manera errónea esta expresión. Adolfo procuraba evitar todo disgusto a la madre, en la medida de lo posible. Sin embargo, esto fue imposible desde el instante en que fracasó definitivamente en la escuela, y abandonó, en consecuencia, el camino señalado por el padre.
Este conflicto anímico ocupó a Adolfo mucho más que la continua guerra de guerrillas con los profesores. ¿Qué podían significar para él unas malas calificaciones? A la madre, empero, le demostraban que Adolfo no conseguiría alcanzar nunca la meta propuesta.

Yo mismo he tenido ocasión de vivir, como Adolfo, los últimos tiempos de sus años escolares; trataba de evitar todo disgusto a su madre, que lo

significaba todo para él, y a la que, a pesar de ello, no podía evitar hacer sufrir, porque era imposible convencerla de que debía seguir forzosamente otros caminos en su vida. Cuál era este «otro camino» lo ignoraba por el momento todavía él mismo. Y siguió ignorándolo aún durante muchos años, después de muerta ya, su madre. La mujer hubo de llevarse consigo a la tumba esta su máxima preocupación por el futuro de su hijo.
En aquel triste otoño del año 1905, la decisión del futuro de Hitler estaba todavía en el alero. Visto desde fuera, la alternativa ante la que se encontraba el muchacho de dieciséis años era: ¿debía repetir la cuarta clase en la escuela real de Steyr o abandonar la escuela para siempre? Pero esto significaba mucho más para él: ¿debía proseguir, por amor a la madre, por un camino que él mismo consideraba como desesperado y falso, o debía aceptar el dolor que habría de causar a su madre, sin así pretenderlo, y tomar aquel «otro camino», del que sabía solamente que era un camino hacia el arte, calificativo éste que, lógicamente, no podía consolar en modo alguno a la madre?

A pesar de ello, y de conformidad con su modo de ser, esto no significaba para Adolfo una decisión en el verdadero sentido de la palabra; pues, en realidad no se encontraba ante una decisión que hubiera de llevarle en uno u otro sentido. No podía obrar de ninguna otra manera, abandonó la escuela, siguió sin vacilar el nuevo camino y se mantuvo en él de manera consecuente. Pero sabía cuán difícil y dura fue esta decisión para su madre. Yo sé cuánto hubo de sufrir él mismo bajo esta idea. En aquellos meses de otoño de 1905, Adolfo atravesó por una grave crisis, la peor que yo tuve ocasión de conocer en él durante los años de nuestra amistad. En lo externo, esto se puso de manifiesto en una grave enfermedad. Él mismo nos habla en su libro de una dolencia pulmonar. Su hermana Paula nos habla de un vómito de sangre. Otros, por su parte, afirman que se trató de una dolencia de estómago por autosugestión. En aquel entonces me encaminaba yo casi diariamente a la Humboldtstrasse para visitar a Adolfo en su lecho de enfermo; pues tenía que informarle continuamente de Estefania, a la que él adoraba ya en aquel tiempo. Según puedo recordarme, se trataba realmente de una dolencia pulmonar, a saber, de un catarro del lóbulo del pulmón. Mucho tiempo después estaba todavía atormentado por la tos y unos pertinaces catarros, especialmente en los días húmedos y nebulosos.

A los ojos de la madre, esta enfermedad le eximió también de la obligación de seguir asistiendo a la escuela. Desde este punto de vista, esta enfermedad fue muy oportuna para su decisión. Hasta qué punto hubo de contribuir él mismo a esta enfermedad, hasta qué punto fue provocada por sus crisis internas, hasta qué punto tenía simplemente un origen constitucional, me es imposible decidirlo.

Cuando Adolfo abandonó de nuevo su lecho de enfermo, hacía tiempo ya que había tomado una firme determinación. La escuela estaba ya definitivamente a sus espaldas. Sin la menor duda o vacilación inició la carrera del artista. Siguen luego en su vida dos años sin un claro objetivo externo. «En la vaciedad de la existencia cómoda», así designa él mismo esta fase, cuando al redactar su obra Mi lucha descubre, con cierta desazón, este espacio en blanco en su vida. Visto desde el exterior, este calificativo es ciertamente adecuado. Deja de asistir a la escuela, no se preocupa ya de ningún estudio profesional práctico, vive con su madre y deja que ella le mantenga.

La realidad, sin embargo, este capitulo de su vida está lleno de una incesante actividad. Dibujaba, pintaba, componía poesías, leía. No puedo recordarme haber visto nunca a Adolfo sin hacer nada o aburrido siquiera durante una hora. Si alguna cosa le aburría casualmente, como por ejemplo una obra teatral, este mismo aburrimiento le incitaba vivamente a rechazar esta obra, de modo que este repudiamiento le sumía de nuevo en la más plena actividad. Verdad es que su actividad era todavía poco sistemática. En todo ello no podía verse ningún objetivo determinado, ningún claro propósito. Con increíble energía iba acumulando impresiones, experiencias y material. Quedaba por ver todavía lo que resultaría de todo ello. Se limitaba solamente a buscar, buscaba en todas partes y continuamente. Adolfo había encontrado un medio para demostrar a la madre cuán inútil hubiera sido para él seguir asistiendo a la escuela. Y lo demostró - típico para su modo de enfocar los problemas -- demostrando en sí mismo a la madre la inutilidad del sistema escolar. «¡Se puede aprender mucho mejor por uno mismo! », explicó a su madre. Se inscribió en la biblioteca de la Sociedad para la educación popular en la Bismarckstrasse. Ingresó asimismo en la Sociedad de los Museos y se llevaba también libros de allí para leer en casa. Además, utilizaba la biblioteca de préstamos de las librerías Steurer y L. Hasslinger. Desde este instante no me es posible representarme a Hitler más que rodeado por libros, sobre todo de los tomos de su obra favorita, que no soltaba nunca de su mano: las «Leyendas alemanas de héroes».¡Cuantas veces me invitó, viniendo yo de la ruidosa máquina de desbastar, a llevarme uno u otro libro que él acababa de leer, y estudiarlo, para poder discutirlo luego conmigo! De repente había surgido en él todo lo que le había faltado en la escuela: la aplicación, el interés, la alegría de aprender. ¡Según él mismo afirmaba, había vencido a la escuela con sus propios medios!

ESTEFANIA

Hablando francamente, no me resulta agradable hablar aquí como el único testigo - aparte de la misma Estefanía - del amor juvenil de mi amigo, que desde comienzos de sus dieciséis años hubo de mantenerse durante más de cuatro años; me temo que con la descripción de la realidad de los hechos habré de decepcionar a todos aquellos que se prometen sensacionales revelaciones. Las relaciones de Adolfo con esta muchacha, de una familia distinguida, se movían por entero en el marco de las costumbres vigentes, y eran absolutamente normales, a no ser que el concepto de la moral entre los sexos haya evolucionado de tal manera en la actual generación, que hubiera de considerarse como anormal el que en una relación entre jóvenes como a la que nos referimos - para decirlo en pocas palabras - "no sucediera nada".
Hay que disculparme también que no cite aquí el apellido de esta muchacha, así como su nombre de casada. Lo he indicado en ocasiones a personas que se ocupaban de la investigación de la juventud de Hitler, y de cuya seriedad pude convencerme. Estefanía, que era uno o dos años mayor que Hitler, se casó más tarde con un oficial de alta graduación y vive hoy todavía, como su viuda, en Viena. Confío que ello habrá de hacer comprensible mi discreción.

En la primavera del año 1905, durante uno de nuestros paseos después de cenar, me asió Adolfo fuertemente por el brazo y me preguntó excitado, qué me parecía aquella esbelta muchacha rubia que cruzaba la calle del brazo de su madre.

-La amo! -añadió, con decisión.

Estefanía era una muchacha garbosa, de esbelta figura. Su cabello era rubio y abundante, que casi siempre solía llevar en un moño. Sus ojos eran muy bellos, claros y expresivos. Iba vestida de manera verdaderamente elegante. Y también su porte demostraba que procedía de una casa acomodada y distinguida.

La fotografía del examen de reválida tomada por el fotógrafo Hans Zivny en Urfahr es algo anterior a este encuentro. En aquel entonces, Estefanía debía contar diecisiete, a lo sumo dieciocho años. La fotografía nos muestra una muchacha de bellos y atractivos rasgos. La expresión de su proporcionado rostro es natural y franca. La abundante cabellera refuerza aún más esta expresión. Algo fresco y suave rodea este rostro como un delicado hálito.

El paseo al anochecer por la Landstrasse era entonces una grata costumbre para los habitantes de la ciudad de Linz. Las damas contemplaban los escaparates, hacían sus compras. Se encontraban con conocidos, y los

jóvenes se divertían de la manera más ingenua e inocente. Se flirteaba animadamente. Los jóvenes oficiales eran los más expertos en este arte. Al parecer, Estefanía vivía en Urfahr, pues venía siempre del lado del puente hacia la plaza principal, y se paseaba luego por la Landstrasse del brazo de su madre. Con bastante puntualidad, a las cinco de la tarde, aparecían la madre y la hija. Nosotros aguardábamos junto a la esquina de la Schmiedtor. Dado que ni Adolfo ni yo habíamos sido presentados a la joven muchacha, hubiera sido incorrecto por nuestra parte saludar a Estefanía. Una mirada debía substituir la falta de saludo. Adolfo no apartaba por un solo momento la mirada de Estefanía. Durante este tiempo, no era mucho lo que podía hacerse por él. En esta hora, parecía como transfigurado, muy distinto al de costumbre. En estos momentos era mucho más fácil entenderse con él.

Yo pude averiguar que la madre de Estefanía era viuda, y que vivía, efectivamente, en Urfahr, y que el joven que de vez en cuando aparecía al lado de Estefanía y que tanto irritaba a Adolfo, era su hermano, que estudiaba Derecho en Viena, y que pertenecía a una asociación de estudiantes. Esta noticia tranquilizó grandemente a Adolfo. No obstante, alguna vez aparecían también algunos jóvenes oficiales, que hacían compañía a las dos mujeres. Al lado de estos jóvenes tenientes con sus gallardos uniformes, los muchachos tristes y pálidos como Adolfo no podían llamar, ciertamente, la atención. Adolfo se daba perfecta cuenta de ello se desahogaba con elocuentes palabras. En última instancia su ira se manifestaba en una radical repulsión de todo el cuerpo de oficiales y todo lo militar. «Fatuas cabezas vacías», como él los llamaba. Le molestaba enormemente que Estefanía se entretuviera con estos «ociosos», que levaban corsé y se perfumaban, según él afirmaba. No cabe duda de que Estefanía no tenía la menor idea de cuan hondo era el afecto que Adolfo sentía por ella. Ella le tenía por un enamorado algo tímido, pero chocantemente obstinado, de los llamados «apegados». Cuando contestaba con una sonrisa a la mirada interrogante del hombre, se sentía éste feliz, y se sumía en un estado de ánimo como no pude observarlo jamás en él. Todo en el mundo era entonces bueno y bonito y bien ordenado, y se sentía satisfecho. Pero si Estefanía, lo que sucedía con la misma frecuencia, desviaba fríamente su mirada, se mostraba abatido y hubiera deseado poner fin a sí mismo y al mundo entero.

Es cierto que son estos los síntomas típicos para el primer gran amor. Y se intentará probablemente también quitar importancia a estas relaciones entre Adolfo y Estefanía calificándolas de «sueños de colegiales». Este nombre está indicado quizá para el concepto que tenía Estefanía de estas relaciones. Pero para Adolfo, esto era mucho más que un simple enamoramiento. El

simple hecho de que esta relación durara más de cuatro años, y arrojara su luz aun sobre los subsiguientes años de miseria de Viena, demuestra que en Adolfo este sentimiento era un auténtico y verdadero amor. Una prueba de lo profundo de este sentimiento es la exclusividad con que Adolfo consideraba esta relación. En tanto que para los caprichos juveniles es típico un cambio continuo, para Adolfo, durante estos años, no existió ningún otro ser femenino que Estefanía. No veía siquiera que al lado de ella existían también otras muchachas. Estefanía significaba para él todo lo femenino. No puedo recordar que ninguna otra muchacha le ocupara jamás. Cuando más tarde, en Viena, Lucie Weidt nos entusiasmaba como encarnación de Elsa en «Lohengrin», expresó, como máxima alabanza, que mucho en ella le recordaba a Estefanía. Por su figura, Estefanía hubiera sido la intérprete ideal de la figura de Elsa y otras figuras femeninas de los dramas musicales de Ricardo Wagner. Sé todavía que durante mucho tiempo nos rompimos la cabeza sobre si Estefanía dispondría acaso de la capacidad musical necesaria para esta tarea, y una voz adecuada. Adolfo lo admitía así, sin más. Justamente lo que de valquiria había en ella era lo que le atraía y despertaba más en él el más cálido entusiasmo. Compuso innumerables poesías amorosas en honor de Estefanía. "Himno a la amada" se llamaba una que me leyó de un cuaderno pequeño y negro de tapas flexibles. Estefanía cabalgaba como doncella del castillo tocada con un vestido de terciopelo azul obscuro y ondeante sobre un blanco palafrén por praderas cubiertas de flores. La abierta cabellera le caía como una cascada de oro sobre los hombros. Sobre ella resplandecía un claro cielo de primavera. Todo era una pura y radiante felicidad. Me parece ver todavía el rostro de Adolfo extasiado de felicidad y encanto, y me parece oír su voz mientras me leía los versos. Estefanía llenaba tan por entero su ser, que todo lo que él decía, lo que hacia, lo que proyectaba para el futuro, se refería, directa o indirectamente, a ella. Al aumentar el alejamiento con su propio hogar, como típico de los jóvenes en estos años, Estefanía iba adquiriendo cada vez más influencia sobre mi amigo, y todo esto sin haber cruzado nunca una sola palabra con ella. Yo pensaba mucho más sobriamente sobre estas cosas, y recuerdo exactamente cómo discutíamos muy a menudo sobre este punto, de la misma manera que mi recuerdo de las relaciones de Adolfo con Estefanía es mucho más claro que cualquier otro. Él solía afirmar que era del todo suficiente que se presentase algún día a Estefanía. Al momento se aclararía todo lo demás, sin haberse cruzado siquiera una palabra entre ellos. Entre unas personas tan extraordinarias como lo eran él y Estefanía no era preciso, en modo alguno, la comunicación oral, imprescindible entre las demás personas. Los seres fuera de lo normal se entendían entre sí con ayuda de la intuición, me explicaba mi amigo. Cuando se trataba de un tema aún tan distante, Adolfo se manifestaba siempre persuadido que Estefanía no solamente conocería

su plan con toda exactitud, sino que tendría el mismo inmenso interés que él. Si yo osaba objetar que todavía no le había contado nada de todo ello a Estefanía y que dudaba, incluso, de que se ocupara de tales cosas, se llenaba de indignación y me increpaba:

-Tú no puedes comprenderlo, porque no eres capaz de entender el sentido de un amor extraordinario.

Para tranquilizarlo le pregunté si podría infundir a Estefanía el conocimiento de estos complicados problemas simplemente con sus miradas. A ello se limitó a contestar:

¡Es posible! No puedo explicarlo. En Estefanía está todo lo que está en mí.
Naturalmente, yo procuraba no profundizar demasiado en estas delicadas cuestiones. Pero me satisfacía que Adolfo me concediera tanta confianza. A ninguna otra persona, ni siquiera a su madre, le había hablado él de Estefania.

La misma exclusividad, tan lógica para él, la exigía también de Estefanía. Durante mucho tiempo interpretó él el interés de la joven por otros jóvenes, especialmente por ciertos oficiales, como un a modo de maniobra de diversión, con la que Estefanía pretendía disimular sus apasionados sentimientos hacia él. Esta idea, empero, era seguida a menudo por accesos de furiosos celos. Adolfo se sentía infinitamente desgraciado cuando Estefanía no concedía siquiera una mirada al pálido jovenzuelo que aguardaba junto a la esquina de la Schmiedtor, y dedicaba toda su atención a alguno de los jóvenes tenientes que solían acompañarla. ¿Cómo hubieran podido satisfacer a una muchacha joven y llena de la alegría de vivir las interrogantes miradas de este enigmático adorador, cuando había otros que sabían ofrecerle su adoración de manera mucho más desenvuelta? Pero nunca hubiera yo podido decirle algo semejante a mi amigo Adolfo.

-Qué es lo que debo hacer? - me preguntó un día.

Pregunta ésta que yo no había oído pronunciar jamás de sus labios en otros problemas. Me sentí muy orgulloso de que recabara mi consejo. Por una vez podía yo sentirme superior a él.

-Muy sencillo - contesté-, saludas a las dos damas te acercas a ellas, te presentas a la madre, pronunciando tu nombre a la par que te quitas el sombrero, y le pides luego permiso para hablar con la hija y poder acompañar a las dos.

Adolfo me miró dudoso y consideró durante unos instantes mi proposición. Luego, sin embargo, la rechazó.

-Qué es lo que debo decir, sí la madre me pregunta por mi trabajo? Al presentarme, debo decirle mi profesión. Lo mejor será decirla inmediatamente después del nombre. «Adolfo Hitler, pintor académico», o algo parecido. Pero yo no he llegado todavía a esto. Primeramente tengo que llegar a serlo. Es fácil de imaginárselo. Para la madre la profesión es probablemente más importante que el nombre.

Durante mucho tiempo creí que Adolfo era sencillamente demasiado tímido para presentarse ante Estefanía. Sin embargo, no era timidez lo que le retenía. Ya entonces poseía Hitler un concepto tan elevado de la relación del hombre con respecto a la mujer, que le parecía indigna la manera habitual de entrar en mutua amistad. Rechazaba rotundamente cualquier forma de flirteo. Estaba convencido de que Estefanía no tenía otro deseo que aguardar hasta que él llegara para rogarle fuera su esposa. Yo no estaba en modo alguno tan seguro. Pero Adolfo, como en todos sus problemas y objetivos, se había trazado ya un plan concreto. Lo que no había conseguido el padre, y menos, todavía, la escuela; lo que incluso la madre había intentado en vano conseguir, lo consiguió esta muchacha extraña y desconocida, con la que no había cruzado siquiera una sola palabra: se trazó un minucioso plan para su futuro, gracias al cual habría de serle posible solicitar la mano de Estefanía dentro de cuatro años.
El resultado de las largas horas de conversación sobre esta difícil cuestión fue que recibí de Adolfo el encargo de informarme en primer lugar con más detalle acerca de Estefanía.

Conocía yo a un violoncelista en la asociación musical, al que había visto en alguna ocasión conversando con el hermano de Estefanía. Gracias a este amigo averigüé que el padre de la muchacha, un alto funcionario del gobierno, había muerto hacía algunos años. La madre vivía de manera desahogada y recibía la correspondiente pensión de viuda, gracias a la cual podía ofrecer la mejor educación imaginable a sus dos hijos. Estefanía había estudiado en el liceo para señoritas y aprobado ya el examen de reválida. Cosa natural dada su belleza, tenía un gran número de admiradores. Le gustaba bailar y el invierno pasado había asistido, acompañada de su madre, a casi todos los bailes de importancia en la ciudad. Pero que él supiera - me dijo el violoncelista - no estaba todavía prometida.

Adolfo se sintió muy complacido por el resultado de mis indagaciones, aun cuando le parecía sumamente lógico y natural que Estefanía no estuviera

todavía prometida. Un aspecto de mis indagaciones, empero, le intranquilizó: Estefanía bailaba. Y, según me aseguró el violoncelista, le gustaba bailar y bailaba muy bien.

Esto no encajaba, ciertamente, en el cuadro que Adolfo se había bosquejado de Estefanía. Una valquiria que se mueve sobre el parquet del brazo de alguna «cabeza hueca» de teniente, esto era para él difícil de concebir. ¿De dónde procedería este severo rasgo, casi ascético, que le impedía gozar de ninguna de las naturales alegrías de la juventud? El padre dé Adolfo había sido un hombre lleno de la alegría de vivir, y de joven, como gallardo funcionado de las aduanas, había hecho perder sin duda la cabeza a más de una muchacha. ¿Por qué era Adolfo tan distinto? Era un hombre ciertamente atractivo, bien desarrollado, y sus rasgos algo severos y demasiado graves estaban animados por la extraordinaria expresión de sus ojos, cuyo peculiar brillo podía hacer olvidar, incluso, la enfermiza palidez de su rostro. Bailar, sin embargo, estaba en tal contraste con su naturaleza, como el fumar o pasar las horas sentado en una taberna bebiendo cerveza. Esto no le era en modo alguno posible, aun cuando nadie, ni tampoco la madre, le alentara en esta rígida conducta. Por fin había algo que me permitía burlarme de él, después de verme tantas veces escarnecido y burlado.

- Tienes que aprender a bailar, Adolfo! - le manifesté con la mayor gravedad posible.

Esto hizo que el problema del baile pasara para él a un primer lugar. Recuerdo perfectamente cómo en aquel entonces, en nuestros solitarios paseos, no era ya el tema «Teatro» o «Reconstrucción del puente sobre el Danubio» el que ocupaba el punto central de nuestras conversaciones, sino el problema del baile. Como en todas aquellas cosas que no podía él resolver inmediatamente, lo había convertido en un asunto de interés general.

-Imagínate un salón lleno de gente - me dijo en cierta ocasión -, y trata de figurarte que eres sordo. No puedes oír la música que hace moverse a todas estas personas. Contempla luego este absurdo movimiento de las personas, que no ha de llevarlas a ninguna meta. ¿No te parecerán completamente locas estas personas?

-Es inútil pensar así, Adolfo - le repliqué yo-, a Estefanía le gusta bailar. ¡Si quieres conquistarla, tienes que moverte tan loca y absurdamente como los demás!

No se precisaba más para provocar en él un arrebato de cólera.

-No, no,¡jamás! -me gritó a la cara-. No bailaré nunca, ¿me oyes? Estefanía baila solamente porque la obliga a ello la sociedad, de la que depende por desgracia. ¡Tan pronto se haya convertido en mi esposa, no sentirá ya la menor necesidad de bailar!

Cosa excepcional, esta vez no pudieron convencerle del todo sus propias palabras; pues una y otra vez surgía de nuevo ante sus ojos el problema del baile. Yo llegué incluso a sospechar que en su casa, bien cerradas las puertas ensayaba incluso un par de cuidadosos pasos con su hermana pequeña. La señora Hitler pera complacer a Adolfo, había comprado en otros tiempos un piano. Tal vez no tardaría en serme confiado el encargo de tocar algún vals para él. En este caso me proponía preguntarle yo si no se había vuelto sordo. A mi entender, se era sordo mientras bailaba. No necesitaba de ninguna música para poder moverse. También me proponía darle algunas explicaciones sobre la armonía entre la música y el movimiento corporal, que, al parecer, no había acabado todavía de comprender.

Pero no se llegó a ello. Adolfo seguía meditando y buscaba una solución. Durante días, durante semanas enteras reflexionó sobre todo ello. En su desespero se le acudió una idea absurda. Llegó a considerar seriamente la posibilidad de raptar a Estefanía. A este fin trazó un plan con todos sus detalles. Mi papel a este respecto no era muy lucido, ciertamente. Yo debía iniciar una conversación con la madre, en tanto él se apoderaba de la hija.
-Y de qué pensáis vivir después los dos? - le pregunté yo, prosaicamente.
Esta pregunta le hizo recobrar, en parte, la serenidad. El osado proyecto fue abandonado.

Para mayor desgracia, Estefanía se mostraba en aquel entonces también de un desagradable humor. Pasaba de largo volviendo el rostro junto a la esquina de la Schmiedtor, como si Adolfo no existiera siquiera. Esto llevó a mi amigo al borde mismo de la desesperación.

-No puedo resistirlo por más tiempo- exclamó-. ¡Voy a poner fin a todo ello!

Fue la primera vez y - en tanto yo puedo recordar - la única en que Adolfo pensó con toda seriedad en el suicidio, Se proponía saltar por el parapeto del puente al Danubio, me dijo. Entonces, todo habría terminado ya para siempre. Pero Estefanía tenía que ir juntamente con él hacia la muerte. No quería renunciar a ella. De nuevo se trazó un plan con sus menores detalles.

Me describió minuciosamente cada una de las distintas fases en que debía desarrollarse la espantosa tragedia, fijando, a la vez, mi intervención en ella, e incluso la manera cómo debía yo conducirme después, como único superviviente. La sombría escena se agitaba en medio de mis nocturnos sueños.

No obstante, no tardó de nuevo es aparecer el sol en el cielo, ¡y así llegó aquel feliz día de junio de 1906 para Adolfo, que él no olvidaría nunca, lo mismo que yo. El verano estaba ya próximo y en Linz se celebraba un desfile acompañado de batalla de flores. Como de costumbre, Adolfo me aguardaba frente a la iglesia de los carmelitas, a donde acudía yo cada domingo para asistir al servicio divino con mis padres. Después nos apostamos en la esquina de la Schmiedtor. Este sitio estaba ventajosamente situado, pues la calle es muy estrecha en este lugar y las carrozas que intervenían en el desfile debían cruzar muy junto a la acera. Desde la plaza principal llegaba hasta nosotros la airosa música de marchas militares. La banda del regimiento del regimiento de Hessen desfilaba con sus resplandecientes instrumentos Detrás de ella, adornados a más y mejor con flores, se alineaban las diversas carrozas, desde las que jóvenes muchachas y señoras de edad saludaban alegremente a los espectadores. Pero Adolfo no veía ni oía nada de ello, Febrilmente aguardaba a Estefania. Estaba próximo ya a abandonar toda esperanza de ver a la amada, cuando Adolfo me asió de repente el brazo con tanta fuerza que me hizo daño. En un bello carruaje adornado con flores acababa de aparecer la madre y la hija en la Schmiedtorstrasse. Me parece todavía ver la escena ante mis ojos. La madre iba ataviada con un vestido de seda gris claro, y sostenía en lo alto una graciosa sombrilla roja, a través de la cual los oblicuos rayos conjuraban un hálito rojizo sobre el rostro de Estefanía, que vestía un vaporoso vestido de seda. El vestido no estaba adornado de rosas, como los demás, sino con sencillas florecillas silvestres. Todo el coche estaba cubierto de rojas amapolas, blancas, margaritas y azules acianos. La joven sostenía en sus manos un ramo de las mismas flores. El coche se aproxima a nosotros. Adolfo parece clavado en el suelo. Nunca había aparecido Estefania tan encantadora como entonces. El coche llegó frente a nosotros, muy cerca de nosotros. El rayo de unos claros ojos se posa entonces en Adolfo. Estefanía le sonríe con toda la despreocupación propia de la festividad del día, toma una flor de su ramo y se la arroja a mi amigo.
No he visto nunca en mi vida a Adolfo tan feliz como en aquel momento. Cuando el coche hubo pasado, me arrastró hasta la tranquila Kloestergasse. Después nos apresuramos hasta el paseo desierto en este momento. Contemplaba conmovido la flor, esta visible prenda del amor de la muchacha. Me parece oír todavía su voz, temblorosa de excitación, junto a mi oído:

-¡Siente afecto por mí! Tú mismo lo has visto. ¡Siente afecto por mí!

En los meses que siguieron, cuando la decisión de abandonar definitivamente sus estudios en la escuela real le llevó a disgustos con su madre, y mientras yacía enfermo, el amor por Estefanía era su único consuelo, y la flor de Estefanía la llevaba siempre consigo en un medallón. Nunca como entonces me necesitó tanto Adolfo como amigo; pues yo era la única persona a la que había confiado su secreto, y sólo por mi mediación podían llegar hasta él noticias sobre Estefanía. Día tras día debía yo apostarme, a la hora de costumbre, junto a la esquina de la Schmiedtor, para poder comunicarle luego todo lo que podía observar, en especial con quién habían hablado la madre y la hija. En opinión de Adolfo, Estefanía debía sentirse muy triste de verme sólo a mí en el lugar de costumbre. Esto no era así, ciertamente, pero yo se lo silenciaba a mi amigo. Que Estefanía pudiera gustarme también a mí, a esta conclusión no llegó jamás, por suerte, Adolfo en sus pensamientos; pues la menor sospecha en este sentido hubiera significado el fin de nuestra amistad. Para ello no había, empero, la menor razón, y así pude informar yo a mi pobre amigo con la mayor franqueza el resultado de mis observaciones. La madre de Adolfo había observado hacía ya tiempo el cambio experimentado en su hijo. Una noche, me acuerdo aún perfectamente de ello, pues la pregunta me sumió en una gran confusión, me preguntó la mujer, abiertamente:

-Qué es lo que le pasa a Adolfo, señor Kubizek, por qué le espera él con tanta impaciencia?

Yo balbucí una excusa cualquiera y me dirigí, lo más rápidamente posible, a la habitación de Adolfo. Mi amigo se sentía feliz cuando yo podía traerle novedades de Estefania:

-Tiene una bella voz de soprano - le dije en cierta ocasión.

A estas palabras exclamó, lleno de sorpresa:

-Cómo sabes tú esto?

La he seguido durante un buen trecho y la he oído hablar. ¡Entiendo lo bastante de música para saber que esta clara y limpia voz podría dar una buena soprano!

Adolfo se sintió complacido por esta noticia. Y yo me alegré también de verle tan feliz, postrado en el lecho.

Yo debía seguir siempre por el camino más corto, desde el paseo hacia la Humboldstrasse. A menudo encontraba a Adolfo trabajando en un ambicioso proyecto.

-Ahora está decidido - me dijo en cierta ocasión con hosca gravedad, cuando le hube comunicado mi informe -¡construiré la casa para Estefanía en estilo Renacimiento!

Después me invitaba a darle mi opinión sobre el proyecto, especialmente sobre la situación y las dimensiones del salón de música. Había prestado una particular atención a que este lugar tuviera una buena acústica. Yo debía decirle cuál era el lugar más indicado para el piano. Y así por el estilo. Todo esto se comentaba en un tono, como si no cupiera ya la menor duda en la realización de estos planes. Una sobria pregunta acerca del dinero era rechazada con un rudo u ¡Qué tontería, el dinero! », frase que pude oír a menudo de sus labios. También discutíamos acerca del lugar en que debía construirse esta maravillosa villa; como músico abogaba yo por Italia, en tanto que Adolfo afirmaba, con obstinación, que esta mansión no podía construirse más que en Alemania, en las cercanías de alguna gran ciudad que les permitiera a él y a Estefanía asistir a la ópera y a los conciertos.

Apenas pudo abandonar Adolfo el lecho de enfermo, cuando se dirigió inmediatamente a la ciudad y se apostó, una vez más, en la esquina de la Schmiedtor. Todavía estaba muy pálido y desmejorado. Puntual como siempre apareció Estefanía del brazo de su madre. Vio a Adolfo, pálido, con las mejillas hundidas y le sonrío.

-Te has dado cuenta? - se volvió aquél hacia mí lleno de felicidad.

Desde este instante empezó a mejorar de manera rápida su salud. Cuando en la primavera del año 1906 se dirigió Adolfo a Viena, recibí de él detalladas instrucciones acerca de la manera cómo debía comportarme frente a Estefanía, pues estaba convencido de que la joven no tardaría en dirigirse a mí y preguntarme si mi amigo estaba de nuevo enfermo, dado que yo estaba solo en la esquina. Yo debía contestarle de la siguiente manera:

"Mi amigo no está enfermo, sino que tuvo que partir para Viena, para empezar allí sus estudios en la Academia de Artes Plásticas. Una vez terminados sus estudios, pasará un año viajando por el extranjero, naturalmente". (Yo insistí en poder decir «Italia».) ¡Está bien, pues, en Italia - «Dentro de cuatro años estará de regreso y entonces pedirá su mano.

Caso de aceptarle usted, tendrán lugar inmediatamente los preparativos para la ceremonia».

Como es de suponer, tuve yo que informar continuamente a Adolfo por escrito a Viena acerca de Estefanía. Como resultaba más económico mandar tarjetas que cartas, al despedirnos, Adolfo me dio una clave para Estefanía; Benkieser. Era éste el nombre de un compañero de colegio de Adolfo. Hasta qué punto se acordaba Adolfo de este «Benkieser», a pesar de las muchas y variadas impresiones en Viena, lo demuestra una sencilla tarjeta postal que me escribió mi amigo el 8 de mayo de 1906. «Me siento todavía atraído hacia mis queridos Linz y Urfahr», dice en ella. La palabra Urfahr está subrayada. Quería indicar, naturalmente, a Estefanía, que vivía en Urfahr. «Yo quiero o debo ver de nuevo a Benkieser. ¿Qué es lo que estará haciendo?... »

Pocas semanas más tarde regresó Adolfo de nuevo de Viena. Yo fui a buscarle al tren. Recuerdo perfectamente cómo llevábamos alternativamente las maletas y cómo me rogó que le contara a toda prisa lo que sabía de Estefanía. Debíamos darnos prisa, pues dentro de una hora empezaba el paseo. Adolfo no quería creer que Estefanía no hubiera preguntado siquiera por él. Estaba firmemente convencido de que ella sentiría el mismo anhelo por él que él por ella. En su interior, empero, se alegraba de que no se me hubiera presentado la ocasión de desarrollar ante Estefanía sus ambiciosos planes para el futuro; pues éstos le parecían ahora extraordinariamente míseros. Llegados a la Humboldstrasse, saludó a su madre. Después nos encaminamos directamente a la esquina de la Schmiedtor. Adolfo aguardaba lleno de excitación. Transcurrieron unos minutos de ansiedad. Puntualmente apareció Estefanía del brazo de su madre. Una mirada sorprendida se fijó en Adolfo. Esto era suficiente. No quería nada más.

Yo, por mi parte, me sentí lleno de impaciencia.

¡Ya podrás darte cuenta de que ella desea que le dirijan la palabra! - le expliqué a mi amigo.

¡Mañana! - contestó Adolfo.

Pero este mañana se convirtió en un pasado mañana, y transcurrieron los días, semanas y meses y años sin que Adolfo hubiera hecho nada para modificar esta situación, que tan intensa y profundamente le afectaba. Era natural que Estefanía no hiciera tampoco nada que pasara de la primera fase del intercambio de miradas. Arrojarle una flor con una alegre sonrisa

aprovechando la alegría propia del ambiente en una batalla de flores era lo máximo que Adolfo podía esperar de ella. Todo paso, por parte de la muchacha, más allá de los estrictos límites de las convenciones sociales, hubiera destrozado además la imagen que Adolfo llevaba de Estefanía en su corazón.

Tal vez fuera ésta la razón de su curiosa timidez: el temor a destrozar esta imagen ideal al conocerla mejor. Pero para él, Estefanía no era solamente el símbolo de todas las virtudes femeninas, sino también la mujer que participaba con el máximo interés en sus múltiples y variados planes. No había nadie, fuera de él mismo, a quien atribuyera tantos conocimientos e intereses como a Estefanía. La menor desviación de esta imagen hubiera provocado en él una espantosa decepción. Naturalmente, y de ello estoy yo plenamente convencido, a la primera conversación con Estefanía hubiera sentido él esta decepción; pues bien considerado, ella no era más que una muchacha joven y llena de la alegría de vivir como muchas otras, y tenía seguramente los mismos deseos que aquéllas. Inútilmente hubiera buscado Adolfo en ella aquellos geniales pensamientos e ideas atribuidos por él, de manera tan obstinada, a Estefanía, hasta convertirla, por decirlo así en el complemento femenino de su propia personalidad. Sólo el más absoluto alejamiento podía conservar para él esta imagen. Elocuente es también el hecho de que el joven Hitler, que con su sin igual desprecio rechazaba a la sociedad burguesa, se atuviera, en estas relaciones amorosas, a las leyes y normas sociales de este tan despreciado mundo de la burguesía que muchos de los mismos miembros de esta capa social. Las reglas de la decencia burguesa y de las buenas costumbres eran, para él, el muro protector tras el cual levantó esta veneración por Estefanía. «¡No hemos sido presentados! » ¡Cuán a menudo oí yo estas palabras de sus labios! Aun cuando, por lo general, estaba acostumbrado a pasar con un encogimiento de hombros por encima de todo lo establecido. Sin embargo, esta rigurosa observación de las formas sociales correspondía a su entero modo de ser. Se ponía de manifiesto en su siempre correcta vestimenta, en su cuidadosa conducta, así como en su honestidad natural, que tanto gusta en él a mi madre. Jamás pude oír una palabra equívoca o un chiste de parecida especie de sus labios.

Esta extraña relación amorosa de Adolfo con Estefanía, a pesar de sus aparentes contradicciones, está plenamente de acuerdo con el cuadro del carácter del joven Hitler. El amor era un terreno que no puede abarcarse de una sola mirada, y que podría ser peligroso para él. ¡Cuántos que habían partido con ambiciosos proyectos no habían sido desviados del camino propuesto por unas irregulares e imprevisibles relaciones amorosas! ¡Era necesario tomar aquí las máximas precauciones!

El joven Hitler encontró de manera instintiva, ya que no consciente, el camino adecuado para sus relaciones con Estefanía: había alguien a quien amaba, pero a quien no poseía. Toda su vida estaba orientada de tal manera hacia este ser amado, como si lo poseyese por entero. Pero, como él mismo evitaba todo encuentro, de hecho esta muchacha, aun cuando existía de manera visible para él sobre la tierra, era en realidad una criatura hija de sus sueños, hacia la que podía él proyectar sus deseos, proyectos e ideas. Esto le evitaba apartarse de su propio camino, mas aún, esta peculiar relación aumentaba su propia voluntad con el poder del amor. Ve a Estefanía como a su esposa, construye la casa en la que vivirá con él, la rodea de un parque maravilloso y se instala en ella con Estefanía, como más tarde, de todas formas sin Estefanía, lo hizo en el Obersalzberg. Este encadenamiento de sueño y realidad es característica para el joven Hitler. Y si existe el peligro de que la criatura amada se deslice por entero al reino de su fantasía, se encamina presuroso a la esquina de la Schmiedtor, y se convence de que el ser a quien ama camina, realmente, por esta tierra. Hitler no fue apoyado en su cmino por lo que Estefanía era en realidad, sino por lo que él hizo de Estefanía en su fantasía. Así, Estefanía tenía un doble aspecto para él: una parte de realidad, una parte de deseo y fantasía. Sea como sea, Estefanía fue el más bello, el más puro sueño de su vida.

ENTUSIASMO POR RICARDO WAGNER

Es con expresa intención que hago seguir la descripción de las relaciones amorosas de Adolfo Hitler y Estefanía con el capítulo de su apasionado entusiasmo por Ricardo Wagner; pues estas dos vivencias deben considerarse conjuntamente. De la misma manera que Estefanía se le aparecía como el símbolo y representación de todo lo femenino, que influyó de manera decisiva su vida durante muchos años, Ricardo Wagner, tanto el hombre como su obra, se convirtieron para él en el símbolo de lo que significa el arte alemán. Estefanía no hubiera podido llenar de manera tan completa todo su pensamiento y su obra si no hubiera correspondido en su figura, en su presencia y porte al ideal femenino representado por Ricardo Wagner en sus grandes dramas musicales. Adolfo veía a su amada como Elsa, como Brunhilda, como la Eva de los «Maestros Cantores». Su amor convierte a Estefanía en una creación del genial maestro, que por una feliz disposición del destino descendió a la realidad desde el mundo de ensueños de Ricardo Wagner. Y también las relaciones personales entre Adolfo y Estefanía están por entero dentro del hechizo de su veneración por Ricardo Wagner. Esta influencia puede comprobarse también de

manera inversa: desde el instante de su encuentro con Estefanía, su inclinación por Ricardo Wagner se conviene en una verdadera pasión. Es el amor a esta muchacha lo que aumenta también su sensibilidad artística hasta la total entrega. Que este amor fuera unilateral y ni siquiera correspondido en serio, y que debiera quedar, por consiguiente, incompleto, le impulsó con tanta más fuerza hacia el gran maestro para encontrar en el arte el consuelo que no podía hallar en el amor felizdesgraciado.

La relación de Adolfo Hitler con la personalidad y la obra de Ricardo Wagner está henchida de aquella peculiar consecuencia que determina toda su naturaleza. Desde su primera juventud hasta su muerte se mantiene fiel al genio de Bayreuth. Así como Estefanía, en el transcurso de esta extraña relación amorosa, que no lo fue siquiera de acuerdo con las usuales concepciones, se convierte finalmente en una criatura de su propia fantasía, es posible que Adolfo Hitler aportara también buena parte de su personalidad a la figura de Ricardo Wagner. Al modificar todo lo que le rodeaba con el poder de su fantasía y la fuerza de su devoción, «creó», también, «su» propio Wagner. Esta relación atravesó todas las fases imaginables: primera emoción infantil, creciente inclinación del muchacho, ardiente entusiasmo del adolescente, que llega hasta el éxtasis visionario; al aumentar la comprensión y el conocimiento, aumenta también el placer artístico del hombre, estimulo externo de la obra, consuelo, refugio y esclarecimiento.

La educación musical de Hitler era muy modesta. Además de la madre hay que citar, también en primer, lugar, al sacerdote Leonhard Grüner, del coro de la abadía de benedictinos de Lambach, que durante dos años fue profesor de canto de Adolfo. Cuando Adolfo ingresó en la escuela de canto del monasterio, contaba ocho años de edad, es decir, una edad sumamente sensible. Quien conozca el cuidado culto al canto de los viejos monasterios austríacos sabe que apenas si existe una mejor educación musical preliminar que ésta, en la primera juventud, en un coro bien dirigido. Por desgracia, este prometedor comienzo no tuvo su adecuada continuación, aun cuando la clara y firme voz del muchacho encantaba a cuantos tenían ocasión de escucharla. Es probable que el padre no tuviera demasiado interés por ello. Entre las calificaciones de la escuela municipal destaca siempre un «excelente» en canto. En la escuela real, sin embargo, no tenía lugar ninguna clase de enseñanza musical. Quien se sintiera atraído por ella, debía acudir a la enseñanza privada, es decir, al ingreso en el conservatorio. Dado el largo camino que Adolfo debía recorrer para ir a la escuela, de Leonding hasta el centro de la ciudad, no le hubiera quedado tampoco tiempo para ello, en el supuesto de que el padre estuviera de acuerdo en una tal enseñanza musical.

Adolfo mostraba un vivo interés por mi educación musical. Ya el simple hecho de que yo tuviera más comprensión que él en este terreno, no le dejaba tranquilo. En nuestras continuas conversaciones sobre cuestiones musicales se apropiaba él, de manera asombrosamente rápida, de todas las usuales expresiones y giros especiales.

Por así decirlo, recorría el camino inverso que yo había seguido: Hablaba de todo, sin haberlo estudiado jamás de manera sistemática! Pero, al hablar de ello, despertaba en él también la comprensión. Puedo decir tan sólo que tenía siempre una cierta idea, aun de los puntos más recónditos de la música, idea que raras veces le engañaba. ¡Cuán a menudo me sentía yo asombrado por sus juicios en tales difíciles cuestiones, pues bien sabía que, en realidad, no tenía la menor idea de ello!

Esta manera algo peregrina de educación musical tenía un límite natural: en cuanto se trataba del dominio de un instrumento musical, era inútil aun la más bella intuición. Aquí valía tan sólo un estudio sistemático, un continuo ejercicio, resistencia y aplicación, cualidades todas ellas, para las que mi amigo tenía poca vocación. Pero él se negaba a reconocer que esto fuera así. Su gran capacidad de intuición, su fértil fantasía, pero, sobre todo, la ilimitada confianza en sí mismo, le permitían compensar, en su opinión, aquellas intranscendentales cualidades de las que le había hablado. En verdad, tan pronto como apoyaba mi viola en su barbilla y tomaba el arco en su mano, se acababa su seguridad de victoria. Recuerdo perfectamente cuán asombrado se sintió él mismo por este fracaso. Cuando yo le quitaba luego el instrumento de las manos para hacerle una demostración, se negaba incluso a escucharme. Le enojaba que hubiera algo que se resistiese a su voluntad. Naturalmente, Adolfo era ya demasiado mayor para una enseñanza elemental. Un día me dijo rudamente: «¡Quisiera ver si esto de la música es, realmente, cosa de brujas, como me quieres hacer creer siempre! Y después de estas palabras me manifestó su decisión de aprender a tocar el piano, con la seguridad de dominar perfectamente este instrumento en poco tiempo. Tomó clases con el profesor de piano Josef Prewratzky. Pero Adolfo no tardó en comprender que era imposible seguir adelante sin paciencia y aplicación. Con Prewratzcy le sucedió lo mismo que a mí con mi bueno y viejo sargento Kopetzky. Prewratzky no concedía la menor importancia a la comprensión intuitiva ni a la genial improvisación. Exigía un limpio juego de dedos y una rígida disciplina. Adolfo se encontró ante un difícil dilema. De un lado, era demasiado orgulloso para abandonar con un fracaso el intento en el que había depositado tantas esperanzas, y de otro, este estúpido «ejercicio de los dedos», como él lo calificaba, le llenaba de indignación. Yo no tardé en

presentir este conflicto, pues en cuestiones musicales no era fácil que Hitler me ocultase algo. Sus iracundos arrebatos sobre la estúpida gimnasia musical. de Prewratzky se hicieron cada vez más raros. Al subir las escaleras de la calle Humboldt podía darme cuenta de que no eran muchos sus progresos en el piano. Él evitaba siempre sentarse en mi presencia ante el valioso instrumento de Heitzmann. Cada vez más raramente sonaba en nuestras conversaciones el nombre de Prewratzky, y un buen día cesó, sin pena ni gloria, la clase de piano. No puedo decir con exactitud cuánto tiempo resistió Adolfo esta torturante enseñanza, pero con toda seguridad no más de un año. De todas formas, un plazo de tiempo asombrosamente largo, durante el cual un cierto señor Prewratzky vejó a un joven Hitler. A pesar de ello, cuando más tarde, en nuestro cuarto de estudiantes de Viena, compusimos una ópera - por desgracia no fue jamás terminada -Hitler tomó a su cargo no solamente la parte poética, sino también la musical, dándome en el piano los diversos temas. No obstante todos sus fracasos, Adolfo quería demostrarme que también en la música lo importante es la idea genial y no la correcta colocación de los dedos.

A pesar de ello, Adolfo reconoció sin envidia mis éxitos en el terreno musical, y compartió conmigo de manera tan intensa las alegrías, decepciones y fracasos unidos de un modo tan inseparable a estos éxitos, como si fueran suyos propios. Una y otra vez me animaba en mis intenciones y propósitos. Yo sabía que él confiaba en mi capacidad musical. El saber esto era para mí el mayor estímulo, y contribuía a hacer más íntima nuestra amistad. Si durante el día no era yo más que el vulgar oficial de tapicero, que reparaba, entre nubes de polvo y humo, los sillones comidos por las polillas; por la noche, cuando iba a casa de Adolfo, desaparecía la última mota de polvo y con ella también el último recuerdo del sombrío taller, y a su lado me encontraba de nuevo en la pura y elevada atmósfera del arte.

En aquel entonces, con motivo de la representación del maravilloso oratorio de Franz Liszt «Santa Isabel», ¡cómo compartió conmigo el dolor y la alegría! Mi profesor de trompeta era Viertelmeister, músico de la orquesta del teatro. Un día, durante la clase, me preguntó de manera inesperada si quería colaborar en el gran Oratorio. Sentí que el suelo vacilaba bajo mis pies. «¡Empecemos ahora mismo! », añadió, seguidamente, el buen Viertelmeister, y sin muchos preámbulos estudió conmigo el papel del trompeta en la orquesta. Siguieron después los ensayos en la sala de conciertos. Por primera vez tuve ocasión de conocer de manera directa a August Göllerich como director. Y llegó, finalmente, la representación. Aun hoy me late fuertemente el corazón cuando pienso en ello. Yo contaba apenas diecisiete años, y era de mucho el miembro más

joven de la orquesta. No hay ningún instrumento más sensible que la trompeta frente a la menor torpeza en su manejo. Abajo, entre las compactas filas de butacas de la platea vi sentada a mi madre, y a su lado Adolfo, que me alentaba con una sonrisa. Todo fue muy bien, y buena parte del clamoroso éxito me correspondió a mí. De todas formas, Adolfo me aplaudió solamente a mí. Mi madre tenía lágrimas en sus ojos.
Después de este afortunado debut, en uno de nuestros solitarios paseos al anochecer trató Adolfo de persuadirme de que debía hacer yo cuanto estuviera en mi mano para dedicarme por completo a la música. Me parece oír todavía sus insistentes palabras: -No debes seguir siendo por más tiempo tapicero. Este oficio te llevará a la tumba. (Poco antes había estado yo gravemente enfermo.) No está, tampoco, de acuerdo contigo y tu modo de ser. Tú tienes unas condiciones bien determinadas, no solamente como solista, esto es natural, sino también como dirigente, tanto si se trata de director de la orquesta o de la escena. Yo te observé continuamente en el teatro, tú conoces la partitura entera, aun antes de representada. La música es la misión de tu vida. En ella te encuentras en tu elemento. Tú perteneces a ella.

Adolfo no había hecho más que decir lo que hacia ya tiempo latía en mi interior. Ser director de orquesta; éste era el objetivo más bello e ideal que pudiera jamás imaginarme.

El que Hitler compartiera mi deseo me llenó de una alegría sinfín. Nuestras conversaciones giraban cada vez con mayor intensidad sobre estos proyectos para el futuro, por implacables que fuesen las duras y prosaicas razones que se oponían a su realización: mi padre estaba delicado. Yo era su único hijo y había aprendido el oficio para hacerme cargo un día del taller, levantado desde sus míseros y pequeños comienzos. Toda su esperanza, toda su energía vital se concentraban en poderme traspasar el negocio en buenas condiciones. Aun cuando, contrariamente al padre de Adolfo no trataba de influir por la fuerza a esta decisión, esto hacía aún más difícil cualquier negativa. Apenas si hablaba de sus preocupaciones por mi futuro; pero yo comprendía perfectamente hasta qué punto estaba ligado él a la obra de su vida.

En este difícil conflicto interno se demostró Adolfo como un verdadero amigo. Aun cuando apoyaba sin reservas mi inclinación a elegir la música como profesión para mi vida, procuraba hacerlo con el mayor tacto. Por primera y única vez descubrí en él una cualidad que me había pasado desapercibida hasta entonces, y que tampoco pude descubrir en él más tarde: tenía paciencia. Se dio perfecta cuenta de que una decisión tan trascendental para mi padre no podía imponerse sencillamente por un asalto

violento. Vio dónde estaba el punto flaco, dónde debía tener lugar el ataque: mi madre, con su disposición natural para con la música era, en su opinión, muy sensible, aun cuando sabía apreciar en su verdadero alcance el coste de una carrera de músico. El camino hacia el padre pasaba por la madre. En este caso, no se precisaría más que una hábil maniobra, estimaba Hitler, para conseguir una decisión favorable para mis anhelos.
En estas difíciles situaciones por las que debíamos pasar Adolfo y yo, el teatro se convirtió, cada vez más, en el lugar de nuestro consuelo. Hay que tener en cuenta que en aquel entonces no existía el cine ni la radio, por lo que la posibilidad de percibir impresiones artísticas quedaba limitada al teatro, que hoy en día ocupa un plano secundario para muchas personas. Para nosotros, sin embargo, el teatro estaba en el punto central de nuestros afectos. Todo lo que nos conmovía y ocupaba giraba de una u otra manera en torno al teatro. En tanto que yo dirigía, en mi fantasía, las mayores orquestas teatrales, Adolfo, con mucha más fantasía todavía, construía teatros de dimensiones realmente grandiosas.

A ello venía a unirse el hecho de que nuestra amistad se había iniciado en el digno recinto del teatro. Nuestra amistad surgió de un encuentro en el teatro. Entre las dos columnas de las localidades de paseo sellábamos siempre de nuevo nuestra amistad. Yo consideraba mi relación con Adolfo como un deber, que iba más allá de una vulgar amistad entre muchachos, por haber recibido un sello particular por el lugar en que nos conocimos por primera vez. Esto no es tan sólo una frase: pues la amistad iniciada en este humilde teatro de provincias tuvo su continuación en la Opera de Viena y en el «Burg», y encontró su coronación en los Festivales de Bayreuth, donde tuve ocasión de asistir como invitado del canciller del Reich.
Hitler poseía una natural alegría y pasión por el teatro. Tengo la certeza de que este afecto estaba relacionado con las primeras impresiones de su infancia, con sus vivencias en los años pasados en Lambach. Es cierto que no puedo acordarme ya exactamente de si llegó a hablarme del bello escenario del monasterio. Mi memoria falla, por desgracia, en este punto. Pero creo que si se investigara sobre este particular se obtendrían interesantes conclusiones; el entusiasta muchacho asistía, sin duda, a todas las representaciones en el lugar; como miembro del coro tenía entrada libre en todas partes. Tal vez participara, incluso, en alguna representación. Este encantador escenario estilo barroco es una joya en su estilo. No es posible imaginarse un más bello comienzo para una pasión teatral que una escena cantada por frescas voces de muchachos en este escenario en miniatura.
El muchacho de doce años procedente de Leonding acudió por primera vez al teatro municipal de Linz. De ello nos habla el mismo Hitler.
«La capital provincial del Austria septentrional poseía en aquel entonces un teatro no malo relativamente, en él se representaba, prácticamente, todo. A

los doce años vi allí, por primera vez, el "Guillermo Tell" y algunos meses después la primera ópera de mi vida, "Lohengrin". De un solo golpe me sentí yo encadenado. La juvenil pasión por el maestro de Bayreuth no conocía ya límites. Me sentía atraído hacia sus obras sin cesar, y hoy día considero como una suerte especial el que la modestia de la representación provincial me ofreciera la posibilidad de un ulterior aumento en el placer.» ¡Bellamente expresado, incluso muy bellamente! En mi juicio acerca del teatro de Linz no hubiera podido yo encontrar palabras tan bellas. Tal vez sea esto debido, a que yo me sentía ya como futuro director de orquesta, y lo consideraba todo de manera mucho mas critica que él, particularmente la orquesta. Probablemente me faltaba, sin embargo, algo de aquella intensa capacidad de intuición que a pesar de su evidente insuficiencia le permitía entregarse por entero a la ilusión de una obra. Cuando estábamos en el teatro, tenia yo a menudo, la impresión como si Adolfo pasando por encima de la deficiente representación, pudiera alcanzar de manera directa el fundamento artístico de la obra. Incluso en una representación de Lohengrin, que por la torpeza de un tramoyista cayó de su canoa y tuvo que trepar de nuevo a su cisne, bastante cubierto de polvo, desde el «mar» al que había caído - ¡No solamente el público reía, también Elsa reía – no pudo destruir en él esta ilusión. ¿Qué tenían que ver estos detalles ridículos con la elevada idea que había tenido ante sus ojos el gran maestro al escribir su Lohengrin»? A pesar de esta extraordinaria capacidad de entregarse a una ilusión, Adolfo, también en lo que se refiere al teatro, era un duro y severo critico.

El Teatro Municipal, o, como se llamaba todavía por aquel entonces, el «Teatro Campesino de Linz», era una vieja y noble construcción. El escenario, demasiado pequeño para representar en él los dramas musicales de Ricardo Wagner, e insuficiente en todos los sentidos. Faltaban aquí las instalaciones técnicas para la digna representación de estas obras. Se añadía a ello, todavía, la notoria escasez de vestuario apropiado, en particular de inventario. La orquesta era demasiado poco numerosa, y no podía hacer sentir todo el valor de los efectos musicales. Para no citar más que un ejemplo, en una representación de «Los Maestros Cantores», faltaban, incluso, muchos instrumentos. Faltaban - esto pude comprobarlo yo de manera competente - el clarinete bajo, el cuerno inglés, el contrafagot en el grupo de los instrumentos de viento de madera, así como la llamada tuba de Wagner entre los de metal. También los instrumentos de cuerda eran demasiado escasos y algunos de ellos no habían podido siquiera ser encontrados. Pero aun cuando se hubiera dispuesto de los instrumentistas necesarios, no había tampoco lugar suficiente para alojarlos en el reducido foso de la orquesta. ¡Una situación verdaderamente digna de lástima para un director responsable! Pretender representar una obra de Wagner con una

orquesta de veinte músicos, no deja de ser, en el mejor de los casos, una empresa arriesgada. El coro era, asimismo, en extremo reducido, y ofrecía además un lamentable aspecto. No es solamente que el vestuario fuese por lo general poco adecuado, sino que no tenía en demasiada estima al público, por ejemplo, cuando en «Los maestros cantores» los componentes masculinos del coro llevaban bigotes cortados a la inglesa, lo que en una ocasión llenó de ira también a Adolfo. Los solistas eran pasaderos para un teatro de provincias. Entre ellos, sin embargo, se encontraban sólo unos pocos auténticos cantores de Wagner. Los decorados provocaron una protesta continua por parte del público.

Los telones pintados vacilaban a cada paso, aun cuando representaran un paisaje rocoso. Cuando pienso en el «Incendio en el Capitolio», con el que finaliza «Rienzi», siento todavía un escalofrío por todo mi cuerpo. En medio de la escena se alzaba el Palazzo con sus salientes balcones. Rienzi e Irene se adelantaron para calmar a la multitud enardecida. A derecha e izquierda de ambos podían observarse dos modestas llamitas de colofonia, que debían representar el incendio incipiente. En este punto uno de los tramoyistas debía dejar caer un decorado, en el que estaba representado el Palazzo en medio de claras llamaradas. Este decorado quedó suspendido por uno de sus lados con la barra del contrapeso en el telar. Al intentar desprender la barra, todo el decorado se precipitó hacia el suelo. Con éstos y parecidos incidentes había siempre que contar. Es muy bonito cuando Hitler dice que estas «modestas» representaciones nos ofrecían la posibilidad de un nuevo y renovado goce, tal como pudimos luego vivir en la Opera Imperial de Viena. Pero, a pesar de ello, me asombro aún hoy de que estas representaciones, tan incompletas, permitieran siquiera una ilusión, y que pudieran entusiasmarnos y arrebatarnos entonces. El idealismo, la sensibilidad de los jóvenes corazones se mofaban de todas las tretas.

En las representaciones de Wagner se agotaban siempre las localidades en el teatro. Era preciso aguardar de pie una o dos horas si se queda conseguir una "columna" en las localidades de paseo. Los descansos nos parecían interminables. Cuando nosotros, ardiendo de entusiasmo, precisábamos con urgencia de algún refresco, un viejo empleado del teatro, de barba blanca, nos vendía un vaso de agua, para lo cual Adolfo y yo nos guardábamos alternativamente los lugares conquistados. Luego depositábamos una moneda en el vaso vacío y lo devolvíamos al acomodador. La representación concluía, a menudo, a medianoche. En este caso, yo acompañaba todavía a Adolfo a su casa. El camino, sin embargo, era demasiado corto para permitirnos descargar las ingentes impresiones de la

velada. Adolfo me acompañaba de nuevo hasta la Klammstrasse. Pero era ahora cuando Adolfo sentía despertar verdaderamente en sí el entusiasmo.

Así, pues, retrocedíamos de nuevo los dos juntos a la Humboldtstrasse. Recuerdo todavía que Hitler no se hubiera cansado jamás. La noche ejercía siempre un influjo incitante sobre él. Por el contrario, ya entonces no significaba mucho para él una hermosa mañana. Podía suceder que después de una de tales representaciones fuéramos una y otra vez de la Humboldtstrasse a la Klammstrasse y viceversa, hasta que yo empezaba a bostezar y los ojos se me cerraban sin poder evitarlo.

Ya desde su temprana juventud se había sentido atraído Adolfo por las narraciones de las viejas leyendas alemanas. De muchacho no se cansaba nunca de escucharlas. Una y otra vez tomaba en sus manos la conocida obra de Gustav Schwab, que representa el legendario mundo de la antigua historia alemana en una forma popular. Este libro era su lectura predilecta. En la Humboldtstrasse esta obra ocupaba un lugar destacado en su habitación, de modo que la tuviera siempre a mano. Cuando estaba enfermo, se sumía con verdadera devoción en el mundo mítico y misterioso que esta obra le había permitido descubrir. Recuerdo todavía que aun en nuestra habitación de estudiantes en Viena poseía Adolfo una edición especialmente bella de las viejas leyendas alemanas, que leía a menudo y con pasión, aun cuando en aquel entonces otros problemas muy actuales ocupasen ya su atención. Su pasión por el mundo de las leyendas germanas no era, como suele suceder, un capricho juvenil. Era ésta la materia que más le absorbía también en sus consideraciones históricas y políticas, y que no le abandonó ya jamás; un mundo al que se creía pertenecer. No podía imaginarse su propia vida de manera más bella de lo que encontraba representada en las fulgurantes figuras de héroes de los primitivos tiempos germánicos. Una y otra vez se personificaron a sí mismo con las grandes figuras de aquel mundo desaparecido. Nada le parecía más digno de imitar que, después de una vida de osadas y trascendentes hazañas, de una vida lo más heroica posible, entrar en el Valhalla y convertirse para todos los tiempos en una figura mítica, lo mismo que aquellos a quienes tan íntimamente veneraba. No hay que olvidar esta perspectiva peculiar y romántica en la vida de Adolfo Hitler, aun cuando el duro sentido de la realidad que determinaba su política, hubiera de arrojar estos esclarecidos sueños juveniles al reino de la fantasía. La realidad nos dice, sin embargo, que durante toda su vida Adolfo Hitler no encontró otro suelo en que pudiera posarse con una fe casi piadosa que en aquel cuya puerta le había abierto las viejas leyendas germanas.

En su oposición con el mundo burgués, que no tenía nada que ofrecerle con

su mentira y su falsa devoción, Hitler buscaba instintivamente su propio mundo y lo encontró en el origen y los primeros tiempos del propio pueblo. Esta época largo tiempo ha desaparecida, y cuyo conocimiento histórico es siempre incompleto, se convirtió, en su interior apasionado, en un presente lleno de sangre y vitalidad. Los sueños se convinieron en realidades. Con su innata fantasía, que todo lo transformaba, se abrió paso hasta los albores del pueblo alemán, que consideraba como la más bella época. Se sumió con tal intensidad en esta época, de más de mil quinientos años de antigüedad, que yo mismo, que procedía de una vulgar existencia cotidiana, debía llevarme a veces las manos a la cabeza. ¿Vivía él, realmente entre los héroes de aquellos obscuros tiempos primitivos, de los que hablaba con tanta objetividad, como si vivieran todavía en los bosques, por los que vagábamos nosotros al anochecer? ¿Era este incipiente siglo veinte, en el que vivíamos nosotros, en realidad, un extraño e ingrato sueño para él? Su manera de mezclar el sueño y la realidad y confundir sin reparos los milenios, me hacían temer a veces que mi amigo no podría encontrar un buen día el camino verdadero entre la confusión creada por él mismo.
Esta continua e intensa relación con las viejas leyendas germanas creó en él una extraordinaria sensibilidad para comprender la obra de Ricardo Wagner. Ya cuando el muchacho de doce años oyó por primera vez el «Lohengrin», esta obra debió aparecérsele como una realización de su infantil deseo del sublime mundo del pasado alemán. ¿Quién era el hombre que creaba obras tan geniales y que convertía en poesía y música sus sueños infantiles?

A partir del instante en que Ricardo Wagner entró en su vida, el genio de este hombre no habría ya de abandonarle. En la vida y la obra de Ricardo Wagner vio él no solamente la confirmación del camino elegido con su «emigración» espiritual a los primitivos tiempos germanos, sino que la obra de Wagner le confirmó en su idea de que esta época largo tiempo ya desaparecida podría ser aprovechada para el presente, y que, de la misma manera como Ricardo Wagner la había convertido en el hogar de su arte, para él podría ser también algún día el hogar de su elección.
En los años de mi amistad con Adolfo Hitler he tenido ocasión de vivir yo la primera fase de este desarrollo, que llenó su existencia.

Con increíble tenacidad y consecuencia se dispuso a apropiarse la obra y la vida de este hombre. Yo no había conocido, hasta entonces, nunca nada parecido. Como músico de corazón tenía yo también mis grandes modelos, a los que trataba de imitar celosamente. Pero lo que mi amigo buscaba en Wagner era mucho más que un modelo y ejemplo. No puedo decir más que esto: Adolfo se apropió de la personalidad de Ricardo Wagner, la tomó de

manera tan completa dentro de sí, que éste hubiera podido ser una parte de su propio ser.

Leía con febril interés todo lo que caía en sus manos acerca de este maestro, tanto lo bueno como lo malo, lo positivo o negativo. Donde le era posible se procuraba en especial toda suerte de literatura biográfica sobre Ricardo Wagner, leía sus memorias, cartas, diarios, su autorretrato, sus confesiones. Cada vez iba profundizando más en la vida de este hombre. Conocía, incluso, los episodios mas triviales e intrascendentes de su vida. Podía suceder que durante nuestros paseos se detuviera Adolfo de repente, interrumpiera sin más el tema que le ocupaba en aquel momento - como la dotación de los teatros provincianos de menor capacidad con el material necesario para poder tener lugar buenas representaciones de un fondo estatal, a prestar según los casos - para citarme, de memoria, el texto de una carta o una anotación de Ricardo Wagner, o para leerme una de sus obras, por ejemplo, «La obra artística y el futuro» o «El arte y la revolución». Aun cuando no me era siempre fácil seguir estas disquisiciones, le escuchaba yo con atención; pues me gustaba la conclusión, que era siempre la misma: «Lo ves, tú- me decía entonces -, también a Ricardo Wagner le pasó lo que a mí. Durante toda su vida hubo de luchar contra la incomprensión de su mundo.»

Estas comparaciones me parecían a mí muy exageradas. A fin de cuentas, Ricardo Wagner había alcanzado los setenta años. En una existencia tan prolongada habían, naturalmente, altos y bajos, éxitos y desengaños. Pero mi amigo, que quería establecer un paralelo entre su propia vida y la de Ricardo Wagner, no tenía más que diecisiete años, no había creado más que un par de dibujos, acuarelas y proyectos, y no había tenido más vivencia que la muerte de su padre y su fracaso en la escuela. Y, en cambio, se expresaba como si hubiera sufrido ya la persecución, las luchas agotadoras y el destierro.

Con verdadera devoción se representaba mi amigo una y otra vez episodios decisivos de la vida del gran maestro, que con el tiempo llegó también a hacérseme familiar. Describía el viaje de Ricardo Wagner con su joven esposa en medio de la tormenta a través del Skagerrak, donde nació la idea del "Holandés errante". Vi desarrollarse ante mis ojos la aventuresca fuga del joven revolucionario, los años de destierro, de proscripción. Me entusiasmé, con mi amigo, del mecenazgo real de Luis II, y acompañé al solitario maestro en su último viaje a Venecia. Adolfo no olvidaba las debilidades humanas de Ricardo Wagner, su afán de derrochar, pero se las perdonaba en aras a la inmortal magnitud de su obra.

En aquel entonces hacía ya más de veinte años que Wagner había muerto. Pero la lucha por la pervivencia de su obra estaba aún en pleno curso. Hoy día no es posible imaginarse con cuánta pasión participaba en aquel entonces la juventud entusiasta del arte en estas disputas. Para nosotros, los hombres se dividían sólo en dos categorías: amigos y enemigos de Ricardo Wagner. Cuando actualmente observo las disputas en torno a ciertas manifestaciones de la música moderna y veo el moderado celo de los participantes, no puedo por menos que sonreír compasivamente. Todo esto no son mas que ingenuas controversias comparadas con las rudas luchas libradas por nosotros en favor de Ricardo Wagner, aun cuando hoy día la radio y la cinta magnetofónica permiten arrastrar a capas mucho más amplias de la población en las discusiones en el campo de la música. Todos nosotros estábamos en medio de la encarnizada lucha. Cuando se anunciaba una representación de Wagner, nuestro espíritu se enardecía como el de sus héroes en el escenario. Buscábamos de continuo nuevos medios para poner de manifiesto nuestro ilimitado entusiasmo, nuestra aprobación y nuestro ardor. En August Göllerich, que había trabajado ya bajo el mismo Ricardo Wagner, encontramos no solamente un digno intérprete del arte del gran maestro, sino también un competente tutor de su legado. A nuestros ojos, era el guardián del Santo Grial.

Estábamos convencidos de que en esta lucha por la obra de Ricardo Wagner vivíamos el albor de un nuevo arte alemán. El drama musical, tal como lo había creado el genio de este hombre, era algo enteramente nuevo, apenas sospechado siquiera anteriormente. Sin un modelo visible, sin ningún ejemplo había convertido Ricardo Wagner, por primera vez, en realidad, la unión de poesía y música. Únicamente los nuevos medios de expresión le permitían situar sus obras en un mundo mítico, que desde hacía ya tiempo se había convertido en el nuestro propio. Adolfo no tenía mayor anhelo que llegar un día a Bayreuth. el lugar de peregrinaje nacional de los alemanes, ver la casa Wahnfried, detenerse unos instantes junto a la tumba del maestro y presenciar la representación de sus obras en el teatro creado por él. Aun cuando muchos sueños y deseos de su vida han quedado incumplidos, éste se ha realizado con una perfección sin igual.

¡Felices recuerdos estos, que conmueven a un hombre ya viejo de sesenta y cuatro años como yo! Pero el recuerdo rejuvenece y alegra de nuevo el corazón. A fin de cuentas, es todavía el mismo corazón que en aquellos tiempos latía con tanto ardor por el maestro de Bayreuth. Me siento feliz por haber compartido esta primera fase del extasiado entusiasmo de Adolfo Hitler por Ricardo Wagner. No quisiera haberme perdido estas vivencias de mi juventud. Mientras que en las relaciones de Adolfo con Estefanía no era

yo más que un buen amigo, que debía participarle sus observaciones y recoger informaciones para él, en sus relaciones con Ricardo Wagner intervine yo de manera mucho más activa; pues, como el mejor preparado musicalmente de los dos, mi palabra pesaba grandemente en este caso. El secreto de su amor por Estefanía me acercó mucho más a Adolfo; no hay nada que una tan fuertemente una amistad como un secreto compartido. Pero su suprema consagración la recibió nuestra juvenil amistad por nuestra común veneración por Ricardo Wagner.

EL JOVEN NACIONALISTA

Ya que se trata de representar las ideas y pensamientos políticos del joven Hitler, me parece oír ahora mismo su voz, con toda claridad, muy cerca de mi oído: ¡De esto no entiendes tú! O bien, ¡De esto no se puede hablar contigo! Algunas veces más rudamente todavía, incluso cuando yo asentía en silencio con la cabeza en determinados pasajes de sus disquisiciones políticas, en lugar de indignarse como yo esperaba: Como político, Gustl, eres un estúpido!

Durante toda mi vida solo una cosa tuvo importancia para mi: la música. Adolfo convenía ciertamente conmigo que el arte ocupa el primer lugar en todos los campos de la vida. Pero en el transcurso de los años pasados juntos los intereses políticos fueron ocupando lentamente el punto central sin que por ello descuidara sus aspiraciones artísticas. Podría definirse de la siguiente manera: Los años vividos en Linz estaban bajo el signo del arte y los subsiguientes años en Viena bajo el signo de la política. Yo me daba perfecta cuenta que solamente en las cuestiones de arte podía significar yo algo para él. Conforme iba siendo más atraído por la política, tanto menos podía aportarle nuestra amistad. No es que él me lo hubiera dado a entender así; para ello se tomaba demasiado en serio nuestra amistad y, además, esta realidad tal vez no la hubiera comprendido todavía con la suficiente claridad.

La política había sido desde siempre el punto critico en nuestras relaciones Dado que yo no poseía apenas opiniones propias en el campo de la política y, allí donde éstas existían, no me sentía yo en modo alguno obligado a defender estas opiniones o incluso a imbuirlas a los demás. Adolfo tenía en mí a un mal compañero. Hubiera preferido convertirme que convencerme. Yo, por mi parte, aceptaba con gusto y sin la menor crítica todo lo que él exponía, pero me hacia también mis reflexiones, de modo que, de vez en cuando, podía intervenir con mucha habilidad. Sin embargo, mis

conocimientos no bastaban para una réplica, que hubiera podido serle útil en ocasiones; pues la política no encontraba en mí terreno abonado. Estaba ante ella como un sordomudo ante una orquesta sinfónica, de la que ve que está tocando algo, pero que no oye nada. Yo no disponía de ningún órgano para percibir la política.

Esto podía llevar a Adolfo hasta la desesperación. No le parecía posible que pudiera existir en el mundo un ejemplar de hombre tan indiferente a toda cuestión política como yo. Quería demostrarme, por la violencia, que esto no era realmente posible. No cabe duda de que no tuvo conmigo la menor consideración en este sentido. Recuerdo aún cómo en Viena me obligó varias veces a acompañarle al Parlamento. A mí no se me había perdido nada allí, y hubiera preferido, ciertamente, quedarme al lado de mi piano. Pero Adolfo no podía permitirlo. Tenía que acompañarle, a pesar de que sabía que este bullicio parlamentario me fastidiaba siempre terriblemente.
Por lo general se admite que los políticos proceden de un ambiente cargado de reminiscencias políticas. Esto no es ciertamente verdad en el caso de mi amigo. ¡Por el contrario! También aquí se pone de relieve una de las contradicciones tan frecuentes en Hitler. Es cierto que al padre no le disgustaba charlar de política y que no disimulaba en lo más mínimo sus opiniones liberales. Pero hacia alto con toda energía cuando se oía una palabra contra la casa imperial. El viejo funcionario de aduanas mantenía severamente estos límites. Cuando el dieciocho de agosto, el aniversario del emperador, se vestía su uniforme de gala, era de los pies a la cabeza el modelo de un leal servidor de su majestad imperial. Lo más probable es que el pequeño Adolfo no tuviera apenas ocasión de oír hablar de temas políticos a su padre; pues, en opinión del padre, la política no era de la incumbencia de la familia, sino de la taberna. Por fuertes que fueran las discusiones allí, nada de todo ello se traslucía en el hogar. No puedo recordar tampoco que al exponer sus propias opiniones políticas, Adolfo se hubiera referido jamás a su padre.

Menos todavía podía percibirse en el tranquilo hogar en la Humboldstrasse. La madre de Adolfo era una mujer sencilla y devota, alejada de toda idea política. Antes, cuando vivía todavía el padre, le había oído rezongar alguna que otra vez por la situación política, pero sin que ella tuviera aquí la menor intervención ni la transmitiera tampoco a sus hijos. El padre, con su colérica naturaleza consideraba probablemente como acertado que aquello que él defendía tan enérgicamente en su mesa de la taberna, con tanto ruido, fuera atemperado por su tranquila esposa y no afectara apenas a la paz del hogar. Y así siguió siendo también en adelante. La familia no se relacionaba con nadie que pudiera aportar a ella la política. No recuerdo haber oído jamás una conversación política a la señora Hitler. Aun cuando

algún acontecimiento político determinado levantara un intenso oleaje en la ciudad, nada de todo ello podía percibirse en este tranquilo hogar; también Adolfo guardaba silencio sobre estos asuntos. Allí, la vida seguía su tranquilo y regular curso. La única modificación que pude vivir en la familia Hitler fue que la señora Clara se trasladó de la Humboldstrasse a Urfahr en el año 1906. Esto no era ya consecuencia de la inquieta naturaleza del padre, sino mas bien motivado por una consideración puramente práctica. Urfahr, unido ya desde entonces a Linz, era en aquel entonces todavía una comunidad independiente de carácter campesino, residencia preferida de los pensionistas y funcionarios en situación de retiro. Dado que en Urfahr no se recaudaba el impuesto de usos y consumos, muchas cosas, como por ejemplo la carne, eran allí más baratas que en la ciudad. La señora Clara confiaba poder vivir mejor en Urfahr con su modesta pensión de ciento cuarenta coronas, noventa coronas para ella y veinticinco para cada uno de los hijos Adolfo y Paula. Se sentía también feliz al ver a su alrededor de nuevo los campos y praderas. La tranquila casa en la Blütengasse 9 se ha conservado tan bien, que cada vez que paso por aquella retirada calleja, tras de la cual se extienden ya los campos, me parece distinguir a la señora Clara, en el pequeño y gracioso balcón. Para Adolfo significaba un peculiar placer vivir "en la misma orilla" que Estefanía. Nuestros paseos nocturnos se hicieron todavía más largos por este traslado a Urfahr. Esto nos pareció muy oportuno; también las dudas y los problemas que nos agitaban se habían hecho más difíciles y persistentes. El camino por el puente nos parecía a veces demasiado corto, de manera que, cuando algún problema especialmente trascendente ocupaba nuestro ánimo, debía cruzar varias veces el Danubio en uno y otro sentido, para poder concluir la conversación.

Mejor dicho: Adolfo necesitaba el tiempo para hablar, yo para escuchar.
Cuando pienso en el tranquilo hogar en que creció Adolfo, y me represento las ideas y tareas políticas que acudían a él desde todos los lados, se me acude involuntariamente aquella extraña ley que hacer surgir una zona de completo reposo del viento en el centro mismo de un furioso huracán, y cuya tranquilidad y estabilidad es tanto mayor cuanto más violenta ruge la tormenta a su alrededor.

Al considerar la carrera política de una persona tan extraordinaria como lo era Adolfo Hitler, hay que separar las influencias externas de las disposiciones internas; en mi opinión, a éstas les corresponde una trascendencia mucho mayor que a los acontecimientos que provienen de los acontecimientos externos. A fin de cuentas, muchos jóvenes de aquel entonces tuvieron los mismos maestros que Adolfo, vivieron los mismos acontecimientos políticos, se entusiasmaron o indignaron y, a pesar de ello,

estos hombres se convirtieron solamente en hábiles comerciantes, ingenieros o fabricantes, carentes en absoluto de toda importancia política. La atmósfera en la escuela real de Linz era marcadamente nacional. La clase se oponía en secreto a todas las disposiciones advenedizas, tales como las representaciones patrióticas, promulgaciones dinásticas y sus conmemoraciones, los oficios religiosos en las escuelas y la procesión del Corpus. Adolfo Hitler caracterizó como sigue, en su obra, esta atmósfera, que para él era mucho más importante que la misma enseñanza: «Se recolectaba para la marca meridional y la asociación estudiantil, se levantaba el ánimo con azulejos y los colores negrorojooro, se saludaban con "Salve", y en lugar del himno al emperador se cantaba el Deutschland Über Alles, a pesar de las advertencias y castigos» La lucha por la existencia de los grupos raciales alemanes en los Estados danubianos conmovía entonces a los jóvenes espíritus; cosa comprensible, pues este germanismo austríaco se encontraba solo en medio de las naciones eslavas, magiares e italianas del Imperio austrohúngaro. Linz estaba bastante alejado de la frontera popular y era una ciudad básicamente alemana. Sin embargo, de la vecina Bohemia llegaba una continua inquietud. En Praga, un motín enlazaba con el otro. Que toda la policía imperial no fuera capaz de proteger las casas alemanas del populacho checo, de tal forma que en plena paz fuera preciso ordenar el estado de alarma, provoco, también en Linz la indignación. Budweis era en aquel entonces todavía una ciudad alemana con administración alemana y una mayoría de diputados alemana. Los compañeros de escuela de Adolfo, originarios de Budweis, Praga o Prachatitz, lloraban de ira cuando se les llamaba, en broma, «bohemios»; querían ser tan alemanes como los demás. Lentamente empezó a llegar la inquietud hasta Linz. En esta ciudad vivían algunos centenares de checos, que trabajaban tranquila y modestamente como obreros y artesanos, y de los cuales nadie, ni mucho menos ellos mismos, habían hecho demasiado caso. Un sacerdote capuchino checo llamado Jurasek fundó entonces en Linz una asociación Sokol, sostuvo prédicas en lengua checa en la iglesia de San Martín en el Römerberg y hacía colectas para la construcción de una escuela checa. Esto causó gran sensación en toda la ciudad, y los espíritus nacionales vieron en la acción del fanático capuchino el preparativo de una invasión checa. Naturalmente, todo esto era exagerado. A pesar de ello, esta actividad checa hizo sentir a los algo adormilados habitantes de Linz que estaban amenazados, y así fue que se presentasen como combatientes en la lucha de razas que rebullía a su alrededor.

"Quien conoce el alma de la juventud, podrá entender que sea ella justamente la que abra con mayor alegría los oídos a la llamada para una tal lucha. Suele sostener esta lucha de cien distintas maneras, a su manera y

con sus armas... Es, en pequeño, un fiel reflejo del grande, pero, a menudo, con un sentimiento mejor y más sincero".

Así nos lo dice Adolfo Hitler de manera muy acertada, de la misma manera como es posible basarse en Mi lucha, para la descripción del desarrollo político exterior. Los maestros de la escuela real, de sentimientos nacionales, eran los adelantados de esta lucha defensiva. El Dr. Leopold Pötsch, el profesor de Historia, intervenía de manera activa en política. Como representante en el consejo comunal, era la cabeza destacada de la fracción nacional alemana. Odiaba al mosaico nacional habsburgués, que hoy día - ¡qué cambio tan enorme! - se nos aparece justamente como el modelo ideal de un conglomerado supranacional, y era quien daba las consignas políticas a la juventud entusiasmada para todo lo nacional. ¿Quién podía mantener todavía la fidelidad imperial ante una dinastía que en el pasado y en el presente traicionaba los intereses del pueblo alemán, una y otra vez, por sus propias y vergonzosas ventajas?

Con ello había abandonado el hijo, de manera definitiva e irrevocable, el camino señalado por su padre, en pro de un programa conjunto alemán. Cuando Adolfo se perdía cada vez más profundamente en estas reflexiones, en sus excitadas charlas - yo mismo apenas podía seguirle en sus palabras, ni menos aún con mi sumamente modesta participación - me llamó la atención oír una palabra de sus labios, repetida una y otra vez en sus discursos: «El Reich!» Esta palabra se encontraba siempre al final de sus largas reflexiones. Si sus ideas políticas le llevaban a un callejón sin salida, y no sabía cómo seguir adelante, la solución era: «Este problema lo resolverá el Reich.»Y si yo le preguntaba quién financiaría todas estas construcciones gigantescas que él proyectaba sobre su tablero de dibujo, la respuesta era: «El Reich.» Pero también los detalles intrascendentes eran proyectados sobre el «Reich». La precaria dotación de los teatros provincianos había de ser reformada por un «artista escenarista del Reich». (Como es sabido, después de 1933 existió, efectivamente, un hombre que ostentaba este título. Recuerdo que Adolfo Hitler utilizó esta expresión ya en Linz, es decir, ¡a los dieciséis o diecisiete años!) También la asistencia a los ciegos o la sociedad protectora de animales debían ser, a sus ojos, instituciones del «Reich».

En Austria se conoce, generalmente, por «Reich» al Estado alemán. Los habitantes de este Estado se conocen entre nosotros como «alemanes del Reich». Pero cuando mi amigo utilizaba la palabra «Reich», quería decir con ello mucho más que el Estado alemán. Aun cuando, en verdad, evitan definir con más exactitud este concepto; pues en esta palabra «Reich» debía entrar todo lo que le impulsaba políticamente, y esto era mucho.

Con la misma intensidad con que amaba al pueblo alemán y a este .Reich., rechazaba, también, todo lo extraño. No sentía la menor necesidad de conocer países extranjeros. Este impulso hacia la lejanía, tan propio para los jóvenes de espíritu abierto, le era completamente desconocido. Tampoco el entusiasmo por Italia, tan típico de los artistas, no pude observarlo jamás en él. Cuando proyectaba sus planes e ideas sobre un país determinado, era siempre ¡el mismo «Reich».

En esta violenta lucha nacional, dirigida inequívocamente contra la nación austríaca, pudieron desplegarse las extraordinarias disposiciones escondidas en su interior. La férrea consecuencia, sobre todo, con que se mantuvo fiel a lo que un día considerara él como lo verdadero. La ideología nacional pasó a formar parte, como reconocimiento político, del «inmutable dominio de su naturaleza». Ningún fracaso, ninguna derrota, pudo apartarle de su camino. Hasta su muerte se mantuvo como lo que había sido ya a los dieciséis años: un nacionalista.

Con esta meta ante los ojos consideraba y examinaba Hitler las relaciones políticas ya existentes. Nada era secundario para él. También lo al parecer intrascendente le preocupaba. Fijaba, ante todo, su propia posición más enérgicamente cuanto menos fuera el tema de su incumbencia. La total falta de trascendencia de su asistencia la compensaba con una posición tanto más decidida ante todos los problemas públicos. El impulso de modificar todo lo existente, recibía, con ello, dirección y meta. Eran tantos los obstáculos que se interponían en su camino como consecuencia de sus múltiples intereses Por todas partes no veía más que obstáculos e inhibiciones; nadie era capaz de reconocer sus méritos. ¡Cuán bella hubiera podido ser su vida, con su innegable capacidad pero cuán difícil se la hizo a sí mismo! Continuamente tropezaba con las cosas y estaba reñido con el mundo entero. Extraña le era también, aquella sana despreocupación que caracteriza a las personas jóvenes. No vi nunca en él que pasara fácilmente por encima de algo. Todo debía ser estudiado hasta el fondo y ver cómo podría encajarse en el gran objetivo político que se había fijado a sí mismo. Desde un punto de vista político poco era lo que la tradición significaba para él. En resumen: el mundo debía ser reformado a fondo y en todas sus partes.

Sin embargo, quien de lo aquí expuesto pretendiera deducir que el joven Hitler se había precipitado con las banderas al viento, a la escena de la política cotidiana, sufrirá un error. Un jovenzuelo pálido, enfermizo, espigado, completamente desconocido para la gente e inexperto en la ciudad, más bien reservado y tímido que audaz, mantenía esta intensa ocupación sólo para sí mismo. Tan solo las más importantes entre sus ideas

y soluciones, ideas que exigían necesariamente, un público, me las expone por la noche a mí, es decir, a una persona asimismo insignificante. La relación del joven Hitler con la política es idéntica a su relación con el amor, y que el lector me perdone esta comparación de mal gusto. Con la misma intensidad con que la política ocupa su espíritu, se mantiene también alejado, en la realidad, de toda actividad política práctica. No ingresa en ningún partido, no se hace miembro de ninguna organización, no participa en manifestaciones partidistas y evita cuidadosamente dar a conocer sus propios pensamientos más allá del reducido círculo de su amistad. Lo que pude vivir entonces a su lado en Linz, quisiera poder calificarlo de primer «intercambio de miradas» con la política, nada más, como si ya entonces presintiera lo que la política habría de representar para él algún día.
Por el momento, la política no era para él más que una tarea en un dominio espiritual. En esta peculiar reserva se pone de manifiesto un rasgo fundamental de su carácter, que parece estar en contradicción con su impaciencia: la capacidad de poder esperar. Durante largos años la política fue para él, simplemente, un campo de observación, de crítica de las condiciones sociales, de examen, de reunir experiencias, es decir, un asunto enteramente privado e intrascendente, por consiguiente, para la vida pública en aquel entonces.

Es interesante constatar que el joven Hitler rechazaba entonces rotundamente todo lo militar. Esto parece estar en contradicción con un pasaje de Mi lucha: «Al revolver la biblioteca paterna cayeron en mis manos varias obras de contenido militar, entre ellas una edición popular de la guerra francoprusiana del año 187071. Eran dos tomos de una revista ilustrada de estos años, que desde aquel instante se convirtieron en mi lectura favorita. No pasó mucho tiempo, y la gran lucha heroica se había convertido en mi máxima vivencia interior. Desde entonces soñé yo, cada vez más, con todo lo que guardaba alguna relación con la guerra o la vida de los soldados».

Sospecho yo que este recuerdo no fue conjurado más que como consecuencia de la peculiar situación en la prisión de Landsberg, donde nació este libro; pues cuando yo conocí a Adolfo Hitler no quería él saber nada «que tuviera alguna relación con la guerra o con la vida de los soldados». Naturalmente, los tenientes que revoloteaban en torno a Estefanía le molestaban enormemente. Pero su repulsión era algo más profunda. La sola idea de una obligación militar podía llenarle de indignación. No, jamás permitiría él que le obligasen a ser soldado. Si llegara a serlo, sería por su libre decisión y nunca en el ejército austríaco.
Antes de concluir este capítulo acerca de la carrera política de Adolfo

Hitler, quisiera hacer mención de dos problemas que se me aparecen como más esenciales que todo lo que puede decirse en general sobre la política: la posición del joven Hitler ante el judaísmo y la Iglesia.
El mismo Adolfo Hitler nos aclara su relación con el problema del judaísmo durante sus años pasados en Linz:

«Me es difícil hoy día, cuando no imposible, decir, cuándo la palabra «judío» me incitó, por primera vez, a pensamientos especiales. En la casa paterna no puedo recordar siquiera haber oído esta palabra en vida de mi padre. Según me parece, en la peculiar acentuación de esta palabra hubiera visto ya mi padre un retraso cultural. En el transcurso de su vida había llegado él a puntos de vista más o menos burgueses, que no solamente se habían mantenido en la línea de la más burda opinión nacional, sino que llegaron también a teñirme a mí. Tampoco en la escuela encontré yo ninguna justificación que pudiera inducirme a modificar esta imagen heredada. En la escuela real tuve, ciertamente, ocasión de conocer a un muchacho judío, que era tratado con mucha circunspección por todos nosotros, pero solamente porque no acabábamos de fiarnos de él en razón de su silencio y escarmentados por diversas experiencias; pero no me hacía ninguna idea especial sobre este particular, como tampoco los otros.
Hasta los catorce a quince años no tropecé más a menudo con la palabra judío, en parte en relación con conversaciones políticas. Sentía por ella una ligera repulsión, y no podía evitar una desagradable sensación, que se apoderaba siempre de mí cuando se exponían intrigas confesionales. ¡Yo no consideraba entonces este problema desde ningún otro punto de vista. En Linz había sólo unos pocos judíos...»

Todo esto es muy plausible, pero no coincide por completo con mis recuerdos.

En primer lugar, la imagen del padre me parece haber sido corregida en favor de una concepción más liberal. La tertulia en Leonding, que él frecuentaba, se había adherido a las ideas de Schönerer. Es por ello que parece probable que el padre rechazara también, de manera rotunda, el judaísmo.

Al referirse a sus tiempos escolares, se silencia que en la escuela real había unos profesores marcadamente antisemitas que reconocían abiertamente delante de sus alumnos su odio hacia los judíos. El alumno Hitler debió haber presentido, por consiguiente, algunos de los aspectos políticos del problema de los judíos. No puedo imaginármelo de otra manera; cuando yo conocí a Adolfo Hitler, estaba ya influido rotundamente de manera antisemita. Recuerdo exactamente, como, en cierta ocasión, cuando

paseábamos por la calle de Bethlehem, al pasar delante de la pequeña sinagoga, me dijo: - ¡Esto no es propio de Linz! Según mis recuerdos, Adolfo Hitler era ya encarnizado antisemita a su llegada a Viena. No hubo de llegar a serlo, aun cuando las vivencias en Viena le hicieran pensar aun más radicalmente que antes sobre estos problemas.
La tendencia que se pone de manifiesto en la propia referencia de Adolfo Hitler, es, en mi opinión, la siguiente: En Linz, donde los judíos no desempeñaban ningún papel trascendente, me era indiferente este problema. Pero en Viena, dado el gran número de judíos aquí residentes, me vi obligado a ocuparme de este problema. Algo distintas son las cosas en el terreno religioso. En Mi lucha no se encuentra, apenas, a este respecto, una indicación biográfica, aparte de una referencia de los recuerdos infantiles en Lambach: «Dado que en mis horas libres recibía yo lección de canto en el monasterio de Lambach, se me ofreció la mejor oportunidad para embriagarme a menudo en el solemne esplendor de las festividades religiosas, extraordinariamente brillantes. ¡Qué más natural, pues, que, de la misma manera que en otros tiempos a mi padre el pequeño párroco rural, el señor abad se me apareciera ahora a mí como el supremo ideal imaginable! Esto fue así, por lo menos durante algún tiempo».
Los antepasados de Hitler eran, con seguridad, personas devotas, creyentes sinceros, como es usual entre los campesinos. A este respecto, la familia de Hitler estaba dividida: la madre era devota, fiel a su Iglesia, y el padre liberal, un cristiano moderado. No cabe apenas de que los problemas religiosos eran más inmediatos para el padre que el problema de los judíos. Como funcionario del Estado no podía permitirse mostrarse abiertamente anticlerical, dada la estrecha unión entre el trono y el altar.
En tanto que el pequeño Adolfo permaneció al lado de la madre, fue un chiquillo de acuerdo con el modelo de su madre, devoto y abierto a todo lo grande y bello que ofrece la Iglesia. El pequeño y pálido chiquillo del coro se mantenía por entero dentro de la devota fe en la religión. Por escasas que sean las alusiones a este respecto tanto más expresivas son estas palabras que ocultan más de lo que dicen. El magnifico monasterio le era familiar. En su infantil sensibilidad se sentía atraído hacia la Iglesia. No cabe duda de que la madre le apoyaba en este camino.

Cuanto más fue aproximándose al padre en los años siguientes tanto más van alejándose de él estas vivencias infantiles, y tanto más. También, iba prevaleciendo en él la liberal posición del padre ante la vida. La escuela en Linz hizo, luego, lo demás. Franz Sales Schwarz, el profesor de religión en la escuela real, estaba poco indicado para influir sobre esta juventud. ¡Los alumnos no se lo tomaban en serio!

Mis propios recuerdos a este respecto pueden resumirse en unas breves

palabras: en tanto que yo conocí a Hitler, no puedo recordar que asistiera jamás a un oficio religioso. Sabía que yo iba cada domingo con mis padres a la iglesia, y lo aceptó como un hecho consumado. No trató de apartarse de ello, pero, en alguna u otra ocasión, me dijo que no podía comprender esto por mi parte; su madre era también una mujer devota, pero no por ello se sentía él obligado a asistir a la iglesia. Estas palabras, sin embargo, eran pronunciadas siempre sólo de pasada, con una cierta comprensión y tolerancia, que no podía observarse en él en otros casos semejantes. Esta vez, evidentemente, no sentía el menor deseo de imponer su propio punto de vista. No puedo recordar que Adolfo, al recogerme los domingos por la mañana, después del oficio divino celebrado en la iglesia de los carmelitas, hubiera jamás aludido a esta obligación con palabras de menosprecio, ni mucho menos lo hubiera insinuado con su conducta. Para mi asombro, no hizo de este contraste de pareceres siquiera, un punto de discusión. No obstante, un día vino hasta mi lleno de excitación, y me mostró un libro sobre procesos de brujas; y, en otra ocasión, otro libro sobre la Inquisición. A pesar de su indignación por los sucesos relatados en estos libros, evitó deducir de ellos consecuencias políticas. Tal vez no fuera yo, en este caso, el público más adecuado para él.

Su madre iba los domingos a la iglesia acompañada de la pequeña Paula. No recuerdo que Adolfo acompañara jamás a su madre a la iglesia, ni tampoco que la señora Hitler le reprochase nunca por esta actitud. A pesar de su devoción y su fe, la buena mujer se había, al parecer, resignado con el nuevo camino elegido por su hijo. Es posible que en este caso la distinta actitud del padre se interpusiera en su camino, dado que la influencia de aquél sobre su hijo seguía siendo aún decisiva.

Resumiendo, podríamos formular la conducta de Hitler en aquel entonces con relación a la Iglesia de la siguiente manera: la Iglesia no le era, en modo alguno, indiferente, pero no podía tampoco darle nada. Considerado todo ello en su conjunto, podría, pues, decirse: Adolfo Hitler se hizo nacionalista. Yo he podido ser testigo, a su lado, de la incondicional entrega con que se prescribió, en aquel entonces, al pueblo, al que amaba. Tan sólo en este pueblo vivía él. No conocía nada más que a este pueblo.

DIBUJAR, PINTAR, CONSTRUIR

Poco tiempo después de nuestro primer encuentro sabía yo lo siguiente; este hombre había dedicado su vida entera al arte. Lo que le ocupaba de manera tan apremiante, tendía a su expresión artística; hablar sólo de ello,

era demasiado poco. Durante mucho tiempo no pude descubrir yo en qué consistían, en realidad, sus disposiciones artísticas.

Entonces, cuando le conocí en el teatro municipal, me pareció que se había consagrado a la música lo mismo que yo, pues hablaba con asombrosa seguridad sobre cuestiones musicales. En secreto - así pensaba yo - es posible que se dedique quizá a la composición. Pero, más tarde, cuando me leyó por primera vez poesías escritas por él, modifiqué mi opinión, pues hasta entonces no había conocido yo a nadie que escribiera poesías. Yo mismo estaba muy alejado de tales ensayos. Tanto más trascendente se me aparecía, en consecuencia, este arte. Por desgracia, en tanto yo puedo saber, ninguna de estas poesías ha sido conservada. Recuerdo solamente que la impresión que estos versos, leídos con ardiente entusiasmo, hicieron sobre mí, fue enorme, y que este arte me impuso de manera extraordinaria. Yo no tenía apenas un juicio propio para estas cosas. Después de todo, yo no era más que un tapicero y teína otras cosas en la cabeza que escribir poesías. Sospecho que estas poesías no serian más que las torpes rimas de un muchacho, y que estos poéticos versos no tenían, en realidad, una mayor trascendencia.

Mientras yo estaba todavía indeciso, de si debía incluir a mi amigo entre los músicos importantes o entre los futuros poetas, me sorprendió su afirmación de que quería ser pintor artístico.

Recordé al instante haberle visto a menudo dibujando en su casa, pero también cuando estaba en camino conmigo. En el curso de nuestra amistad, sin embargo, tuve ocasión de conocer varios de sus trabajos. Como tapicero que ha aprendido su oficio, debía hacer yo a veces, también, algunos dibujos. Esto me ocasionaba siempre grandes dificultades. Tanto más asombrado me sentí, al ver la facilidad con que estas cosas salían de la mano de mi amigo. Doquiera que nos detuviéramos siempre llevaba consigo los más diversos papeles. De su bolsillo sacaba un lápiz. La idea, ¡esto era siempre lo más difícil para mi! Para él era, justamente, lo contrario. Por decirlo así, la idea estaba ya hecha aun antes de que empuñara el lápiz. Con rápidos trazos aparecía sobre el papel lo que él quería representar. Lo que no podría exponer con suficiente elocuencia con sus palabras, lo continuaba el lápiz. Había cierto encanto en estos primeros y fugaces trazos. Me admiraba mucho cuando del laberinto de líneas cruzadas y confluentes se destacaba una imagen determinada. La realización misma le procuraba mucho menos alegría. Cuando le visité por primera vez en su estudio, vi por todas partes esbozos, dibujos y proyectos. "El nuevo Teatro Nacional" se leía uno, o el "Hotel alpino en el Lichterberg". Me parecía haber entrado en el despacho de una empresa

dedicada a la construcción. Cuando más tarde le vi trabajar en el tablero de dibujo - de manera distinta que en los instantes de feliz inspiración, mucho más cuidadosamente con más exactitud y detalle-, no tuve la menor duda de que había adquirido ya todos los conocimientos técnicos y especiales necesarios para su trabajo. A fin de cuentas, yo había pasado también por tres actos de duro aprendizaje y sabía que en esta vida no se regala nada, y cuan penosamente hay que adquirir un tal conocimiento. No me pareció posible que una cosa tan difícil pudiera sacarse, sencillamente, de la bocamanga como por arte de magia y durante mucho tiempo no pude creer que todo aquello que veía no era más que improvisación.

Existen tantos de estos trabajos que es posible hacerse una idea acertada sobre las disposiciones de Adolfo Hitler en este campo. Ahí está, en primer lugar, una acuarela. El concepto de acuarela no es aquí el más indicado. Se trata de un simple dibujo a lápiz, coloreado luego con colores al temple. A esta acuarela de Adolfo Hitler le falta por completo la rápida captación del ambiente, tan típico para la acuarela, un cierto sentimiento, esta fragancia y suavidad, que aun en la obra terminada revela algo del fresco aliento del agua empleada.

Justamente aquí, donde hubiera debido trabajar de manera rápida e intuitiva, se entretenía Adolfo con una minuciosa exactitud.
Como todo lo que puedo aportar de la actividad artística de Adolfo Hitler, se encuentra, también una acuarela, que conservo todavía, y que debe incluirse entre sus primeros ensayos. Es aún muy torpe, impersonal y de aspecto primitivo. Pero es aquí justamente donde reside su principal encanto. Representa el Pöstlingberg, el distintivo de Linz, con fuertes colores. Recuerdo perfectamente cómo Hitler me regaló este bosquejo.
De esta primera acuarela y de las centenares que siguieron no puede esperarse ninguna conclusión artística. Con ellas no pretendía expresar algo que llenaba su ánimo, sino simplemente pintar algunos agradables cuadritos. Casi siempre elegía para ello objetos amados, de preferencia arquitectura, y sólo raras veces paisajes. Si el hombre que pintara estas tarjetas no fuera precisamente Hitler, nadie se ocuparía de estos trabajos.
Distinto es lo que sucede con sus dibujos. Por desgracia, sólo se han conservado unos pocos de ellos. Mi propia contribución a este respecto es más que modesta. Aun cuando entonces poseía yo varios de estos dibujos, no he podido conservar más que uno solo, un simple proyecto arquitectónico, que poco nos dice. Es el dibujo en tinta china de una villa en el Gugl, Stockbauerstrasse 7.

Esta villa, recién reconstruida entonces, le había gustado mucho a Adolfo. Él la dibujó y me regaló la hoja. Aparte de su predilección por la arquitectura, poco es lo que puede deducirse de ella.

El muchacho de quince años me había manifestado su decisión de ser pintor artístico. Durante los años pasados en Linz, este objetivo se mantuvo, más por obstinación que por verdadera inclinación. Ya entonces se puso de manifiesto en Hitler una fuerte inclinación hacia la arquitectura.
Cuando recorro con mis recuerdos aquellos años en Linz, debo reconocer que el pintar era, para Hitler, algo que no se tomaba demasiado en serio, simplemente una especie de actividad, al margen del camino fijado; pintar era, para él, un juego con una inversión, de la que estaba seguro. Construir sin embargo, significaba mucho más para él. En lo que construía en su fantasía ponía todo su ser. Se sentía absorbido por ello hasta en lo más íntimo. Cuando había tenido una idea determinada parecía como poseído por ella. En estos momentos no existía nada más para él. Podía olvidar el tiempo, el sueño, el hambre, todo. Por fatigoso que fuera para mí seguirle en su obsesión, justamente estos instantes son para mi un recuerdo inolvidable. A mi lado y frente a la nueva catedral estaba este pálido y delgado muchacho, a quien el primer bozo empezaba a asomar sobre el labio superior, con su traje barato, desgastado en las mangas y en el cuello, captando de una sola mirada cualquier detalle arquitectónico, analizaba el estilo y la expresión, alababa o criticaba la ejecución, criticaba el material, y todo ello con una tal minuciosidad, con un tal conocimiento de causa, como si fuera él su arquitecto y tuviera que pagar, de su propio bolsillo, cualquier negligencia en la realización. Sacaba entonces una agenda de notas, y el lápiz corría rápido sobre el papel. Así y de ninguna otra manera debía resolverse esta tarea, afirmaba Adolfo. Yo debía comparar sus bosquejos con el proyecto ejecutado, debía aprobarlos o rechazarlos como él, y todo ello con un celo como si nuestra propia vida dependiera de ello.
Su pasión por modificarlo todo celebraba aquí verdaderos triunfos; pues una ciudad está más o menos bien edificada. No podía caminar por sus calles sin verse interpelado continuamente por todo lo que veía. Y ninguna pregunta quedaba aquí por contestar. Casi siempre se agitaba en su cabeza una docena de construcciones distintas a la vez; algunas veces tenía yo la impresión como si todos los edificios de esta ciudad estuvieran presentes al mismo tiempo ante él como en una visión panorámica. Pero, tan pronto como su atención era atraída por un detalle, toda su potencia y capacidad se concentraban en éste y sólo en éste. Recuerdo cómo, cierto día, se demolió en la plaza principal el viejo edificio del Banco de Austria Septentrional y Salzburgo. Con febril impaciencia seguía Adolfo el curso de la edificación. Estaba sumamente preocupado por si la proyectada edificación armonizaría en el cerrado conjunto de la plaza. Como, entre tanto, tuviera que

trasladarse a Viena, recibí yo el encargo de informarme continuamente de los progresos de la construcción. En su carta del 21 de julio de 1908 dirigida a mí se dice: «Cuando el banco esté terminado mándame, por favor, una tarjeta postal». Yo pude evadirme, finalmente, de este asunto, dado que no existían todavía tarjetas postales del edificio, procurándome una fotografía de la construcción recién terminada, y mandándosela a Viena. Por lo demás, Adolfo se manifestó de acuerdo con la solución adoptada.

Había muchas de tales "casas", de las que se ocupaba continuamente. Se sentía arrastrado hacia toda nueva construcción. Adolfo se sentía responsable por todo lo que se construía. Pero aún más que estos concretos proyectos le interesaban los grandes proyectos encargados por él a sí mismo. Su afán de cambiarlo todo no conocía aquí límite alguno. Al principio observaba yo todas estas andanzas con encontrados sentimientos y me preguntaba, con asombro, por qué se ocuparía con tanta tozudez de cosas, que, así lo creía yo, no serían jamás realizadas. Sin embargo, se obstinaba tanto más en un proyecto, cuando más lejos estaba de su realización. Conocía aun en sus mínimos detalles todos estos proyectos, como si hubieran sido ya realizados y toda la ciudad de Linz hubiera sido reconstruida de acuerdo con sus proyectos. Muchas veces era yo incapaz de seguirle, y en el primer momento no sabía si se trataba de algo ya existente o tan sólo en proyecto de realización. Para él era esto lo mismo. No establecía la menor diferencia al hablar de algo terminado o de algo proyectado. La ejecución era, para él, lo de menos en toda edificación.
En ninguna parte se revela de manera tan convincente la inquebrantable consecuencia de un espíritu como en este campo. Lo que proyectara el muchacho de quince años lo llevó a la realidad el hombre de cincuenta, como, por ejemplo, el proyecto para el nuevo puente sobre el Danubio, tan fielmente en sus menores detalles, como si no se interpusieran decenios, sino tan sólo unas pocas semanas, entre el proyecto y la realización. El proyecto estaba allí. Después venía la influencia y el poder, y el proyecto se convertía en encargo. Seguían los medios. El encargo se convertía en realidad. Todo esto tenía lugar con una tal consecuencia, como si para el muchacho de quince años considerara muy natural que un día los encargos y los medios habrían de venir por sí mismos. No me es posible asimilar estos hechos en mi modesta cabeza. Me es inconcebible cómo es posible algo semejante. Uno se sentiría tentado a hablar de milagro, porque la razón no puede seguir aquí. Casi me resisto a relatar lo que sigue, porque los proyectos hechos por este muchacho, entonces completamente desconocido, para la reconstrucción de su ciudad paterna de Linz, coinciden con el nuevo plano de la ciudad iniciado con posterioridad al año

1938, de forma que podría dudarse de la veracidad de mis explicaciones. Y, sin embargo, son ciertos hasta en sus menores detalles.

En mi decimoctavo aniversario, el 3 de agosto de 1906, me regaló mi amigo una villa. Lo mismo que la villa proyectada para Estefanía, estaba concebida en el estilo Renacimiento, tan amado por él. Es una suerte haber conservado estos bosquejos. Muestran una edificación majestuosa, a manera de un palacio, cuya fachada está dividida por una torre empotrada. El dibujo permite reconocer la bien concebida disposición de las habitaciones, que se agrupan de manera adecuada en torno al salón de música. La escalinata, en forma de caracol, problema de difícil solución arquitectónicamente, está representada en un bosquejo aparte. De la misma manera, el vestíbulo, con su majestuoso balcón, está especialmente realzado. Un grácil esbozo nos muestra el portal. Adolfo buscó conmigo un lugar adecuado para la edificación de esta villa, su regalo de aniversario. Debía levantarse en el Bauernberg, en medio de unos soberbios parques. En ocasión de mis visitas a Bayreuth procuré no recordarle a Hitler este imaginario regalo de aniversario. Estaba en situación para ello, y me hubiera construido con toda seguridad una villa sobre el Bauernberg, que probablemente hubiera sido más hermosa que este proyecto, producto del gusto de aquel entonces.

Mucho más impresionantes son dos distintos proyectos de construcción conservados por mí de entre sus numerosos diseños para la nueva sala de música. El viejo teatro era una construcción insuficiente en todos los sentidos. Los amigos del arte en Linz se habían reunido en una asociación, con el propósito de hacer posible la construcción de un moderno teatro. Adolfo ingresó inmediatamente en esta asociación y participó en el concurso abierto para aportar nuevas ideas. Durante meses enteros trabajó sin cesar en estos planes y proyectos y creía, con toda seguridad, que sus proyectos serían aceptados. Se mostró enormemente indignado cuando la asociación, en la que había puesto tantas esperanzas, finalmente, en lugar de construir un nuevo edificio, se limitó a restaurar el viejo teatro. Podemos leer un mordaz fragmento en la carta que me escribió con fecha 17 de agosto de 1908: "Me parece que quieren remendar, una vez más, este vejestorio". Indignado, declaró que prefería empaquetar su manual para arquitectura y mandarlo al comité encargado de estudiar las posibilidades de construir el nuevo teatro. ¡Cómo expresa su ira en estas palabras! De esta época procede también el dibujo siguiente. En su cara delantera muestra la proyectada sala de conciertos. Numerosas columnas dividen las paredes, en las que se encuentran palcos aislados.

Un adorno en forma de figuras culmina la balaustrada. Una poderosa cúpula corona la sala. En el reverso de este osado proyecto me expuso Adolfo las condiciones acústicas de la construcción por él proyectada, las cuales me interesaron, especialmente en mi calidad de músico. Se ve aquí claramente cómo las ondas sonoras procedentes del sitial de la orquesta se reflejan en el techo de tal manera que caen, en cierto modo, desde arriba, sobre los oyentes sentados en la platea. Adolfo se interesaba grandemente por los problemas acústicos. Puedo recordar todavía con exactitud su proposición de modificar la sala del Volksgarten, cuya deficiente acústica siempre nos había enojado, mediante unas construcciones adecuadas en el techo.

¡Y ahora pasemos a la reconstrucción de Linz! En esta relación, sus ideas eran inagotables, pero éstas no iban de un lado a otro, sino que, una vez tomada una decisión, se mantenía en ella de manera inquebrantable. A ello se debe que haya podido recordar yo tantos detalles. Siempre que pasábamos delante de este o aquel lugar, todos los proyectos parecían convertirse al instante en realidad, aun en sus menores detalles.
La Plaza Principal, maravillosamente enmarcada, llenaba a Adolfo siempre de un renovado encanto. Lamentaba solamente que las dos casas que daban al Danubio ocultaran en parte la vista sobre la corriente y la cadena montañosa que se extendía detrás de aquélla. De acuerdo con sus planes, estas casas debían separarse lo bastante para permitir la vista hasta el nuevo puente, ensanchado a la manera de una carretera, sin perjudicar, por ello, el efecto a modo de sala de la plaza; una solución que más tarde convirtió exactamente en realidad. El ayuntamiento, situado también en esta plaza, lo encontraba indigno de una ciudad tan próspera como Linz. El nuevo ayuntamiento debía levantarse como un majestuoso edificio - en modo alguno neogótico, usual en aquel entonces para los ayuntamientos, como lo demuestran los ejemplos de Viena o Munich-, sino en un estilo mucho más moderno. Hitler siguió otros principios en la reforma del viejo palacio, que corona sobre la vieja ciudad como una mole de desagradable aspecto. En una librería había descubierto un viejo grabado de Merian, que muestra el estado del palacio antes del gran incendio. Este primitivo estado debía restablecerse, y el palacio deberla ser utilizado a manera de museo. Un edificio que le llenaba continuamente de entusiasmo era el museo creado en 1891 ¡Cuántas veces nos detuvimos ante el friso de mármol, de ciento diez metros de largo, que reproduce en sus relieves plásticos escenas de la historia del país! Adolfo no se cansaba de contemplarlo. En sus proyectos prolongaba el edificio del museo más allá del jardín contiguo del colegio de Santa Elizabeth, y prolongaba el friso hasta los doscientos veinte metros, de modo que, según afirmaba, se convertiría en el mayor friso plástico del continente. Se ocupaba también activamente de la nueva catedral, entonces

en construcción. Consideraba vano el intento de dar nueva vida al gótico en nuestra época, y se sentía también indignado con los ciudadanos de Linz porque no conseguían imponerse a los vieneses. La torre de la catedral de Linz no podía exceder de ciento treinta y cuatro metros, para mantenerse a respetuosa distancia de la torre de la iglesia de San Esteban, en Viena, de ciento treinta y ocho. Sin embargo, lo que más satisfacción causaba a Adolfo era el cobertizo levantado para la construcción de la catedral, del que, según confiaba, podrían obtenerse algún día buenos picapedreros para la ciudad. La estación estaba demasiado próxima a la ciudad, obstaculizaba el tráfico y el desarrollo de la edificación con sus instalaciones férreas. Aquí encontró Adolfo una solución ciertamente genial para aquel tiempo. Trasladó la estación lejos de la ciudad, al campo libre, en dirección a la Welser Heide o hacia Kleinmünchen - tenía en cuenta ambas posibilidades - y hacía pasar las vías por debajo del plano de la ciudad. El espacio que quedaría libre por el derribo de la vieja estación debía servir para la ampliación del Volksgarten. Al leer esto, hay que representarse la época allá por el año 1907, y considerar que una persona de dieciocho años, completamente desconocida, carente de toda educación previa y de estudios especializados, exponía estos planes revolucionarios para la planificación de la ciudad, una prueba de hasta qué punto era capaz de superar las ideas y prejuicios de aquel entonces.

Lo mismo que la ciudad, Hitler transformaba también los alrededores de Linz. Una interesante idea le obsesionaba en su romántica visión para la renovación del castillo de Wildberg, que se levanta del profundo Haselgraben. El castillo debía recuperar nuevamente su estado primitivo, y ser aprovechado para un museo al aire libre, ¡en aquel entonces una idea enteramente nueva! Quería reunir allí a determinados artesanos. Sus oficios debían seguir de un lado las tradiciones medievales, pero, de otro, servir también a los modernos propósitos, por ejemplo, para estimular el turismo. La gente alojada en el castillo debía ir vestida a la manera antigua. Los viejos usos gremiales debían conservarse allí en toda su integridad e instalarse también una escuela de maestros cantores. Según sus palabras textuales "las gentes peregrinarían hacia esta isla, en la que se habrían detenido los siglos", para estudiar en ella la vida y costumbres de una colonia medieval. Más allá de Dinlkelsbühl y Rotenburg, en Wildberg, no debía mostrarse solamente arquitectura, sino también una existencia real. El derecho de peaje, que debía alzarse en el portal de entrada a los visitantes, serviría como complemento para el sostenimiento de sus habitantes. Adolfo tuvo muchos quebraderos de cabeza pensando en la elección de los artesanos adecuados, y recuerdo muy bien que discutamos muy a menudo sobre ello. Después de todo, no tardaría en sufrir yo el examen de oficial, lo que me autorizaba a hacer oír aquí mi parecer.

La torre sobre el Lichtenberg, por el contrario, debía convertirse en una instalación muy moderna. Un funicular llevaría hasta su cima. Aquí debía levantarse un confortable hotel. Una torre de trescientos metros de altura - una construcción de acero, que le preocupaba grandemente - coronaría todo el conjunto. Desde la plataforma mas alta de esta torre, según él afirmaba, podría verse brillar, con tiempo claro y la ayuda de un anteojo, el águila dorada en la cima de la torre de la iglesia de San Esteban en Viena. Me parece haber visto, incluso, un dibujo de este proyecto en casa de Adolfo.
Sin embargo, el proyecto más audaz, el que dejaba a todos los demás en la sombra, era la construcción de un grandioso puente de arco tendido a gran altura sobre el Danubio.

Con este objeto había concebido el trazado de una carretera de montaña. Ésta debía empezar en el Gugl, que entonces era todavía una fea cantera de arena, aislada por una empalizada de madera. Con las basuras y desechos de la ciudad debía rellenarse este foso, sobre el que se instalaría un parque. La nueva carretera se prolongada luego, en un amplio trazo, hasta el bosque inmediato a la ciudad. (Hace ya tiempo que el municipio de la ciudad de Linz ha convertido en realidad esta iniciativa, sin conocer los planes del joven Hitler. La carretera de montaña construida desde entonces coincide exactamente con la carretera proyectada por Hitler.) Según Adolfo, debía ser derribada la atalaya del emperador Francisco José en el Jägermayerwald, la cual se conserva hoy día todavía. En su lugar, debería erigirse un altivo monumento. En el recinto de honor se alojarían los bustos de los grandes hombres que hubieran contraído méritos en pro de la Alta Austria. Desde la cúpula del recinto de honor se gozaría de una vista maravillosa sobre una gran extensión del país. Como coronación de la construcción estaba concebida la figura de Sigfrido, alzando en el aire su espada Nothung. (Aquí intervienen de manera evidente los modelos del Walhalla, de la sala de la liberación de Kelheim y del monumento a Hermann en la selva de Teutoburgo.) Desde este lugar, el puente se tiende en un solo arco hasta las abruptas paredes de la orilla montañosa fronteriza. Adolfo se veía arrastrado a estas ideas por la leyenda de un osado jinete, que, huyendo de sus perseguidores se lanzó desde este lugar al espantoso abismo, para, después de cruzar a nado el Danubio, alcanzar la otra orilla. Este puente superaba todo lo hasta entonces imaginado. La luz del arco era, según nuestros cálculos, de más de quinientos metros. La cima del puente estaba a más de noventa metros de altura sobre el nivel de la corriente. Lamento profundamente que no se haya conservado uno sólo de los dibujos de este proyecto, realmente único. Esta construcción sobre el hondo valle del Danubio, según explicaba mi amigo, sería única en el mundo, para orgullo de Linz. Después de cruzado este osado puente, la carretera se uniría a la ladera del Pöstlingberg, uniendo así la mejor vista sobre la

ciudad, a la que los dos tanto amábamos, con el terreno más hacia el sur. ¡Cuán a menudo nos deteníamos ya en uno o en el otro lado de las escarpadas orillas, en tanto que Adolfo me exponía la proyectada construcción con todos sus detalles!

Estos osados y amplios planos causaban en mí una peculiar impresión, de la que puedo acordarme todavía. Aun cuando todo ello no dejara de ser, a mis ojos, un juego de la fantasía muy lejos de la posibilidad de verse convertido en realidad, estas ideas ejercían un raro encanto sobre mí. Lo que proyectaba mi amigo y lo que sabía retener en un par de rápidos trazos, no era una fantasía carente de fundamento. De una manera u otra, estas ideas, al parecer tan abtrusas, no dejaban de tener algo de convincente, algo de subyugante en sí. Latía en ellas una especie de lógica superior. Una idea traía consigo a la otra de manera consecuente, una daba lugar a la otra. De esta manera, todo el conjunto era ofrecido en una clara y razonable relación, cuyas románticas reminiscencias, como la de la "Edad Media viva en el castillo de Wildberg", procedían claramente del mundo de la fantasía de Ricardo Wagner. Iban unidas a las más modernas ideas técnicas, como la eliminación de los peligrosos cruces ferroviarios, desviando las vías mediante galerías subterráneas. No era éste un recrearse inútil en irreales fantasías, sino un método muy disciplinado, en un cierto sentido, casi sistemático. Tal vez se debiera ello, justamente, a la especial fuerza de atracción que esta composición en arquitectura ejercía sobre mí, que parecía absolutamente realizable, aun cuando nosotros, pobres muchachos carentes de todo recurso, no tuviéramos la menor posibilidad de convertir estos proyectos en realidad. Pero esto no parecía perturbar lo más mínimo a mi amigo. Creía firmemente que algún día podría realizar todos estos proyectos geniales. El dinero carecía para él de importancia. Sólo el tiempo era decisivo, es decir, el intervalo de vida dentro del cual podía convertir en realidad sus ideas. Mi razón se oponía a esta fe incondicional en una ulterior realización de estos proyectos. Este era el punto en el que no le podía yo seguir. ¿Qué sería de nosotros mañana? ¿De mí, por ejemplo? En el mejor de los casos, un afamado director de orquestal ¿Y de Adolfo? ¡Un famoso pintor, un dibujante, quizá un celebrado arquitecto! ¡Cuán lejos se aparecían, empero, estas metas profesionales del prestigio, importancia, riqueza y poder necesarios para transformar, de manera tan radical, toda una ciudad! ¡Y sabe Dios si en la inaudita fantasía e impulsivo temperamento de mi amigo la cosa hubiera quedado en la transformación de Linz! Adolfo no podía dejar tranquilo nada que cayera en sus proximidades. Yo sentía serios reparos, y osaba, de vez en cuando, aventurar alguna observación, para recordar la indiscutible realidad que, uniendo nuestras fortunas, apenas si hubiéramos podido reunir un par de coronas, escasamente suficientes para comprar el papel en que dibujar. La

mayoría de las veces rechazaba Adolfo, con enojo, esta insinuación. Me parece ver todavía su hosco ademán, el rígido gesto de la mano al rechazar estas objeciones.

Para él, estos eran planes que algún día habrían de convertirse, naturalmente, en realidad, y con la mayor exactitud. Y para ello se preparaba con todos los detalles. Y por ilusorio que pareciera un pensamiento, él lo estudiaba hasta en sus últimas posibilidades. ¿Cómo podría conseguirse el material para aquel puente de arco sobre el Danubio? ¿Debería ser de piedra o habría de acudir al acero? ¿Cómo podrían fundirse los espolones? ¿Sería la roca lo bastante resistente? Problemas éstos, en parte no resueltos técnicamente pero, en parte también muy atinados. Adolfo vivía ya de tal manera en esta ciudad de Linz «reconstruida» que adaptaba a ella sus diarias costumbres. Nos encaminábamos al «Templo de honor», a la «Weihehalle» o a nuestro «Museo medieval al aire libre». Cuando un día interrumpí yo una vez la osada elocuencia de sus pensamientos encauzados a la construcción de un monumento nacional, con la sobria pregunta de cómo se imaginaba la financiación de esta obra, se limitó a contestarme con un simple «¡Qué tontería, el dinero! » Pero, al parecer, esta objeción no le dejaba en paz. hizo lo que suele hacer la gente que quiere ganar rápidamente dinero: se compró un billete de lotería. Y, sin embargo también había una diferencia en la manera como Adolfo compró lotería y como lo hacen los demás: pues los demás sueñan con el primer premio o lo desean solamente, en tanto que él se lo había asegurado ya en el instante de su adquisición olvidándose de comprar el premio en aquel instante. Su única preocupación en este caso era cómo utilizar de manera adecuada y razonable, esta considerable suma.

De la misma manera como en medio de sus más osados planos surgían en él, de repente las más sobrias reflexiones - una típica característica suya--, lo mismo sucedió con la compra de este billete de la lotería. Aun cuando en su fantasía empezaba ya a aprovechar para sus construcciones la suma representada por el primer premio, estudió detenidamente las reglas del juego y sopesó, exactamente, nuestras posibilidades Mis recuerdos de la historia del gran premio son tan exactos y concretos, porque este episodio fue, justamente un triunfo de nuestra amistad. Este primer premio, ganado en nuestra imaginación, tuvo sobre nuestra amistad un efecto más corto, por ser tan sólo pasajero pero tan vinculado como el secreto de Estefanía, compartido y vivido por los dos.

Adolfo me había invitado a comprar conjuntamente con él un billete de lotería. El billete costaba diez coronas Yo debía contribuir con la mitad, es decir, cinco coronas. No obstante, estas cinco coronas no debían ser

aportadas por mis padres, sino que debían ser ganadas por mí mismo. En aquel entonces yo disponía de algún dinero para mis necesidades, y en algunas ocasiones recibía también propina de los clientes, cuando había decorado un dormitorio o un comedor a su entera satisfacción. Adolfo hizo que le demostrara exactamente de dónde procedían las cinco coronas. Cuando se hubo asegurado de que, por mi contribución, no habría de intervenir en el juego ninguna tercera persona, nos dirigimos los dos juntos a la expendeduría de la lotería del Estado, para comprar el billete. Tardó mucho tiempo en elegirlo. No sé desde qué punto de vista hizo esta elección. Como no prestaba la menor atención a las ciencias ocultas y en este sentido era más que indiferente, su conducta me era enigmática. Pero, finalmente, consiguió encontrar el primer premio. «¡Ya lo tengo!», exclamó volviéndose hacia mí, y guardó el billete en su librito negro de cubiertas flexibles en el que anotaba sus poesías. El tiempo transcurrido hasta el sorteo fue, realmente, el más bello de nuestra amistad. El amor y el entusiasmo, las grandes ideas, osados proyectos, de todo ello disponíamos ya en abundancia. Lo único que nos había faltado hasta entonces era dinero. Y ahora teníamos hasta esto. ¿Qué podíamos querer más? A pesar de que el primer premio representaba mucho dinero, mi amigo no se dejó arrastrar, en modo alguno, a un irreflexivo derroche de esta suma. ¡Por el contrario! Procedió con él de manera sumamente calculadora y ahorradora. Hubiera carecido de objeto invertir este dinero en alguno de sus proyectos, como en el de la reconstrucción del museo; pues no hubiera sido más que una acción parcial en el marco de la gran urbanización de la ciudad. Era mucho más razonable emplear este dinero en nosotros mismos, para procuramos una situación y una consideración pública con ayuda de esta suma, la cual, a su vez, hiciera posibles otros pasos en el sentido de nuestros planes para el futuro.

Construir tina villa para nosotros era demasiado costoso. La construcción hubiera consumido una parte tan grande de esta suma, que hubiéramos debido instalarnos como pobres diablos en esta maravillosa villa. Adolfo propuso una solución intermedia. Según sus palabras, debíamos alquilar un piso y decorarlo según nuestras necesidades. Después de largas y cuidadosas reflexiones elegimos el segundo piso de la casa número 2 de la Kirchengasse; pues esta casa estaba situada de manera única. Aun cuando estaba cerca de la orilla del Danubio, la vista se extendía hacia el otro lado hasta las verdes y encantadoras colinas del Mühlviertel, coronadas por cl Pöstlingberg. Nos introdujimos secretamente en la casa, comprobamos la vista ofrecida por las ventanas de la escalera, y Adolfo se hizo un plano de la casa.

Después nos instalamos en ella, por así decirlo. Un ala del piso, mayor, debía habitarla mi amigo, y la menor estaba reservada para mi. Adolfo distribuyó las habitaciones de tal manera que su despacho estuviera lo más alejado posible del mío, para que, cuando estuviera junto a su mesa de dibujo, no se viera molestado por mis ejercicios musicales. Mi amigo cuidó también de la decoración de las habitaciones y dibujó a escala las distintas piezas del mobiliario en el plano del piso. Eran muebles bellos y sólidos a la vez, trabajados por los mejores maestros artesanos de la ciudad, y en modo alguno de barato trabajo en serie. Incluso el modelo para el pintado de las distintas habitaciones fue proyectado por Adolfo. Sólo en los cortinajes y tapicerías pude intervenir yo, y mostrarle tal y como quería yo ver tapizadas las habitaciones que me correspondían. No cabe duda de que le gustaba la manera segura y natural con que yo intervenía en la instalación de la vivienda. No teníamos la menor duda de que el primer premio nos estaba asegurado; Adolfo me había arrastrado en su ilimitada fe en el éxito deseado. También yo contaba con un pronto traslado a la casa en el número 2 de la Kirchengasse.

A pesar de su sencillez, en todo lo referente a esta casa se ponía de manifiesto un escogido gusto personal. Adolfo se proponía reunir en nuestra casa a un grupo de personalidades entusiastas por el arte. Yo debería tocar música para ellas. Él daría algunas conferencias o les explicaría sus nuevos trabajos. Nos dirigiríamos regularmente a Viena, para asistir allí a conferencias y asistir al teatro y a los conciertos. (¡Me di cuenta entonces de que Viena jugaba ya un gran papel en el mundo de la fantasía de mi amigo! Era, pues, un milagro que Adolfo se hubiera decidido por la Kirchengasse en Urfahr!). A pesar del premio gordo, nuestra vida no debería sufrir la menor modificación. Seguiríamos siendo personas sencillas, buenas y honestas, pero en modo alguno vestidas de manera llamativa. Por lo que se refiere al vestir, Adolfo tuvo entonces una graciosa ocurrencia, que me llenó de entusiasmo: los dos nos vestiríamos exactamente igual, de manera que la gente nos tendría por hermanos! ¡Creo que esta sola idea era digna por sí sola del primer premio en la lotería! Demuestra hasta qué punto nuestra amistad del teatro se había convertido en una amistad profunda, de sentido romántico. Naturalmente, debería abandonar yo la casa paterna y también el oficio de tapicero. Mi futura labor musical no me dejaría tiempo para estas ocupaciones; pues, al progresar el estudio aumentaría también nuestra comprensión por las experiencias artísticas hasta absorbemos por completo. Adolfo pensaba en todo, incluso en el cuidado de la casa, cosa necesaria, pues el día del sorteo estaba cada vez más cerca. Pondríamos a una dama fina y distinguida al frente de nuestra casa, la que atendería a su cuidado. Debería ser una mujer de edad ya madura, para no exponemos a esperanzas o intenciones que

pudieran oponerse a nuestra vocación artística. Así, pues, todo estaba ya dispuesto. Esta idea me persiguió aún durante mucho tiempo: una mujer ya de edad, de cabellos grises, pero extraordinariamente distinguida, que recibe en la escalera, festivamente iluminada del piso, a los invitados de sus pupilos, estos jóvenes de diecisiete y dieciocho años, invitados que pertenecen a los círculos amigos más escogidos y elevados, que ellos suelen reunir a su alrededor.

Durante los meses de verano haríamos grandes viajes. La primera e inaplazable meta sería Bayreuth, donde gozaríamos de los dramas musicales del gran maestro en su más perfecta realización. (¡Esta parte de nuestros sueños de juventud fue para mí la única que habría de verse realizada, aun sin primer premio!) Desde Bayreuth visitaríamos otras muchas notables ciudades, maravillosas catedrales, palacios y castillos. Sin embargo, también visitaríamos centros industriales, astilleros e instalaciones portuarias. «¡Visitaremos toda Alemania!», afirmó Adolfo.

Éstas eran sus palabras más favoritas.

Y llegó el día del sorteo. Adolfo vino a mi taller con la lista de la lotería y lleno de excitación. Raras veces le había visto yo tan furioso como en esta ocasión. Primeramente descargó su ira sobre la lotería nacional, esta especulación organizada por el Estado sobre la credulidad de los hombres: ¡este abierto engaño a costa de los complacientes ciudadanos! Su ira se centró luego sobre el Estado mismo: ¡este cuerpo remendado formado por diez o doce o Dios sabe cuántas naciones, este monstruo creado mediante enlaces matrimoniales por los Habsburgos! ¿Acaso podía esperarse otra cosa, sino que dos pobres diablos como nosotros fueran estafados en sus últimas y míseras coronas?

Ni una sola vez se le acudió a Adolfo reprocharse a sí mismo, por haber pretendido para sí, con tan absoluta naturalidad, el primer premio. Horas enteras se había pasado ante la lista de los premios, calculando exactamente el número de billetes y premios ofrecidos, deduciendo de ello nuestras escasas posibilidades de acertar. Yo no podía comprender esta contradicción en su naturaleza. Pero era así.

Por primera vez le había fallado su inaudita capacidad de sugestión, que forzaba en la dirección deseada las cosas que le atraían. Y esto no podía tolerarlo; pues era más enojoso que la pérdida del dinero y que la renuncia al piso y a la dama, recibiendo con distinguida indolencia a nuestros invitados.

Más razonable que confiar en las instituciones estatales, como lo era también esta lotería, le parecía a Adolfo confiar en sí mismo y en su propio futuro. En este caso no podrían sucederle, estas desgracias. Así, después de un breve período de extremo abatimiento regresó de nuevo a sus primeros proyectos. Uno de sus favoritos era la reforma del puente sobre el Danubio, que une Linz con Urfahr. Cada día cruzábamos por este puente por encima de la corriente que seguía su tranquilo curso hacia el Este. Adolfo amaba especialmente este camino a través del puente. Sobre estas agitadas aguas se percibía algo libre, un impulso hacia adelante, una atmósfera que era muy distinta a la que reinaba en las calles y plazas de la ciudad. Yo tenía la impresión de que la proximidad del río daba nuevas alas a su fantasía; pues casi en ninguna otra parte le he oído expresar con tal entrega y emoción sus ideas que en este familiar camino a través de la corriente.

Cuando el grave desbordamiento en mayo del año 1868 arrancó cinco sostenes del viejo puente de madera, se decidió la construcción de un puente de hierro, que fue terminado en el año 1872. Este nuevo puente de vigas de celosía carecía de toda belleza, era demasiado estrecho y, aun cuando en aquel entonces no se conocían todavía los automóviles, no bastaba para las necesidades del tráfico. Continuamente tenían lugar angustiosos atascamientos en este puente. Adolfo se alegraba al contemplar a los indignados cocheros, que trataban de abrirse paso con brutales imprecaciones y restallando el látigo. Aun cuando, por lo general, no mostraba mucho interés por lo que le rodeaba, y prefería proyectar sus planes a largo plazo, propuso una solución intermedia, que debía solucionar esta desagradable situación. Sin modificar el puente mismo, debían añadirse a su derecha e izquierda unos caminos de peatones, de dos metros de ancho cada uno, construidos mediante tirantes, que facilitaran el tránsito de las personas y que descongestionarían la calzada central del puente. Naturalmente, en Linz nadie se preocupó lo más mínimo por la proposición de este joven iluso, que no podía mostrar siquiera unas buenas calificaciones escolares. Y con un celo tanto mayor se consagró Adolfo a su proyecto de la construcción de un nuevo puente.

La fea construcción de hierro debía desaparecer. El nuevo puente debía tener un diseño y unas dimensiones tales, que el visitante, al dirigirse de la Plaza Principal al Danubio, tuviera la impresión de tener ante sí, no un puente, sino una bella y majestuosa carretera. Las dos cabezas del puente debían diseñarse de manera consecuente. Unas poderosas estatuas debían reforzar la impresión artística.

Es sumamente de lamentar, que, según yo sepa, ninguno de los numerosos dibujos bosquejados por Hitler en aquel entonces para la reconstrucción del

puente sobre el Danubio en Linz se haya conservado; pues sería sumamente interesante comparar estos proyectos con los planes según los cuales este puente fue proyectado y encargado treinta años más tarde. Debemos agradecer a su impaciencia, que no pudo hacer surgir lo bastante temprano esta "nueva" Linz, que, a pesar de la guerra iniciada en el año 1939, fue llevada a cabo, cuando menos, esta obra, que era el proyecto central de la nueva urbanización de la ciudad de Linz.

LA VISION

¡Fue el instante más impresionante vivido al lado de mi amigo! Su recuerdo ha quedado grabado en mí de manera tan indeleble que incluso los detalles secundarios, como el traje que llevaba Adolfo en aquella tarde, el tiempo que hacía entonces, se me aparecen tan vivamente como si aquella vivencia estuviera fuera de todo tiempo. Que esta escena quedara grabada en mí de forma tan imborrable, se debe quizá también a la circunstancia de que nunca hasta entonces había vivido yo de manera tan inmediata como entonces el cielo estrellado a la medianoche. La ciudad misma, con sus propias aun cuando escasas luces, hace invisibles las estrellas del cielo durante la noche. Tan sólo en medio de la soledad, en las alturas del Freinberg, se apareció bruscamente sobre mí como creada por vez primera, toda la maravilla del firmamento y el hálito de lo eterno me conmovió tan intensamente como jamás lo hiciera. Es cierto que yo había tenido ocasión de contemplar a menudo el cielo estrellado. Pero, tal como suele suceder entre las personas jóvenes y sensibles, un instante de peculiar intensidad, la coincidencia de extraordinarias circunstancias nos parece convertir esta imagen, indiferente hasta entonces, en una señal, con la que Dios se dirige directamente a nosotros.

Lo que más fuertemente ha quedado grabado en mi memoria al recordar mi juvenil amistad con Adolfo Hitler, no son sus discursos ni tampoco sus ideas políticas, sino aquella escena nocturna en Freinberg. Con ello se había decidido, de manera definitiva, su destino. Es cierto que exteriormente se mantenía en su proyectada carrera artística, sin duda por consideración a su madre; pues para éste se aparecía ciertamente como un objetivo mucho más concreto cuando decía que sería pintor artístico que si hubiera dicho: seré político. Sin embargo, la decisión de seguir por este camino tuvo lugar en esta hora solitaria en las alturas que rodean la ciudad de Linz. Tal vez no sea la palabra "decisión" la más adecuada; pues no fue una decisión voluntaria, tomada por sí mismo, sino más bien una visión del

camino a seguir, que estaba completamente fuera del alcance de su voluntad.

Abajo estaba Adolfo, con su abrigo negro, el sombrero obscuro hundido sobre la frente. ¡Un atardecer frío, poco acogedor de noviembre en el que anochecía temprano!

Adolfo me hizo una seña, con impaciencia, desde la calle. Yo estaba en aquellos momentos despojándome del polvo y suciedad del taller, para cambiarme para ir al teatro. Esta noche se representaba "Rienzi". No habíamos visto todavía esta ópera de Ricardo Wagner, lo que nos tenía en una gran tensión. Para asegurarnos las columnas de las localidades de paseo debíamos estar muy temprano en el teatro. El silbido de Adolfo, repitiéndose enérgicamente, me incitaba a apresurarme. Adolfo había hablado ya varias veces de esta ópera. Ricardo Wagner empezó su composición en 1838, en Dresden, y la prosiguió durante su estancia en las provincias bálticas. Es interesante el hecho de que justamente entonces, cuando acababa de conocer el norte, le ocupara un tema de la Roma medieval. Acabó el "Rienzi" en París, y dos años más tarde fue representado en Dresden por primera vez, lo que cimentó la fama de Ricardo Wagner como compositor de óperas, aun cuando en esta obra no encontró todavía su forma de expresión peculiar. "Rienzi" se halla en un momento de transición. Después de esta ópera, Wagner regresó al Norte, y encontró su verdadera expresión artística en el mundo de la mitología germánica. "Rienzi", aun cuando se desarrolla en el año 1847, está impregnada del aliento y ritmo de aquella revolución que seis años más tarde habría de abatirse sobre suelo alemán, y que afectó también intensamente el destino personal de Wagner. "Rienzi" es la gran confrontación con las ideas del año 1848.

La música de la ópera "Rienzi", estudiada por mí a la vista de una selección para piano, es aún muy melódica y accesible en comparación con las posteriores obras de Wagner. La numerosa orquesta con la totalidad de los instrumentos de metal y de percusión da a la ópera un aire pomposo, tal y como corresponde a la concentrada acción. La juvenil alegría compositoria del maestro celebra verdaderos triunfos en la genial ascensión del conjunto, en la revolucionaria impetuosidad y en la brillante intervención de la orquesta. A ello se une la arrebatadora acción, que desde un principio nos fascinó.

Ahí estábamos nosotros en el teatro y presenciábamos cómo el pueblo de Roma era subyugado por la altiva y cínica nobleza; los hombres son obligados por ésta a la servidumbre, las mujeres y doncellas son deshonradas y ultrajadas por los altivos nobles. Entonces surge en Cola

Rienzi, un hombre sencillo y desconocido, el liberador del torturado pueblo. Claramente suena su voz:

«Pero si oís la llamada de la trompeta
resonando en su prolongado sonido,
despertad entonces, acudid todos aquí:
¡Yo anuncio la libertad a los hijos de Roma!»

En un audaz golpe de mano libera Rienzi a Roma de la tiranía de los nobles y hace jurar sus leyes al pueblo. Adriano, aunque procedente del más noble linaje de los Colonna, que guía a los nobles, se une a Rienzi. Sin embargo, quiere saber la verdad, por lo que pregunta al nuevo dictador:

«¡Rienzi, escucha! ¿Qué te propones?
Te veo poderoso. Dinos:
¿Para qué utilizas la fuerza? !»

Temblando de excitación esperábamos la respuesta de Rienzi a esta pregunta trascendental:

«Sea, pues: ¡A Roma haré yo grande y libre!
Solo las leyes pretendo yo crear,
para el pueblo lo mismo que para el noble!»

¡Qué palabras: como pronunciadas para nosotros!

Incluso los nobles prestan reverencia a Rienzi. Su victoria es total. Roma se encuentra en sus manos. Proyectos trascendentales ocupan su mente. Las masas liberales le expresan su júbilo. Uno de entre ellos anuncia al pueblo, y anuncia también a los conmovidos espectadores:

«Él nos ha convertido en un pueblo
por ello, escuchadme, asentid conmigo.
¡Sea éste su pueblo y él su Rey!»

Rienzi rechaza la designación «Rey». Cuando los hombres del pueblo le preguntan cómo deben nombrarle en su cargo, alude él a los grandes modelos del pasado. También sus palabras parecían apelar directamente a nuestro corazón:

«... pero si me elegís a mí, para vuestra protector
el justo, que comprende al pueblo, volved la mirada a vuestros

antepasados:
¡Y llamadme vuestro tribuno popular!»

Las masas contestan entusiasmadas:

«¡Rienzi, Salve! ¡Salve tú, tribuno popular!»

«¡Tribuno popular!» Esta palabra se grabó en nosotros de manera inolvidable. Una conjuración está en ciernes. Stefano Colonna, el padre de Adriano, va a la cabeza de los que quieren eliminar al tribuno. Colonna no se deja influir por el júbilo de las masas. Temblando de indignación escuchamos sus acusaciones:

«¡Es el ídolo de este pueblo,
al que ha hechizado con sus engaños!»

Adriano, situado entre su padre y Rienzi, a cuya hermana Irene ama ardientemente, descubre la conjura. Los nobles son arrestados. Sin embargo, Rienzi hace prevalecer la misericordia antes que la justicia. Abusando de su bondad, tratan los nobles de incitar a las masas contra Rienzi. Los mismos hombres que otrora aclamaron al tribuno, no tardan en gritar:

«Ahí está el traidor, a quien servimos,
que ofrendó a su soberbia nuestra sangre,
y nos precipita a la perdición!
¡Ay, venguémonos en él»

Con un escalofrío vemos cómo los fieles abandonan a Rienzi.
La Iglesia promulga la excomunión contra su persona.

«... me abandona también el pueblo, a quien yo hice digno de este nombre, me abandonan todos los amigos, que la suerte me hizo conocer... »

En medio de una conjura instigada por los nobles debe ser asesinado Rienzi. Una vez caído Rienzi, las masas se hundirán de nuevo en la servidumbre:

«El populacho? ¡Bah!
Rienzi es quien hizo de ellos caballeros,
¡quitarle a Rienzi, y será lo mismo que era antes!»

Pero la caída del tribuno debe venir de las mismas filas de sus partidarios. Rienzi se siente perdido cuando ve que sus fieles le abandonan. El Capitolio y la casa de Rienzi son incendiados por sus mismos leales. Oímos el grito:

«¡Venid! ¡Venid! ¡Venid a nosotros!
¡Traed piedras y antorchas!
¡Está maldito, está excomulgado!»

Desde el balcón de su casa pretende Rienzi hablar una vez más a las masas excitadas, que intentan lapidarle. Cómo nos conmueven sus palabras!

«-íPensad! ¿Quién os hizo grandes y libres?
¿No os acordáis ya del jubilo, con el que entonces me acogisteis, cuando os di la paz y la libertad?»

¿Y la respuesta? Nadie le escucha ya. Adriano, que a pesar de su amor por Irene se ha convertido en el jefe del indignado populacho, se lanza contra la casa en llamas. Aterrado, ve Rienzi cómo la traición de entre sus mismas filas sella su caída, y antes de que las llamas hagan presa en él maldice al pueblo por el que vivió y combatió.

«¿Cómo? ¿Es ésta Roma?
¡Miserables! ¡Indignos de este hombre,
el ultimo romano os maldice!
¡Maldita, destruida sea esta ciudad! ¡Cae y piérdete, Roma!
¡Así lo quiere tu pueblo degenerado!»

Conmovidos presenciamos la caída de Rienzi. En silencio abandonamos los dos el teatro. Era ya medianoche pero mi amigo caminaba por las calles, serio y encerrado en sí mismo, las manos profundamente hundidas en los bolsillos del abrigo, hacia las afueras de la ciudad.

Aun cuando, por lo general, después de una emoción artística como la que acababa de agitarle, solía empezar a hablar inmediatamente y juzgar agudamente la representación para liberarse a sí mismo de las opresoras impresiones, después de ésta de Rienzi guardó silencio durante largo tiempo. Esto me asombró. Le pregunté su parecer sobre la obra. Adolfo me miró extrañado, casi con hostilidad.

- ¡Calla! - me gritó hoscamente.

Era una sombría y desapacible noche de noviembre. La húmeda y helada niebla se extendía densa sobre las estrechas y desiertas callejuelas.

Nuestros pasos resonaban extrañamente sobre el adoquinado. Adolfo tomo un camino que pasaba por delante de las pequeñas casitas de los arrabales de la ciudad, aplastadas casi sobre el terreno, y que lleva hasta las alturas del Freinberg. Ensimismado, mi amigo caminaba delante mí. Todo esto me parecía casi inquietante. Adolfo estaba más pálido que de costumbre. El cuello del abrigo levantado reforzaba aún más esta impresión.
El camino seguía por entre diminutos y míseros jardines y pequeños prados. La niebla quedaba atrás. Como una masa pesada y hosca gravitaba sobre la ciudad y substraía las casas de los hombres a nuestras miradas.

-¿Adónde quieres ir?- quise preguntar a mí amigo. Pero su delgado y pálido rostro parecía tan distante, que contuve la pregunta.

No había ya nadie a nuestro alrededor. La ciudad estaba sumida en la niebla.

Como impulsado por un poder invisible, Adolfo ascendió hasta la cumbre del Freinberg Y ahora pude ver que no estábamos en la ciudad y la obscuridad, pues sobre nuestras cabezas brillaban las estrellas.
Adolfo estaba frente a mí. Tomó mis dos manos y las sostuvo firmemente. Era éste un gesto que no había conocido basta entonces en él. En la presión de sus manos pude darme cuenta de lo profundo de su emoción Sus ojos resplandecían de excitación Las palabras no salían con la fluidez acostumbrada de su boca, sino que sonaban rudas y roncas En su voz pude percibir cuán profundamente le había afectado esta vivencia
Lentamente fue expresando lo que le oprimía. Las palabras fluyen más fácilmente. Nunca hasta entonces, ni tampoco después, oí hablar a Adolfo Hitler como en esta hora, en la que estábamos tan solos bajo las estrellas, como si fuéramos las únicas criaturas de este mundo. Me es imposible reproducir exactamente las palabras que me dijo mi amigo en esta hora.
En estos momentos me llamó la atención algo extraordinario que no había observado jamás en él, cuando me hablaba lleno de excitación: parecía como si fuera otro Yo el que hablara por su boca, que le conmoviera a él mismo tanto como a mí. Pero no era, como suele decirse, que un orador es arrastrado por sus propias palabras. ¡Por el contrario! Y tenía más bien la sensación como si él mismo viviera con asombro con emoción incluso, lo que con fuerza elemental surgía su interior. No me atrevo a ofrecer ningún juicio sobre esta obsesión pero era como un estado de éxtasis, un estado de total arrobamiento en el que lo que había vivido en "Rienzi", sin citar directamente este ejemplo y modelo, lo situaba en una genial escena, más adecuada a él, aun cuando en modo alguno como una simple copia del «Ríenzi». Lo más probable es que la impresión recibida de esta obra no fuera más que el impulso externo que le hubiera obligado a hablar. Como el

agua embalsada que rompe los diques que la contienen salían ahora las palabras de su interior. En imágenes geniales, arrebatadoras, desarrolló ante mí su futuro y el de su pueblo.

Hasta entonces había estado yo convencido de que mi amigo quería llegar a ser artista, pintor, para más exactitud, o tal vez también maestro de obras o arquitecto. Pero en esta hora no se habló ya más de ello. Se trataba de algo mucho más elevado para él, pero que yo no podía acabar de comprender. Por ello fue mucho mayor mi asombro, porque pensaba que la carrera del artista era para él la meta más alta y anhelada. Ahora, sin embargo, hablaba de una misión, que recibiría un día del pueblo, para liberarlo de su servidumbre y llevarlo hasta las alturas de la libertad.

Un joven completamente desconocido todavía para los hombres habló para mí en aquella hora extraordinaria. Habló de una especial misión que algún día le sería confiada. Yo, el único que le escuchaba en esta hora, no entendía apenas lo que quería decir con todo ello. Habrían de pasar muchos años antes de comprender lo que esta hora vivida bajo las estrellas y alejado de todo lo terreno había significado para mi amigo.

El silencio siguió a sus palabras.

Descendimos de nuevo hacia la ciudad. De las torres llegó hasta nosotros la hora tercera de la mañana.

Nos separamos delante de nuestra casa. Adolfo me estrechó la mano en señal de despedida. Vi, asombrado, que no se dirigía en dirección a la ciudad, camino de su casa, sino de nuevo hacia la montaña.

¿Adónde quieres ir? - le pregunté, asombrado.

Brevemente replicó:

¡Quiero estar solo!

Le seguí aún largo tiempo con la mirada, mientras él, envuelto en su obscuro abrigo, descendía solo las calles nocturnas y desiertas. Durante los días que siguieron y también en las próximas semanas Adolfo no volvió jamás a hablarme de esta hora vivida en el Freinberg. En un principio me sentí asombrado por ello y no podía realmente explicarme esta extraña conducta; me era imposible creer que hubiera podido olvidar esta extraordinaria visión. Como pude comprobar treinta y tres años más tarde, no la olvidó jamás en su vida. Pero guardó silencio, pues quería conservar esta hora para sí solo. Comprendí y respeté su pensamiento. Después de

todo, ésta había sido su hora, no la mía. Yo no había jugado en ella más que el modesto papel de un amigo adicto y fiel.

Cuando en el año 1939, poco antes de que estallara la guerra, visité por vez primera Bayreuth como invitado del canciller del Reich, creí dar una alegría a mi amigo, si le recordaba lo sucedido en aquella hora en el silencio de la noche en lo alto del Freinberg. Así, pues, referí a Adolfo Hitler lo que de ello había quedado grabado en mi recuerdo, porque suponía que la ingente plenitud de impresiones y recuerdos que en el curso de estos decenios se habrían concentrado sobre él habrían desplazado por entero aquélla del muchacho de diecisiete años. Pero ya a las primeras palabras pude comprender que se acordaba todavía exactamente de aquella hora, y que sus detalles se habían conservado fielmente en su recuerdo. No cabía la menor duda de que le causó una especial alegría ver confirmados sus propios recuerdos por mi relato. Yo estaba también presente, cuando Adolfo Hitler refirió a la señora Wagner, en cuya casa habíamos sido invitados, la escena que había tenido lugar después de la representación del «Rienzi» en Linz. Así, pues, yo vi confirmados mis propios rcuerdos de manera inequívoca. De manera inolvidable han quedado también grabadas en mí las palabras con que Hitler concluyó su relato a la señora Wagner.

Dijo, gravemente:

-En aquella hora empezó.

NUESTRA VIDA EN VIENA

ADOLFO PARTE PARA VIENA

Ya desde hacia tiempo me había llamado la atención el que Adolfo, en sus conversaciones, tanto si se trataba de cuestiones artísticas, políticas o de su propio destino, no parecía encontrar ya su propio camino en la familiar, pero pequeño burguesa Linz, y que situara, cada vez con más frecuencia, a Viena en el centro de sus reflexiones. Viena, en aquel entonces todavía la deslumbrante ciudad imperial, la fascinante metrópolis de un Estado de más de cincuenta y cinco millones de seres, prometía satisfacer todas sus esperanzas puestas por él en su futuro. Estas esperanzas se basaban en que Adolfo, en la época a que me refiero, en el verano del año 1907, conocía ya

Viena de una visita en el año anterior. Adolfo había estado en Viena en mayo y junio del año 1908, el tiempo suficiente para entusiasmarse por lo que le atraía principalmente a Viena, el Museo Imperial, la Opera del Estado, el Teatro Municipal, las maravillosas construcciones junto al Ring, y demasiado poco para no ver el hambre y la miseria que se ocultaban detrás de esta deslumbrante fachada. Esta imagen ilusoria, exagerada por su artística fantasía, que se había forjado para sí en ocasión de su primera visita a Viena, ejercía sobre él una enorme fuerza de atracción. En sus pensamientos, Hitler a veces no vivía en Linz, sino que vivía en Viena, donde su increíble capacidad de pasar simplemente por alto lo inmediato y real, y no tomar como realidad más que lo representado en su fantasía, le hacía sentirse como en su casa.

He de hacer en este punto una pequeña corrección a las observaciones hechas por Adolfo Hitler, en su obra Mi lucha, acerca de esta primera estancia en Viena. Cuando escribe que en su primer viaje a Viena «no contaba todavía dieciséis años», esto no es así, en realidad; pues lo cierto es que poco antes había celebrado ya su decimoséptimo aniversario. Por el contrario, las palabras escritas más adelante acerca de esta primera visita a Viena, coinciden plenamente con mis propios recuerdos:

«Me dirigí a Viena para estudiar la Pinacoteca del Museo Imperial, pero apenas si tuve ojos más que para el propio museo. Corría todos los días desde la mañana temprano hasta avanzada la noche de un edificio a otro, pero eran siempre edificios los que me atraían en primer lugar. Durante horas enteras podía estar yo delante de la Opera, admirar durante horas el Parlamento; toda la Ringstrasse se aparecía ante mí como un milagro de las mil y una noches.

Puedo recordar todavía, con gran exactitud, el entusiasmo con que mi amigo me contó sus impresiones de Viena. Sin embargo, los detalles de estas observaciones no han quedado grabados en mi memoria. Y ello me hace sentirme tanto más afortunado por haber conservado las tarjetas que Adolfo me escribiera entonces, en ocasión de su primera estancia en Viena. Éstas, en total cuatro tarjetas, prescindiendo de su valor biográfico, constituyen unos importantes documentos grafológicos, porque, a mi saber, son los primeros rasgos escritos conservados de Adolfo Hitler, con unos caracteres extraños y audaces, tras de los cuales apenas podría sospecharse a un joven de dieciocho años escasos, en tanto que la deficiente ortografía no solamente permite reconocer unos estudios inquietos y en gran parte perturbados, sino también una cierta indiferencia en estos asuntos. Característico de los intereses de mi amigo es que no me mandara más que tarjetas postales con reproducciones de edificios. Otra persona de esta edad

hubiera elegido, seguramente, otra clase de tarjetas para mandar a su amigo.

Ya la primera tarjeta que me escribió -está fechada el 7 de mayo de 1906- representa un brillante ejemplo de la producción de tarjetas postales de aquel entonces. No cabe duda de que Adolfo hubo de sacrificar por ella sus buenas monedas, según sus conceptos. Esta tarjeta puede desplegarse y representa una especie de tríptico, en el que destaca una vista de conjunto de la Karlsplatz, con la iglesia de San Carlos en el centro. El texto rezaba, literalmente: «Al mandarte esta tarjeta, debo disculparme a la vez no haberte hecho saber nada de mí durante tanto tiempo. He llegado, pues, bien, y estoy aquí muy ocupado. Mañana voy a la Ópera a ver el "Tristán", pasado mañana al "Holandés errante", etc. A pesar de que lo encuentro todo muy hermoso, siento de nuevo nostalgia por Linz. Esta noche voy al Teatro Municipal. Te saluda tu amigo

Adolfo Hitler.

En el lado de la ilustración está marcado expresamente el conservatorio quizá fuera ésta la razón de que Adolfo eligiese precisamente esta postal, pues ya en aquel entonces jugaba él con la idea de que algún día estudiaríamos los dos juntos en Viena, y no descuidaba la menor oportunidad para representarme de manera tentadora esta posibilidad. En el margen inferior de la postal añadió: "Un saludo a tus apreciados padres." Con relación al contenido de esta postal quisiera decir solamente, que las palabras «A pesar de que lo encuentro todo muy hermoso, siento de nuevo nostalgia por Linz», no se refieren en modo alguno a Linz, que en comparación con las maravillosas edificaciones de Viena se le aparecería, ciertamente, muy modesto y provinciano, sino a Estefanía, a la que amaba tanto más profundamente cuanto más lejos se encontraba de ella. Es evidente que le servia de consuelo en su intensa nostalgia por ella, que, en medio de la extraña e indiferente gran ciudad, en la que se sentía más solo que nunca en su vida, pudiera escribir estas palabras, que sólo su amigo, iniciado en su secreto, era capaz de comprender.

Aun el mismo día, el 7 de mayo de 1906 me mandó Adolfo una segunda postal, en la que puede verse el escenario del Teatro de la Ópera Imperial. Probablemente le incitó a ello esta fotografía, magníficamente bien lograda, que permite distinguir aún una parte de la decoración interior. En ella escribe Adolfo:

«El interior del palacio no es solemne. Si por fuera es de una imponente majestuosidad, lo que confiere al edificio la gravedad de un monumento del arte, en su interior se siente más bien admiración que dignidad. Solamente

cuando las poderosas ondas sonoras inundan el espacio y el rumor del viento cede ante el espantoso rugido de las ondas musicales, entonces se percibe la solemnidad, y se olvida el oro y el terciopelo de que está repleto este interior.

Adolfo H.»

En el lado anterior de la postal se añade de nuevo: «Un saludo a tus apreciados padres.»

Por lo demás, Adolfo se encuentra aquí por entero en su elemento. Se olvida del amigo, se olvida, incluso, de Estefanía. Ningún saludo, ninguna insinuación, tan profunda es la impresión que ha conmovido a Adolfo hasta en lo más íntimo. De la torpeza del estilo puede adivinarse que sus medios orales de expresión no son suficientes para reproducir la magnitud e intensidad de esta impresión. Pero, precisamente en esta impotencia de la expresión, parecido al balbuciente encanto de un entusiasta, puede comprenderse la fuerza de esta vivencia. El máximo sueño de nuestros años de juventud en Linz era poder presenciar algún día una perfecta representación en la Ópera Imperial de Viena, en lugar de las deficientes representaciones en este teatro provinciano. Adolfo dirigía, sin duda, esta entusiasta exposición a mi propio corazón, lleno de entusiasmo por el arte. ¿Qué podía parecerme más atrayente en Viena que el entusiasta eco de tales impresiones artísticas?

Al día siguiente, el 8 de mayo de 1906, me escribe de nuevo; no deja de ser sin duda chocante que Adolfo me escribe tres veces en el plazo de dos días. Lo que le impulsa a ello, puede adivinarse en esta postal, que reproduce una vista exterior de la Ópera Imperial de Viena.

En esta postal escribía Adolfo:

«Me siento de nuevo atraído hacia mi querida Linz y Urfar. Quiero o debo ver de nuevo a Benkieser. Quisiera saber lo que hace, de modo que llegaré el jueves a las 3.55 a Linz. Si tienes tiempo y permiso ven a recogerme. ¡Un saludo a tus apreciados padres!

Tu amigo, Adolfo Hitler. »

La palabra «Urfar», escrita de manera incorrecta en la prisa, está subrayada, aun cuando la madre de Adolfo vivía entonces todavía en la Humboldtstrasse, y no en Urfahr. Naturalmente, esta observación va dirigida a Estefanía, lo mismo que la palabra clave Benkieser convenida para ella. «Quiero y debo ver a Benkieser», es una forma de expresión

realmente típica para el carácter de Adolfo. Característica suya es también la frase: «Si tienes tiempo y permiso, ven a recogerme.» Aun cuando se trata para él de un asunto de la mayor urgencia, respeta mi relación de obediencia frente a mis padres, a los que tampoco en esta postal se olvida de saludar.

Más que la repetida alusión a Estefanía y el anunciado regreso de mi amigo me emocionó entonces una fugaz anotación trazada sobre la vista de la Ópera Imperial: «Esta noche 7   12 1/2, Tristán». La relación de la Ópera representada en la postal, desconocida todavía para mí, con la idea de poder presenciar en este marco esplendoroso el querido «Tristán» ¡cuatro horas y media, qué suerte tan maravillosa! despertó en mí el incontenible anhelo de poder presenciar pronto algo parecido.

Desgraciadamente, no me es posible ya recordar si Adolfo regresó realmente el jueves siguiente a Linz o si con esta afirmación no pretendía más que saciar su incontenible nostalgia por Estefanía. La observación hecha en Mi lucha de que su primera estancia en Viena no duró más que quince días, no es cierta. La verdad es que permaneció unas cuatro semanas en Viena, tal como lo demuestra la postal escrita el 6 de junio de 1906. Esta postal, que reproduce el Franzensring con el Parlamento, se atiene a las usuales formas:

«A ti y a tus apreciados padres os mando por la presente mis más cordiales felicitaciones para estas fiestas, con muchos saludos.

Atentamente,

Adolfo Hitler.»

Con esta imagen adquirida de su primera estancia en Viena, iluminada por su nostalgia por Estefanía, entró Adolfo en el crítico verano del año 1907. Lo que hubo de vivir en aquellas semanas se parece, en muchos aspectos, a la grave crisis atravesada dos años antes. Por aquel entonces, después de largas meditaciones había roto de manera definitiva con la escuela, terminando con ella, por amargo que fuera el dolor causado a la madre. La grave enfermedad le había facilitado este paso. Sin embargo, éste llevaba, simplemente, a la «vaciedad de la vida cómoda». Sin escuela, sin una fija meta profesional pasó así dos años y, sin ganar nada por su parte, vivió a costas de su madre. Estos años no fueron, empero, en modo alguno de ocio. Por mi continua relación con Adolfo puedo atestiguar con cuánta intensidad estudiaba y trabajaba entonces mi amigo. Pero estos estudios, lo mismo que sus actividades artísticas, no le permitían reconocer un fin determinado. Él mismo comprendía que no le era posible seguir por este

camino. Era forzoso que sucediera algo, una radical transformación que diera una clara orientación a este absurdo vivir al día.

En su aspecto exterior, esta búsqueda en pos de un nuevo camino se puso de manifiesto en peligrosas depresiones. Yo conocía bien estos estados de ánimo de mi amigo, que estaban en burdo contaste con su extasiada entrega y actividad, y sabía que no podía aliviarle en ellos. En estas horas se mostraba Adolfo inaccesible, encarado en sí mismo, extraño. Podía suceder que no nos viéramos siquiera durante uno o dos días. Si al cabo de ellos me encaminaba yo a la Humboldtstrasse, para verle de nuevo, me recibía su madre con gran asombro:

-Adolfo ha salido, me decía-, debe haber ido en busca de usted.
En efecto, según me contó el propio Adolfo, éste caminaba en aquel entonces días y noches enteros, solo con sus pensamientos, por los campos y montes que rodeaban la ciudad. Cuando le encontraba de nuevo, se sentía visiblemente aliviado de saberme a su lado. Pero si le preguntaba qué es lo que le sucedía, me contestaba con un "Déjame en paz", o un rudo "Yo mismo no lo sé!", Y si seguía yo preguntando, se daba él cuenta entonces de mi interés y me decía, en un tono algo más suave:

-Está bien, Gustl, pero tú no puedes tampoco ayudarme.

Este estado duraba en él algunas semanas. Una bella tarde de verano, sin embargo, cuando después del paseo por la ciudad nos encaminamos hacia las márgenes del Danubio, se liberó lentamente esta tensión. Adolfo empezó a hablar nuevamente en la forma habitual en él Junto a la "Ister", la casita donde se alquilaban botes con los que bogar por el Danubio, ascendimos por el Turmleitenweg en dirección al Jägermayerwald. Es éste un sendero a través del bosque, muy empinado, poco frecuentado, que lleva, después de numerosos rodeos, hasta la torre de observación. Me acuerdo todavía, con todo detalle, de aquellas horas. Antes, como de costumbre, habíamos visto a Estefanía, mientras caminaba por la Landstrasse del brazo de su madre. Adolfo estaba todavía bajo el encanto de su aparición. Aun cuando en este tiempo veía casi a diario a Estefanía, este encuentro no tenía nada de vulgar para él. En tanto que Estefanía se sentía, probablemente, ya desde hacía tiempo aburrida por esta muda adoración, que se atenía rígidamente a las normas de la convención de este joven pálido y delgado, mi amigo se sumía, cada vez más profundamente en sus sueños, de un encuentro a otro. De otra parte, sin embargo, había superado ya aquellas románticas ideas de una fuga o un suicidio al lado de la muchacha. Con elocuentes palabras me describía ahora su situación. Día y noche le perseguía la imagen de la amada. Era incapaz de trabajar, no podía siquiera pensar con claridad. Temía volverse loco si este estado

continuaba así durante algún tiempo, un estado que él se veía incapaz de cambiar por sí mismo, y por el que no podía hacer tampoco responsable a Estefanía.

-No cabe más que una solución -exclamó-; debo alejarme, alejarme de Estefanía.

En el camino de regreso empezó a exponerme, con más detalle, su decisión. La separación física haría más soportable para él esta relación con Estefanía. Que con ello pudiera perder a Estefanía, no le cabía en la cabeza, hasta este punto estaba convencido de tenerla ganada ya para siempre. En realidad, la situación era muy distinta: Adolfo comprendía, quizá, que para ganar realmente a Estefanía debía hablarle o tomar alguna otra decisión. Es probable que este intercambio de miradas al atardecer en la calle se le figurara ya algo infantil. A pesar de ello, comprendía instintivamente que una relación directa con Estefanía habría de destruir, bruscamente, todos sus sueños. En cierta ocasión me dijo Adolfo:

-Si me presento a Estefanía y a su madre, tendré que decirles lo que tengo, lo que soy y lo que quiero. Mi respuesta significaría, inmediatamente, el fin de nuestras relaciones.

Entre este punto de vista, latente todavía en su inconsciencia, no expresado directamente, pero claramente percibido, y la comprensión de que sus relaciones con Estefanía, si no quería exponerse al ridículo, debían ser planteadas sobre una base más sólida, no había más que una salida: la huida. Inmediatamente empezó a describirme su proyecto con todos sus detalles. Yo recibí exactas instrucciones de lo que debería decir a Estefanía, si me preguntaba, extrañada, por el paradero de mi amigo. (¡No me preguntó jamás por él!) Sin embargo, el mismo Adolfo comprendió que debía ofrecer a Estefanía una existencia asegurada, si es que pretendía solicitar su mano.

No obstante, esta relación hacia Estefanía, no aclarada todavía y, dada la peculiaridad de mi amigo, imposible también de aclarar, no era mas que una entre las muchas razones que le incitaron a alejarse de Linz; de todas formas, la razón más personal y por ello también más decisiva, la cual era arrojada al platillo de la balanza siempre que un nuevo obstáculo se interponía en su camino, quizá también porque yo era el único conocedor de este secreto, y Adolfo no podía hablar de él con nadie más. Al mismo tiempo, sin embargo, se proponía abandonar Adolfo el ambiente de la casa paterna. La idea de permitir que su madre le mantuviera todavía, siendo un joven de dieciocho años, se le había hecho intolerable. Adolfo se encontraba aquí ante un doloroso dilema, en el que, como pude

convencerme a menudo, sufría casi físicamente. De un lado, amaba a la madre por encima de todo. Era el único ser en el mundo por quien sentía un afecto verdadero, relación que era correspondida por la madre con el mismo amor, por grande que fuera su preocupación por las presentidas y extraordinarias disposiciones del hijo, que en ocasiones la llenaban también de orgullo, como lo demuestran sus palabras:

«Ha salido distinto a los demás.»

De otra parte, sin embargo, se sentía ella obligada a cumplir la voluntad de su difunto esposo, y lograr que Adolfo siguiera una carrera que asegurara su porvenir. Pero, ¿a qué podía llamarse «seguro», dada la especial idiosincrasia del hijo? Había fracasado en la escuela y rechazado las intenciones y proposiciones de la madre. Quería ser pintor artístico, según le había manifestado. La madre no podía presentir ningún consuelo bajo estas palabras; en su sencilla naturaleza todo lo que guardaba alguna relación con el arte y los artistas se aparecía como poco sólido y ligero. Adolfo trataba de hacerla cambiar de parecer, hablándole de su proyectada educación académica. Esto ya sonaba de manera mejor. Después de todo, esta academia, de la que Adolfo hablaba con creciente entusiasmo, era una especie de escuela. Tal vez pudiera recuperar en ella lo que había negligido en la escuela real, pensaba la madre. En estas conversaciones en su hogar debía admirarme yo, una y otra vez, de la intuición y paciencia con que Adolfo intentaba persuadir a la madre de su vocación artística. Jamás se mostraba enojado o violento, como tan a menudo, en las mismas circunstancias. Algunas veces me abrió la señora Clara su corazón. A sus ojos, yo era también un joven de disposiciones artísticas y de elevadas ambiciones. Como sentía la música mucho más que los intentos de dibujar o pintar de su propio hijo, no raras veces encontraba mis propósitos más convincentes que los de Adolfo, que me estaba muy reconocido por esta ayuda. Sin embargo, para la señora Clara había una decisiva diferencia entre Adolfo y yo: yo había elegido un oficio sólido, había concluido mi aprendizaje y aprobado el examen de oficial. Si alguna vez empezaba a zozobrar el inseguro bote de nuestra existencia, yo tenía ya un puerto seguro. Adolfo, por el contrario, navegaba enteramente hacia lo desconocido. Esta idea atormentaba lo indecible a la madre. A pesar de ello, me fue posible convencerla de la necesidad de su decisión de ingresar en la academia y de aprender para pintor artístico. Recuerdo exactamente cuán feliz se sintió Adolfo por esta aceptación.

-Mi madre no me pone ya la menor dificultad- me manifestó un día-. A principios de septiembre me dirigiré definitivamente a Viena.

Adolfo había discutido también con su madre el lado financiero de esta decisión. Los gastos de su sostenimiento, así como para el estudio, debían ser costeados por la pequeña herencia que le había sido reconocida después de la muerte del padre, y que era administrada cuidadosamente por el tutor. Evitando todo gasto innecesario, Adolfo confiaba poder vivir con ello un año. Lo que sería después, ya se vería por sí mismo, opinaba. Tal vez pudiera ganarse algún dinero con la venta de algunos dibujos y cuadros.
El principal opositor a este plan fue su cuñado Raubal, incapaz de comprender los pensamientos de Adolfo desde su limitada perspectiva de pequeño funcionario de la oficina de impuestos. Todo esto era una locura, afirmó. Ya era tiempo de que Adolfo aprendiera algo sensato. Después de algunas violentas discusiones en las que, aun cuando era bastante mayor que Adolfo, no había salido Raubal muy bien parado, evitó éste toda directa intervención. No obstante, intentó tenazmente influir en su favor a la madre. Adolfo solía preguntar casi siempre a la "pequeña", como solía llamar a su hermana, once años menor. Cuando Paula le refería que Raubal había visitado a la madre, Adolfo sufría un violento acceso de cólera. "Este fariseo me hará aborrecer mi propia casa", me dijo, indignado, en cierta ocasión. Al parecer, Raubal se había puesto también en contacto con el tutor, pues un buen día compareció el honrado campesino Mayrhofer, quien hubiera preferido hacer de Adolfo un panadero y que había encontrado ya un lugar donde éste pudiera hacer su aprendizaje, desde Leonding, para hablar con su madre. Adolfo temía que el tutor pudiera convencer, finalmente, a la madre para que se negara a concederle la parte que le correspondía de la herencia. Con ello se hubiera hecho imposible el proyectado traslado a Viena. Sin embargo, no se llegó a este extremo, aun cuando durante un tiempo la decisión se mantuvo sobre el filo de un cuchillo. Al final de estas tenaces discusiones todo estaba en contra de Adolfo; incluso, como suele suceder en las casas de vecinos, los inquilinos de las demás viviendas. La señora Clara hubo de escuchar las más o menos bien intencionadas opiniones, y, a menudo, en su preocupación y enojo por Adolfo no sabía qué decisión tomar. Cuando Adolfo sufría sus depresiones y se lanzaba a recorrer solo con sus pensamientos los bosques, cuántas veces no estaba yo sentado con la señora Clara en la pequeña cocina, escuchando con el corazón conmovido sus quejas, y tratando de consolar a esta amargada mujer, sin mostrarme por ello injusto para con mi amigo; por el contrario, tratando de facilitar su decisión por mi intervención. Yo podía comprender bien la posición de Adolfo. ¡Cuán fácil le hubiera sido a éste, con su gran energía de vida, recoger simplemente sus cosas y alejarse de allí, de no habérselo impedido la consideración y el respeto que sentía por su madre! Este mundo pequeñoburgués, en el que tenía que vivir, lo odiaba en lo más profundo de su corazón. Debía vencerse a sí mismo para regresar de nuevo a este limitado mundo, después de las horas pasadas en plena

naturaleza. Todo en él parecía hervir y fermentar. Era duro e inflexible. En estas semanas, su compañía no era ciertamente agradable. Pero el compartir el secreto de Estefanía nos ligaba de manera inseparable. El suave encanto que partía de él, el inalcanzable, atemperaba las tormentosas olas. Aun cuando Adolfo hacía ya tiempo que había tomado su decisión, todo era todavía incierto, dada la fácil influenciabilidad de la madre.

Pero, por otro lado, Viena le atraía. Esta ciudad albergaba mil posibilidades para un joven abierto como lo era Adolfo, posibilidades que podían llevarle tanto a las más altas cumbres de la existencia, como a las más obscuras simas del olvido. Viena era una ciudad maravillosa y a la vez cruel, que todo lo prometía y todo lo negaba. Exigía la máxima entrega de todos los que se confiaban a ella. Y esto era lo que quería Adolfo. Sin la menor duda, el modelo de su padre estaba ante él. ¿Qué hubiera sido de él, de no haber venido a Viena? Un pobre y amargado zapatero remendón en algún lugar del más mísero Waldviertel. ¡Y qué no había hecho Viena de este pobre oficial zapatero huérfano!

Desde su primera estancia en Viena a principios de verano del año 1906, estas fantasías, aún muy vagas, habían ido tomando una forma cada vez más concreta. Él que había consagrado su vida al arte, sólo en Viena podía desplegar todas sus capacidades; pues en esta ciudad se concentraban las obras más perfectas en todos los campos del arte.
En su primera y fugaz estancia en Viena, Adolfo había asistido a la Ópera Imperial, presenciando en ella las representaciones de «El holandés errante», «Tristán» y «Lohengrin». Medidas con este patrón, las representaciones del Teatro Municipal de Linz quedaban reducidas a una insuficiencia provinciana. En Viena, el Burgtheater, con sus escenificaciones clásicas, aguardaba a los entusiasmados jóvenes. Allí daban sus conciertos la Filarmónica de Viena, la orquesta que en aquel entonces era considerada, y con razón, como la mejor del mundo. Se unían a ellos los museos, con sus inconmensurables tesoros, las pinacotecas, la gran Biblioteca Imperial, ingentes posibilidades de enriquecer y educar el propio espíritu.

Linz no tenía ya mucho que ofrecer a Hitler. Lo que podía modificarse en sus edificios, lo había hecho aquél a su manera. No había ya ninguna tarea grande y atractiva para él. Yo podía tenerle al corriente de las diversas modificaciones en el cuadro de la ciudad, como la reconstrucción del Banco para la Alta Austria y Salzburgo en la Plaza Principal y la proyectada nueva construcción del Teatro Municipal. Él, por su parte, quería tener cosas más ambiciosas ante sí, las maravillosas construcciones del centro de la ciudad de Viena, la genial, realmente imperial disposición

de la Ringstrasse en lugar de la Landstrasse de Linz, limitada y burguesa. A ello se unía también que su creciente interés por la política no podía encontrar ningún campo de actividades en Linz. En esta conservadora «ciudad campesina», la vida política discurría dentro de unas tranquilas normas. Sencillamente, no sucedía nada que pudiera interesar a un hombre joven desde el punto de vista político. No había aquí tensiones, conflictos, inquietudes. Trasladarse de esta calma absoluta al centro de las tormentas, llevaba en sí el signo de la gran aventura. En Viena se concentraban todas las energías del Estado danubiano. Trece naciones luchaban allí por su existencia nacional y su libertad. Esta lucha de nacionalidades originaba una atmósfera verdaderamente volcánica. Estar en medio de ella, poder participar directamente en estas luchas, intervenir en la lucha de todos contra todos, ¡cómo podía esto dejar de agitar a un joven corazón! Finalmente, había llegado el momento. Adolfo vino a verme al taller, desbordante de alegría. En aquel instante teníamos justamente mucho trabajo, pues mi padre había recibido el encargo de confeccionar los colchones para un hospital recién construido.

-¡Mañana marcho! - me dijo brevemente.

Me rogó, que, si me era buenamente posible, le acompañara a la estación, pues no quería que su madre le acompañara hasta allí. Sabía cuán penoso le hubiera sido a Adolfo despedirse de su madre delante de otras personas. No había nada que temiera más que una demostración pública de los más íntimos sentimientos. Yo le prometí acompañarle y ayudarle a transportar la maleta.

Al día siguiente, a la hora convenida, dejé el trabajo y me dirigí a la Blütengasse, para recoger a mi amigo. Adolfo lo tenía ya todo dispuesto. Tomé la maleta, que era bastante pesada, porque Adolfo no quería separarse de sus libros favoritos, y salí rápidamente, para no tener que ser testigo de la despedida. La madre lloraba, y la pequeña Paula, por la que Adolfo apenas si se había nunca preocupado, sollozaba de manera desgarradora. Cuando Adolfo se me reunió luego en la escalera y tomó la maleta, para ayudarme, pude ver que tenía también húmedos los ojos. Viajamos con el tranvía hasta la estación. No fue posible iniciar ninguna verdadera conversación. Como sucede a menudo, cuando se pretende ocultar los propios sentimientos, hablamos solamente de cosas sin importancia. La despedida de Adolfo me llegó profundamente al corazón. Recuerdo todavía cuán desgraciado me sentí al tener que regresar solo a casa. Era una suerte que en el taller me estuviera esperando tanto trabajo. Desgraciadamente, la correspondencia sostenida en aquel entonces con Adolfo se ha perdido. Sé solamente que durante varias semanas estuve sin

noticias suyas. Y fue entonces cuando comprendí, con especial claridad, lo que significaba Adolfo para mi. No me interesaban los otros jóvenes de mi misma edad. Sabía ya, desde un principio, que no sufriría más que decepciones. ¿Qué interesaba a esta juventud, que no fuera una existencia cómoda y superficial? Adolfo era mucho más serio y maduro que la mayoría de las personas a su edad. Sus intereses eran más variados y su apasionada participación me arrastraba también a mí. Me sentía ahora muy abandonado y me consideraba mortalmente desgraciado. Para liberarme de estos amargos sentimientos me encaminé hacia Urfahr, a la Blütengasse; a visitar a la señora Clara. Si podía hablar con alguien que sentía un amor tan grande por Adolfo, se aliviaría en seguida mi corazón. Probablemente habría escrito Adolfo a su madre, pues, de todas formas, habían transcurrido ya quince días desde su partida. En este caso podría averiguar su dirección e informarle, según lo convenido, de lo que había sucedido entre tanto. No era mucho, en realidad. Pero para Adolfo aun lo más insignificante tenía su importancia. Yo había visto a Estefanía en la esquina de la Schmiedtor. Verdaderamente se mostró asombrada al verme a mí solo en aquel lugar, pues estaba lo bastante enterada de las cosas para saber que en este asunto yo no era más que una figura secundaria. Y la persona principal faltaba. Esto la extrañó. ¿Cómo podía explicarse una cosa semejante? Aun cuando Adolfo no fuera más que un mudo adorador, era más tenaz y duradero que los demás. No quería encontrar a faltar este fiel admirador. Su interrogante mirada me afectó de tal manera que estuve a punto de dirigirme a ella. Pero, de una parte, Estefanía no estaba sola, sino que, como de costumbre, iba acompañada de su madre, y de otra mi amigo me había ordenado expresamente esperar hasta que Estefanía me preguntara por su propio impulso. Tan pronto se hubiera cerciorado de lo duradero de su ausencia no cabía la menor duda de que aprovecharía la primera ocasión que se le presentara para cruzar sola el puente, y preguntarme ansiosamente qué es lo que le había sucedido a mi amigo. Podía haberle ocurrido algo, quizá estaba de nuevo enfermo, como hacia dos años, o incluso muerto. ¡Inconcebible! De todas formas, aun cuando esta entrevista no hubiera tenido todavía lugar, tenía yo material suficiente para llenar cuatro caras de una carta. Pero ¿qué es lo que le pasaba a Adolfo? No llegaba de él ni una sola línea. La señora Clara me abrió la puerta y me saludó cordialmente. Comprendí al verla que me aguardaba con Impaciencia.

-¿Tiene usted alguna noticia de Adolfo? - me preguntó aún en la puerta.

Así, pues, no había escrito tampoco a su madre. Esto me inquietó grandemente. Debía haberle ocurrido algo inesperado. ¿Quizá no había salido todo en Viena a la medida de sus deseos?

La señora Clara me ofreció una silla. Vi qué alivio significaba para ella poder abrir a alguien su corazón. ¡Aquella vieja lamentación que conocía palabra por palabra! Pero escuchó pacientemente;

-Si hubiera estudiado con aplicación en la escuela real, ahora podría hacer ya pronto su examen de reválida. Pero no deja que diga nada. -Y añadió literalmente--: Es tan testarudo como su padre. ¿A qué se debe este precipitado viaje a Viena? En lugar de conservar celosamente esta pequeña herencia, se la gasta irreflexivamente. ¿Y qué sucederá después? No saldrá nada bueno de la pintura. Ni tampoco el escribir historias sirve de nada. Yo no podré luego ayudarle. Tengo que pensar aún en la pequeña. Ya sabe usted, qué criatura tan delicada es. Y, a pesar de ello, tiene que aprender algo útil. Adolfo, sin embargo, no piensa en ello. Sigue su camino, como si estuviera solo en el mundo. Yo no veré ya cómo consigue asegurarse una existencia independiente...

La señora Clara me pareció más preocupada que de costumbre. En su rostro se observaban profundas arrugas. Sus ojos parecían velados, y la voz sonaba cansada y resignada. Tuve la impresión como si ahora, cuando Adolfo no estaba ya a su lado, se había dejado ir por completo, y su aspecto era más viejo y enfermizo que de costumbre. Era evidente que, para hacer más fácil al hijo la despedida, había silenciado a éste su verdadero estado. Es posible también que la impulsiva naturaleza de Adolfo hubiera contribuido a sostener las energías vitales de la mujer. Ahora, empero, al encontrarse abandonada a sí misma, se me mostraba como una mujer vieja y enferma.

He olvidado, por desgracia, lo que pasó en las semanas siguientes. Adolfo me había comunicado brevemente su dirección. Vivía en el distrito sexto, en el 29 de la Stumpergasse, segundo piso, puerta 17, en casa de una mujer que tenía el extraño nombre de Zakreys. Esto era todo lo me comunicaba, Sin embargo, yo sospechaba que detrás de este obstinado silencio se ocultaba algo más de lo que él dejaba entrever; sabía que cuando Adolfo callaba significaba, generalmente, que era demasiado orgulloso para hablar de ello.

En la descripción de la segunda estancia de Adolfo en Viena me atendré a lo que el mismo Adolfo ha escrito en su libro, relato que coincide plenamente con la verdad,"... yo había partido para Viena para hacer el examen de ingreso en la academia. Equipado con un grueso rollo de dibujos, me puse entonces en camino convencido de poder aprobar con la mayor facilidad este examen. En la escuela real yo había sido, de mucho, el mejor dibujante de Ia clase y desde entonces mi habilidad se había desarrollado todavía de manera extraordinaria, de modo que la satisfacción

conmigo mismo me hacía confiar orgulloso y feliz en lo mejor. . »Así, pues, me encontraba por segunda vez en la bella ciudad y aguardaba con ardiente impaciencia, pero también con orgullosa confianza, el resultado de mi examen de ingreso. Estaba tan seguro del éxito, que cuando me comunicaron que había sido suspendido, la noticia me sorprendió de forma totalmente inesperada. Y, sin embargo, así era. Cuando me presenté ante el rector y le rogué me explicara las razones de mi fracaso en la escuela general de pintura de la academia, me aseguró que de los dibujos aportados por mí se deducía, de manera inequívoca, mi falta de aptitudes como pintor; que mis posibilidades radicaban indudablemente en el campo de la arquitectura, y que a mí no debía jamás interesarme la escuela de pintura, sino la escuela de arquitectura de la academia. Como hasta entonces no había asistido a una escuela de arquitectos ni había recibido tam poco la menor enseñanza en arquitectura, no podía comprenderlo en modo alguno.

»Abatido abandoné el maravilloso edificio de Hansen junto a la Schillerplatz, enojado, por primera vez en mi joven existencia, conmigo mismo. Lo que acababa de oír acerca de mis disposiciones preció descubrirme de repente, como en un fulgurante relámpago, un dilema bajo el que yo había sufrido durante mucho tiempo, sin que pudiera explicarme hasta entonces el porqué de su existencia.

»A los pocos días supe también yo que llegaría a ser un maestro de obras.

»Es cierto que el camino era enormemente difícil, pues ahora lamentaba amargamente lo que por obstinación había negligido en la escuela real. El ingreso en la escuela de arquitectos de la academia dependía de la asistencia a la escuela técnica de arquitectura, para cuyo ingreso era necesario un examen previo de reválida en un centro de enseñanza media. Y yo carecía de estas condiciones previas. Así, pues, según todas las previsiones humanas, no era ya posible ver convertidos en realidad mis sueños de artista.»

Había sido rechazado en la academia, fracasado aun antes de haber puesto realmente el pie en Viena. No hubiera podido sucederle nada más espantoso. Pero era demasiado orgulloso para hablar de ello. Así que me ocultó lo que había sucedido. Lo ocultó también a su madre. Cuando volvimos a vernos más tarde había superado ya, en cierto modo, la impresión de esta dura decisión. No hablaba más de ello. Yo respeté su silencio y no le pregunté tampoco por lo sucedido, pues sospechaba que le había sucedido algo que no estaba de acuerdo con sus deseos. Tan sólo al año siguiente, cuando estuvimos los dos juntos en Viena, fui descubriendo poco a poco la verdad de lo sucedido.

Las disposiciones de Adolfo para la arquitectura eran tan evidentes, que hubieran justificado una excepción, ¡cuántos alumnos infinitamente menos dotados podían encontrarse en la academia! Esta decisión fue tan unilateral y burocrática como también injusta. Es típica, sin embargo, la reacción de Adolfo ante este modo de proceder tan vergonzoso para él. No intenta conseguir un trato de favor, no se humilla ante las personas que no han sido capaces de comprenderle, pero no se rebela tampoco, sino que tiene lugar una radical convergencia hacia adentro, una altiva decisión de hacer también frente a este duro golpe del destino, un amargado grito de "¡Ahora más que nunca! ", que lanzó para sí a los señores junto a la Schillerplatz, de la misma manera que dos años antes había hecho punto final con sus maestros. Lo que la vida le aportaba en decepciones, no era para él más que un nuevo estímulo para vencer todos los obstáculos, para seguir, con más entusiasmo aún, el camino propuesto.

En el libro Mi lucha se encuentra la siguiente frase: "Al tomarme la diosa de la necesidad en sus brazos y amenazarme tan a menudo con destrozarme, crecía la voluntad a la resistencia, y, finalmente, acabó por triunfar la voluntad".

MUERTE DE LA MADRE

Recuerdo todavía que la madre de Adolfo hubo de someterse a una grave operación a principios del año 1907. En aquel entonces ingresó en el Hospital de las Hermanas de la Caridad en la Herrenstrasse, donde él la visitaba diariamente. La operación la llevó a cabo el entonces médico jefe Dr. Urban. No recuerdo exactamente la enfermedad de qué se trataba, aun cuando es probable fuera cáncer de pecho. La señora Clara se restableció hasta el punto de llevar nueva-mente el cuidado de la casa, pero se sentía muy débil y abatida lo mismo que antes, y tuvo que guardar de nuevo cama. No obstante, algunas semanas después de partir Adolfo para Viena, pareció encontrarse mejor, pues para mi sorpresa me la encontré una mañana casualmente, en el paseo donde se celebraba en aquel entonces el mercado, y en el que las campesinas de los alrededores de la ciudad venían a vender huevos, mantequilla y verduras.

Adolfo se encuentra bien me explicó gozosa; ¡si yo pudiera saber qué es lo que estudia en realidad! Por desgracia, no me escribe nada de ello. Pero es fácil de imaginar que tiene mucho que hacer.

Era ésta una buena noticia, que también a mí me llenó de alegría, pues

Adolfo no me había comunicado nada de sus actividades en Viena. Nuestra correspondencia versaba casi exclusivamente sobre "Benkieser", es decir, sobre Estefanía. Pero la madre no debía saber nada de todo ello. Pregunté también a la señora Clara cómo se encontraba ella. No se encontraba muy bien, me dijo. Sentía fuertes dolores y por las noches no podía, a menudo, dormir. No obstante, me rogó que no dijera nada de ello a Adolfo. Quizá mejorara de nuevo su estado. Al despedirme, me invitó a visitarla pronto.

En el taller había mucho que hacer. El negocio no había ido nunca tan bien como en este año. Se recibía un encargo después de otro. Para un pabellón recién construido de la Clínica de Mujeres debíamos suministrar cincuenta camas completas, A pesar del intenso trabajo, aprovechaba todas las horas libres para mis estudios musicales. Yo actuaba como solista de viola, tanto en la orquesta de cuerda de la Asociación Musical como en la gran Orquesta Sinfónica. Así iban pasando las semanas y me parece que sería ya a últimos de noviembre cuando tuve, finalmente, ocasión de hacer una visita a la señora Hitler. Me aterré al volverla a ver. Su querido y bondadoso rostro aparecía marchito y decaído. Me tendió la mano, delgada y pálida desde su lecho. La pequeña Paula me acercó una silla junto a la enferma. Empezó en seguida a hablar de Adolfo y se mostraba feliz por el tono confiado que se desprendía de sus cartas. Le pregunté si le había informado de su enfermedad. Si la fatigaba escribir a Adolfo, yo podía hacerlo por ella. Pero ella se negó, al instante, decididamente. Si su estado no mejoraba manifestó, no le quedaría otra solución que hacer regresar a Adolfo de Viena. Es cierto que sentía mucho tener que arrancarle de sus intensas actividades, pero ¿qué otra solución cabía si no? La pequeña debía ir cada día a la escuela. Angela tenía ya sus propias preocupaciones (en aquel entonces esperaba su segundo hijo) y no podía contar en absoluto con su yerno Raubal desde que había protegido a Adolfo en contra de él, defendiendo su decisión de dirigirse a Viena, se mostraba Raubal enojado con ella y no se dejaba ver. E impedía que Angela, su esposa, cuidara también de su madre. Así, pues, no le quedaría más solución que ingresar en el hospital, tal como le había aconsejado el médico. El médico de cabecera de la familia Hitler era el doctor Bloch, muy estimado en todas partes, y al que se conocía en la ciudad con el cariñoso nombre de "Médico de los pobres", un notable especialista y una persona de gran corazón, que se sacrificaba por sus enfermos. Si el doctor Bloch aconsejaba a la señora Hitler el ingreso en el hos-pital, su estado debía ser muy grave. Me pregunté si acaso no sería mi deber informar de ello a Adolfo. La señora Clara me dijo cuán terrible era para ella que Adolfo estuviera tan lejos en estos momentos. Nunca como en esta visita comprendí yo tan claramente cuánto dependía ella de su hijo. Todo lo que en ella había todavía de fuerza y vida, lo consagraba a su preocupación por él. En estas semanas de dolor tal vez

presintiera ella, que por causa de sus peculiares dispo-siciones le aguardaba a su hijo un destino extraordinario. Finalmente, me prometió informar a Adolfo de su situación. Al despedirme esta noche de la señora Clara, me sentía yo sumamente descontento conmigo mismo. ¿Existiría acaso algún medio para ayudar a esta pobre mujer? Yo sabía bien cuánto amaba Adolfo a su madre. Era preciso hacer algo. La pequeña Paula era demasiado pusilánime, demasiado torpe, si la madre necesitaba realmente ayuda. Una vez de nuevo en mi casa, hablé con mi madre. Ésta se manifestó en el acto dispuesta a visitar de vez en cuando a la señora Hitler, a pesar de que no la conocía siquiera personalmente. Sin embargo, mi padre se opuso a esta decisión, puesto que dado su carácter meticuloso y exagerada-mente correcto consideraba improcedente ofrecer sus servicios sin haber sido solicitados. Al cabo de algunos días fui de nuevo a visitar a la señora Clara. La encontré levantada, trabajando en la cocina. Se sentía algo mejor, por lo que lamentaba vivamente haber informado a Adolfo de su enfermedad. Por la tarde estuve largo rato sentado a su lado. La señora Clara se sentía más locuaz que de costumbre, y empezó a hablarme de su propia vida, muy en contra de lo usual en ella. Algunas cosas pude comprenderlas, otras las deduje, aun cuando la mayor parte de ellas se quedó por decir, y así presentí, a mis diecinueve años, y a quien la vida parecía mirar todavía con tanta confianza y henchido de promesas, un difícil destino.

Pero en el taller apremiaba el trabajo. Se acercaba el término fijado para la entrega de las camas encargadas y el plazo debía cumplirse irremisiblemente. Mi padre no conocía aquí ninguna consideración. También en lo que se refiere a mis ambiciones artísticas, su lema era: primero el trabajo, luego la música. Además, como dentro de poco debía tener lugar una gran representación, un ensayo de la orquesta seguía al otro. Algunas veces no sabía yo, realmente, cómo podría arreglármelas con mi tiempo. Y así, una mañana, mientras yo estaba afanosamente dedicado a rellenar los colchones, Adolfo compareció en el taller. Su aspecto era lamentable; su rostro de una palidez casi translúcida, los ojos turbios y su voz sonaba ronca. Sin embargo, pude adivinar cuánto dolor se ocultaba detrás de esta férrea actitud. Dada la impresión de que luchaba contra la fatalidad. Apenas un saludo, ninguna pregunta por Estefanía, ni una sola palabra de lo que había vivido en Viena.

El médico dice que es incurable esto fue todo lo que pudo decir Adolfo. Me sentí aterrado por este inequívoco diagnóstico. Probablemente, había sido informado por el doctor Bloch del estado de su madre. Quizá hubiera, incluso, solicitado el consejo de algún otro médico. Pero no podía resignarse a esta dura sentencia.

Sus ojos refulgían. La cólera se percibía en ellos:

Incurable; ¿qué significa esto?, barbotó.

No es que la dolencia sea incurable, sino que los médicos no son capaces de curar. Mi madre no es siquiera demasiado vieja. Cuarenta y siete años no son ninguna edad a la que deba morirse forzosamente. Pero tan pronto como los médicos han llegado al término de su sabiduría, se dice al momento, incurable. Es posible que si mi madre viviera en una época posterior, la misma enfermedad, sería posible curarla.

Yo conocía bien la peculiar idiosincrasia de mi amigo, que le incitaba a convertir en un problema todo lo que se le oponía en la vida. Sin embargo, nunca me había hablado con tal amargura, con tanta pasión como ahora. De repente me pareció como si Adolfo, pálido, excitado, alterado hasta lo más profundo de su ser, se encontrara directamente ante la muerte, acechando con dureza y crueldad a su víctima, y pretendiera discutir y ajustar cuentas con ella.

Pregunté a Adolfo si necesitaba mi ayuda. Pasó por alto la pregunta, tanto le abstraía esta discusión. Después interrumpió bruscamente la conversación, y explicó con voz serena y objetiva:

Me quedaré en Linz para llevar la casa en lugar de mi madre.

¿Podrás hacerlo?, le pregunté yo.

Todo es posible cuando hay que hacerlo.

Con ello había terminado la conversación. Yo acompañé a Adolfo hasta la puerta de su casa. Estaba seguro que ahora me preguntaría por Estefanía, tal vez no había querido preguntar por ella en el taller. Me hubiera alegrado mucho de ello, pues yo había llevado a cabo con la mayor meticulosidad mis observaciones, y, aun cuando no hubiera tenido lugar el diálogo esperado, podía referirle muchas cosas de la muchacha. Por otra parte, confiaba en que Adolfo encontraría con-suelo en Estefanía en medio de sus espantosos conflictos anímicos. No cabe duda de que así fue, en efecto. Es seguro que en estas semanas Estefanía significó mucho más para él que en ningún momento anterior. Pero retuvo en su corazón toda pregunta acerca de ella, hasta tal punto estaba la preocupación por su madre en el primer término de todos sus pensamientos y sus acciones.

No puedo fijar con exactitud la fecha en que Adolfo regresó de Viena. Tal vez fuera en uno de los últimos días de noviembre, o quizá hubiera principiado ya diciembre. Pero las semanas que siguieron quedarán grabadas de manera imborrable en mi recuerdo. En un cierto sentido fueron las semanas más bellas e íntimas de nuestra amistad. Hasta qué punto conmovieron mi ánimo estos días, puedo deducirlo del hecho de que en ninguna otra época de mi amistad con Adolfo Hitler se hubieran grabado tantos detalles en mi memoria. Parecía como transformado. Yo había creído hasta entonces conocerle a fondo y desde todos los lados. Después de todo, hablamos vivido más de tres años en una estrecha amistad que excluía cualquiera otra relación, en la que no nos habíamos ocultado nada. Sin embargo, en estas semanas me parecía como si, de repente, mi amigo se hubiera convertido en un ser completamente distinto.

No hablaba ya de los problemas e ideas que tanto le agitaran antes. ¡Todas sus fantasías de política parecían borradas! Apenas si podía adivinarse en él nada de sus intereses artísticos. No era más que el fiel y servicial hijo de su madre.

Yo no había tomado muy en serio la noticia comunicada por Adolfo de que se haría cargo del cuidado de la casa en la Blütenstrasse. Sabía bien en cuán poca estima tenía Adolfo estas ocupaciones, tan necesarias en sí, pero tan monótonas y desagradables. Me sentía, por consiguiente, escéptico en relación con este propósito, y tenía la seguridad de que todo quedaría en algunos intentos bien intencionados.

Pero me equivoqué por completo. Conocía demasiado poco a Adolfo desde este punto de vista, y no había tenido en cuenta que el ilimitado amor que sentía por su madre le permitiría llevar a cabo estas actividades domésticas, tan menospreciadas por él hasta entonces, y con tal propiedad, que la madre no se cansaba de alabarle. Un día, cuando fui a visitarle a la Blütenstrasse, encontré a Adolfo arrodillado en el suelo. Se había atado un delantal a la cintura y fregaba el suelo de la cocina, no limpiado durante tanto tiempo. Me sentí enormemente asombrado, y debí poner una cara extraña, pues la señora Clara sonrió con expresión feliz en medio de sus dolores y exclamó, dirigiéndose hacia mi:

Se extraña usted de lo que sabe hacer mi Adolfo, ¿no es cierto?

Me di cuenta también de que Adolfo había cambiado la instalación de la casa. El lecho de la madre estaba ahora en la cocina, más caliente durante el día, de forma que la enferma tuviera siempre calor. Adolfo trasladó a la

sala de estar el aparador de la cocina, para colocar, en el espacio así liberado, la otomana sobre la que él dormía. Así podía estar al lado de la madre también durante la noche. La pequeña dormía en la sala de estar. No pude por menos que preguntar cómo le iba en la cocina.

Tan pronto como acabe de fregar podrás verlo tú mismo, contestó Adolfo.

Pero la señora Clara se adelantó a mi juicio. Cada mañana consultaba ella con Adolfo lo que debía prepararse para la comida del mediodía. Él tenía siempre buen cuidado en elegir los platos favoritos de la madre. Todo le salía tan bien que ella no podría hacerlo mejor. La comida sabía de manera maravillosa, afirmaba la señora Clara, hacía tiempo que no había comido con tanto apetito como des-de los días en que Adolfo estaba de nuevo a su lado.

Yo miré a la señora Clara, que se había incorporado en el lecho. En el celo de la conversación, sus mejillas, por lo general tan pálidas, habían enrojecido ligeramente. La alegría por el regreso del hijo y sus devotos cuidados iluminaban el grave y agotado rostro. Pero detrás de esta maternal alegría se mostraban inequívocamente los signos del dolor. Los profundos surcos en la sinuosa boca, los hundidos ojos, todo ello revelaba que el diagnóstico del médico había sido acertado.

Realmente hubiera debido saber yo que mi amigo no podía tampoco fracasar en esta tarea, por desusada que ésta fuera para él, pues lo que él hacía lo hacía hasta el fin. A la vista de la gravedad con que se hacia cargo del cuidado de la casa, hube de reprimir cualquier observación irónica, por cómico que pudiera parecerme Adolfo, que tanta importancia daba a una presentación cuidadosa y correcta, vestido con su tosco mandil. No pude expresar siquiera una palabra de reconocimiento, hasta tal punto me afectó el cambio obrado en su persona, pues sabía bien qué fuerza de voluntad le era necesaria para poder realizar estos trabajos.

El estado de la madre era muy variable. La presencia de su hijo, de todas formas, ejercía una favorable influencia sobre su estado general, y aclaraba también su ensombrecido espíritu. En las horas del mediodía podía pasar, incluso, algunos ratos fuera del lecho, y se la veía sentada en una cómoda butaca en la cocina. Adolfo parecía adivinar cualquier deseo en sus ojos, y se ocupaba de ella con la mayor delicadeza. Yo no había podido descubrir jamás en él esta amorosa y sensible delicadeza. Me parecía no poder creer a mis ojos y mis oídos. No se escuchaba ya ninguna palabra adusta, ninguna expresión poco amable, ninguna violenta afirmación del propio punto de vista. En estas semanas se había olvidado completamente de sí mismo, y no

vivía más que en su abnegada preocupación por la madre. Aun cuando Adolfo, según afirmaba continuamente la señora Clara, había heredado muchas cualidades del padre, justamente en estas decisivas semanas pude darme cuenta de cuán parecido era a la madre en lo mas intimo de su ser. Es cierto que a ello podía contribuir también el hecho de que había vivido los últimos cuatro años sólo con la madre. Pero, por encima de ello, se me reveló una peculiar armonía espiritual entre madre e hijo, tal como no he vuelto a encontrarla en el curso de mi existencia.

Todo lo que pudiera separarles había quedado muy lejos. Adolfo no hablaba nunca de la decepción que había sufrido en Viena. En estos días, todas las preocupaciones por el futuro parecían haber sido olvidadas. Una atmósfera de suave, casi alegre satisfacción, rodeaba a la mujer marcada por la muerte.

También Adolfo parecía haber olvidado todo lo que le oprimía. Según puedo recordar, sólo una vez me acompañó a la puerta después de haberme despedido de la señora Clara, y me preguntó si había visto a Estefanía. Pero en esta pregunta se percibía ahora una distinta entonación. No era ya la impaciencia del impetuoso amante, sino el oculto temor de una persona joven que teme que el destino pudiera quitarle lo último que le es querido en la vida. Adiviné en esta apresurada pregunta cuánto significaba esta muchacha para él, justamente en estos días tan difíciles, tal vez más de lo que hubiera sido posible de estar ella tan próxima, como él lo anhelaba. Yo le tranquilicé. Al cruzar el puente me la había encontrado a menudo con su madre. Al parecer, nada había cambiado en ella.

Diciembre fue un mes frío y desapacible. Durante días enteros se extendía una niebla húmeda y sombría sobre el Danubio. El sol apenas si podía atravesarla raras veces. Y si esto tenía lugar, sus rayos carecían de fuerza y apenas calentaban. El estado de la madre empeoraba a ojos vistas. Adolfo me aconsejó que no fuera a verla más que cada dos días.

Pero la señora Clara me saludaba tan pronto entraba yo en la cocina, levantando un poco la mano y tendiéndola a mi encuentro. Luego, una suave sonrisa se deslizaba a veces por sus atormentados rasgos. Un pequeño pero significativo incidente ha quedado grabado en mi memoria. Al repasar los cuadernos escolares había podido comprobar Adolfo que la pequeña Paula no aprendía en la escuela con el celo con que la madre podía esperar de ella. Adolfo tomó a la pequeña de la mano y la acompañé hasta el lecho de la madre, para que diera la mano a la madre y le prometiera, solemnemente, ser siempre aplicada y que sería una buena alumna. Tal vez quisiera Adolfo dar a entender a su madre con esta escena que había

comprendido, entretanto, su propio error. Si hubiera seguido en la escuela real hasta aprobar el examen de reválida, no se hubiera llegado a la catástrofe de Viena. Este acontecimiento, tan decisivo para él, del que más tarde dijo, que por primera vez le había puesto en desacuerdo consigo mismo, estaba en aquel entonces en el fondo del espantoso acontecimiento y ensombrecía aún más su espíritu.

Cuando dos días después me encaminé de nuevo a la Blütengasse y llamé suavemente a la puerta, me abrió Adolfo inmediatamente, salió conmigo hacia el pasillo y entorné la puerta tras de él. A la madre no le iba nada bien me dijo, tenía espantosos dolores. Más que sus palabras me convenció su emoción de la gravedad de la situación. Comprendí que sería mejor que me marchara. Adolfo estuvo de acuerdo conmigo. Nos estrechamos en silencio la mano y me alejé de allí.

Se acercaban ya las Navidades. Había nevado finalmente y la ciudad había tomado con ello un aspecto solemne. Pero mi ánimo no se sentía muy navideño. Una vez más crucé el puente en dirección a Urfahr. Por los inquilinos de la casa supe que la señora Hitler había recibido ya los sagrados óleos. Quise hacer mi visita lo más breve posible. A mi llamada abrió la pequeña Paula. Entré vacilante. La señora Clara estaba sentada en su lecho, Adolfo había pasado su brazo por la espalda de su madre, para ayudarla, pues siempre que ésta conseguía incorporarse cedían un poco los dolores.

Saludé y me detuve junto a la puerta. Adolfo me hizo señal de que me alejara. Había empuñado ya el pestillo, cuando la señora Clara me hizo una seña y me tendió la mano. De manera imborrable se me han quedado grabadas las palabras que la moribunda me dijo con voz suave, apenas perceptible:

Gustl, dijo (ella me llamaba generalmente sólo «señor Kubizek», pero en esta hora se sirvió del nombre que me daba Adolfo), sea usted el buen amigo de mi hijo, aun cuando yo no esté ya. No tiene a nadie más.
Se lo prometí, con lágrimas en los ojos, y después salí de la habitación.

Esto sucedía al atardecer del veinte de diciembre.

Al día siguiente por la tarde vino Adolfo a mi casa. El taller estaba ya cerrado por la proximidad de las Navidades. Adolfo parecía muy alterado. Bastaba ver su rostro desconsolado para saber lo que había sucedido.
Según explicó, la madre había muerto en las primeras horas del amanecer. Su último deseo había sido ser enterrada en Leonding al lado de su esposo.

Adolfo no podía apenas hablar, hasta tal punto le había afectado la muerte de la madre.

Mis padres le expresaron nuestro sentido pésame. Pero mi madre comprendió que lo mejor sería proceder inmediatamente de manera práctica. Tenía que encargarse el entierro. Adolfo había estado ya en la empresa Winkler de pompas fúnebres. El entierro había sido fijado para el veintitrés de diciembre, a las nueve de la mañana. Pero aún quedaba mucho por hacer. El transporte de la madre hasta Leonding debía aún concertarse.

Debían procurarse los documentos necesarios e imprimirse las esquelas. Gracias a ello pudo superar Adolfo su profunda conmoción anímica. Serenamente atendió en este día y los siguientes a los preparativos necesarios para el entierro.

En la mañana del 23 de diciembre de 1907 me dirigí yo, en compañía de mi madre, antes de la hora convenida, hacia la casa de la difunta. El tiempo había cambiado de nuevo. La nieve resbalaba de los tejados. Las calles estaban cubiertas de un barro resbaladizo. La mañana era húmeda y neblinosa. Apenas si podían distinguirse las obscuras aguas de la corriente. Entramos en la casa para, según la costumbre, despedirnos de la muerta con algunas flores. La señora Clara había sido amortajada en su lecho. Sobre el rostro pálido como la cera se percibía un brillante destello. Presentí al verla que la muerte había sido para ella una liberación. La pequeña Paula sollozaba, pero Adolfo conservaba la serenidad. Una mirada a su rostro bastaba para comprender lo que sufría en estas horas. No era sólo el hecho de que Adolfo fuera ahora huérfano de padre y madre lo que le había afectado tan profundamente, sino más bien el de que con su madre perdía el único ser en este mundo en el que se había concentrado su amor y al que ella había correspondido con la misma abnegación.

Bajé de nuevo a la calle con mi madre. Vino el sacerdote. La difunta había sido colocada ya en el ataúd. Este fue depositado en el vestíbulo de la casa. El sacerdote bendijo a la muerta y después se puso en marcha la pequeña comitiva. Desde el Danubio llegaban hasta nosotros jirones de niebla. Una imagen gris, sombría, un ambiente henchido de nostalgia y tristeza, muy indicado para este fúne-bre acontecimiento. Adolfo caminaba detrás del ataúd de su madre. Vestía un abrigo largo y negro de invierno, guantes negros y en la mano, como era costumbre entonces, un sombrero de copa. El obscuro ropaje hacía aparecer aún más pálido su rostro. Caminaba grave y concentrado. A la izquierda, vestido igualmente en obscuro, iba su cuñado Raubal, y en medio la pequeña Paula, de once años. Angela, que en estos días estaba en los últimos de su embarazo, iba en un coche cerrado

tirado por un caballo que seguía a los deudos. Tal vez la circunstancia de que inmediatamente detrás de los próximos parientes siguiera un coche, contribuyó a causar en mí una impresión tan desconsoladora. Aparte de mi madre y yo seguían solamente algunos inquilinos de la casa de la difunta, así como algunos vecinos y conocidos de la anterior casa en la Humboldstrasse. Mi madre advirtió lo mísero de este entierro, pero en su bondadoso carácter asumió inmediatamente la defensa de los que no habían venido al mismo. "Mañana es Navidad", me dijo; como si a muchas mujeres a pesar de su mejor voluntad no les fuera realmente posible encontrar un momento libre.

Frente a la puerta de la iglesia fue sacado el ataúd del coche y llevado al interior de la iglesia. A continuación de la Misa de difuntos tuvo lugar la segunda bendición. Como la difunta debía ser transportada a Leonding, el ataúd fue conducido hasta la carretera de Urfahr. Las campanas de la iglesia empezaron a tañir cuando la pequeña comitiva se acercó a la carretera principal. lnvoluntariamente levanté la mirada hasta las ventanas de la casa en que vivía Estefanía. ¿La habría avisado acaso mi ardiente deseo de que no olvidara a mi amigo en esta hora difícil? Aún me parece ver cómo se abren las celosías en las conocidas ventanas, cómo una figura de muchacha se adelanta a la balaustrada y Estefanía contempla con afección la pequeña comitiva. Dirigí la mirada a Adolfo. Su rostro permanecía inalterable. Pero no tuve la menor duda de que también él había visto a Estefania. Como me explicó más tarde, así fue en realidad, y me confesó cuánto le había consolado en esta dolorosa hora la visión de la amada. ¿Fue intencionado, fue casualidad que Estefanía se asomara en aquel instante a la ventana? No podría decirlo. Tal vez hubiera oído el repicar de las campanas y quisiera saber a qué se debía este tañir a una hora tan temprana. Adolfo estaba, natural-mente, persuadido de que la muchacha quería manifestarle su simpa-tía con su aparición.

En la carretera aguardaba un segundo coche cerrado en el que, al disolverse la comitiva, tomó asiento Adolfo con su hermana Paula. Raubal subió al coche de su esposa. Después el coche fúnebre, seguido por los dos otros carruajes, partió en dirección a Leonding para el entierro.

Al día siguiente, veinticuatro de diciembre, flor la mañana, vino Adolfo a mi casa. Parecía tan abatido que era de temer que se desplomara de un instante a otro. Todo en él parecía vacío y sin consuelo, sin la menor chispa de vida. Se dio cuenta de la preocupación que mi madre sentía por él, y se disculpó, alegando que no había dormido en varias noches. Nos comunicó que su madre había sido enterrada ayer en el cementerio de Leonding al

lado de su padre. Con ello se había cumplido su última voluntad, de seguir al lado de su esposo también en la muerte.

Mi madre le preguntó dónde se proponía pasar la velada de Navidad. Adolfo dijo que él y su hermana habían sido invitados por los Raubal. Paula había ido ya, pero él no sabia todavía si podría decidirse a ello. Mi madre le insistió, diciendo que ahora, cuando habían sufrido la misma grave pérdida por la muerte de la madre, todos debían también contribuir a mantener la paz navideña. Adolfo escuchó las palabras de mi madre y guardó silencio. Pero cuando estuvimos solos, me dijo rudamente:

-No voy a casa de Raubal,
¿Adónde quieres ir, pues? ó pregunté excitado; hoy es Nochebuena.

Quería rogarle viniera a nuestra casa y participar en nuestra pequeña fiesta. Pero no me dejó siquiera hablar, y se negó a ello enérgicamente, a pesar de la tristeza que le dominaba.

Pero al momento se rehizo de nuevo. Sus ojos mostraron un extra-ño fulgor. Dijo:

-Tal vez vaya a casa de Estefanía.

Y así diciendo, se marchó.

Esta respuesta correspondía por entero al carácter de mi amigo, y en un doble sentido. Primero, porque en un momento así podía olvidar por completo que su relación con Estefanía no era más que deseo y fantasía, una bella ilusión, nada más, y por otra parte, porque, aun cuando se diera cuenta de ello, al reflexionar serenamente, en estas críticas horas prefería aferrarse a sus propios e irreales ensueños que confiarse a personas extrañas.

Más tarde me confesó que esta noche había estado realmente decidido a ir a casa de Estefanía, aun cuando comprendía claramente que una visita tan precipitada, sin ser siquiera anunciada y sin conocer a Estefanía de una manera oficial, y más todavía en esta Noche-buena, estaba en contradicción con todas las buenas costumbres y normas sociales y hubiera significado, probablemente, el fin de sus relaciones con ella. Pero por el camino había visto a Ricardo, el hermano de la joven, que pasaba en Linz las vacaciones de Navidad. Este inesperado encuentro le había retenido de su propósito, pues le hubiera resultado muy penoso el que Ricardo, cosa que apenas si habría podido evitarse, estuviera presente en la proyectada entrevista. Yo

no podía ni quería tampoco preguntarle más. De hecho era indiferente si Adolfo se engañaba a sí mismo con este pretexto, o si se proponía solamente defender ante mí su conducta. Es cierto que también yo había visto a Estefanía en la ventana. El interés reflejado en su rostro era, sin duda, sincero. Pero yo dudaba de si Estefanía había podido distinguir realmente a Adolfo en esta desusada situación y en su peculiar estado de ánimo. Pero, naturalmente, no exprese estas dudas en voz alta, porque sabía que con ello despojaba a mi amigo de su última seguridad y esperanza. Puedo imaginarme muy bien cómo debió ser la triste Nochebuena del año 1907 para mi amigo. No quería ir a casa de los Raubal, una decisión que me era fácil de comprender. Podía hacerme también cargo de que Adolfo no quisiera perturbar con su presencia nuestra pequeña y tranquila Navidad familiar, a la que le había invitado. La suave armonía de nuestra casa le hubiera hecho sentir aún más su propia soledad. En este sentido me consideré yo frente a Adolfo como un favorecido por el destino, pues poseía todo lo que él había ya perdido: el padre, por quien tanto me preocupaba la madre, que tanto me amaba, el tranquilo hogar, que me acogía amoroso en su perfecta paz.

Pero ¿y él? ¿Adónde debía encaminarse en esta Nochebuena? No tenía conocidos, ningún amigo que pudiera recibirle con el corazón abierto. Para él, todo era extraño y vacío.

Y así se dirigió... a Estefanía. Es decir: ¡a sus sueños!

Adolfo me habló, más tarde, de esta noche de Navidad, en la que estuvo muchas horas caminando. Tan sólo hacia la mañana había vuelto a casa de su madre y se había dormido en ella. Lo que pensara, sintiera y sufriera me lo silenció.

"¡VEN CONMIGO, GUSTL!"

Cuán a menudo se habían pronunciado estas palabras, cuando Adolfo hablaba de su propósito de trasladarse a Viena! Sin embargo, cuando mas tarde se dio cuenta de hasta qué punto me obsesionaba a mí este ofrecimiento, no manifestado en un principio siquiera seriamente se familiarizó con todas las formas del pensamiento de que nos trasladaríamos conjuntamente a Viena para ingresar él en la escuela de arte, yo en el conservatorio. En su genial fantasía me dibujó esta vida con todos sus colores, de manera tan palpable y concreta, que a menudo no sabía yo mismo si todo esto no era más que deseo o ya realidad. Para mí, una tal

fantasía tenía una base muy real. Es cierto que yo había aprendido mi oficio a fondo y que mi padre, como también los clientes, estaban sumamente complacidos con mi trabajo. Pero el trabajo en el polvoriento taller había afectado considerablemente mi salud, y el médico, mi aliado en secreto, insistía en que yo abandonara el oficio de tapicero. Para mi, a quien la música llenaba todo mi corazón, significaba esto buscarme en ella una posibilidad profesional. Este deseo, por muchos que fueran los obstáculos que pudieran oponérsele, adquiría formas cada ver más concretas. Lo que yo podía aprender en Linz lo había aprendido ya. También mis maestros me habían reforzado en mi decisión de dedicarme por entero a la música. Esto sin embargo, significaba para mí tener que instalarme a Viena. Con ello, la en un principio casual invitación "¡Ven conmigo, Gustl!" de mi amigo, adquiría, para mí el carácter de una clara invitación y de bello objetivo. A pesar de ello, no creo que yo, con mi pasiva naturaleza hubiera conseguido imponer este cambio de profesión y el traslado a Viena, de no haber intervenido aquí Adolfo con toda su decisión.

No cabe la menor duda de que mi amigo pensó aquí, con seguridad en si mismo. Sentía temor de partir solo para Viena, pues ahora, en ocasión de su tercer viaje, las cosas eran algo distintas que anteriormente. Antes poseía todavía a su madre. Aun cuando se dirigiera a Viena, seguía conservando su tranquilo hogar. No era un paso a lo desconocido, pues saber que la madre le estaba aguardando en todo momento y en cualquier situación, sucediese lo que sucediese, con los brazos abiertos, daba un firme sostén a su incierta existencia, en lo que podía confiar siempre. El hogar de la madre era el punto tranquilo, en torno al cual se agitaba su tormentosa existencia. Y ahora había perdido este sostén. El dirigirse ahora a Viena era una decisión final, definitiva, de la que no existía ningún regreso, es decir, un salto a la obscuridad, a un lago sin orillas. En los meses pasados en Viena en el otoño pasado no había conseguido encontrar conexión en ningún lado. Es posible que no la hubiera buscado siquiera. En Viena vivían parientes de la madre, con los que había estado anteriormente en relación, y en cuya casa, si no me equivoco, había vivido incluso en ocasión de su primera estancia en Viena. No volvió a visitarlos más, ni tampoco más tarde se habló nuevamente de ellos. Es fácil de comprender la razón que le llevó a dejar de verlos. Temía ser interrogado por su trabajo, la manera cómo se ganaba la vida. Es posible que estuvieran también informados de que había sido rechazada su solicitud de ingreso en la Academia. Prefería sufrir hambre y miseria a presentarse ante sus parientes en demanda de auxilio. ¡Qué más natural, por consiguiente, que llevarme a mí con él a Viena, a su mejor amigo, y también el único enterado del secreto de su gran amor! Este "Ven conmigo, Gustl", había adquirido el tono de un amistoso ruego en labios de Adolfo desde la muerte de su madre.

A principios de 1908 me dirigí con Adolfo a la tumba de sus padres en Leonding. Era un bello y frío día de invierno, de extraordinaria claridad, y que ha quedado bien grabado en mi recuerdo. La nieve cubría los familiares caminos. Adolfo conocía aquí aún los menores detalles, pues durante muchos años éste había sido el camino seguido hasta la escuela. Cuando hubimos llegado a la altura del Pulverturm, vimos a nuestros pies, agrupadas en torno a la iglesia, las casas de Leonding. Detrás de la amplia llanura, resplandecientes bajo la nieve, se alzaban las montañas, desde el Hoher Priel hasta el Untersberg de Salzburgo, cada una de cuyas cimas se destacaba claramente contra el cielo azul de acero.
Adolfo estaba muy sereno. Yo me sentí admirado por este cambio. Bien sabía yo cuán hondamente le había afectado la muerte de su madre, cuánto sufría por ello, incluso físicamente, y cómo había llegado al borde del agotamiento. Mi madre le había invitado a comer en las fiestas de Navidad, para que pudiera por lo menos recuperar las perdidas fuerzas, y saliera de la vacía y fría casa en la que todo le recordaba a su madre. Y Adolfo había venido a comer con nosotros. Se había sentado a nuestra mesa muy serio, taciturno, encerrado en sí mismo. Todavía no había llegado el momento oportuno para hablar de los proyectos para el futuro.

Incluso ahora, al caminar sosegadamente a mi lado, parecía mucho mayor que yo, mucho más maduro, más viril, ocupado también con sus propios asuntos. Me admiró cuan clara y superiormente hablaba ahora de ello. Parecía casi como si se tratara de cosas ajenas a su incumbencia; Angela le había mandado decir que Paula podía quedarse a vivir con ellos. Su esposo estaba de acuerdo con ello, pero se negaba a acoger a Adolfo en su familia, pues se había portado con él de manera improcedente. Con ello se veía Adolfo libre de su mayor preocupación pues la pequeña tenía ya un hogar seguro. Él mismo no había tenido jamás la intención de colocarse, bajo la tutela de los Raubal. Había hecho dar las gracias a Angela, y decir que todo el mobiliario paterno pertenecía a Paula. Los gastos del entierro serían pagados de la herencia de la madre. Por lo demás, Angela había dado ayer a luz. Este su segundo hijo fue una niña, que debía llamarse, como la madre, Angela. Su tutor, el burgomaestre de Leonding, se había hecho cargo del asunto de la herencia y estaba dispuesto a ayudarle también para que le fuera concedida una pensión como huérfano.

Todo esto sonaba muy sobrio y objetivo. Después pasó a referirse también a Estefanía. Estaba decidido a poner fin a la actual situación. En la próxima ocasión se presentaría a Estefanía y a su madre, ya que no le había sido posible hacerlo durante las fiestas de Navidad. Era ya, realmente, hora de llegar a una decisión.

Cruzamos por la nevada aldea. Allí se alzaba la pequeña edificación de una sola planta, con el número sesenta y uno, que el padre de Adolfo había comprado en su tiempo. Aun se veía la gran colmena de la que el padre se sentía tan orgulloso. Al vender la propiedad todo había ido a parar a manos extrañas. Adolfo no conocía a la gente que ahora vivía en su casa paterna. En su inmediata vecindad se encontraba el cementerio. La tumba en la que habían sido enterrados sus padres, se encontraba en la parte del muro en dirección Este. La nieve cubría la tierra recién removida, ante la que nos detuvimos. Adolfo permaneció con el rostro serio e inmóvil. Su rostro era duro y severo, y ninguna lágrima humedecía sus ojos. Sus pensamientos estaban junto a su amada madre. Yo estaba a su lado y rezaba.
En el camino de regreso me explicó Adolfo que probablemente debería permanecer aun el mes de enero en Linz, hasta haber levantado la casa y resuelto el asunto de la herencia. Le esperaba todavía una encarnizada discusión con su tutor. Era evidente que éste no se proponía más que lo mejor para él, pero ¿de qué podía servirle, si lo mejor no era más que un puesto de aprendiz en una panadería de Leonding?

El viejo Josef Mayrhofer, el tutor de Hitler, vive aún hoy, a edad avanzada, en Leonding. Naturalmente, muy a menudo se le ha preguntado acerca de las experiencias e impresiones obtenidas del joven Hitler. A su manera franca y campesina, Mayrhofer ha dado respuesta a todos los que llegaban hasta él; primero a los enemigos, después a los amigos, y luego, de nuevo, a los enemigos de su pupilo. Pero decía siempre lo mismo, sin preocuparse por las opiniones de los que le preguntaban. El que los tiempos fueran de uno u otro modo, esto no le hacia cambiar una sola frase en su declaración.
Un día de enero del año 1908 había venido a verle Adolfo, en aquel entonces ya muy alto, y con una sombra de bigote en el labio superior y una voz profunda, casi un hombre ya, para aconsejarse en relación con la herencia. Pero sus primeras palabras fueron:

-Señor tutor, quiero partir de nuevo para Viena.

Habían sido inútiles todos los intentos para disuadirle de su propósito; era un testarudo lo mismo que su padre, el viejo Hitler.

Josef Mayrhofer conserva todavía los documentos que guardan relación con aquellas gestiones. La instancia que escribió Adolfo por encargo del tutor, para solicitar una pensión como huérfanos para él y para su hermana Paula, tiene el siguiente contenido: "¡Muy alta Dirección Imperial de Finanzas!

"Los respetuosos firmantes solicitan por la presente la bondadosa concesión de la correspondiente pensión de huérfanos. Los dos solicitantes, que han perdido a su madre, fallecida el 21 de diciembre de 1907, viuda del inspector de aduanas imperiales, han quedado, en consecuencia, huérfanos, menores de edad e incapaces de ganarse su propio sustento. La tutoría de los dos solicitantes, de los que Adolfo Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, y Paula Hitler el 21 de enero de 1898 en Fischlham bei Lambach Ob. Ost., la desempeña el señor Joseph Mayrhofer en Leondíng b. Linz. Los dos solicitantes pertenecen a la jurisdicción de Linz. Repiten su ruego con el mayor respeto, Adolfo Hitler, Paula Hitler."

Adolfo firmó en esta instancia también en nombre de su hermana Paula, pues la firma muestra en el nombre de «Hitler», en las dos veces, el mismo rasgo inclinado hacia abajo, tan característico de la ulterior firma de Hitler. Además, Adolfo se equivocó en la fecha del nacimiento de su hermana. Paula no nació en 1898, sino en 1896, es decir, hizo a la pequeña dos años más joven.

Según las leyes vigentes en aquel entonces, los huérfanos de padre y madre, siempre que carecían de toda fortuna y no hubieran cumplido todavía los veinticuatro años de edad, tenían derecho a recibir una pensión de orfandad por un importe total de la pensión de la viuda, recibida por su madre.

Después de la muerte de su esposo, la señora Hitler percibía, mensualmente, una pensión de cien coronas. Así, pues, los dos hijos, Adolfo y Paula, huérfanos ahora de padre y madre, tenían derecho a percibir, en total, cincuenta coronas al mes. En consecuencia, a Adolfo le correspondían veinticinco coronas al mes. Naturalmente, esto era demasiado poco para poder vivir de ello. A modo de comparación, diré solamente que Adolfo debía pagar diez coronas de alquiler mensual por su habitación en casa de la señora Zakreys.

La instancia fue resuelta en sentido favorable. El primer pago tuvo lugar el 12 de enero de 1908, cuando Adolfo se encontraba ya en Viena. Por lo demás, tres años más tarde renunció Adolfo a esta renta en favor de su hermana Paula, aun cuando, de por sí, hubiera tenido derecho a seguir cobrando la misma hasta cumplir los veinticuatro años, es decir, hasta abril de 1913. Esta renuncia de Adolfo del 4 de mayo de 1911 se encuentra aún hoy en posesión del tutor Joseph Mayrhofer en Leonding. El protocolo de la herencia, que Hitler firmó en casa de su tutor antes de partir para Viena, contenía también su pretensión a la herencia paterna que constaba de algo más de setecientas coronas. Es posible que gastara una parte de esta suma

en ocasión de su anterior estancia en Viena. En su extraordinariamente sobria norma de vida su único gasto de importancia eran los libros le quedaría, con seguridad, todavía lo bastante para poder vivir por lo menos algún tiempo en Viena.

Por lo que concierne a la seguridad de una futura existencia, Adolfo no sólo me llevaba la ventaja de poseer una herencia, aun cuando modesta, y una renta fija mensual extremos que yo debía aclarar todavía con mis padres sino también porque ahora, una vez «sorteado» el tutor de manera satisfactoria, podía decidir su futuro con entera libertad y sin obstáculos, en tanto que mi decisión dependía de la aprobación de mis padres. El eventual traslado a Viena iba también unido a la renuncia del oficio aprendido, en tanto que Adolfo podía proseguir en Viena su vida actual, más o menos en la misma forma. Esta circunstancia dificultaba de manera considerable mi decisión; durante algún tiempo no quiso Adolfo comprenderlo así, aun cuando él fue quien, desde el primer momento, tuvo a su cargo la dirección en este complicado asunto. Ya en los primeros meses de nuestra amistad, es decir, en un tiempo en que yo no podía imaginarme mi futuro más que en el polvoriento taller de tapicero, me había expuesto Adolfo, de manera convincente, que yo debía llegar a ser músico, y ello a pesar de que era casi un año más joven que yo. Después de haberme «metido este pájaro en la cabeza», como dijo en aquel entonces mi madre, no cejó ya en este propósito. Me animaba cuando yo flaqueaba, reforzaba mi confianza en mí mismo cuando yo amenazaba perderla, alababa, criticaba, se mostraba a veces grosero y me increpaba indignado, pero sin perder jamás de vista la meta que me había inculcado, y si una vez habíamos discutido fuertemente, de modo que yo creí que todo había terminado, después de un concierto o una representación en los que había yo participado, renovábamos nosotros, con radiante entusiasmo, nuestra amistad. Nadie en este mundo, ni siquiera mi madre, que me amaba tan tiernamente y que era la que mejor me conocía, era capaz de proyectar mis más ocultos deseos tan directamente a la realidad como mi amigo, aun cuando él no había seguido ninguna enseñanza musical sistemática.

En invierno del año 1907, cuando el trabajo en el taller decreció en su intensidad, y yo tenía algo más de tiempo para mí mismo, tomé clases, con otro compañero, de teoría de la armonía con el director de orquesta del Teatro Nacional de Linz. Fue un estudio tan intenso como satisfactorio, y que me llenó de entusiasmo. Desgraciadamente, no podía yo recibir enseñanza en Linz de las otras asignaturas teórico musicales necesarias, como contrapunto, teoría de las formas, instrumentación, historia de la música, etc. No existía tampoco seminario para la práctica de dirección de orquesta y teoría de la composición, para no hablar ya de un estimulo para

la libre composición. Esta enseñanza podía ofrecérmela solamente el Conservatorio en Viena. Además, allí se me ofrecería también la oportunidad de presenciar representaciones de óperas y conciertos de primera categoría y en su más perfecta interpretación. Mi decisión de dirigirme a Viena era firme, pero carecía de la necesaria tenacidad para ello, como mi amigo, para imponer esta decisión por encima de cualquier obstáculo que pudiera presentarse. Pero Adolfo lo había previsto todo. Sin que yo supiera, realmente, cómo lo había hecho, consiguió convencer a mi madre de mi vocación musical. Pero ¿qué madre no escucharía con gusto, cuando se profetiza una brillante carrera como director de orquesta y ejecutante a su único hijo, y, más aún, cuando la música para ella, lo mismo que para mí, significaba también media vida? Así, no tardó ella en formar parte de nuestra alianza. Como mis pulmones no podían resistir el continuo polvo del taller, se unía a ello también la continua preocupación por mi salud. Mi madre, que había encerrado en su corazón a Adolfo, como en su tiempo la señora Clara a mi mismo, estaba, pues, ganada para nuestra causa. Así, todo dependía ahora de mi padre. No es que éste se opusiera abiertamente a la realización de mis deseos. Mi padre era todo lo contrario del padre de Adolfo, tal y como yo lo conocía por las descripciones de mi amigo. Silencioso y al parecer desinteresado, no intervenía en el curso de las cosas a su alrededor. Su máxima preocupación era el negocio, creado por él de la nada, que había resistido felizmente graves crisis y que había convertido en una considerable y floreciente empresa. Mis inclinaciones musicales las consideraba él como simples caprichos sin importancia. Le era imposible concebir cómo podía uno intentar edificar una segura existencia sobre un rasgueo y tañido más o menos inútil. Hasta el final le fue incomprensible que alguien que, como yo, sabía lo que era la necesidad y la pobreza, pudiese renunciar a un sólido fundamento vital en pos de un vago e incierto futuro. «El pájaro en la mano» y «La paloma en el tejado», ¡cuántas veces puede escuchar de sus labios estos proverbios! Y cuántas veces también las amargas palabras: «¿Y para esto me he sacrificado yo?» Yo trabajaba con más celo que nunca en el taller, pues no podía consentir que se dijera que descuidaba el oficio aprendido en pos de mis estadios musicales. Mi padre tomó este celo en el trabajo como señal de que me proponía permanecer en el oficio y que algún día me haría yo cargo del negocio. La madre sabía hasta qué extremo dependía mi padre de su empresa. Y prefería guardar silencio para no aumentar sus preocupaciones. Así fue que en la época en que mi educación musical precisaba necesariamente del ingreso en el Conservatorio de Viena, la situación había llegado a un punto muerto en el terreno doméstico. Yo trabajaba con más fervor que nunca en el taller y guardaba silencio. Mi madre guardaba silencio. Mi padre pensaba que yo había renunciado definitivamente a mi proyecto, y guardaba, así mismo, silencio.

Entonces vino Adolfo nuevamente de visita a nuestra casa. A la primera mirada se dio cuenta de cuál era la situación y pasó inmediatamente al ataque. Primeramente me puso de nuevo «en forma». Durante su estancia en Viena se había enterado de todos los detalles del estudio musical, de lo que me informó ahora con exactitud, describiéndome, de vez en cuando, de manera realmente atractiva, sus experiencias musicales en la ópera y en la sala de conciertos. Estas vivas descripciones emocionaron también a mi madre, y así, todo apremiaba en pos de una decisión. Pero no quedaba otra solución que confiar en que Adolfo mismo lograra convencer a mi padre. ¡Una difícil empresa! ¿De qué serviría toda la brillante elocuencia, si el viejo maestro tapicero no tenía en la menor estima las cosas musicales? Por lo demás, apreciaba sinceramente a Adolfo. Mas a sus ojos no era, finalmente, sino un joven fracasado en la escuela, que se tenía a sí mismo en demasiada estima para aprender un oficio.

El padre toleró nuestra amistad, pero, en realidad, hubiera deseado un compañero más aplicado para su hijo. Así, pues, Adolfo se encontraba en una posición bastante desagradable. Que a pesar de ello consiguiera ganar para nuestro plan a mi padre en un espacio de tiempo relativamente breve, es verdaderamente asombroso. Hubiera comprendido perfectamente el que la decisión tuviera lugar después de un violento choque de contrapuestas opiniones; Adolfo se hubiera encontrado entonces en su propio elemento y quizá podido jugar todos los triunfos que tenía en reserva. Pero no fue así. No puedo recordar que tuviera lugar un debate en el verdadero sentido de la palabra. Adolfo hablaba en un tono como si todo esto no fuera en modo alguno tan importante, y, sobre todo, permitió que mi padre creyera que él solo, mi padre, era quien debía tomar la última decisión. Se dio también por satisfecho con que mi padre no tomara más que una decisión a medias, y propusiera una solución intermedia; dado que el curso normal había empezado en otoño, por el momento debía dirigirse solamente a título de prueba a Viena para examinar, por algún tiempo, la situación. Si las posibilidades de educación correspondían a mis esperanzas, podría decidirme todavía, pero, en caso contrario, regresaría inmediatamente y me haría cargo del negocio paterno. Adolfo, que odiaba los compromisos, y estaba acostumbrado a lanzarse siempre a fondo, se dio por satisfecho con ello, ¡cosa sorprendente! Yo me sentía feliz como nunca antes en mi vida, pues mi proyecto se había impuesto finalmente sin enojar por, ello al padre, en tanto que mi madre participaba también de mi alegría.

A principios de febrero regresó Adolfo a Viena. Su dirección era la misma, me explicó al despedirnos, pues había seguido pagando el alquiler en casa de la señora Zakreys. Yo debía avisarle con tiempo de mi llegada a Viena.

Le ayudé a llevar las maletas a la estación. Si no me equivoco, eran cuatro maletas, todas ellas muy pesadas. Yo le pregunté qué es lo que llevaba en ellas. Me contestó:

-Todos mis bienes. Pero eran casi solamente libros.

Ya en el andén llevó Adolfo de nuevo la conversación a Estefanía. Por desgracia no tuvo ninguna ocasión para dirigirse a ella, pues no la había encontrado nunca sin ir acompañada. Y lo que él tenía que decirle a Estefanía le incumbía sólo a ella.
-Tal vez le escriba yo -me explicó, para terminar.

Sin embargo, yo tomé estas palabras, pronunciadas por primera vez por Adolfo, simplemente como la expresión de su desconcierto o, a lo sumo, como un fácil consuelo. Mi amigo subió al tren y me tendió, una vez más, la mano desde la ventanilla. El tren arranco.

-¡Sígueme pronto, Gustl -me gritó todavía Adolfo.

En casa, mi buena madre me preparaba ya la ropa interior y los trajes para el viaje a la grande y desconocida Viena. Después de todo, mi padre quería también contribuir a ello. Él mismo me confeccionó una gran caja a la que hizo colocar unas sólidas bandas de hierro por el cerrajero. En ella empaqueté mis estudios de piano y partituras, y mi madre llenó el espacio aún vacío con ropas y zapatos.

Entre tanto llegó una postal de Adolfo, fechada el 18 de febrero de 1908. Mostraba una vista de la colección de armas del Museo de Historia del Arte de Viena, caballeros armados a pie y a caballo:

«¡Querido amigo!» - este título era un signo de lo mucho que habíase ahondado nuestra amistad desde la muerte de su madre. El texto debajo de la fotografía rezaba:

« ¡Querido amigo! Espero con impaciencia noticias de tu llegada. Escribe pronto y con certeza, para que pueda prepararlo todo para una solemne recepción. Todo Viena te espera ya. Así, pues, ven pronto. Te iré a buscar, naturalmente.»

En el lado de la dirección de la postal, se dice:

«Ahora empieza aquí un tiempo poco agradable. Confío en que cambiará hasta entonces. Como ya dijimos, primero te quedarás conmigo. Luego ya

veremos entre los dos. En el llamado «Dorotheum» se puede encontrar un piano por sólo 5060 fl. Muchos saludos para ti, así como para tus apreciados padres de tu amigo, Adolfo Hitler.»

Y debajo, todavía, la observación:

«¡Te ruego una vez más que vengas pronto!»

Esta postal la había dirigido Adolfo como siempre a «Gustav» Kubizek, escribiendo Gustav una vez con «v» y luego de nuevo con «ph», pues no podía sufrir de ninguna manera mi nombre de August, y me llamaba siempre solamente «Gustl», razón por la que Gustav le era más inmediato que August.

Probablemente hubiera preferido que yo cambiara mi nombre por completo. Incluso la tarjeta de felicitación que me mandó más tarde para mi santo, San Agustín, el 28 de agosto, la dirigió a «Gustav». Bajo el nombre se ve la abreviatura «stud»; recuerdo que en aquel entonces solía llamarme «stud.mus.».

Contrariamente a sus anteriores postales, ésta está redactada de manera mucho más cordial. Es típico para el estado de ánimo de Adolfo el humor que resuma de esta postal. «¡Todo Viena te espera!», me dice, y me habla de una «solemne recepción» que quería prepararme. Señal evidente de que en Viena se siente aliviado y liberado de los sombríos y deprimidos días vívidos en Linz después de la muerte de su madre, por inciertas que fueran también allí las condiciones externas. A pesar de ello, esta sensación de soledad parece haberle oprimido mucho. El «impaciente» de la primera frase tal vez lo dijera, incluso, en serio. Que repita el «Ven pronto», incluso en la forma «Te ruego una vez más que vengas pronto!», demuestra cuánto esperaba mi llegada. Tal vez temiera, en secreto, que mi indeciso padre cambiase de opinión en el último instante.

Por lo demás, después de regresar a Viena, seguía fiel a la decisión tomada de estudiar, de una u otra manera, como arquitecto. A este respecto dice lo siguiente:

«Cuando después de la muerte de mi madre me dirigí por tercera vez a Viena, y esta vez para cuatro años, había recuperado yo la tranquilidad y la decisión, gracias al tiempo transcurrido desde entonces. Sentía de nuevo la vieja altivez y había comprendido definitivamente mi meta. Quería ser arquitecto.»

El día de mi partida, el 22 de febrero de 1907, había llegado. Por la mañana me dirigí todavía con mi madre a la iglesia de los carmelitas. Me daba cuenta de cuán difícil le era a mi buena madrecita la despedida, aun cuando ella era quien más tenazmente se aferraba a la decisión tomada. Pero recuerdo muy bien una típica observación que hizo mi padre aquel día, cuando vio llorar a mi madre:

-No comprendo, madre -dijo-, que te sientas tan abatida. No hemos sido nosotros los que hemos incitado a Gustl a abandonar la casa paterna. Es él mismo quien lo quiere.
Mi madre olvidó el dolor de la despedida en su preocupación por mi bienestar material. Me dio un buen pedazo de asado de cerdo y manteca, para untar con ella el pan, guardada en una vasija a propósito. Preparó algunos bollos rellenos, y me dio un gran pedazo de queso de Emmental.

Debía prestar especial atención al pote de mermelada, así como a la botella de café. Mi maleta de lona parda fue rellenada hasta reventar, a pesar de los dos amenazadores pliegues en sus lados.

-¡Así me encaminé yo, bien provisto en todos los sentidos, después de la última comida en familia hacia la estación. Mis padres me acompañaron Mi padre me estrechó la mano y dijo:

-¡Sé siempre un hombre honesto!

Mi madre me besó con los ojos húmedos, y cuando el tren arranco me hizo la señal de la cruz. Durante largo tiempo me pareció sentir el tacto de sus delicados dedos cuando trazaban la cruz sobre mi frente.

STUMPERGASSE 29

La primera impresión que recibí a mi llegada a Viena fue el de una excitada y ruidosa confusión. Allí estaba yo con mi pesada maleta en la mano, tan desconcertado que, en el primer momento, no sabía adonde debía dirigirme. ¡Todas estas personas y este alboroto! Ya veríamos qué resultaría de todo ello. Por mi gusto me hubiera vuelto stante pede y regresado a casa. Pero los que venían detrás de mí me empujaban y me forzaron a pasar por la barrera, vigilada por los empleados de la estación y los policías. Me encontré, casi sin darme cuenta, en el vestíbulo, mientras buscaba con la mirada a mi amigo. Este primer contacto con el suelo de Viena ha quedado

grabado de manera imborrable en mi memoria. En tanto que yo, aturdido todavía por todo este griterío y confusión, estaba allí en pie, sin saber qué hacer, fácil de reconocer desde lejos como uno que llega del campo, Adolfo demostraba una actitud desenvuelta, como habituado ya a la gran ciudad. Con su elegante abrigo obscuro, el sombrero negro, el bastón de paseo con su puño de marfil, aparecía casi distinguido. Se alegró de manera evidente de mi llegada, me saludó cordialmente y, según las costumbres de aquel entonces, me besó también ligeramente en la mejilla.

El primer problema que se me planteó fue el del transporte de mi cofre, que gracias a los cuidados de mis padres tenía un peso muy considerable. Yo buscaba con la mirada a un mozo, cuando Adolfo asió una de las dos asas y yo la otra. Cruzamos la Mariahilfer Strasse; de nuevo gente en todas partes, un angustioso ir y venir y un ruido, tan espantoso, que era imposible percibir las propias palabras, en tanto que los faroles eléctricos iluminaban casi como en pleno día la plaza frente a la estación. Recuerdo aún cuán feliz me sentí, cuando Adolfo, poco después, torció en una calle lateral, la Stumpergasse. Todo era aquí tranquilo y obscuro, Adolfo se detuvo frente a una casa bastante nueva en el lado derecho, en el número 29. En tanto pude ver, era una casa muy bonita, casi majestuosa y distinguida; tal vez algo demasiado elegante para jóvenes como nosotros, pensé yo. Pero Adolfo cruzó el vestíbulo y atravesé un pequeño patio. La parte posterior de la casa parecía considerablemente más modesta. Por una obscura escalera llegamos al segundo piso. Varias puertas daban al rellano. El número 17 era la nuestra. Adolfo abrió la puerta. Un fuerte olor a petróleo salió a mi encuentro, el cual debía quedar desde entonces unido a mí al recordar esta vivienda. Al parecer, nos encontrábamos en una cocina. La dueña de la casa no estaba presente. Adolfo abrió una segunda puerta. En el estudio donde él habitaba ardía una débil lámpara de petróleo. Miré a mi alrededor. Lo primero que me llamó la atención fueron los dibujos, esparcidos por todas partes, sobre la mesa, sobre la cama. Todo parecía mísero y abandonado. Adolfo quitó todo lo de encima de la mesa, extendió sobre ella papel de periódico y trajo de la ventana una botella de leche. A su lado puso pan y embutido. Pero me parece ver todavía su pálido rostro ante mí, cuando eché a un lado todas estas cosas y abrí el cofre delante de sus ojos.

¡Asado de cerdo en frío, bollos rellenos y otras golosinas! Dijo, simplemente:

- ¡Sí, cuando uno tiene todavía madre!

Después comimos como reyes. Todo tenía un maravilloso sabor «a casa».

Después de todo el ajetreo pasado empezaba yo, en cierto modo, a recuperarme.

Después de una breve pausa, vino la esperada pregunta por Estefanía. Cuando hube de confesar, que desde hacía tiempo había dejado yo de ir al paseo, opinó Adolfo que yo no hubiera debido hacerlo por nuestra amistad. Antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta. Una mujeruca vieja y encogida, de aspecto algo cómico, se deslizó por la puerta. Adolfo se incorporó y me presentó con todo el formulismo:

-Mi amigo Gustav Kubizek, estudiante de música de Linz.
- ¡Mucho gusto, mucho gusto! - repitió la vieja mujer varias veces y citó así mismo su nombre: María Zakreys.

Por su cantarina voz y su peculiar y extraña pronunciación me di cuenta al instante de que la señora Zakreys no era vienesa. Mejor dicho, tal vez sí vienesa, tal vez incluso muy típica, pero su cuna no debió haber estado en Hernals o Lerchenfeld, sino en Stanislau o en Neutitschein. No le pregunté por ello, ni lo supe tampoco jamas; después de todo, la cosa era indiferente. La señora Zakreys era para Adolfo y para mí la única persona, en esta ciudad de millones de habitantes, con la que teníamos alguna relación. Recuerdo cómo Adolfo me llevó a dar una vuelta por la ciudad en la misma noche, a pesar de que yo me sentía tan fatigado. ¿Cómo podía venir alguien a Viena e irse a dormir sin haber visto el edificio de la Ópera? Así, pues, fui arrastrado hasta la Ópera. La representación no había finalizado todavía. Admiré el majestuoso vestíbulo, las maravillosas escalinatas, la balaustrada de mármol, las alfombras de terciopelo, los dorados adornos de estuco en el techo. Recordé, en este instante, la mísera vivienda en la Stumpergasse, como si hubiera sido trasladado a otro planeta, tan enorme fue la impresión causada en mí. Quise ver también la torre de San Esteban, por lo que entramos en la Kärntnerstrasse. Pero la niebla de la noche era tan espesa, que la torre desaparecía envuelta en ella. No pude ver más que la ingente y obscura masa de la nave principal, que se levantaba, infinita y casi inquietante, como no creada por la mano del hombre, en medio del gris monótono de la niebla. Con el fin de mostrarme algo especial, Adolfo me llevó a la iglesia de María de la Ribera, que, comparada con la impresionante mole de la iglesia de San Esteban me pareció una graciosa capilla gótica.

Cuando regresamos a casa tuvimos que pagar cada uno una moneda al gruñón portero, a quien habíamos despertado de su sueño, para que nos abriera la puerta. La señora Zakreys me había preparado un primitivo lecho en el suelo del gabinete. Aun cuando hacía tiempo que había pasado la

medianoche. Adolfo seguía hablando con pasión. Pero yo no le escuchaba ya. Todo esto era demasiado para mí. La emocionante despedida de los míos, el atormentado rostro de mi madre, el viaje, la llegada, el ruido, el bullicio, la Viena en la casa posterior de la Stumpergasse, la Viena de la Ópera Imperial; agotado, me dormí.

Como es natural, yo no podía quedarme en casa de la señora Zakreys. Era también imposible instalar un piano de cola en el pequeño gabinete. Así, pues, a la mañana siguiente, una vez que Adolfo se hubo levantado, nos lanzamos a la busca de una habitación. Como quería vivir lo más cerca posible de mi amigo, recorrimos minuciosamente las calles y callejuelas próximas del distrito sexto y séptimo.

Una vez más pude ver, desde el «reverso», esta Viena tan atractiva. Obscuros patios posteriores, estrechas y obscuras casas de viviendas y escaleras, siempre escaleras. Adolfo pagaba diez coronas por la pensión en casa de la señora Zakreys, y lo mismo me proponía yo pagar por la mía. Pero todo lo que nos fue enseñado era tan pequeño y mísero, por lo general, que era imposible instalar allí un piano, y cuando, finalmente, pudimos encontrar una habitación lo bastante grande para ello, no estaban dispuestos a acoger a un huésped que tocara el piano. Yo me sentí muy deprimido y abatido. La nostalgia me atormentaba dolorosamente. ¡Qué gran ciudad era esta Viena! Sólo vivían aquí personas extrañas, indiferentes, ¿no sería terrible vivir aquí? Caminaba tímido e intimidado al lado de Adolfo por la Zollergasse. Entonces vimos de nuevo en una casa un rótulo: «Se alquila habitación.» Cuando llamamos a la puerta, nos abrió una doncella vestida muy correctamente que nos llevó hasta una habitación instalada de manera muy elegante, en la que se veía un magnífico lecho doble.

-La señora vendrá en seguida- nos dijo la muchacha, hizo una reverenda y desapareció.

Los dos comprendimos al instante que esto era demasiado elegante para nosotros. Pero en aquel momento aparecía ya la señora en la puerta, una verdadera dama, no muy joven, pero sí muy elegante. Vestía una bata de seda, y calzaba unas pantuflas muy graciosas, forradas de piel. Nos saludó sonriente, examinó a Adolfo y luego a mí, y nos ofreció asiento. Mi amigo preguntó qué habitación era la que se alquilaba.

-¡Esta! - exclamó la mujer, y señaló las dos camas.

Adolfo sacudió la cabeza.

-En este caso habría que quitar de aquí una cama, pues mi amigo tiene que acomodar un piano - dijo concisamente.

La mujer pareció desconcertada de que no fuera Adolfo, sino yo quien deseara alquilar una habitación, y preguntó si él, Adolfo, tenía ya habitación. Cuando le contestó afirmativamente, le propuso trasladarme a mí, juntamente con el piano, a su habitación, y alquilar en cambio para él esta habitación.
Mientras exponía esta proposición con vivas palabras a Adolfo, soltó, con un movimiento demasiado vivo, el lazo que sostenía su bata.

-¡Oh!, perdonen ustedes - exclamó la mujer al instante y sujetó de nuevo la bata. Pero este instante había sido suficiente para mostrarnos que debajo de la bata de seda no llevaba más que unos pantaloncitos. Adolfo enrojeció como la púrpura, se levantó, me tomó del brazo y dijo:

- ¡Ven conmigo, Gustl!

No sé siquiera cómo salimos de la casa. Sólo recuerdo las palabras pronunciadas por Adolfo, lleno de indignación, cuando estuvimos por fin en la calle:

- ¡Una Putifar así!

Pero, al parecer, tales experiencias pertenecían también a Viena. Una vez más me encontraba yo ante uno de aquellos contrastes tan inconcebibles y, sin embargo, tan típicos para la Viena de aquel entonces: ¡Durante cuatro horas sólo una negativa fría e indiferente, y luego, de manera totalmente inesperada, una tan inequívoca invitación!
Adolfo hubo de darse cuenta de cuán difícil me era orientarme en esta laberíntica capital, pues en el camino de regreso me propuso alquilar una habitación entre los dos. Él hablaría con la señora Zakreys. Tal vez pudiera encontrarse una solución en su propia casa.

Y, en efecto, consiguió persuadir a la señora Zakreys para que ella se trasladara a su pequeña habitación, y nos dejara a nosotros la algo más amplia estancia en que ella vivía hasta ahora. Para ello se convino un alquiler de veinte coronas. No tenía nada que objetar a que yo tocara el piano. Era, pues, una magnífica solución que me satisfizo grandemente.
A la mañana siguiente - Adolfo dormía todavía - me dirigí al Conservatorio para inscribirme en él. Mostré los certificados de la Asociación Musical de Linz y fui examinado al instante. Primero tuvo lugar un examen general

auditivo, después tuve que cantar con la partitura y, finalmente, me pusieron un tema de teoría de la armonía. Todo ello pasé con suma facilidad. Solamente en la Historia de la Música - esta asignatura la había estudiado tan sólo particularmente- me ocasionó algunas dificultades el tema planteado en el examen "La época de la ópera barroca". Los estudios de BülowCramer en el piano concluyeron el examen de ingreso. Fui citado en la secretaria. El director Kaiser -para mí era verdaderamente el Káiser- me felicitó por mi éxito y me orientó sobre las asignaturas a estudiar. Me aconsejó inscribirme como oyente en la universidad, y asistir a las clases de Historia de la Música. Además, me presentó al catedrático Gustav Gutheil, quien debía darme lecciones prácticas de lectura y de ejecución de partituras. Por otra parte, fui aceptado en la orquesta del instituto como viola.

Todo esto tenía ya un sentido, y así, a pesar de la inicial confusión me encontré pronto en un terreno más firme. Como tan a menudo en mi vida, encontraba consuelo y ayuda en la música, más aún, se convirtió ahora para mí en el contenido de mi vida. Finalmente había podido huir del polvoriento taller de tapicero y vivía dedicado por entero a mi arte.
En la cercana Liniengasse descubrí un salón de pianos, cuyo propietario se apellidaba Feigl. Allí examiné los pianos de alquiler. Naturalmente, no eran pianos extraordinariamente buenos, pero por fin encontré un piano de cola bastante pasable y que contraté por un alquiler mensual de diez coronas. Cuando Adolfo -cuya distribución del día no había yo acabado de entender todavía - regresó por la noche, se sintió asombrado de ver el piano en nuestro cuarto. Para esta habitación, no demasiado grande, hubiera sido más indicado un pianino. Pero cómo podría yo llegar a ser director de orquesta sin un piano de cola! Desde luego, la cosa no era tan sencilla como me había parecido en el primer instante. Adolfo se puso inmediatamente manos a la obra para descubrir la mejor colocación. Para tener bastante luz, el piano debía encontrarse junto a la ventana. Esto lo comprendió claramente. Después de muchas probaturas se colocó de la manera más ventajosa posible todo el inventario de la habitación: dos camas, una mesita de noche, un ropero, un lavabo, una mesa y dos sillas. A pesar de ello, el instrumento ocupaba toda la ventana de la derecha. La mesa hubo de desplazarse al hueco izquierdo de la ventana. El paso entre las camas y el piano, así como entre las camas y la mesa no era apenas de más de treinta centímetros de ancho. Y para Adolfo el caminar de arriba a abajo era tan importante como para mí tocar el piano. ¡Primera prueba! De la puerta hasta el piano, ¡tres pasos! Esto era suficiente, pues tres pasos adelante y tres hacia atrás hacían seis pasos, aun cuando Adolfo, en su incesante pasear, debía volverse tan a menudo que apenas si era ya un paseo, sino más bien un movimiento en tomo a su propio eje.

Desde nuestra casa casi no podíamos ver más que la enhollinada pared de la casa delantera, todo nuestro mundo exterior. Solamente si nos acercábamos mucho a la ventana libre, y levantábamos la vista hacia lo alto, podíamos descubrir un estrecho jirón de cielo, pero también este modesto pedazo de horizonte estaba, casi siempre, oculto por el humo, el polvo o la niebla. En los días más favorecidos llegábamos incluso a percibir el sol. Es cierto que éste apenas si lucía en la parte trasera de la casa, y nada en absoluto en nuestra habitación. Pero en la fachada de la casa fronteriza podía verse, durante un par de horas, una franja claramente iluminada por el sol, y que debía substituir para nosotros la luz que tanto encontrábamos a faltar.

Yo expliqué a Adolfo que había pasado con éxito el examen de ingreso en el Conservatorio y me alegraba de que ahora, lo mismo que él, pudiera seguir unos estudios concretos. Adolfo se limitó a decir:

-No sabía en verdad que tuviera un amigo tan listo.

Estas palabras no parecían muy lisonjeras, pero yo me había acostumbrado ya a ellas. Al parecer, atravesaba unos días de crisis, se mostraba fácilmente irritable y hacía un gesto contrariado cuando yo empezaba a hablar de mis estudios. Poco después se había acostumbrado ya a mi piano. En su opinión, con él podría refrescar también de nuevo sus conocimientos. Yo me ofrecí a darle lecciones. Pero, una vez más, había cometido yo un error. Enojado me increpó:

¡Guárdate para ti tus estudios y tus escalas! Yo me las arreglaré por mí mismo.

Sin embargo, después se tranquilizó nuevamente y añadió, con entonación conciliadora:

- ¡De qué me serviría ser yo músico, Gustl! ¡Si ya te tengo a ti! Nuestro tren de vida era extraordinariamente modesto. Yo no podía hacer tampoco grandes dispendios con el dinero que me mandaba mi padre como mensualidad. Adolfo recibía regularmente, a principios de mes, una suma determinada que le remitía su tutor. Ignoro a cuánto ascendía esta renta, quizá fuera solamente la renta como huérfano, es decir, 25 coronas, de las cuales pagaba inmediatamente diez a la señora Zabeys, o quizá fuera esta suma algo más elevada, caso de que el tutor dispusiera también de la herencia paterna, distribuyéndola adecuadamente. Ignoro también si sus parientes ayudaban a Adolfo, tal vez la jorobada tía Juana. Sé solamente

que Adolfo pasaba en aquel entonces mucha hambre, aun cuando no le gustaba reconocerlo. ¿Cuál era la dieta diaria de Adolfo por lo general? Una botella de leche, un pan, algo de mantequilla. Al mediodía compraba a menudo un trozo de pastel de adormidera o nuez. Con ello se daba por satisfecho. Cada quince días llegaba un paquete de mi madre con comida, y entonces tenía lugar una fiesta en nuestra habitación. Pero en asuntos de dinero era Adolfo muy meticuloso. Yo no sabía nunca cuánto o, mejor dicho, cuán poco dinero poseía mi amigo. No cabe duda de que se sentía avergonzado en su interior. Sólo de vez en cuando estallaba de nuevo en cólera. En este caso vociferaba:
-¿No es una vida de perros la que llevamos?

Pero en otras ocasiones se mostraba feliz y contento; cuando volvíamos de la Ópera, escuchábamos un concierto o estaba ocupado en la lectura de un libro interesante.

Durante largo tiempo no me fue posible averiguar dónde comía al mediodía. Mis preguntas a este respecto eran rechazadas groseramente. No le gustaba comentar este tema. Como por las tardes tenía, por lo general, algo más de tiempo, regresaba yo pronto a casa después de la comida del mediodía. Pero a esta hora no encontré jamás a Adolfo en la habitación. Quizá comiera en el comedor popular en la Liniengasse, donde yo también a veces iba a comer. Pero, no, tampoco estaba. Fui al «Ojo de Dios».

Tampoco allí le pude encontrar. Cuando por la noche le pregunté por qué no venía nunca al comedor popular, me espetó una conferencia sobre la mísera instalación de estos restaurantes populares, en los que la separación de clases sociales era demostrada con ayuda de la fuente de verdura. Como oyente en la universidad tenía yo la posibilidad de comer en el restaurante universitario gratuito; era todavía la vieja Mensa, pues en aquel entonces no existía la Mensa alemana, organizada más tarde por la Asociación Alemana de Estudiantes. Y podía conseguir también cupones baratos para la comida de Adolfo. Finalmente, se decidió éste a acompañarme. A mi entender, la comida debió gustarle de manera excelente, pues en su rostro podía leerse claramente cuán hambriento estaba. Pero él tragaba, con amargura, cada bocado.

¡No entiendo cómo puede gustarte comer al lado de toda esta gente! - me susurraba, indignado.

Naturalmente, en este comedor universitario frecuentaban miembros de todas las regiones de la monarquía, entre ellos muchos estudiantes judíos. Esto fue para él razón suficiente para no ir más allí. Mejor dicho: a pesar de

todo lo consecuente de que era capaz, a veces podía más el hambre. Entonces se sentaba a mi lado en un ángulo del comedor, volvía la espalda a los restantes comensales y engullía, con hambre feroz, el pan de nuez, que le gustaba por encima de todo. En mi indiferencia política pude observar a menudo, con silencioso placer, esta contrapuesta atracción entre el antisemitismo y su apetito por el pan de nuez.

Durante días enteros podía vivir Adolfo solamente de leche, pan y algo de mantequilla. Yo no estaba por cierto muy mimado, pero hasta este extremo no era capaz de seguirle.
No hicimos ninguna nueva amistad. Adolfo no había podido jamás tolerar que, además de él, tuviera yo tiempo para ningún otro. Más que nunca concebía ahora nuestra amistad como algo que excluía cualquier otra relación. Por una casualidad recibí de él una inequívoca confirmación en este sentido.

La teoría de la armonía era mi especial afición. Ya en Linz había destacado yo en esta asignatura. Sin la menor dificultad, como en un juego casi, seguía yo en el estudio. El profesor Boschetti me llamó un día a la secretaria y me preguntó si estaría dispuesto a dar clases de repaso de esta asignatura. En este caso me presentaría a mis futuras discípulas. Eran las dos hijas del propietario de una cervecería en Kolomea, la hija de un hacendado de Siebenburg de Radautz, así como la hija de un gran comerciante de Spalato. El brutal contraste entre las elegantes pensiones en que vivían estas distinguidas señoritas, y nuestra sombría habitación, oliendo siempre a petróleo, me deprimía en gran manera. Una vez terminada la clase recibía yo un refrigerio tan abundante que me hacía las veces de cena. Cuando a ellas se unieron más tarde la hija de un fabricante textil de Jägerndorf, en Silesia, y la hija del presidente del tribunal en Agram, había yo reunido, en mi media docena de alumnas, a muchachas de todas las regiones de la amplia monarquía danubiana. Y entonces sucedió lo imprevisible. Una de ellas, la silesiana, no se vio capaz de llevar a cabo un trabajo escrito, y vino a verme a la Stumpergasse para pedirme consejo.

Cuando nuestra buena vieja patrona vio a la joven y bella muchacha, levantó, asombrada, las cejas. Bueno, esto le pareció demasiado. Mi único interés era mostrarle el ejemplo musical que no había comprendido. Le expliqué su dificultad. La muchacha se anotó brevemente el ejemplo. En este instante entró Adolfo en la habitación. Yo le presenté a mi alumna.

- ¡Mi amigo de Linz, Adolfo Hitler!

Adolfo guardó silencio. Pero apenas hubo salido la muchacha, Adolfo, que

desde su desventurada experiencia con Estefanía se mostraba hostil a las mujeres y a las muchachas, cayó, colérico, sobre mí. Me preguntó, lleno de indignación, si nuestra habitación, estropeada ya por este monstruo, el piano, debía servir ahora también para las citas con estas mujerzuelas musicales. Me costó gran esfuerzo convencerle de que la pobre muchacha no sentía el menor deseo amoroso, sino solamente preocupación por los exámenes. El resultado fue una larga conferencia sobre lo absurdo de los estudios femeninos. Una a una se abatían sobre mí sus palabras, como si yo fuera el fabricante textil o el propietario de la fábrica de cerveza, que hubiera mandado a mi hija al Conservatorio. Una y otra vez se lanzó Adolfo a la crítica de las condiciones sociales y económicas. Yo permanecía sentado en silencio en el taburete del piano, en tanto que él recorría arriba y abajo los tres pasos, y descargaba su indignación en giros lo más bruscos posibles muy cerca de la puerta o del piano.
En estos primeros tiempos de mi estancia en Viena tuve la impresión de que Adolfo había perdido por completo el equilibrio. El menor pretexto podía provocar en él espantosos accesos de cólera. Había días en que yo no hacía nada bien ante sus ojos y se me hacía imposible toda convivencia con él. Pero conocía a Adolfo desde hacía más de tres años. Había sido testigo de sus difíciles crisis después del fracaso en el colegio y de la muerte de la madre. Ignoraba, ciertamente, a qué debían atribuirse estas depresiones anímicas, pero este estado mejoraría sin duda, opinaba yo.

Estaba reñido con todo el mundo. Adonde dirigía la mirada no veía más que injusticia, odio, hostilidad. No había nada que pudiera escapar a su juicio crítico, no dejaba títere con cabeza. Sólo la música conseguía animarle algo, cuando los domingos asistíamos a las sesiones de música sacra en la capilla del Burg. Aquí era posible escuchar gratuitamente a los solistas de la Ópera de Viena y al coro de los muchachos de Viena. Adolfo amaba con especial predilección a este famoso coro de muchachos, y me confesaba, una y otra vez, cuánto debía agradecer a la educación musical recibida por él en la abadía de Lambach. De otra parte, el recuerdo de su despreocupada e indiferente juventud le era justamente entonces muy penoso.

Adolfo estaba continuamente ocupado. Yo no tenía una verdadera idea de lo que debía llevar a cabo un estudiante de la Academia de Artes Plásticas. De todas formas, estos estudios debían ser muy variados, pues Adolfo permanecía en ocasiones horas enteras sentado ante sus libros, para escribir luego hasta altas horas de la noche; y otras veces, el piano, la mesa, su cama y la mía, incluso el suelo, estaban cubiertos de dibujos. Adolfo contemplaba, lleno de tensión, sus obras, caminaba de puntillas entre las láminas dibujadas, mejoraba aquí, corregía allí y hablaba a media voz para

sí mismo, subrayando con enérgicos gestos las rápidas palabras. ¡Dios me librara de interrumpirle en esta contemplación! Yo sentía un gran respeto por este difícil y complicado estudio, y me daba por satisfecho con lo que veía. Pero si me sentía impaciente, y abría el piano, se apresuraba él a recoger sus dibujos, los guardaba en su cajón, tomaba un libro y corría con él debajo del brazo hacia el palacio de Schönbrunn. Había descubierto allí un banco solitario, en medio del parque, en el que nadie le molestaba. En aquel banco llevaba a cabo la parte de sus estudios que podían hacerse al aire libre. También a mí me atraía este solitario lugar, en el que podía olvidarse que vivíamos en medio de una ciudad de millones de habitantes. A menudo he vuelto a visitar yo este banco, en el lugar más apartado del parque, años más tarde, cuando venía de nuevo a Schönbrunn.

Pero, al parecer, un alumno de arquitectura podía trabajar mucho mas al aire libre y con independencia de lo que podía hacer un alumno del Conservatorio. En cierta ocasión, después de haber estado Adolfo escribiendo hasta altas horas de la noche - la pequeña y fea lámpara de petróleo, que despedía enormes cantidades de hollín, estaba casi consumida, y yo no podía dormir - me acerqué a él y le pregunté qué es lo que significaba este trabajo. En lugar de contestar me alargó un par de páginas escritas con rápidos trazos. Con asombro leí: "El monte sagrado en primer término, delante, la enorme piedra del sacrificio, a la sombra de gigantescas encinas. Dos robustos gigantes sostienen por los cuernos al negro animal, que debe ser sacrificado, y aplastan la formidable cabeza de la víctima contra la cavidad de la piedra. Detrás de ellos, erguido, se ve al sacerdote con su clara túnica. En sus manos sostiene la espada del sacrificio, con la que debe inmolar al animal. A su alrededor varios hombres barbudos, apoyados en sus escudos, las lanzas en alto, contemplan fijamente la solemne escena".

Yo no podía descubrir la menor solución entre esta asombrosa descripción y sus estudios de arquitectura. Así, pues, le pregunté cuál era su significado.

-Una obra de teatro - contestó Adolfo.

Después me refirió, con emotivas palabras, el argumento de la obra. Por desgracia, hace ya tiempo que lo he olvidado. Recuerdo solamente que la escena tenía lugar en los Alpes anteriores bávaros, en tiempos de la cristiandad. Los hombres que viven en tomo al monte sagrado no están dispuestos a dejarse convertir a la nueva fe. ¡Por el contrario! Se han conjurado para matar a los emisarios cristianos. De ello se deriva el dramático conflicto de esta obra.

Por un instante estuve tentado de preguntarle a Adolfo si sus estudios en la Academia de Artes Plásticas le dejaban tanto tiempo libre para poder escribir a ratos perdidos estos dramas. Pero sabía cuán sensible era Adolfo en todo lo que hacía referencia con la profesión elegida. Podía hacerme cargo de ello, pues sabía cuán duramente había logrado Adolfo el acceso a estos estudios. Esto le hacía particularmente sensible en este punto, opinaba yo. Pero, a pesar de esto, algo parecía no estar aquí del todo en orden.
Su estado de ánimo me ocasionaba de día en día más preocupaciones. Nunca anteriormente había descubierto yo en él este placer en torturarse a sí mismo. ¡Por el contrario! Por lo que hacía referencia a su altivez y la conciencia de su propio valer, en mi opinión poseía más bien exceso que defecto. Pero ahora parecía manifestarse justamente al revés. Cada vez eran más profundos los reproches que se hacía a sí mismo. Pero no se precisaba más que un ligero cambio -como se gira suavemente un conmutador y la obscuridad se convierte, de repente, en deslumbrante claridad- y la acusación dirigida contra sí se convertía en una acusación contra la época, contra todo el mundo. En confusas frases llenas de odio descargaba su cólera contra el presente, contra la Humanidad entera, que no era capaz de comprenderle, que no le dejaba manifestar su verdadero valor, por la que se sentía perseguido y engañado. Aún me parece verle ante mi recorriendo con largos pasos el reducido espacio, lleno de incontenible excitación, conmovido hasta lo más profundo. Yo estaba sentado ante el piano, los dedos silenciosos sobre el teclado, y le escuchaba, desconcertado por sus declaraciones de odio y, a pesar de ello, lleno de preocupación por él en lo más hondo de mi ser, pues lo que clamaba ante las desnudas paredes no lo oía nadie fuera de mí y, quizá, de la señora Zakreys, que trabajaba en la cocina, y que tal vez sentía también la preocupación de pensar si este indignado joven podría pagarle en el futuro su alquiler. Pero aquellos contra los que estaban dirigidas sus apasionadas palabras todos aquellos a los que denostaba no podían oírle. ¿Para qué, pues, toda esta comedia?
De pronto, sin embargo, en medio de estas palabras henchidas de odio, con las que desafiaba a toda una época, se pronunciaron otras que me revelaron el sombrío abismo junto a cuyo borde se movía Adolfo en sus pensamientos:

- Renunciaré a Estefania.

Eran éstas las palabras más espantosas que podían salir de sus labios, pues Estefania era la única persona en este mundo alejada de esta enloquecida humanidad, un ser que, iluminado por su ardiente amor, había dado sentido y contenido a su torturada existencia. El padre muerto, la madre muerta, la única hermana, una chiquilla todavía, ¿qué le quedaba a él? Carecía de

familia, de hogar. Sólo su amor, sólo Estefania había permanecido fiel a su lado en medio de las graves crisis y catástrofes, naturalmente sólo en su imaginación. Pero esta imaginación había sido, hasta ahora, lo bastante fuerte para ayudarle a sobreponer a su propio destino. Pero, al parecer en la conmoción anímica porque atravesaba en estas semanas, también esta fantasía, tenazmente creída realidad, habíase quebrado.

Creí que pensabas escribirla - objeté, para avudade con mis palabras.
Con un gesto imperioso rechazó mis palabras (tan sólo cuarenta años más tarde supe yo que, en aquel entonces, había escrito efectivamente a Estefanía), y después pronunció lo que yo no había oído jamás de sus labios:

-Es inútil esperar a Estefanía. No cabe duda de que su madre habrá encontrado ya al hombre con el que deba casarse su hija.
Esto no se pide. Un buen partido, esto es lo que importa. Y yo soy un mal partido por lo menos a !os ojos de su señora madre. Siguió una violenta diatriba con la señora "madre", con los miembros de aquellos distinguidos círculos que se garantizan mutuamente inmerecidas ventajas mediante matrimonios astutamente comprometidos, ventajas que se ponen de manifiesto dentro de la sociedad humana.

Renuncié al intento de seguir practicando en el piano, y me acosté. Adolfo se precipitó sobre sus libros. Recuerdo todavía cuán emocionado me sentí en aquel entonces. Si Adolfo no se sentía ya ligado a Estefanía, ¿qué es lo que podría ser de él?

Me sentía dominado por encontrados sentimientos. De una parte, me alegraba que este amor sin esperanzas hacia Estefanía terminara de una vez, liberando su espíritu, pero de otra parte sabía yo que Estefanía era su único ideal, que le daba su inspiración y que ponía una meta a sus proyectos.

Al día siguiente hubo entre nosotros una violenta disputa. El pretexto carecía de toda importancia. Yo tenía que hacer mis ejercicios en el piano, y Adolfo quería leer. Fuera caía la lluvia. Por consiguiente, no le era posible dirigirse a Schönbrunn.

-Esta continua musiquita - me increpó Adolfo-. Uno no está nunca tranquilo aquí.

-Muy sencillo - contesté yo. Me levanté, saqué mi horario de clases de la cartera de música y lo clavé con chinchetas a la pared.

De este horario podía deducir Adolfo claramente cuándo estaba yo ausente, cuándo no y cuáles eran las horas destinadas a mis ejercicios.

-Y ahora, cuelga tu horario debajo - añadí yo.

¿Horario? Él no tenía por qué anotarse una cosa semejante. Su horario lo llevaba en la cabeza. Esto le bastaba y tenía que bastarme también a mí. Me encogí de hombros, vacilante. Su trabajo lo era todo menos ordenado y sistemático. Trabajaba casi sólo de noche, y dormía por las mañanas. Yo me había acostumbrado muy rápidamente a la vida en el Conservatorio; en éste se hacía honor a mis conocimientos, era alabado, incluso distinguido, por mis maestros, tal como lo demostraba la invitación a dar clases de repaso a otros alumnos. Como es lógico, esto me llenaba de orgullo, lo que seguramente me haría algo engreído. La música, por ser un arte accesible desde el punto de vista de la comprensión y de los conocimientos permitía, también, fácilmente, pasar por alto una deficiente instrucción escolar. Y es por ello que cada mañana me encaminaba yo hacia el Conservatorio, feliz y satisfecho, con el pecho henchido de nuevas esperanzas. Y era justamente esta claridad de propósitos, esta seguridad en el éxito que excitaba a Adolfo, sin que hablara empero de ello, matándole a amargas comparaciones.

Y así se llegó a la explosión, con el fútil pretexto del horario fijado a la pared, que debía causar en él la impresión de un certificado notarialmente legalizado de mi rosado y optimista futuro.

- ¡Esta Academia! - gritó -. ¡Todos ellos no son más que viejos y encasillados servidores del Estado, burócratas sin comprensión, estúpidos funcionarios! ¡Toda la Academia debiera saltar por los aires!

Su rostro estaba pálido como la cera, la boca apretada, los labios casi blancos. Pero los ojos refulgían. ¡Qué inquietantes se me aparecían estos ojos! Como si todo el odio de que era capaz se concentrara en ellos. Quise objetarle que aquellos hombres de la Academia, sobre los que él rompía el flagelo de su incontenible odio, eran también, a fin de cuentas, sus maestros y profesores, de los cuales podría sin duda sacar un gran beneficio. Pero él se adelanté a mis palabras.

-Me han suspendido a mí, me han rechazado, me han echado de sus clases...

Me sentí aterrado. Así, pues, de esto se trataba. Adolfo no asistía a las

clases de la Academia. Ahora podía explicarme muchas cosas que antes me habían extrañado en él.

En mi emocionado interés por su suerte le pregunté si había escrito a su madre, informándole de su fracaso en la Academia.

-Qué ocurrencias? - me replicó-, yo no podía darle este disgusto a mi madre moribunda.
Lo comprendí perfectamente. Durante unos instantes reinó el silencio entre nosotros. Quizá pensara Adolfo ahora en su madre.

Yo intenté llevar la conversación a una conclusión práctica.

-¿Y qué te propones hacer ahora? - le pregunté.

-¿Qué me propongo? ¿Qué me propongo? - repitió, lleno de indignación-; también tú empiezas ahora con esto: ¿qué te propones ahora?

Él debía haberse planteado cien veces esta pregunta a sí mismo, y más a menudo aún, pues no había hablado con nadie de ello.

-¿Qué me propongo ahora? - remedó Adolfo mi preocupada pregunta; pero, en lugar de contestar, se sentó ante la mesa y extendió los libros a su alrededor.

Después se acercó la lámpara, tomó uno de los libros, lo abrió y empezó a leer.

Yo hice ademán de quitar el horario de la pared. Adolfo levantó la cabeza, adivinó mi intención y dijo tranquilamente:

-Déjalo estar.

LA CIUDAD IMPERIAL

A menudo podíamos ver al viejo emperador en su carroza, cuando entraba en el Hofburg a lo largo de la Mariahilfer Strasse, con su uniforme y la negra capa de oficial, viniendo de Schönbrunn. El emperador iba casi siempre solo en el carruaje descubierto. Como único acompañante llevaba un oficial de ordenanza con espada y bicornio. Cuando nos cruzábamos con él Adolfo no hacía la menor alusión ni hablaba tampoco de ello, pues a él

no le interesaba en absoluto la persona del emperador, sino el Estado, al que representaba: la Monarquía imperial austrohúngara.

Lo mismo que todos los recuerdos de mi estancia en Viena se agitan llenos de contrastes y han quedado, por ello, más fuertemente grabados en mi memoria, igual sucedió con los acontecimientos políticos en general acaecidos en la ciudad imperial durante aquel agitado año de 1908. Dos acontecimientos contradictorios turbaban entonces a la gente. De una parte, el sexagésimo jubileo del Gobierno del Emperador. En el excitado año de 1848 había subido al trono de los Habsburgos Francisco José, que contaba a la sazón dieciocho años. Seis decenios llevaba, pues, reinando como emperador. El pueblo le tenía en gran estima el haberles dado la paz durante estos sesenta años. Desde 1866, es decir, hacía 42 años, no se había conocido ninguna guerra. La joven generación, a la que pertenecíamos también nosotros, no sabía siquiera lo que era una guerra, y se embriagaba con las luchas de los pueblos extranjeros, como la guerra de los bóers, que tuvo lugar en los años de nuestra juventud, y la guerra rusojaponesa, de la que oímos hablar de jóvenes. Pero de la guerra misma no teníamos ninguna idea. El padre de Adolfo no había sido nunca soldado. Sólo en alguna que otra ocasión solía hablamos algún veterano de Königgratz y Custozza. El pueblo veía, por consiguiente, en el Emperador, el guardián de la paz y en todas partes se disponían a conmemorar solemnemente el jubileo del monarca. Nosotros mismos pudimos presenciar con qué emocionante celo tenían lugar por doquier los preparativos. De otra parte, sin embargo, se planteó en relación con este jubileo de 1908 la anexión de Bosnia, una cuestión que en aquel entonces calentaba todas las cabezas. Este considerable aumento externo del poder de la monarquía reveló empero, su debilidad en el interior, pues los acontecimientos no tardaron en augurar la inminente guerra. Fue de poco que ya entonces tuviera lugar lo que seis años más tarde, en 1914, había de convertirse en realidad. No es ninguna casualidad que la guerra diera principio en Sarajevo. El pueblo de Viena se sentía en aquellos años agitado entre su lealtad al viejo emperador y su preocupación por la inminente guerra, y en medio de ello estábamos nosotros, dos hombres jóvenes y desconocidos. A cada paso se ponían de manifiesto ante nosotros los más crasos contrastes sociales. Ahí estaba la amplia masa de las clases inferiores, que no tenían bastante para comer y que vegetaban en sus míseras viviendas sin luz ni sol. Nosotros debíamos incluirnos, por completo, entre ellas, en nuestra existencia de entonces Para nosotros no era necesario estudiar esta miseria social de la ciudad. Venía por sí sola a nuestro encuentro. No teníamos más que imaginamos las húmedas y maltratadas paredes de nuestra habitación, los muebles cubiertos de chinches, el hedor de la lámpara de petróleo para trasladamos al ambiente en que vivían cientos de miles de seres en esta ciudad. Pero si

nos adentrábamos con el estómago hambriento en el centro de la ciudad, veíamos como frente a los maravillosos palacios de la nobleza, ante los que montaban guardia altivos criados de librea; o en los lujosos hoteles donde la sociedad burguesa de Viena, la vieja nobleza, muchas veces unida por lazos consanguíneos, los barones de la industria, los grandes hacendados y magnates, celebraban sus deslumbrantes fiestas. Aquí, pobreza, miseria y hambre; allí, fácil goce de la vida, embriaguez de los sentidos y un derroche de lujo.

A mi me atormentaba demasiado la nostalgia para que pudiera deducir cualesquiera consecuencia política de estas contrapuestas experiencias. Pero Adolfo, sin hogar, rechazado en la Academia, huérfano de toda posibilidad de poder mejorar su lamentable situación, vivía estos tiempos en una creciente protesta interior. Las evidentes injusticias sociales que le hacían sufrir físicamente conjuraban en él un odio casi demoníaco contra aquella inmerecida riqueza, que salía a nuestro encuentro de manera tan presuntuosa y arrogante. Sólo su violenta oposición a este estado le hacía posible resistir esta "vida de perros". Es cierto que él mismo era, en gran parte, el culpable de que las cosas hubieran llegado a este extremo. Pero no quería nunca reconocerlo. Más que por el hambre sufría Adolfo por la falta de limpieza. En todo lo relativo al cuerpo mi amigo era, comparado conmigo, de una sensibilidad casi enfermiza. Con todos los medios a su alcance se mantenía limpio por lo menos en lo que respecta a la ropa interior y a sus trajes. Quien se hubiera encontrado en la calle con este joven, siempre tan correctamente vestido, no hubiese jamás pensado que debía pasar hambre diariamente y que vivía en una casa trasera llena de chinches en el distrito VI. Su protesta interior contra estas injusticias sociales arrancaba, más que del hambre, de la forzada sociedad del medio en que se veía hundido. La vieja ciudad imperial con su atmósfera de falso brillo y falaz, con su descomposición apenas posible ya de ocultar, fue el suelo en el que se desarrollaron sus ideas sociales y políticas. Lo que llegó a ser más tarde, se formó en esta moribunda ciudad imperial. Aun cuando más tarde escribiera: "Cinco años de miseria y dolor están contenidos para mí en el nombre de esta ciudad", estas palabras no representan más que el lado negativo de sus vivencias vienesas. El lado positivo para él era que justamente por la continua oposición a la injusticia y desorden social dominante se formó una imagen política a la que más tarde no habría de añadir ya mucho.

A pesar de toda su simpatía y participación en la miseria de la amplia masa, no trató jamás de entrar en contacto directo con los habitantes de la ciudad imperial. El tipo del vienés le era odioso en el fondo del alma. No podía siquiera tolerar su habla suave y melodiosa. Prefería el tosco alemán de la

señora Zakreys. Pero odiaba, sobre todo, la indulgencia, la indiferencia de los vieneses, este eterno aplazamiento, este vivir de un día al otro. Todo su carácter estaba en burdo contraste con estos rasgos propios de los vieneses. En tanto alcanza mi recuerdo, Adolfo se imponía a sí mismo la máxima reserva, porque el simple contacto con otros seres le era ya físicamente odioso. Pero en su interior bullía, todo en él apremiaba hacia soluciones radicales y totales.

Cómo se mofaba Adolfo del culto al vino de los vieneses, cómo despreciaba su "estupidez del vino nuevo!" No fuimos más que una sola vez al Prater, y aun ello movidos por el interés, Él no comprendía a la gente que derrochaba su precioso tiempo con estas estúpidas distracciones. Cuando la gente estallaba en ruidosas risas ante la barraca de alguna atracción, agitaba indignado la cabeza por tanta tontería y me preguntaba furioso si podía comprender por qué reía esta gente. En su opinión, no hacían sino reírse de sí mismos. Esto podía entenderlo. Además, le repelía la multicolor confusión de vieneses, checos, magiares, eslovacos, rumanos, croatas, italianos y Dios sabe qué países más, que se agolpaban en el Prater. Para él, el Prater no era más que una Babilonia vienesa. Una extraña contradicción me llamaba siempre la atención en él: su pensamiento, su sentimiento y modo de obrar giraban en torno a los seres más desvalidos los sencillos, honrados, pero carentes de todo derecho, y su deseo era ayudarles en su lucha. Este pueblo de pobres y desheredados estaba siempre presente en todas sus conversaciones y reflexiones. En realidad, sin embargo, evitaba todo contacto con las personas. La abigarrada masa que se agolpaba en el Prater, le era físicamente intolerable. Tan unido como se sentía, en sus sentimientos, a estas pequeñas gentes, no le parecía nunca tenerlas lo bastante alejadas de sí.

Por otra parte, sin embargo, extrañaba también por completo la superioridad y arrogancia de las capas directoras. Pero, mucho menos todavía comprendía la fatigada resignación que en aquellos años hacía presa entre las personas de elevado nivel espiritual. De la certeza de que no era posible ya contener la decadencia del estado de los Habsburgo, se había extendido una especie de fatalismo, justamente entre los tradicionales sostenes de la monarquía, que aceptaba todo lo que traían los tiempos con su típico «No hay nada que hacer» vienés. También entre los poetas vieneses se percibía este agridulce y resignado tono, como entre Rilke, Hofmannsthal, Wildgans, nombres que en aquel entonces apenas si llegaban hasta nosotros, pero no porque nuestros sentidos no estuvieran abiertos a las palabras de un poeta, sino por la única razón de que el ambiente que creaban estos poetas nos era extraño. Es cierto que nosotros veníamos de fuera a dentro, estábamos más cerca del abierto país, de la

naturaleza, que de las gentes de esta ciudad. Y, por encima de todo ello, entre estas gentes fatigadas en su esclarecimiento de siglos y los jóvenes de nuestra edad había la considerable diferencia de las generaciones. En tanto que las lamentables condiciones sociales de las que, al parecer, no existía ninguna posible salida, no provocaba más que una sorda apatía y un total desinterés en la vieja generación, forzaban a la nueva generación a la radical crítica y a la más violenta oposición. También en Adolfo tendía todo, violentamente, a una clara fijación de su posición y a la defensa. No conocía la resignación. Quien se resignaba, perdía, en su opinión, el derecho a la vida. Sin embargo, se distinguía de la joven generación de aquel entonces en Viena, muy presuntuosa y turbulenta, porque seguía por entero sus propios caminos y no podía identificarse con ninguno de los partidos dominantes en aquel entonces. Aun cuando en él latía una sensación como si fuera el responsable de todo lo que sucedía, en lo más profundo de su ser era un solitario, confiado a sus solas fuerzas y que quería encontrar la meta por sus propios medios.

Hay que mencionar aquí otro aspecto de esta situación. Las visitas de Adolfo a Meidling, un barrio abiertamente trabajador. Aun cuando no me hubiera explicado exactamente lo que buscaba allí, sabía yo que quería conocer, por sí mismo, las condiciones de vida y habitación de las familias trabajadoras. No le interesaba a él un destino aislado; quería conocer la vida de la clase. Fue por ello que no contrajo ninguna relación en Meidling, sino que se limitó a obtener una impresión impersonal. Por más que evitara el contacto demasiado intimo con las personas, Viena, como ciudad, se había ganado su corazón. Amaba a Viena, pero no a los vieneses; este me parece ser su modo de pensar. No hubiera querido renunciar jamás a esta ciudad, pero sí. con gusto, a sus habitantes. No es de extrañar, por tanto, que las pocas personas que tuvieran algún contacto con él en Viena en años posteriores, le consideran como un solitario y original, y que tomaran por arrogancia o presunción su rebuscado lenguaje, su noble apariencia, en contraste con su evidente pobreza. Lo cierto es que el joven Hitler no encontró jamás amigos entre los habitantes de esta ciudad.

Pero tanto más le deslumbraba lo que sus gentes habían construido en Viena. ¡La misma Ringstrasse! Cuando la vio por primera vez, con sus magnificas y legendarias edificaciones se le apareció como la realización de sus más audaces sueños artísticos. Necesitó mucho tiempo hasta poder asimilar esta abrumadora impresión. Sólo lentamente pudo adaptarse a esta grandiosa concentración de modernas construcciones monumentales. Muy a menudo tuve que acompañarlo en sus paseos por el Ring. Después, me describía con minuciosidad este o aquel edificio, me llamaba la atención sobre determinados detalles, o me describía el origen del edificio. Podía

pasarse horas enteras delante de un mismo edificio. En estas ocasiones, no solamente se olvidaba del tiempo, sino también de todo lo que le rodeaba. Yo no podía comprender esta lenta y minuciosa admiración. Lo conocía todo, podía contar más detalles de cualquier edificio que la mayoría de los habitantes de esta ciudad. Si yo me sentía, en ocasiones, impaciente, me increpaba rudamente, diciéndome si yo era realmente su amigo o no. Si era así, debiera compartir también sus intereses, Después, proseguía la conferencia. Una vez en casa me dibujaba el plano, el corte longitudinal o intentaba exponerme algún detalle particularmente interesante. Tomaba prestadas obras que le informaban del origen de las distintas edificaciones. La Ópera Imperial, el Parlamento, el Teatro Municipal, la Karlskirche. los Museos Imperiales, el Ayuntamiento; cada vez traía nuevos libros, incluso un estudio de conjunto de la arquitectura. Me llamaba la atención sobre los distintos estilos. Particularmente me indicaba, una y otra vez, cómo en las edificaciones de la Ringstrasse podían comprobarse las trazas de los artesanos nativos en sus distintas realizaciones.

Cuando se había propuesto conocer una determinada construcción no se daba jamás por satisfecho con la impresión externa. Me sorprendía continuamente con lo exacto de su conocimiento sobre los portales laterales, escalinatas, incluso sobre los accesos menos conocidos o puertas traseras. Trataba de acercarse al edificio desde todos los lados. Nada odiaba más que las fachadas pomposas y altivas, cuyo único objeto era disimular alguna solución fundamental poco afortunada. Las bellas fachadas le eran siempre sospechosas. El yeso lo consideraba como un material poco sólido, del que debía abstenerse un arquitecto. No se dejaba jamás engañar, y a menudo me hizo observar que esta o aquella solución, concebida con el único objeto de impresionar la vista, no era más que bluff. La Ringstrasse se convirtió para él en un objeto vivo de su contemplación, en el que podía medir sus conocimientos arquitectónicos y demostrar sus puntos de vista.
En aquel entonces empezaron a surgir ya los proyectos para la estructuración de las grandes plazas. No puedo recordar ya exactamente sus realizaciones. Así, por ejemplo, la Plaza de los Héroes, situada entre el Hofburg y el Volksgarten, le parecía una solución realmente ideal para las manifestaciones de masas, no solamente porque el semicírculo del complejo de sus edificaciones encerraba de manera peculiar a las gentes allí congregadas, sino también porque cada uno de los componentes de esta masa, doquiera que se dirigiese, percibía grandes impresiones monumentales. Yo acogía estas palabras como el ocioso fuego de una exagerada fantasía, pero debía participar, una y otra vez, de estos experimentos. Adolfo amaba también sobre manera la plaza de Schwarzenberg. Algunas veces aprovechábamos un descanso en la representación de la ópera para dirigirnos a esta plaza para admirar la

fuente de aguas luminosas que brotaban como en una escena de leyenda en medio de la nocturna obscuridad. Esta escena correspondía por entero a sus sentimientos. De manera incesante se elevaban a lo alto las espumeantes aguas, en tanto que los reflectores de distintos colores hacían aparecer el agua a veces de un rojo ardiente, luego de un brillante amarillo, y luego, de nuevo, de un radiante azul. El color y el movimiento permitían lograr una increíble plenitud de matices y efectos luminosos que expandían el hálito de lo irreal, de lo ultraterreno, incluso, por toda la amplia zona. También durante la época de Viena le ocupaban grandes proyectos, partiendo de la arquitectura de la Ringstrasse: salas de concierto, teatros, museos, palacios, exposiciones. Pero su manera de ver las cosas empezó a tomar, lentamente, otra orientación. En un principio estas edificaciones monumentales eran tan perfectas en cierto sentido, que su incontenible afán de reconstrucción no encontraba en ellas nada que modificar o mejorar. En Linz, las cosas habían sido diferentes: prescindiendo, quizá, de las pesadas e imponentes masas del viejo palacio, Adolfo se había mostrado en todo momento descontento de las construcciones vistas. No es de extrañar, por consiguiente, que encontrara una solución nueva y más digna para el ayuntamiento de Linz, estrecho y comprimido entre los edificios de la Plaza Principal, y en modo alguno representativo; y que en nuestros paseos por la ciudad reconstruyera, finalmente, todo Linz en su fantasía. Con Viena sucedía de forma distinta. No era porque le resultase difícil desde el punto de vista del espacio concebir y enjuiciar como una unidad la imagen de la gigantesca ciudad desarrollada en enormes dimensiones, sino porque al aumentar su interés por la política se ocupó cada vez más de la necesidad de viviendas sanas y adecuadas, principalmente para la gran masa de la población. En Linz le había sido siempre indiferente la reacción de las gentes afectadas por sus grandes proyectos de construcción ante sus proyectadas modificaciones. Lo que me expuso en las largas conversaciones nocturnas, lo que dibujaba y proyectaba no era ya, como en Linz, el proyecto por el proyecto mismo, sino una planificación consciente, adaptada a las necesidades y exigencias de los habitantes. En Viena, sin embargo, empezó lentamente a construir para las personas. Este desarrollo podría designarse de la siguiente manera: en Linz, una edificación todavía puramente arquitectónica, en Viena, una edificación social. Desde un punto de vista externo puede atribuirse este cambio a la circunstancia de que Adolfo se encontraba aún relativamente bien en Linz, particularmente en la bella morada en Urfahr. Por el contrario, en la sombría y hosca vivienda de la Stumpergasse en Viena, cada mañana al despertar, al ver las desnudas paredes; la vacía perspectiva, se daba cuenta de que la arquitectura no era, como había creído hasta entonces, ante todo una tarea de la representación, sino más bien un problema de higiene social, que debía liberar a la gran masa de sus míseras viviendas.

"Delante de los palacios de la Ringstrasse sufrían hambre miles de parados y debajo de esta Vía Triumphalis de la vieja Austria moraban. En la penumbra y el fango de los canales, los carentes de hogar". Con estas palabras del libro Mi lucha anuncia Hitler aquella mirada retrospectiva típica para aquellas semanas y meses, que le llevó, de la reverente admiración por una gran arquitectura imperial, a un estudio de la miseria social. Me estremezco aún hoy al pensar en las miserables cuevas utilizadas como viviendas, en los refugios y viviendas en masa, en este sombrío cuadro de basura, repugnante suciedad y humillaciones. Adolfo me había explicado que durante el invierno anterior, cuando se encontraba todavía solo en Viena, se había dirigido a menudo a las salas de calefacción públicas, con el fin de ahorrar el material de calefacción, que la estropeada estufa consumía en ingentes cantidades sin dar, en cambio, un calor permanente. En este lugar podía disponerse gratuitamente de una estancia provista de calefacción, y se encontraban también allí periódicos en número suficiente. Supongo que fue al escuchar las conversaciones de las gentes acudidas a este lugar donde Adolfo se dio cuenta por primera vez de las estremecedoras condiciones y de la miseria que imperaba en la gigantesca ciudad.

En ocasión del recorrido en busca de habitación con que fue celebrada, por decirlo así, mi entrada en Viena, pude notar yo un anticipo de lo que nos esperaba en esta ciudad en miseria, necesidad y suciedad. En los obscuros y malolientes patios interiores, escaleras arriba y abajo, en los desiertos vestíbulos, repulsivamente sucios, por delante de puertas detrás de las cuales adultos y niños de estrecha promiscuidad se repartían en estrechos espacios, carentes de todo sol, y con gentes tan arruinadas y miserables como lo que les rodeaba; esta impresión se ha quedado grabada en mí de manera tan imborrable como su reverso, en la única casa que hubiera correspondido en cierto modo a nuestros deseos estéticos e higiénicos, en la que encontramos aquella perversión potencial que en la figura de la seductora Putifar se nos apareció aún más repulsiva que la miseria de las pequeñas gentes.

Siguieron muchas horas nocturnas en las que Adolfo, caminando arriba y abajo entre la puerta y el piano me describía, con drásticas palabras, las causas de estas desoladoras condiciones de las viviendas. Empezó con nuestra propia casa. Sobre una superficie que apenas si alcanzaría para un jardín digno de este nombre se levantaban, estrechamente comprimidos, tres complejos de edificios, que se interponían mutuamente entre sí y que se quitaban el uno al otro la luz, el aire y la posibilidad de todo movimiento. ¿Por qué? Porque el hombre que ha adquirido este pedazo de

terreno quiere beneficiarse lo máximo posible de él. Así, pues, debe edificar lo más estrecha y lo más alto posible, pues cuanto más amontonadas estén estas primitivas viviendas, a manera de cajas superpuestas, tanto mayores serán sus ingresos. El inquilino, por su parte, debe procurar obtener el mayor provecho posible de su alojamiento. Es par ello que cede algunas habitaciones, a menudo las mejores, a realquilados, como nuestra buena señora Zakreys. Y los realquilados se estrechan aún en lo posible, para dejar sitio a un huésped para la noche. Uno quiere aprovecharse del otro. ¡Y el resultado! Que todos ellos, exceptuando el dueño de la casa, apenas si tienen sitio para vivir. Aterradoras eran, también, las viviendas en los sótanos, carentes de toda luz y sol. Y si esto es ya intolerable para los adultos, los niños deben perecer en ellas de manera inevitable. La conferencia de Adolfo culminó con un colérico ataque contra la especulación de los terrenos y la explotación por parte de sus propietarios. Todavía resuenan en mi oído unas palabras suyas, escuchadas entonces por primera vez: "¡Estos propietarios profesionales, que hacen negocio de la miseria de las masas! El pobre inquilino no le conoce por lo general, pues ellos no suelen vivir en sus propios tabucos, ¡ Dios les libre!, sino en Hietzing o en Wein in Grinzing, en elegantes villas, en las que tienen un rico exceso de lo que niegan a los demás". En otra ocasión empezó Adolfo sus reflexiones desde el punto de vista del inquilino. "¿Qué es lo que necesita un pobre diablo como él para vivir de manera razonable? Luz- las casas deben levantarse libremente-. Deben disponer de jardines, superficies libres para los juegos de los niños, aire; debe poderse ver el cielo, algún espacio verde, un modesto pedazo de naturaleza. Pero, fíjate en nuestra casa trasera - me decía entonces-: el sol no luce más que en el tejado. El aire.., será mejor que no hablemos siquiera de él. El agua: un solo grifo en el rellano de la escalera, al que deben acudir, con cubos y recipientes, los ocho inquilinos. El retrete, enormemente antihigiénico, común para todos los inquilinos del rellano, y para el que deben establecerse casi turnos para su utilización. Y luego, por todas partes: ¡las chinches!"

Cuando en las semanas siguientes le preguntaba a veces a Adolfo - ahora sabía ya que no había sido admitido para el ingreso en la Academia -, dónde acostumbraba a pasar el día, la respuesta era: -Trabajo en la solución de las viviendas pobres en Viena y hago determinados estudios con este fin. Para ello tengo que estar mucho fuera de casa. Era ésta la época en que pasaba a menudo la noche entera inclinado sobre sus planos y dibujos. Sin embargo, no aludía a ellos en absoluto. Y yo no le pregunté tampoco nada más acerca de sus trabajos. Fue entonces, me parece que era a finales del mes de marzo, cuando me dijo:

-Estaré ausente durante tres días.

Cuando Adolfo regresó, al cabo del cuarto día, parecía mortalmente fatigado. Sabría Dios por dónde habría corrido, dónde dormido y el hambre que habría pasado, una vez mas. De sus lacónicas explicaciones pude deducir que había regresado a Viena "desde afuera", tal vez desde Stockerau o desde Marchfeld, con el fin de informarse de los terrenos disponibles para aligerar la edificación de la ciudad. Una vez más trabajó durante toda la noche. Finalmente, pude ver yo su proyecto. En un principio eran éstos sencillos dibujos de sus planos: viviendas para obreros con un mínimo de habitaciones: cocina, sala de estar, dormitorios separados para padres e hijos, agua en la cocina, retrete y - lo que entonces era una inaudita novedad - baño! Luego me mostró Adolfo bosquejos de los distintos tipos de viviendas, limpiamente dibujados en tinta china. Los recuerdo tan exactamente porque estos dibujos permanecieron durante semanas enteras clavados a la pared y llevaba una y otra vez a ellos la conversación.

A la vista de nuestra existencia como realquilados en una habitación carente de aire y de luz, el contraste entre lo que nos rodeaba y estas alegres casitas, situadas en pleno campo, se me puso especialmente de relieve, pues tan pronto la vista resbalaba de los bellos dibujos, caía sobre la desconchada pared, en la que podían notarse claramente las huellas de nuestras nocturnas cacerías de chinches. Este vivo contraste hizo que los amplios y generosos proyectos de mi amigo quedaran grabados de manera imborrable en mi mente.

"Se derrumban los bloques de viviendas". Con esta lapidaria frase empezaba Adolfo su tarea. Me hubiera sentido asombrado de que la cosa fuera de distinta manera, pues en todo lo que proyectaba se lanzaba siempre a fondo y despreciaba las medianías y compromisos. De ello cuidaba ya la vida misma. Su misión por el contrario, era resolver el problema de manera radical, es decir, desde la raíz. El terreno es substraído a la especulación privada. Las superficies liberadas en los barrios obreros demolidos deben ensancharse por espacios situados delante del Wienerwald, a ambos lados del Danubio. Anchas carreteras cruzan el campo abierto. Sobre el extenso terreno a edificar se tiende una tupida red de ferrocarriles. En lugar de las enormes estaciones se levantan, solamente, estaciones locales, que abastecen una región determinada y que crean un sistema de comunicaciones lo más favorable posible entre la vivienda y el lugar de trabajo. En aquel entonces no se concedía todavía una importancia especial al automóvil. Los fiacres dominaban todavía en el cuadro de la ciudad de

Viena. La bicicleta, en nuestra niñez aún un peligroso instrumento deportivo, se convirtió, lentamente, en un medio de transporte barato y cómodo. No obstante, los transportes en masa podían realizarse solamente con la ayuda del ferrocarril.

Lo que Adolfo había proyectado no eran en modo alguno casitas para una familia, tal como se construyen actualmente, pues no sentía el menor interés por las colonias. Su máxima aspiración era un desglose más o menos esquemático de los grandes bloques de viviendas. La casa para cuatro familias era la unidad más pequeña, bosquejada limpiamente en sus características fundamentales, en una construcción bien concebida y de una sola planta, con cuatro pisos en ésta. Esta unidad básica formaba el tipo predominante de vivienda. Allí donde lo exigían las comunicaciones y las condiciones del trabajo esta casa para cuatro familias debía reunirse en complejos para ocho o hasta dieciséis familias. Pero también estos tipos de edificaciones permanecían acerca del terreno, es decir, tenían un solo piso y estaban rodeadas y llenas de vida por jardines, campos de fuego para los niños y grupos de árboles. No debía excederse de la casa para dieciséis familias.

Con ello estaban ya fijados los tipos de casitas necesarios para el descongestionamiento de la ciudad, y mi amigo podía pasar ya a su realización. A la vista de un enorme plano de la ciudad, que no cabía ya sobre la mesa y que hubo de ser por tanto extendido sobre el piano, fijó Adolfo la red ferroviaria y las carreteras. Se determinaron los centros industriales, disponiéndose en consecuencia los complejos de viviendas. Yo no era más que un obstáculo en esta ambiciosa planeación. En toda la habitación no quedaba ya un pedazo de suelo libre que no hubiera sido puesto al servicio de esta misión. Si Adolfo no hubiera llevada este asunto con una tan hosca gravedad, todo esto hubiera sido considerado simplemente como un interesante pero ocioso juego. En realidad, sin embargo, me deprimía de tal manera nuestra austera situación, que me puse al trabajo casi con la misma amarga decisión que mi amigo, sin duda la razón de que todos estos detalles hayan quedado grabados tan firmemente en mi memoria.

A su manera pensaba Adolfo en todo. Recuerdo todavía sus dudas acerca de si esta reconstruida Viena habría de necesitar o no de cervecerías. Adolfo rechazaba el alcohol de manera tan radical como la nicotina. Y si uno no fumaba ni bebía, ¿para qué quería las cervecerías? De todas formas, encontró una solución tan radical como generosa para esta nueva Viena ¡una nueva bebida popular! En cierta ocasión hube de tapizar yo en Linz algunas habitaciones en las oficinas de la fábrica de café de higos Franck,

Adolfo me visitó en aquel entonces, mientras yo me dedicaba a este trabajo. La firma solía dar a sus trabajadores una bebida muy buena, a base de café, un vaso de la cual costaba solamente un heller. Esta bebida le había gustado tanto a Adolfo, que no se olvidó de ella. Si se abastecía todas las casas con esta bebida barata y refrescante, o con algún producto semejante carente de alcohol, podían evitarse las cervecerías. Cuando yo le repliqué que, por lo que yo conocía de los vieneses, me parecía difícil que renunciaran a su vino, me contestó bruscamente:

-Nadie te pregunta tu opinión!

Lo que con otras palabras quería decir: "Ni tampoco a los vieneses." Adolfo se manifestaba con especial crudeza contra aquellos Estados que habían monopolizado la venta del tabaco, entre los que se contaba también Austria. Con ello, el propio Estado arruinaba la salud de sus ciudadanos. Por consiguiente, todas las fábricas de tabaco deberían ser cerradas y prohibida también la importación de toda clase de tabaco. De todas formas, Adolfo no consiguió encontrar ningún substitutivo para el tabaco en el sentido de la "bebida popular".

Cuando más se aproximaba Adolfo en sus pensamientos a la realización de su proyecto, tanto más utópico se convertía todo el asunto. Siempre que se tratara de proyectar tenía todo aún pies y cabeza. Pero en la realización operaba Adolfo con conceptos bajo los que no me podía representar nada práctico. Como realquilado, que debía pagar mensualmente diez coronas, duramente ganadas por mi padre, por la mitad de una habitación llena de chinches, podía comprender perfectamente que en esta Nueva Viena no debieran existir ya propietarios ni inquilinos. El terreno pertenecía al Estado y tampoco las viviendas eran propiedad particular, sino que eran administradas por una especie de comunidad de la vivienda. En lugar del alquiler debía pagarse, por tanto, simplemente, una contribución para la edificación de las casas, es decir, una especie de impuesto sobre la vivienda. Hasta aquí podía seguirle yo todavía. Pero mi pregunta, tan desdichada al parecer: «Sí, pero con ello no será posible iniciar una empresa tan amplia. ¿Quién deberá costear estas construcciones?", tropezaba con la más viva resistencia. Adolfo me lanzaba sus réplicas con cólera, de las cuales yo no entendía mucho. No puedo recordar, tampoco, en todos sus detalles, estas discusiones, planteadas enteramente sobre conceptos abstractos. Recuerdo, sin embargo, algunas expresiones que se repetían regularmente, y que, cuanto menos me revelaran en realidad, tanto más me imponían, y es por ello que se han quedado grabadas más firmemente en mi memoria

Los aspectos básicos de todo el proyecto serían resueltos, según palabras de Adolfo, en el "embate de la revolución". Era ésta la primera vez que se escuchaban estas trascendentes palabras en nuestra mísera habitación. No sé si Adolfo sacó su inspiración para ello en alguna de sus voluminosas lecturas. De todas formas, allí donde el curso de sus pensamientos se había atascado, surgía siempre la osada expresión del "embate de la revolución, que daba también un impulso cada vez renovado a sus pensamientos e ideas. Ea mi opinión, bajo estas palabras era posible representárselo todo, o nada. Adolfo se mantenía en su "todo", y yo en mi "nada", hasta que con su sugestiva elocuencia me había convencido también a mí de que no se precisaba más que una violenta tormenta revolucionaria sobre la tierra, vieja y cansada, para despertar a la vida todo lo que el tenía va anticipado en sus pensamientos y en sus proyectos, de la misma manera como una suave lluvia de finales de estío hace brotar setas en todos los rincones y lugares.

Otra expresión que se repetía regularmente era la palabra «Estado ideal alemán», que jugaba un papel dominante en sus pensamientos junto con el concepto de «Reich». Este «Estado ideal» estaba concebido tanto nacional como social. Social, ante todo, desde el punto de vista de la miseria de las masas trabajadoras. Adolfo se ocupaba, cada vez más intensamente, de sus ideas sobre un Estado que hiciera justicia a las necesidades sociales de nuestra época. Esta imagen era todavía obscura en sus detalles, y era fuertemente influenciada por sus lecturas. Por ello eligió la palabra de "Estado ideal" - tal vez la hubiera leído en alguno de sus numerosos libros - y dejaba al tiempo el estructurar hasta en sus menores detalles este concepto de "Estado ideal", concebido por el momento, sólo en sus rasgos generales, naturalmente, con su definitiva orientación hacia el «Reich».
Una tercera frase que en aquella época empezaba ya a sonar de manera habitual, la aplicó Adolfo, también, por primera vez, en relación con estos osados planes de reconstrucción; ¡La reforma social! En esta frase había encontrado cabida muchas cosas que todavía no habían acabado de gestarse en su cabeza. Pero el celoso estudio de las obras políticas y la asistencia a las sesiones en el Parlamento, a lo que me obligaba también a mí, llenaban esta fraseología de la reforma social, lentamente, con un contenido más concreto.

Cuando un día estallara el «embate de la revolución» y surgiera el «Estado ideal», se convertiría, también, en realidad, esta «reforma social», esperada desde hacía tanto tiempo. Entonces sería llegado el instante de derribar las construcciones de los "propietarios profesionales" y empezar la

construcción de sus urbanizaciones de casitas en las bellas y atractivas llanuras detrás de Nussdorf.

He comentado con tanto detalle estos proyectos de mí amigo, porque me parecen extraordinariamente típicos para el ulterior desarrollo de su carácter y de sus pensamientos en ocasión de su estancia en Viena. Desde un principio había yo comprendido que a mi amigo no podría serle indiferente la miseria de las masas en la gran ciudad. Le conocía demasiado bien y sabía que no cerraba los ojos ante nada y que por todo su modo de ser era incapaz de pasar con indiferencia y desinterés ante cualquier fenómeno general. Pero no hubiera creído jamás que estas experiencias en los arrabales vieneses pudieran dar un impulso tan inaudito a sus pensamientos. En lo más intimo de mi ser había tenido yo a mi amigo por un artista, y hubiera comprendido ciertamente, que se hubiera indignado ante la vista de estas masas hundidas, sin remisión, en la miseria, pero que se hubiera mantenido alejado de este espectáculo en su interior, para no ser arrastrado al abismo por la insoslayable fatalidad que se cernía sobre esta ciudad. Yo contaba con su fino sentido, con su percepción estética, con su continuo temor a entrar en contacto físico con otras personas - ¡raras veces tendía la mano a los demás! -y creía que esto le sería suficiente para distanciarse abiertamente de las masas. Y así fue, en efecto. Pero solamente por lo que se refiere a un trato personal. Con todo su corazón, sin embargo, se alineó entonces en las filas de los desheredados por el destino. No sentía compasión, en el sentido corriente de la palabra, por estas masas huérfanas de todo derecho. Esto le hubiera parecido demasiado poco. No se limitaba a sufrir con ellos, sino que vivía también para ellos, y consagraba toda su capacidad y todos sus pensamientos a liberar a estos seres de su miseria y de su opresión. No cabe la menor duda de que esta ardiente voluntad y deseo por una total reorganización de la vida entera, considerado desde un punto de vista personal, era la respuesta dada por él al destino, qué, golpe tras golpe, le había llevado también a él a la miseria.

Gracias a estos amplios y generosos trabajos, concebidos para "todos", y que se dirigían, también, a "todos", podía encontrar nuevamente Adolfo el equilibrio interno perdido. Las semanas de turbios presentimientos y de graves depresiones anímicas habían ya pasado. Su pecho estaba, una vez más, henchido de confianza y valor.

Pero, por el momento, la vieja y bondadosa María Zakreys era la única que se ocupaba de todos estos planes. Mejor dicho, no se ocupaba ya, pues había renunciado a poner orden en esta confusión de planos, dibujos y bosquejos. Se daba por satisfecha con que los dos estudiantes de Linz le pagaran puntualmente el alquiler.

Adolfo se había propuesto hacer de Linz tan sólo una ciudad bella y atractiva, que destacase, por encima de su insignificancia provinciana, por sus representativas construcciones. Viena, por el contrario, quería convertirla en una moderna ciudad, en la que le era indiferente el aspecto representativo - esto lo dejaba por entero a la Viena imperial-, sino que su única pretensión era que las masas sin hogar, alejadas del suelo y, por tanto, también, del pueblo, pudieran ponerse de nuevo en pie.
La vieja ciudad imperial se convirtió en la mesa de dibujo de un jovencillo de diecinueve años que vivía en una destartalada casa trasera del arrabal de Mariahilfer, en una ciudad llena de luz y de vida, extendida hacia el campo abierto y compuesta por casitas de cuatro, ocho y dieciséis familias.

AUTOESTUDIO Y LECTURA

En aquel entonces, Adolfo estaba firmemente decidido a convertirse en arquitecto. La manera como después de este intenso estudio por su cuenta se proponía encontrar el camino hacia la práctica, al no poder enseñar jamás sus certificados y diplomas, no le preocupaba en lo más mínimo. Apenas se hablaba de ello entre nosotros, hasta tal punto estaba mi amigo convencido de que hasta la conclusión de sus estudios los tiempos habrían cambiado tanto, ya fuera por sí mismos, ya fuera violentamente por el «embate de la revolución», que no sería ya necesaria la justificación formal, sino que el verdadero conocimiento habría de ser lo decisivo. Él mismo nos dice acerca de estos estudios:

«Era natural que yo sirviera con ardiente celo a mi amor por la arquitectura. Juntamente con la música se me aparecía ésta a mí como la reina de las artes; mi trabajo en tales circunstancias no era, tampoco, un verdadero «trabajo», sino la máxima felicidad. Podía leer o dibujar hasta altas horas de la noche, sin cansarme jamás. Y así se hacía más fuerte mi fe de que el bello sueño de mi futuro, aun cuando después de largos años, llegaría a convertirse, todavía, en realidad. Estaba firmemente convencido de que llegaría un día a hacerme un nombre como arquitecto.»

Hasta este punto aparecía claro para Adolfo lo que hacía referencia con su futuro. Ya en Linz se había evadido al, a su entender, injusto y poco comprensivo trato en la escuela, dedicándose con ardiente celo a unos estudios elegidos por él mismo. La decisión de seguir el mismo camino en Viena, donde se encontraba ante una situación parecida, no le fue realmente difícil. Criticaba el burocratismo y anquilosamiento de la Academia, que no tenía ninguna comprensión por el verdadero arte. Hablaba de las trampas

astutamente colocadas - ¡me acuerdo todavía exactamente de esta frase! -, con el único propósito de hacer imposible su ascenso.

Pero él demostraría a estas incapaces y seniles criaturas que podía llegar, sin ellos, más lejos aún que con ellos, De los furiosos improperios que mi amigo descargaba sobre la Academia obtuve la impresión de que los profesores, sin pretenderlo, habían movilizado más energías de trabajo con su ruda negativa en este joven hombre, de lo que hubieran podido alcanzar jamás con sus lecciones.

Pero mi amigo se enfrentaba todavía con otro problema: ¿De qué debía vivir durante sus estudios? Podían pasar años antes de poder asegurarse, realmente, una existencia como arquitecto. Me parecía a mí como si estos estudios de mi amigo no hubieran de llegar jamás a su culminación. Es cierto que estudiaba con increíble celo y una fuerza de voluntad que no hubiera podido esperarse jamás de su cuerpo, debilitado por la insuficiente alimentación. Pero estos estudios no estaban encauzados a una meta práctica. ¡Por el contrario! Se perdían continuamente en ambiciosos proyectos y especulaciones. Si los comparaba yo con mis estudios musicales, que desde un principio habían seguido un curso metódico y regular, debía comprobar que Adolfo pretendía abarcar demasiado a la vez. Incluía en sus estudios todo lo que guardara alguna relación, por mínima que esta fuera, con la arquitectura. Y todo lo consideraba con meticulosa exactitud y detalle. ¿Cómo podría llegar jamás a una meta positiva? Y ello, prescindiendo de que continuamente le acosaban nuevas ideas, que le alejaban, sin cesar, de sus estudios profesionales.

La comparación de su desordenado estudio, carente de todo sistema, con los míos, exactamente regulados en el Conservatorio no le hacía ningún bien a nuestra amistad, en parte también porque nuestras ocupaciones domésticas debían oponerse lógicamente. Cuando más tarde fui recomendado por el profesor Boschetti para dar clases de repaso a varias alumnas, fue agudizándose cada vez mas este contraste. Era imposible dejar de ver hasta qué extremo le acosaba su mala suerte; todo se había conjurado en contra suya, para él no había la menor posibilidad de ganar algo de dinero.

Una noche, inmediatamente después de la visita de una de mis alumnas a nuestra habitación, aproveché la ocasión para tratar de persuadirle de que se buscara alguna posibilidad de ganar algo de dinero. "Naturalmente, cuando uno tiene suerte puede dar clases de repaso a jóvenes señoritas", empezó él. Yo le expliqué que todo esto había sucedido sin intervención alguna por mi parte. «El profesor Boschetti me había recomendado,

simplemente, a estas alumnas - repliqué yo -, lástima que debieran tomar clases de teoría de la armonía y arquitectura. Por lo demás - proseguí, cada vez más decidido-, si yo tuviera tus disposiciones haría ya tiempo que hubiera intentado aprovechar la primera ocasión para ganarme algo de dinero."

Él me escuchó interesado, casi como si todo esto no guardara con él ninguna relación. Yo proseguí inmediatamente con mis explicaciones. «Por ejemplo, él sabía dibujar realmente bien. Sus mismos profesores se lo habían confirmado. Podría tratar de colaborar en algún periódico o en alguna editorial como dibujante. Tal vez pudiera ilustrar libros. O, tal vez, hubieran de ser retenidos en rápidos bosquejos determinados acontecimientos cotidianos.» Me contestó, evasivo, que se alegraba de que yo le creyera capaz de estas habilidades. Por lo demás, sería mejor dejar esta clase de información en manos de los fotógrafos. Más rápido que ellos no podía serlo aun el más rápido de los dibujantes.

¿Qué te parecería un empleo como critico teatral?, proseguí yo. Era ésta una profesión que ya ejercía él en realidad, pues después de cada representación solía hacer una crítica, ciertamente muy aguda y radical, pero interesante y llena de aciertos. ¿Por qué debía ser yo el único habitante de Viena que tuviera ocasión de escuchar su juicio? Debía procurar entrar en contacto con algún diario destacado. De todas formas, debía procurar evitar una crítica demasiado dura. Él quiso saber qué es lo que yo insinuaba con estas palabras. También la ópera italiana, rusa y francesa tenían justificada su existencia, proseguí yo. Había que reconocer también el mérito de los compositores extranjeros, pues el arte, aun cuando procediera de un pueblo determinado, no podía reducirse por barreras nacionales. Nos enzarzamos en una apasionada discusión, pues siempre que se trataba de temas musicales hacia yo un buen papel. No hablaba sólo en mi nombre, sino que me sentía también como representante del instituto, del que era alumno. Aun cuando compartía sin reservas el entusiasmo de Adolfo por Ricardo Wagner, no era mi intención limitar mi interés de manera exclusiva. Adolfo, empero, se aferraba, sin querer siquiera escucharme, a su punto de vista. Recuerdo todavía como Adolfo, en mi excitación, me lanzó las palabras del coro final de la Novena Sinfonía de Beethoven "¡Sed devorados millones, este beso del inundo entero!" El mundo entero debía pertenecer a la obra del artista. Así, pues, habría ya escándalo, aun antes de que hubiera iniciado su labor como critico de opera, opinó Adolfo. Con ello fue olvidado también este plan.

Adolfo escribía en aquel entonces continuamente Yo había descubierto que se trataba principalmente de obras teatrales, ante todo dramas. El tema lo

tomaba del mundo de las leyendas germánicas o de la historia alemana. Apenas ninguna de estas obras fue terminada realmente. Pero tal vez pudiera ganarse algún dinero con ellas. Adolfo me dejó leer algunos de sus trabajos. A este respecto me llamó la atención comprobar cuanta importancia concedía Adolfo a una escenificación lo más genial posible. Aparte de aquel drama que versaba sobre el problema de la cristianización, no puedo acordarme de ninguna otra de estas obras, pero si de que exigían una enorme escenificación. Por las obras de Ricardo Wagner estabamos acostumbrados a ver plantear grandes exigencias a la escena. Pero lo que Adolfo había proyectado dejaba completamente en la sombra incluso al maestro. Yo tenia alguna idea de las dificultades que ofrecía la escenificación de una ópera, y no pude por menos que exponer mis reparos No habría ningún intendente que pudiera aceptar este escenario, que conjuraba el cielo y el infierno, le dije yo. Debía limitarse forzosamente en lo referente a la escenificación Lo mejor sería no escribir óperas, sino piezas más sencillas, a ser posible alegres, que el público gusta siempre de ver. Lo mejor sería escribir alguna comedia sin pretensiones. No se necesitaba más para despertar su cólera. También este intento concluyó de manera negativa.

Poco a poco me di cuenta de que todos mis esfuerzos habían de resultar inútiles. Si después de haber estado hablando largo tiempo a Adolfo podía convencerle para que presentara sus trabajos literarios o sus dibujos a alguna redacción o editorial, no tardaba en llegarse a una discusión entre él y sus manantes, pues Adolfo no permitía que le hicieran la menor objeción en estos puntos tampoco si le habían pagado de manera decente sus trabajos. No gustaba recibir encargos de personas extrañas, pues él mismo tenía bastantes encargos que darse.

Así, pues, le propuse otro camino. Como gracias a la ayuda de mis padres y también por las clases de repaso recibidas estaba yo en una situación económica más favorable que él, le ayudaba en lo que podía, a ser posible de manera que él no se diera siquiera cuenta, pues en este punto era extraordinariamente sensible y delicado. Tan sólo en las excursiones y caminatas permitía que le considerara como a mi invitado.

Más tarde, cuando nuestros caminos se habían ya separado, encontró Adolfo en Viena una solución a este problema, muy propia de él, gracias a la cual podía ganarse, siquiera modestamente, su sustento, sin verse por ello obligado a aceptar encargos de personas extrañas, por el contrario, pues era una solución en la que, por decirlo así, seguía siendo su propio manante. Como tenía menos disposición para el dibujo de figuras que para lo arquitectónico, dibujaba famosos edificios vieneses, con preferencia la

Karlskirche, el Parlamento, la Iglesia de María de la Ribera o motivos parecidos, y vendía, siempre que se le ofrecía ocasión para ello, estos dibujos, trazados limpia y minuciosamente y coloreados a mano. Él mismo nos dice a este respecto:

"En aquel entonces - se refiere a los años 1909 y 1910- trabajaba yo independientemente como pequeño dibujante y acuarelista. Por amargo que esto fuera en relación con el beneficio - apenas si alcanzaba realmente para vivir - era excelente para la profesión elegida." Con otras palabras: prefería pasar hambre que renunciar a su independencia.

No me es posible expresar ningún juicio detallado acerca de los estudios especiales realizados por Adolfo en aquel entonces, pues carezco de las condiciones objetivas necesarias para ello. Estaba, también, demasiado ocupado con mis propios estudios para tener tiempo y ganas de dar un vistazo a sus trabajos. Veía solamente que se rodeaba en escala creciente de literatura especializada. Recuerdo todavía una voluminosa historia de la arquitectura, porque ya entonces le divertía abrir el libro al azar por alguna página, tapar con la mano la explicación colocada bajo la lámina y recitarme de memoria lo que representaba ésta, como la catedral de Chartres o el Palazzo Pitti en Florencia. Su memoria era realmente asombrosa. No puedo recordar haber podido observar jamás un límite a su capacidad mnemotécnica. Su extraordinaria memoria le ayudaba naturalmente de manera considerable en sus estudios de autodidacta.

Dibujaba de manera infatigable. Yo tenía la impresión de que los conocimientos previos profesionales necesarios para estos dibujos los había adquirido ya en Linz, pero solamente en los libros. No recuerdo jamás que Adolfo buscara una ocasión para demostrar sus conocimientos de manera práctica o intentara tomar parte en prácticas oficiales de dibujo arquitectónico. Más que reunirse con especialistas prefería estar sentado en su banco en las cercanías de la Glorieta, sosteniendo diálogos consigo mismo en el pensamiento a base de sus libros. Esta peculiar manera de apropiarse con apasionada entrega un determinado campo de la ciencia, profundizar de manera intensiva en su naturaleza y evitar, sin embargo, angustiosamente todo contacto directo con la práctica, me recuerda, en su notable retraimiento, las relaciones de Adolfo con Estefanía. También su ilimitado amor hacia la arquitectura, su pasión por la construcción, a pesar de su vivísimo interés, en el fondo no era más que un juego de su fantasía. De la misma manera como él, cuando quería asegurarse de manera real de sus sentimientos por Estefanía, corría a la Landstrasse para verla ante sí, salía ahora de la sobrecargada atmósfera de sus estudios hasta la

Ringstrasse, para recobrar de nuevo el equilibrio ante la directa visión de sus edificios monumentales.

Comprendí también, lentamente, por qué mi amigo pendía con un amor tan unilateral de estas construcciones de la Ringstrasse, aun cuando en mi opinión las construcciones mucho más antiguas, de estilo más original, como la iglesia de San Esteban o el Belvedere, eran mucho más verdaderas, más fuertes y convincentes. Pero Adolfo no amaba en absoluto las construcciones de la época barroca, por parecerle demasiado recargadas. Las imponentes edificaciones de la Ringstrasse no habían sido levantadas hasta después de derruidas las fortificaciones que rodeaban el centro de la ciudad, es decir, procedían de la segunda mitad del siglo anterior y no mostraban, en modo alguno, un estilo uniforme. ¡Por el contrario! En estas edificaciones se repetían casi todos los estilos desarrollados en épocas anteriores. El Parlamento había sido construido en un estilo clásico, mejor dicho, en un estilo seudohelénico, el Ayuntamiento era neogótico, el Burgtheater, que Adolfo admiraba de manera especial, era Renacimiento tardío. Es evidente, no obstante, que todos ellos tenían un algo grande, representativo, que atraía especialmente a mi amigo. Lo que le incitaba, empero, a ocuparse continuamente con estas edificaciones, lo que convertía a la Ringstrasse, por decido así, en su campo de prácticas profesional, era el hecho de que en estas construcciones, levantadas por la precedente generación, podía estudiar sin dificultades la historia de su formación, reconstruir los planos, construir, por así decirlo, cada edificio de nuevo para él mismo y representarse el destino y la obra de los grandes arquitectos de aquella época, de un Theophil Hansen, un Semper, un Hasenauer, un Siccardsburg o un Van der Nüll.

Preocupado descubrí yo cómo nuevos pensamientos, experiencias y proyectos se entrecruzaban, se superponían, por decirlo así, en los estudios profesionales de mi amigo. Siempre que estos nuevos campos de interés tuvieran alguna relación con la arquitectura, eran incluidos por él en su estudio de conjunto. Pero había entre ellos también muchas cosas que se oponían, de manera diametral, a sus proyectos profesionales. Además, lo político, comparado con sus tiempos en Linz, adquiría una supremacía cada vez mayor. Cuando en ocasiones le preguntaba a Adolfo qué relación tenían estos equidistantes problemas, que se nos planteaban, por ejemplo, en nuestras visitas al Parlamento, con sus estudios profesionales, recibía la siguiente respuesta:

-No es posible edificar hasta que se hayan creado las condiciones políticas necesarias para ello.

Algunas veces la respuesta era bastante más ruda. Recuerdo que Adolfo contestó en cierta ocasión a mi pregunta de cómo se imaginaba la solución de un problema determinado, de la siguiente manera:

-Aun cuando hubiera resuelto ya por completo este problema, no te lo diría, porque tú no serías tampoco capaz de comprenderlo.

Pero aun cuando muchas veces se mostraba despreciativo, voluble, rudo y en modo alguno conciliador, no podía enojarme con él, porque estos aspectos desagradables de su ser eran obscurecidos por el puro fuego de una alma capaz de todos los entusiasmos.

En el futuro dejé de preguntarle sobre temas profesionales. Era mucho mejor seguir en silencio mi propio camino. Así podría darse cuenta de lo que yo entendía por una fija meta profesional. Después de todo, yo no había asistido siquiera, como él, a las clases inferiores de la escuela real, sino simplemente a la escuela municipal, y era ahora un alumno de Conservatorio, igual en todo a los que habían aprobado el examen de reválida, Pero para mi amigo los estudios profesionales discurrían de manera enteramente contraría a los míos.

En tanto que, por lo general los estudios profesionales se hacen cada vez más concretos con el paso de los años, unilaterales y especializados, y se limitan en lo referente a la prácticas, en Adolfo so hacían cada vez más generales, variados, abstractos y se alejaban continuamente de ésta. Cuanto más tenazmente repetía para si mismo la consigna: "quiero ser arquitecto", tanto mas se desvanecía este propósito en la realidad. Cada vez extendía más el alcance de sus estudios, cada vez incluía en ellos nuevos campos. Era la típica actitud de un hombre joven al que la profesión concreta se interpone en el camino que su vocación le impulsa a seguir. De estos estudios nos dice él mismo:

«Desde mi temprana juventud me había esforzado por leer de manera correcta, en lo que fui ayudado de la manera más feliz por la memoria y la comprensión. Y considero, desde este punto de vista, la época de Viena fue para mí especialmente fértil y valiosa...

Yo leía entonces muchísimo y concienzudamente. Lo que mi trabajo me dejaba de tiempo libre lo dedicaba por completo a mis estudios...
"Hoy día creo firmemente que, por lo general todos los pensamientos creadores se aparecen ya fundamentalmente en la juventud siempre que existen en realidad. Yo distingo entre la sabiduría de la edad, que no puede consistir más que en una mayor meticulosidad y cautela como resultado de

las experiencia de una larga vida, y la genialidad de la edad juvenil, que con su inagotable fertilidad lanza pensamientos e ideas sin que pueda elaborarlas en el primer momento como consecuencia de lo ingente de su número. Ella aporta los materiales y los planes para el futuro, de los cuales el adulto toma las piedras, las talla y levanta el edificio, siempre que la llamada sabiduría de la vejez no haya ahogado la genialidad de la juventud."

Esto era lo que sucedía con mi amigo: ¡libros, continuamente nuevos libros! Yo no puedo imaginarme siquiera a Adolfo sin libros. En casa se amontonaban a su alrededor Debía llevar continuamente consigo el libro de que se ocupaba en aquel momento. Aun cuando no leyera directamente en él debía estar presente. Cuando salía de casa, llevaba por lo menos un libro debajo del brazo. Algunas veces se le hacía un problema el llevarse los libros. Prefería renunciar a la naturaleza y al cielo abierto que al libro. Los libros eran su mundo. En Linz se habla inscrito en tres bibliotecas a la vez, para asegurarse cualquier libro deseado. En Viena utilizaba los servicios de la Biblioteca Imperial, y con tanto celo, que una vez le pregunté, con toda seriedad, si se había propuesto leer toda la biblioteca, por lo cual merecí, naturalmente, una ruda respuesta. En cierta ocasión me llevó consigo a la Biblioteca Imperial y me hizo entrar en la gran sala. Me sentí casi aturdido ante la visión de estas enormes paredes cubiertas de libros, y le pregunté cómo podía encontrar el libro que le interesaba en medio de este enorme número de ellos. Entonces se ofreció a iniciarme en el manejo del catálogo. Pero esto no hizo más que aumentar todavía mi confusión.

Cuando leía, apenas si nada podía molestarle. Pero a veces se molestaba él mismo, pues tan pronto como un libro despertaba su interés, empezaba a hablar sobre él. Entonces debía escucharle yo pacientemente, tanto si el tema me interesaba como si no. De vez en cuando, en Linz aún con más frecuencia que en Viena, me ofrecía un libro y me exigía leerlo, como amigo suyo. Le interesaba menos que yo aumentara con ello mis propios conocimientos que tener alguien con quien poder comentar el contenido del libro, aun cuando este alguien elegido no fuera, a menudo, más que un simple oyente. En su obra dedica un comentario de más de tres páginas a la manera de leer correctamente un libro:

"Conozco a personas que "leen" muchísimo, libro por libro, letra por letra, y a los que a pesar de ello no podría calificar yo de "leídos". Es cierto que poseen un número inmenso de "conocimientos", pero su cerebro no es capaz de clasificar y registrar el material así captado."

En este respecto mi amigo era, sin duda, muy superior al lector corriente.

La lectura empezaba para él ya con la elección de los libros. Adolfo poseía un olfato especial para los poetas y autores que tenían algo que decirle. No leía jamás un libro como distracción, como pasatiempo. Leer libros era para él un trabajo de la mayor gravedad. Muchas veces pude darme cuenta de ello. ¡Dios me librara si yo no me tomaba con la debida seriedad sus lecturas e intentaba tocar el piano durante ellas! Era interesante observar la manera como Adolfo se disponía a estudiar un libro. Lo más importante para él era la vista de conjunto, el índice. Sólo entonces ponía manos a la obra, pero no ateniéndose al orden de continuidad indicado, sino que extraía de él, simplemente, lo más esencial Lo que se había apropiado de esta manera, estaba ya cuidadosamente clasificado y registrado en su memoria. Un ademán y estaba de nuevo a su alcance, con tanta fidelidad como si acabara justamente de leerlo. Algunas veces llegué a pensar: ahora no puede caberle nada más en la cabeza. Y, ¡cosa asombrosa! todo lo que acababa de traer consigo de la Josefsplatz, cabía todavía allí. Parecía casi como si con la abundancia del material asimilado la memoria se hiciera cada vez mejor. Esto me parecía un milagro a mí, que debía torturarme a cada nuevo conocimiento. Realmente, en su cerebro había sitio pata toda una biblioteca.

Si tuviera yo que relatar qué libros causaron una particular impresión en Adolfo de entre el ingente número de los leídos, primero en Línz y después en Viena, me vería en un compromiso. Por desgracia, no poseo la extraordinaria memoria de mi amigo para el contenido de los libros. Lo vivido queda para mí mucho más grabado que todo lo leído. Es por ello que de las lecturas de Adolfo no han quedado en mi recuerdo más que algunos detalles secundarios.

Tal como ya he dicho anteriormente el primer lugar entre todos los libros lo ocupaban las leyendas de héroes alemanes. Con indiferencia del estado de ánimo momentáneo y de la situación externa en que se encontrara, estos libros eran siempre bienvenidos y leídos. Hacía tiempo que los conocía todos de memoria. A pesar de ello, los leía una y otra vez. El libro que poseía en Viena se intitulaba, si no estoy equivocado: «Leyendas de dioses y héroes, tesoro de las leyendas germano alemanas".

Ya en Linz había empezado Adolfo a leer a los clásicos. Del «Fausto» dijo, en cierta ocasión, que en esta obra había más contenido de lo que podían asimilar los hombres del presente. En el Burgtheater vimos, incluso, una vez, la segunda parte, si no me equivoco, con Josef Kains en el papel de Fausto. Adolfo se sintió muy conmovido y durante mucho tiempo habló todavía de ello. Es fácil de comprender que de Schiller fuera justamente el «Guillermo Tell» lo que más le atrajera. «Los ladrones», por el contrario,

no le gustaban mucho. «La Divina Comedia» de Dante hizo en él una profunda impresión, aun cuando esta obra, en mi opinión, cayó demasiado pronto en sus manos. Sé que se ocupaba también de Herder; de Lessing vimos «Minna von Barnhelmm. Leía a Stifter con gusto, quizá también porque en él encontraba el paisaje de su patria, en tanto que Rossegger, según se expresaba, era demasiado "popular".

De vez en cuando tomaba también en su mano libros que estaban entonces de moda, más bien para hacerse un juicio de las gentes que leían estos libros, que por éstos en sí. Adolfo no encontraba absolutamente nada en Ganghofer, pero, por el contrario, sentía un gran interés por Otto Ernst, cuyas obras conocía exactamente. De entre los modernos dramas vimos «Despertar de Primavera», de Frank Wedekind, y «El maestre de Palmira», de Wilbrandt. Los dramas de Ibsen los leyó Adolfo en Viena, sin que causaran en él una especial impresión. Por lo menos, no puedo acordarme de ello.

De los libros filosóficos, Schopenhauer estaba siempre a su alcance, y más tarde también Nietzsche. Sin embargo, poco es lo que noté de ello, pues estos filósofos los consideraba por así decirlo como su asunto más íntimo, como una posesión privada, que no quería compartir con nadie. Esta reserva puede estar acaso fundamentada en el hecho de que en nuestro amor por la música teníamos algo de común, que nos hacia posible un contacto mucho más rico y agradable que la filosofía, algo alejada de mí.
Finalmente, quisiera decir acerca de las lecturas de mi amigo lo mismo que dije anteriormente con respecto a sus estudios profesionales: leía muchísimo y gracias a su extraordinaria memoria retenía unos conocimientos que le colocaban muy por encima del nivel de un joven de aún no dieciocho años; pero él evitaba toda discusión sobre este extremo. Aunque algunas veces me apremiara para que leyera yo algún libro, sabía él, desde un principio, que yo no era un compañero de su misma categoría. Tal vez eligiera, incluso, desde este punto de vista los libros que me recomendaba leer. No sentía ningún interés por "la opinión del otro", ni por una discusión acerca de su contenido. Su relación con los libros era la misma que su relación con el mundo exterior: captaba con ardiente corazón todo lo alcanzable, pero mantenía alelado de sí, de manera consciente, todo lo que quería afectarle de manera directa.

Era un hombre que buscaba algo, de esto no cabe la menor duda. Pero en los libros no encontraba más que lo que le interesaba. Cuando, en cierta ocasión, le pregunté si su estudio quería llevarlo a cabo simplemente en los libros, me miró asombrado y contestó con rudeza:

-Tú necesitas, naturalmente, maestros, me hago cargo. Para mí, son innecesarios.

En el ulterior curso del debate me llamó una vez «pupilo espiritual» y «parásito que se sienta en mesa extraña».

Especialmente durante nuestra estancia en Viena, Adolfo no me daba la impresión de alguien que busca algo determinado en el ingente número de libros amontonados a su alrededor, como fundamentos o concepciones para su conducta, sino que, por el contrario, buscaba en estos libros, simplemente, y más inconsciente que conscientemente, la confirmación de las conclusiones y teorías existentes ya en él. Es por esto que la lectura -prescindiendo, quizá, de "Las leyendas de héroes alemanas". - eran para él menos motivo de goce que una especie de autodominio.

Cuando pienso en los numerosos problemas que le ocupaban en Viena y en los que podía yo participar, al final de mis reflexiones se encuentra casi siempre algún libro, del que Adolfo me decía luego, con expresión triunfante:

-Mira: también el hombre que ha escrito esto es de mi opinión.

EN LA OPERA IMPERIAL

El punto culminante de nuestra amistad eran las visitas en común a la Ópera Imperial. El recuerdo de mi amigo ha quedado unido indisolublemente a estas maravillosas experiencias. En la solemne atmósfera del teatro de Linz habíamos sellado nuestro lazo juvenil, que en la primera Ópera de Europa fue reforzado, una y otra vez, de nuevo. Aun cuando, al hacernos mayores, el contraste entre los dos se ponía cada vez más de manifiesto y la diferencia de nuestras condiciones familiares, inclinaciones profesionales, la posición ante la vida pública y política nos separaban cada vez con mayor fuerza, el ardiente entusiasmo por todo lo bello y elevado, que encontraba su máxima expresión artística en las representaciones de la Ópera de Viena, nos unían mucho todavía. Nuestras mutuas relaciones en Linz habían sido, todavía, armónicas y equilibradas. En Viena, por el contrario, sin duda alguna por la forzada vida en una misma habitación, se hacían mayores los conflictos y las tensiones. Fue una suerte que al mismo tiempo la influencia de las vivencias artísticas, percibidas conjuntamente, reforzara aún más nuestra amistad.

La Ópera de Viena ofrecía las mejores condiciones imaginables para una representación artística perfecta, tal como era posible conseguir en aquel entonces. La orquesta, los solistas y el coro eran insuperables en su perfección. El director de orquesta era entonces el insuperado Gustav Mahler, por quien Adolfo sentía también la mayor admiración. Un especial entusiasmo despertaban también en nosotros las escenificaciones del genial escenógrafo profesor Roller. En las representaciones de las óperas de Wagner podíamos escuchar, casi siempre, a los solistas de Bayreuth. Todo esto en conjunto significaba una experiencia artística como en aquel entonces no era posible en ningún otro lugar de la tierra. Ello permitirá deducir nuestro desbordante entusiasmo.

Tal como sucedió en todos los tiempos, también nosotros hubimos de luchar duramente, como pobres estudiantes, para poder conseguir la posibilidad de asistir a estas representaciones. Es cierto que podían adquirirse también, en teoría, entradas a precios reducidos para las localidades de paseo, que aquí, lo mismo que en Linz, significaban para nosotros la meta más anhelada. Pero jamás pudimos conseguir una sola, ni siquiera en el Conservatorio. Por consiguiente teníamos que pagar todo su importe - dos coronas - por las mismas, mucho dinero si se considera que después de pagado el alquiler, a Adolfo no le quedaban más que quince coronas de su renta para todo el mes. A pesar de pagar su importe, teníamos que luchar para conseguir estas entradas, porque la demanda era demasiado grande. La taquilla de la noche se abría una hora antes del comienzo de la representación. Dos horas antes de que se abriera la taquilla se franqueaba ya la entrada en el vestíbulo. Pero para poder entrar a tiempo en éste era preciso aguardar a menudo ya desde el mediodía debajo de las arcadas. Si no se llegaba allí con la antelación suficiente, no se tenía la seguridad de ser el primero.

En el vestíbulo se encontraba la cola separada por una reja de bronce, la cual llevaba hasta la taquilla de la noche y era abierta simultáneamente con ésta. Continuamente patrullaban los policías arriba y abajo, para contener la impaciencia de los que esperaban. Una vez abierta la cola, todos se lanzaban como después del disparo de salida. Había que tomar una curva, y más de uno caía en esta carrera sobre el enlosado y resbaladizo suelo.
Con la entrada duramente conquistada en la mano empezaba la segunda carrera hacia las localidades de paseo. Afortunadamente, la distancia no era muy larga desde la taquilla. Las localidades de pie estaban debajo del palco central y poseían una excelente acústica. En las localidades de paseo no estaba permitida la entrada a las mujeres y las muchachas, detalle éste que Adolfo tenía en gran estima. Desventajoso, por el contrario, era el hecho de

que la localidad estuviera dividida en su mitad por una barra de bronce, un lado para los paisanos y el otro para los militares. Estos jóvenes tenientes, que, en opinión de mi amigo, iban a la ópera menos por amor a la música que para gozar del acontecimiento social, no debían pagar más que diez heller por su localidad, en tanto que nosotros, pobres estudiantes, debíamos pagar veinte veces este importe. Esto llenaba a Adolfo de indignación. Al ver, luego, a estos tenientes elegantemente vestidos, que, bostezando continuamente, apenas si podían esperar el descanso para pasear por el foyer, con el mismo orgullo como si salieran de un palco, afirmaba, enojado, que en estas localidades de paseo la comprensión artística y el precio de la entrada estaban en proporción inversa. Además, la mitad "militar" de la localidad casi nunca estaba ocupada en su totalidad, en tanto que en el lado civil los estudiantes, los jóvenes empleados y obreros se apretujaban de puntillas. Así como en el Teatro Municipal de Linz el sitio junto a una de las dos columnas era la meta de nuestros deseos, en la Ópera de Viena lo era el llamado "cuerno". Este espacio, de forma de cuerno, capaz para unos diez visitantes, estaba formado de una parte por el trazado curvo del arco, y de otra por el extremo de la última fila de butacas de la platea. Quien conseguía acceso al cuerno podía apoyarse en la barra de metal recubierta de terciopelo rojo, lo que le permitía descargar algo las piernas, fatigadas por la prolongada estancia en pie; esta representaba a veces tres horas en las arcadas, dos en el vestíbulo y de cuatro a cinco horas durante la representación.

Entre los espectadores de las localidades de paseo era válida la tácitamente regla de que el lugar conquistado no debía serle ya disputado por nadie. Esta norma, mantenida con admirable disciplina, permitía al oyente abandonar su localidad durante el descanso. Recuerdo con agrado que, en el mismo instante en que algún entrometido pretendía ocupar un sitio que no le correspondía, todos los ocupantes de la localidad se levantaban, como un solo hombre, y expulsaban al intruso.

Lo desagradable era, no obstante, que en la localidad de pie se concentraba casi siempre la claque. Esto nos echó a perder algunas representaciones. El proceso habitual en aquel entonces era como sigue: cada cantante, tanto hombre como mujer, que quería escuchar aplausos en un punto determinado de su papel, contrataba una claque para la representación. El jefe de la claque se procuraba las entradas para sus hombres y les pagaba, además, una tarifa fija. En la Ópera de Viena había entonces una claque profesional, que "trabajaba" según tarifas exactamente determinadas. Así podía suceder que, de repente, a menudo en el momento más oportuno, estallara entre nosotros una frenética salva de aplausos. Esto podía hacernos hervir de indignación. Recuerdo como, en cierta ocasión, en una

representación de "Tannhäuser", al final de una escena hicimos callar por la fuerza a un grupo de "claquistas". Cuando uno de ellos, a pesar de que la orquesta seguía tocando, vociferó un fuerte "¡bravo!", Adolfo le hundió el puño en las costillas. Cundo salimos del teatro, el jefe de la claque le esperaba a la entrada acompañado de un policía. Adolfo fue interrogado allí mismo, y se defendió de manera tan brillante que el policía le dejó ir.

Adolfo tuvo aún tiempo para perseguir por la calle al "claquista" en cuestión, y propinarle una sonora bofetada. En los entreactos se acercaba a nosotros generalmente un viejo acomodador y nos ofrecía vasos de agua en una bandeja. Un vaso costaba cinco heller. Pero el suave «agua, si gustan», musitado con extraño acento por el anciano, sonaba muchas veces como un desahogo a nuestros oídos, después de la prolongada tensión.

Como sea que también en esta localidad había que depositar las prendas de abrigo en el guardarropía, para ahorrarnos estas monedas íbamos por principio sin abrigo, gabán o sombrero a la Ópera. Es cierto que cuando salíamos de nuevo a la calle, de la sofocante localidad, hacía un frío cruel. Pero, ¿qué nos importaba esto después de una representación de «Lohengrin» o de «Tristán».?

Más desagradable era para los dos, que, para ahorrarnos las monedas del portero, debíamos llegar, a lo más tardar, a las diez delante de nuestra casa. Como según los cuidadosos cálculos de Adolfo el trayecto de la Ópera en el Ring hasta nuestra casa en el 29 de la Stumpergasse, a la máxima velocidad y teniendo en cuenta todos los atajos, era de quince minutos, debíamos abandonar la Ópera a las diez menos cuarto. Por ello, después de la última pausa nos colocábamos ya junto a la salida posterior de la localidad, abandonando a otros jóvenes apasionados por el arte nuestros lugares en el "cuerno". Consecuencia de ello era que Adolfo no tuvo jamás ocasión de presenciar el final de aquellas óperas que tenían una duración superior a la corriente. Yo tenía que tocarle luego los compases al piano.
Lo mismo que antes, el máximo amor y entusiasmo lo despertaban en nosotros los dramas musicales de Ricardo Wagner. Ante este peculiar y místico mundo que el gran maestro conjuraba ante nosotros, todo lo demás pasaba a un segundo término para Adolfo. Podía suceder, por ejemplo, que aun cuando en la Ópera Imperial estaba anunciada una grandiosa representación de Verdi, a la que yo me proponía asistir, me apremiaba Adolfo de tal manera que acababa por renunciar a mi Verdi y me dirigía con él a Währing, para escuchar a Wagner en la Ópera Popular. Un Wagner mediano le era cien veces preferible a un Verdi de primera calidad. Desde luego, yo era de otra opinión a este respecto. Pero ¿de qué me servía esto? Como tan a menudo tenía yo que ceder. Cuando se trataba de una

representación de Wagner, no cabía para Adolfo la menor resistencia. Es cierto que la ópera en cuestión- no recuerdo ya, si era «Lohengrin» o «Tristán» - la había escuchado ya en la Ópera Imperial, es decir, en una representación mucho mejor. Pero esto no era, en modo alguno, decisivo. Oír a Wagner, no era para él lo que se llama una representación de ópera, sino una posibilidad de sumirse en aquel estado extraordinario en que caía al escuchar la música de Ricardo Wagner, en aquel olvidarse de sí mismo, en aquel místico país de ensueño, que tan necesario le era para poder resistir las ingentes tensiones de su abrupta naturaleza.

El conjunto y la orquesta de la Ópera Popular estaban a un elevado nivel y destacaban, generalmente, por encima del que estabamos acostumbrados desde Linz. En aquel entonces su director Rainer Simons actuaba, en ocasiones, con su conjunto en la Ópera Imperial. Otra ventaja era, que en la Ópera Popular en el WähringerGürtel podíamos conseguir una butaca por poco dinero y sin tener que hacer una larga cola ante la taquilla. Lo que nos extrañaba de ella era el sobrio estilo «neobjetivo» del edificio, la huera decoración, carente de toda fantasía, que correspondía a una escenificación así mismo huera y sobria. Adolfo llamaba a este teatro la «Cocina popular».

De nuestra asistencia común al teatro en Linz poseíamos nosotros las necesarias condiciones previas para poder gozar en Viena de la obra del inmortal maestro con una incrementada participación. Conocíamos a fondo sus obras, pero no estábamos demasiado bien acostumbrados por lo que se refiere a la escenificación, de forma que en la Ópera Imperial, e incluso también en el modesto teatro de Miringer, teníamos la impresión de que el mundo de Ricardo Wagner se nos revelaba por primera vez.
Valía, ciertamente, la pena ocuparnos ahora a fondo de las obras del maestro de Bayreuth. Algunas de sus operas las hablamos visto ya en Linz; "Lohengrin", ahora como siempre la ópera favorita de Adolfo -¡me parece que durante nuestra estancia común en Viena la vio por lo menos diez veces! - la conocíamos naturalmente de memoria, lo mismo que «Los maestros cantores». De la misma manera que otros hacen sus citas de Goethe y Schiller, nos referíamos nosotros a Wagner. Nuestras citas versaban, con preferencia, sobre «Los maestros cantores». Sabíamos ya que Wagner, en la figura de Hans Sachs quería poner un monumento a su genial amigo Franz Liszt, en tanto que con el Beckmesser ponía en ridículo a su encarnizado enemigo Hanslick. ¡Cuán a menudo citara Adolfo el verso de la tercera escena del segundo acto!

«Y, sin embargo, no puede ser. Lo siento y no puedo comprenderlo. No puedo conservarlo, pero tampoco olvidarlo. Y si lo entiendo todo, no puedo yo medirlo».

Para mi amigo era ésta la única fórmula, eternamente válida, con la que Ricardo Wagner había fustigado la falta de comprensión de sus contemporáneos y que ahora estaba, en cierto modo, como Motto sobre su propio destino, pues el padre, los parientes, los maestros, los profesores habían, ciertamente, «sentido» que el suyo era un caso verdaderamente especial, pero no podían «comprenderlo». Y si los hombres comprendían, finalmente, de lo que se trataba, eran, no obstante, incapaces de poderlo «medir». Como una diaria advertencia, como un consuelo jamás fallido estaban estas líneas ante é1, omnipresentes como la misma imagen del gran maestro, de la que tomaba su aliento en las obscuras horas.
Pero también aquellas óperas de Wagner que no habían sido representadas en Linz las habíamos estudiado a fondo sobre el argumento y la partitura. Así, la Viena wagneriana nos encontraba bien preparados, y era lógico suponer que habríamos de alinearnos sin tardanza entre las filas de sus partidarios, y, allí donde fuera preciso, defender con el mayor celo y entusiasmo la obra del maestro de Bayreuth.

Las impresiones en el Teatro municipal de Linz, que entonces eran para nosotros los puntos culminantes de nuestras vivencias artísticas, pasaron a un segundo término a la vista de la perfecta interpretación de los dramas musicales de Wagner en la Ópera Imperial de Viena, dirigida por Gustav Mahler, como modestas representaciones provincianas, en las que la buena voluntad debía suplir la insuficiencia de los medios. Pero Adolfo no hubiera sido Adolfo si en este caso se hubiera dado por satisfecho con un sentimiento retrospectivo de conmiseración. Amaba a Linz, a la que seguía denominando su patria, aun cuando había perdido a sus padres y en esta ciudad no viviera mas que una sola persona a la que amaba con apasionada devoción - Estefanía-, que no sabía, todavía, cuánto significaba para aquel pálido jovencito que día tras día aguardaba su aparición en la esquina junto a la Schmiedtor. La vida artística de la ciudad de Linz debía elevarse a un nivel que correspondiera, en cierto modo, al nivel de la de Viena. Adolfo puso manos a la obra con impetuosa decisión.

Al despedirse en su día de Linz había puesto grandes esperanzas en la asociación creada para la construcción del nuevo teatro, de la cual se había convertido en un miembro entusiasta. Pero estos bizarros hombres, que se habían unido para dar a Linz un nuevo y digno teatro, hicieron, al parecer, pocos progresos. No se veía ni oía nada de ellos. La impaciencia de Adolfo iba en aumento. Así, pues, se puso él mismo al trabajo. Sentía una

particular alegría de poder utilizar aquellas representativas edificaciones, vistas en la Viena imperial, en su ciudad natal.

La estación, con sus feos talleres, sus anchas vías, la había alejado hacía ya tiempo del cuadro de la ciudad, trasladándola a la Welser Heide o a la zona de la estación de Kleinmünchen. Con ello se hacía posible ampliar el Volksgarten, que debía ser completado con un Jardín Zoológico, un Jardín Botánico y una fuente de aguas luminosas. En medio de este cuidado parque debía levantarse el nuevo edificio de la Ópera en Linz, de menores dimensiones que la Ópera Imperial de Viena, pero equiparable por sus condiciones técnicas. El viejo Teatro Campesino debía convertirse en un teatro para representaciones dramáticas. La Ópera y el Teatro tendrían una dirección común. De los diseños que Adolfo hizo entonces para la nueva Ópera de Linz se han conservado, para mi alegría, aquellos esbozos mencionados ya anteriormente, que en su parte anterior muestran la disposición del salón destinado a los espectadores, y en el reverso las condiciones acústicas, un esbozo que en su acertada manera demuestra hasta qué punto las capacidades artísticas de Adolfo habían mejorado por su estancia en Viena.

Pero Adolfo no se daba con ello por satisfecho. En Linz debía alzarse también un digno local para conciertos. Adolfo diseñó una sala para conciertos, de la que, por desgracia, no se ha conservado ningún dibujo. Recuerdo solamente que esta sala, concebida como un imponente edificio circular, debía levantarse en un principio en la Plaza, delante del Jägermayerwald, exactamente en el lugar donde más tarde se construyó un restaurante. Pero no tardó en abandonar este propósito y se decidió a levantar el auditórium en medio del parque ampliado, para establecer una comunicación más íntima con la ciudad.

Gracias a ello pudo pasar mi amigo por alto las lamentables condiciones de su ciudad natal. Con un placer tanto mayor pudo entregarse a las impresiones artísticas de Viena.

En aquel entonces vimos casi todas las obras de Ricardo Wagner. De manera inolvidable han quedado grabadas en mi memoria «El holandés Errante», «Lohengrin», «Tannhauser», «Tristán e Isolda», «Los maestros cantores de Nuremberg», así como la representación del «Anillo» e incluso del «Parsifal».

Naturalmente, Adolfo asistía también a las representaciones de otras óperas. Pero éstas no significaban para él, con mucho, lo mismo que Wagner. En Linz habíamos presenciado ya un «Fígaro» asombrosamente bueno, dirigido por Auderieth - más tarde Auderieth vino a la Ópera

Imperial de Viena - que llenó a Adolfo de vivo entusiasmo. Recuerdo como en el camino de regreso dijo que el teatro de Línz debería dedicarse en el futuro más bien a las operas que, como el «Fígaro», eran más fáciles de representar. Por el contrario, «La flauta mágica» había fallado en lo que respecta a la escenificación, y el «Cazador furtivo», de Weber, resultó tan malo que Adolfo no quiso ver nunca más esta ópera. En Viena, las cosas eran naturalmente distintas. Aquí pudimos admirar, en su forma más perfecta, no sólo las óperas de Mozart, sino también el «Fidelio», de Beethoven. Aun cuando también los maestros italianos, como Donizetti, Rossini, Bellini y, sobre todo, Verdi, así como Puccini, considerado en aquel entonces como muy moderno, eran sumamente apreciados en Viena y llenaban los teatros, Adolfo no podía acabar de entusiasmarse por la ópera italiana. De Giuseppe Verdi vimos «El baile de máscaras», «Rigoletto» y la «Traviata»; sólo "Aída" despertaba en él algo más de interés. La acción de las óperas italianas las consideraba demasiado inclinadas al efectismo, a la gran presentación. Adolfo rechazaba lo astuto, disimulado e hipócrita como motivo de un drama. En cierta ocasión me dijo:

-¿Qué harían estos italianos si no tuviera una daga?

La música de Verdi le parecía, en cierto modo, un poco pretenciosa, orientada demasiado exclusivamente hacia la melodía. ¡Cuán rico y variado era, por el contrario, el mundo musical de Ricardo Wagner! Cuando, en cierta ocasión, oímos en la Wienzeile a un organillero tocando en su carrito "La donna é mobile", dijo Adolfo:

-¡Ahí tienes a tu Verdi!

Cuando yo le objeté que ningún compositor podía estar libre de la profanación de su obra, me increpó indignado:

-¿Acaso puedes imaginarte la consagración del santo Grial tocada al organillo?

Ni Gounod, cuya «Margarita» calificaba de cursi, ni Tschaikowsky o Smetana le causaban la menor impresión. Su admiración por el mundo legendario germano se interponía, sin la menor duda, en esta admiración. Mi tesis de que la música debía dirigirse a todos los pueblos y naciones, era rotundamente rechazada por Adolfo. Para él sólo valía la manera alemana, la naturaleza alemana, el sentido alemán. Sólo los maestros alemanes tenían valor para él. ¡Cuántas veces me dijo que estaba orgulloso de pertenecer a un pueblo capaz de producir tales maestros! Qué le importaba a él los demás! Porque no quería darles importancia, se persuadía a sí

mismo de que su música no le gustaba. A menudo discutimos sobre este particular.

Pero una y otra vez nos encontrábamos en Ricardo Wagner. En el curso de mi educación musical profesional había adquirido yo nuevos y esenciales aspectos de la creación sinfónica del maestro. Con ello aumentaba mi comprensión, mi compenetración con su música. Adolfo tomaba un vivo interés en este desarrollo de mi capacidad de entendimiento musical. Su entrega y devoción por Wagner tomaba casi la forma de un arrobamiento religioso.

Cuando Adolfo oía la música de Wagner, parecía como transfigurado. Desaparecía de él toda violencia, se volvía tranquilo, dócil, manejable. La inquietud desaparecía de su mirada. Lo que le agitara durante el día se desvanecía en la nada. El propio destino, que gravitaba sobre él de forma tan pesada, se desvanecía. No se sentía ya repudiado por la sociedad humana, como un solitario. Parecía invadirle una embriaguez, un éxtasis. Se dejaba llevar voluntariamente hacia aquel místico mundo, que para él era mucho más importante que el mundo real de cada día. De la hosca y maloliente cárcel de la casa posterior se refugiaba en los plácidos campos de los tiempos germánicos primitivos en los que se encontraba aquel mundo ideal que tenía como suprema meta de sus esfuerzos.

Durante toda su vida permaneció fiel a Ricardo Wagner. Con la consecuencia tan propia de él se apropió en el curso de su existencia la obra del maestro de Bayreuth.

Cuando, treinta años más tarde, volvió a verme, a su amigo que había abandonado como alumno del Conservatorio, estaba convencido de encontrar a un famoso director de orquesta, o, por lo menos, conocido. Cuando yo, un modesto funcionario de la comunidad, estuve más tarde ante Adolfo, que entre tanto se había convertido en el Canciller del Reich, me dijo Hitler:

-¿Se ha convertido usted en un escribiente? ¡Pero si usted es un artista! Ya hablaremos de ello.

Con estas palabras insinuaba que podía ponerme yo al frente de una orquesta.

Rehusé su propuesta con agradecimiento. No me sentía ya capaz de una tarea semejante. Cuando se dio cuenta de que no podía ayudar a su amigo con esta generosa oferta, se acordó de los momentos vividos juntos cuando jóvenes en el Teatro Municipal de Linz y en la Ópera Imperial de Viena,

que había elevado nuestra amistad, de lo cotidiano, a las solemnes esferas de su mundo, y me invitó a acompañarle a Bayreuth.

Yo no hubiera jamás creído que aquellas extraordinarias experiencias artísticas de mi época de estudiante en Viena pudieran ser capaces, todavía, de una superación. Y, sin embargo, así era, pues lo que yo pude vivir en Bayreuth como invitado del antiguo amigo de mi juventud representa la coronación de todo aquello que significaba Ricardo Wagner en mi vida.

ADOLFO ESCRIBE UNA OPERA

Nuestra vida en común en Viena no tardó en mostrar su reverso, debido a los distintos estudios seguidos por Adolfo y por mí. Por las mañanas, mientras yo estaba en la Academia, mi amigo dormía todavía; por las tarde, cuando Adolfo quería trabajar, le molestaba yo con mis ejercicios musicales. Esto daba lugar a frecuentes roces.

¡Conservatorio aquí, Conservatorio allá! ¿Para qué tenía él sus libros? Quería demostrarme que, sin asistir a las clases en el Conservatorio, era capaz de crear, musicalmente, lo mismo que yo, incluso más todavía, pues lo importante no era la sabiduría de los profesores, sino la idea genial. Esta pretensión le llevó a un experimento sumamente peculiar, sobre cuyo valor o inutilidad me siento yo tan indeciso como entonces. Adolfo se redujo a las más elementales posibilidades de la expresión musical. La misma palabra le parecía, para ello, una formación demasiado complicada. Reflexionaba en qué forma podrían unirse los sonidos aislados con determinados tonos, es decir, manifestaciones musicales. Junto a este lenguaje musical balbuceado en forma, por decirlo así, extática, tomó Adolfo determinados colores. El sonido musical y el luminoso color debían convenirse en una unidad y formar la base de lo que en su forma más perfecta se aparecía como la escenografía de la ópera. Yo mismo, imbuido por la seguridad dogmática de todo lo que aprendía en el Conservatorio, rechacé estos intentos con una cierta superioridad, cosa que le molestó profundamente. Durante largo tiempo se ocupó de estos experimentos absolutamente abstractos, quizá porque había confiado en destruir con ello mi engreída superioridad escolar. Recordé nuevamente los intentos de composición de mi amigo, cuando pocos años más tarde un compositor ruso causó alguna sensación en Viena con parecidos experimentos de música y color.

En aquellas semanas escribía Adolfo mucho, sobre todo obras teatrales,

pero también novelas. Permanecía sentado trabajando en su mesa hasta la madrugada, sin que me revelara gran cosa de lo que le ocupaba en el momento. Sólo de vez en cuando arrojaba sobre mi cama algunas hojas llenas de escritura o me leía algunas páginas de las poesías, expresadas en un lenguaje raramente exaltado.

Yo sabía que casi todo lo que escribía tenía su fundamento en Ricardo Wagner, es decir, en el mundo del germanismo. En cierta ocasión, y sin darle la menor importancia, hice una observación de que, tal como había aprendido yo en las conferencias sobre historia de la música, entre los escritos legados por Wagner se había encontrado también un bosquejo para un drama musical sobre "Wieland, el herrero". No se trataba, empero, más que de un breve texto fugazmente esbozado. No existía ninguna clase de bosquejo para la representación escénica. No se conocía tampoco nada sobre la música del tema.

Adolfo buscó inmediatamente en su libro "Dioses y héroes" la leyenda de Wieland y la creyó toda. Cosa extraña. mi amigo no reparó en los motivos de la acción en la leyenda de Wieland, aun cuando el rey Nigur no es impulsado más que por la codicia y la ambición. El anhelo por el oro, muy importante en las leyendas germanas de dioses y héroes, no le indujo tampoco a una actitud negativa o positiva. Que Wieland, por la venganza, mate a sus hijos, viole a su hija, beba en las copas hechas de los cráneos de sus hijos, no le impresionó tampoco. En la misma noche empezó a escribir. Yo estaba convencido de que a la mañana me sorprendería con el borrador de un nuevo drama, "Wieland, el herrero".

Pero las cosas sucedieron de distinta manera. Por la mañana no me enteré de nada. Pero cuando llegué a casa hacia el mediodía, Adolfo, muy en contra de lo usual entre nosotros, estaba sentado ante el piano. La escena que siguió ha quedado fuertemente grabada en mi memoria. Sin ninguna ulterior explicación me recibió con las palabras:

-¡Gustl, estoy componiendo una ópera del "Wieland"!

Me quedé tan sorprendido que no puede dar ninguna respuesta a estas palabras.

Adolfo pareció complacerse de mi asombro y siguió tocando el piano. No puede negarse que algo había aprendido en sus tiempos con el buen Prewratzky. Pero esto no bastaba para interpretar al piano tal como yo lo entendía.

Cuando me hube repuesto de mi sorpresa, le pregunté a Adolfo cómo se imaginaba una cosa parecida.
-Muy sencillo, yo compondré y tú anotarás.

En todos sus planes, proyectos y pensamientos se movía Adolfo siempre, más o menos, fuera de las habituales normas. Hacía tiempo que me había acostumbrado yo a ello. Pero como ahora se trataba de mi propia especialidad, de la música, no podía seguirle tan fácilmente. A pesar de reconocer sus indudables dotes musicales, no era Adolfo ningún músico, ni siquiera un instrumentista. No tenía ni la menor idea de la teoría de la música. ¿Cómo había de serle posible componer una ópera?
Sé, solamente, que me consideró en cierto modo molesto en mi sensibilidad de alumno del Conservatorio, y sin muchas palabras salí de la habitación. En un pequeño café de las cercanías escribí luego mis deberes.
Al parecer, mi conducta no había herido lo más mínimo la confianza en sí mismo de mi amigo, pues cuando regresé a casa después de mis ejercicios de todas las tardes, me explicó Adolfo, algo más tranquilo:
-¡El preludio está ya terminado, escúchalo!

Y después tocó, en el piano, de memoria, lo que había imaginado como preludio para su ópera.

Naturalmente, no tengo ya el menor recuerdo de aquella música. Pero una cosa ha quedado grabada en mi cerebro. Se trataba de una especie de subrayado de la palabra hablada con elementos musicales naturales, para los que pensaba utilizar también instrumentos antiguos. Como sea que esto habría de sonar de manera completamente inarmónica, se decidió mi amigo a utilizar para ello una moderna orquesta sinfónica, reforzada por tubas Wagner. De todas formas, era una música que tenía pies y cabeza. Los distintos pensamientos musicales tenían contenido y sentido. Es posible que el conjunto pareciera tan primitivo tan sólo porque Adolfo no podía tocar mejor, es decir, no podía expresar sus pensamientos con mayor claridad.

Como no podía por menos de ser, la composición estaba influida de manera absoluta por el mundo musical de Ricardo Wagner. Todo el preludio consistía en una sucesión de temas aislados. Adolfo no había sabido qué hacer con los temas mismos, por acertados que éstos fueran: ¿De dónde debía sacar estos conocimientos? Para ello carecía de todo fundamento.
Cuando Adolfo hubo acabado de tocar, me preguntó impaciente mi parecer. Muchas veces había tenido yo ocasión de comprobar en cuánta estima tenía

Adolfo mi juicio, y lo que en cuestiones musicales significaba para él un elogio de parte mía. Pero, esta vez, la cosa no era tan fácil.

El tema musical fundamental sonaba muy bien, le contesté yo, pero tenía que comprender que sólo con estos temas era imposible escribir una ópera. Y me manifesté dispuesto a facilitarle el necesario equipo teórico. Entonces se indignó.

-¡Yo no estoy loco!-me gritó-, ¿para qué te tengo a ti? Primeramente llevarás exactamente el papel lo que yo te apuntaré al piano.

Conocía muy bien esta manera de hablar de mi amigo y sabía que no podía permitirme contradecirle. Así, pues, escribí lo mejor que pude lo que Adolfo había tocado al piano. Pero era ya muy tarde. La señora Zakreys llamó, llena de impaciencia, a la pared. Adolfo hubo de dejar el piano. A la mañana siguiente, salí muy temprano de casa. Debía asistir a las clases de contrapunto y teoría. Cuando regresé a casa, hacia el mediodía, me reprochó Adolfo haberme "escapado en medio del trabajo de su ópera". Me había preparado ya el papel pautado y empezó al momento a tocar de nuevo el piano. Como sea que Adolfo no se atenía a ningún compás ni a un tono unitario, era difícil escribir lo que oía. Ante todo, traté de exponerle que debía atenerse a un compás determinado; entonces me increpó:

- ¿Soy yo el compositor o tú?

Mi tarea debía consistir, simplemente, en llevar al papel sus ideas musicales y pensamientos.

Le rogué empezara de nuevo desde el principio. Así lo hizo, y yo registré las notas. De todas formas, pudimos realizar excelentes progresos. Pero a Adolfo le parecía que íbamos demasiado poco aprisa. Yo le dije que primero quería tocar yo mismo al piano lo anotado hasta entonces. Se manifestó de acuerdo con ello. Me senté al piano, y le tocó el turno a él de escuchar.

Cosa curiosa, lo que yo tocaba me gustó más a mí que a él, probablemente porque él llevaba en su cabeza una idea musical muy concreta, que no coincidía ni con su imperfecta ejecución ni con lo por mi anotado y mi propia ejecución. A pesar de ello trabajamos varios días, mejor dicho, noches, solamente en este preludio. Yo tenía que llevar todo el estudio a una forma métrica útil. Pero siempre que yo lo ejecutaba se mostraba Adolfo descontento. En el curso de su composición se presentaban períodos en los que cambiaba la medida simplemente de raya a raya de compás.

Conseguí convencer a Adolfo de que esto era imposible. Pero tan pronto como yo intentaba llevar el periodo en cuestión a un compás único, mi amigo se enojaba.

Hoy puedo comprender lo que en aquellas noches de intensa labor le llevaba al borde de la desesperación y que afectaba grandemente a nuestra amistad. Él llevaba este preludio en su interior como una composición terminada, exactamente de la misma manera como llevaba también en sí, terminado por completo, el proyecto para un puente o un sala de conciertos, aun antes de coger siquiera el lápiz. Pero así como el lápiz le obedecía fielmente, de manera que podía dar directamente forma a la idea, hasta que, finalmente, tenía el dibujo terminado, en el campo de la música le fallaba esta mediación. El intento de intercalarme a mí como mediador hacía aún más complicado todo este asunto, pues mis ortodoxos conocimientos se interponían en el camino de su intuición. Tener una idea en la cabeza, una idea musical, que le parecía tan osada como trascendente, y no poder, a pesar de ello, retenerla, podía llevarle a la más cruel desesperación Eran éstos los momentos en que a pesar de su marcada confianza en sí mismo llegaba a dudar de su vocación.
Sin embargo, no tardaba en encontrar un camino para escapar al calamitoso entre el apasionado deseo y la insuficiencia de los conocimientos. Este camino era tan genial como original: quería componer su ópera de tal manera, me declaró con decisión, que correspondiera a las posibilidades de expresión musicales de la época en que tenía lugar la acción, es decir, en los tiempos primitivos de la historia germánica. Quise objetarle que en esta clase de entonación también los oyentes, para poder gozar realmente de la ópera, deberían ser germanos de los tiempos primitivos, y no seres del siglo veinte. Pero no pude acabar de decidirme a mi objeción, pues Adolfo se había ya lanzado, con ardiente ímpetu, hacía esta nueva solución. No llegué siquiera a intentar disuadirle de este intento, imposible desde un punto de vista musical, a mi entender. Además, es probable que él me hubiera acabado convenciendo de la viabilidad de esta solución, demostrándome que las gentes de nuestro siglo deberían aprender, ante todo, a oír de nuevo correctamente...

Él quería saber qué es lo que se había conservado de la música de los germanos.

-Nada- contesté yo brevemente -, con excepción de los instrumentos.

-¿Y cuáles son éstos?

Le expliqué que se habían encontrado tambores y matracas. En ciertos

lugares de Suecia y Dinamarca se encontraron también ciertos instrumentos parecidos a flautas, fabricados de huesos. Los investigadores habían conseguido, incluso, recomponer estas curiosas flautas, produciendo en ellas algunos sonidos no muy musicales. Los luren eran, no obstante, los más importantes, Eran éstos unos instrumentos de bronce, de unos dos metros de largo y curvados en forma de cuerno. Lo más probable es que fueran utilizados simplemente como cuernos para dar señales y poderse comunicar de lugar a lugar. Su sonido ronco, parecido al del trombón, no podía apenas ser calificado como musical.

Yo creí que mis observaciones, seguidas por él con gran atención, bastarían para disuadirle de su propósito, pues con matracas, tambores, flautas de huesos y luren no podía, ciertamente, instrumentarse una ópera. Pero me había engañado. Llevó la conversación a los bardos, que acompañaban sus cantos con instrumentos musicales. ¿Cuáles eran estos instrumentos? Instrumentos parecidos a arpas, tuve que reconocer yo. Me había olvidado, realmente, de ellos.

Debería ser posible, prosiguió Adolfo, deducir de los instrumentos utilizados por las tribus germánicas la clase de música ejecutada. Los conocimientos adquiridos durante mis estudios podían mostrar ahora su valor.

-Ya se ha hecho - le informé yo-, y se ha demostrado que la música de los germanos, contrariamente a la música puramente lineal de los pueblos mediterráneos, era vertical, es decir, estaba clasificada según sus acordes. En esta estructuración vertical existía, probablemente, una especie de armonía, quizá, incluso, un presentimiento del tono mayor y menor. Naturalmente, todo esto no son más que suposiciones científicas, las llamadas hipótesis...

No se necesitaba más para incitar a mi amigo a componer durante noches enteras. Me sorprendía continuamente con nuevas ideas y ocurrencias. Apenas si era posible anotar esta música percibida primitivamente, que no encajaba en ningún esquema. Puesto que la leyenda el Herrero, que ensanchó y amplió de manera sumamente arbitraria, era rica en momentos dramáticos, se requería una rica escala de emociones del sentimiento, que debía ser traducida a lo musical. Para conseguir una impresión en cierto modo "audible", me había sido posible convencer finalmente a Adolfo para que renunciara al empleo en su orquesta de los instrumentos originales encontrados en las tumbas de los germanos, empleando en lugar de ellos, modernos instrumentos de la misma especie. Me sentí satisfecho cuando,

de esta manera, después de muchas noches de trabajo, quedaron terminados los temas necesarios para la puesta en música de la ópera.

A continuación determinamos el número de las personas que debían intervenir en la acción, de las cuales hasta entonces sólo Wölund, o, como se le llama en el mundo de leyendas germano, Wieland, el héroe de nuestra ópera, había adquirido unos concretos contornos. Toda la acción fue dividida después por Adolfo en actos, en apariciones y escenas. Simultáneamente bocetaba el escenario, dibujaba el vestuario y bosquejaba con carbón a los héroes de la acción con las alas pegadas a sus espaldas. Cuando mi amigo no pudo seguir adelante con el texto, le propuse terminar, ante todo, el preludio. Después de varias discusiones, bastante acaloradas, aceptó Adolfo mi proposición. Yo le ayudé cuanto pude, de forma que el preludio adquirió forma. Adolfo me rogó copiara con tinta las anotaciones hechas con lápiz. Así lo hice. Sin embargo, rechazó enérgicamente mi proposición de instrumentar la composición y hacerla interpretar, a la primera ocasión favorable, por alguna orquesta. Se negó a incluir el preludio entre la música de entretenimiento, y no quiso saber tampoco nada de un «público» más que dudoso. Y, sin embargo, trabajaba tan febrilmente en su obra como si un impaciente director de ópera le hubiera fijado un plazo demasiado próximo y le arrebatara de las manos el manuscrito aun sin terminar.

Adolfo escribía sin cesar, y yo trabajaba en la puesta en música. Cuando, vencido por el cansancio, me dormía, era despertado con rudeza del sueño por Adolfo. Apenas había abierto los ojos, se acercaba, el manuscrito en la mano, y me leía lo que había escrito con rápidas palabras, atropelladas por la excitación. Tenía que hablar en voz baja, pues había pasado la medianoche. La necesidad de atemperar sus enérgicas palabras, aun cuando la escena que describía en sus versos tenía lugar con volcánica pasión, comunicaba un extraño tono a su voz, preñada de pasión. Hacía tiempo que conocía yo este estado, cuando se sentía apresado sin remisión por una tarea fijada por él a sí mismo y que le forzaba a una incontenible actividad. Se abatía sobre él como algo demoniaco. Podía olvidar todo cuanto estaba a su alrededor. No se sentía jamás cansado; en tales noches no cabía el sueño para él. No comía, apenas si bebía. A lo sumo alargaba de vez en cuando la mano hacia la botella de leche colocada en la ventana para hacer un rápido trago en ella, seguramente sin saberlo siquiera, hasta tal punto estaba absorbido por lo que llevaba entre manos. Pero jamás había podido comprobar en él una labor creadora tan extática. ¿Adónde le llevaba esto? Derrochaba sus fuerzas, sus disposiciones y capacidades, sin que éstas le fueran de ninguna utilidad práctica ni que, por lo menos, por decirlo así, como compensación le hicieran más llevadera la vida. ¿Cuánto tiempo

podría resistir su debilitado cuerpo, tan sensible ante la enfermedad, este excesivo trabajo?

Yo me forzaba a mí mismo a mantenerme despierto y escucharle. Ninguna de las preguntas que me llenaban de preocupación por él salieron jamás de mis labios. Hubiera sido fácil para mi aprovechar alguna de las frecuentes discusiones para separarme de él. En el Conservatorio me hubieran ayudado con gusto a encontrar otra habitación. ¿Por qué no lo hacía? Yo mismo me había dicho a menudo que esta extraña amistad no hacia ningún bien a mis estudios. ¿Cuánto tiempo, cuántas energías me costaban estas innecesarias y nocturnas tareas de mi amigo? ¿Por qué no me separaba yo de él? Porque sentía nostalgia, es cierto, esto debía confesármelo a mí mismo, y porque Adolfo significaba para mi un pedazo de mi patria chica. Pero, a fin de cuentas, la nostalgia es algo que un joven de veinte años puede superar fácilmente. ¿Qué era, pues? ¿Qué era lo que me retenía a su lado?

Hablando con franqueza, eran justamente las horas tales como las que ahora vivía, las que me unían más fuertemente a mi amigo. Sabía bien lo que, por lo general, incitaba a los jóvenes de mi misma edad: amores, fáciles placeres, ociosas musiquitas y unido a todo ello, un gran número de pensamientos intrascendentes y vacíos. Adolfo era justamente lo contrario de ello. En él había una inaudita gravedad, una meticulosidad, un verdadero y apasionado interés por todo lo que le rodeaba y, lo que más me atraía de él y lo que le devolvía de nuevo el equilibrio, después de horas en las que se había extasiado por completo, era su entrega sin reservas a lo bello, lo elevado, lo grande en el arte. A cambio, aceptaba un par de noches sin sueño, así como aquellas discusiones más o menos acaloradas, a las que me había habituado ya, en cierto modo, con mi modo de ser tranquilo y razonable.

Recuerdo todavía que algunas escenas particularmente sugestivas de la ópera me persiguieron durante semanas enteras en mis sueños. Tan sólo algunas imágenes bosquejadas por Adolfo han quedado grabadas en mi imaginación. Como el trabajo con la pluma y el lápiz le parecía demasiado lento, dibujaba con carbón. Con un par de trazos rápidos y audaces bosquejaba el escenario. Después, estudiábamos la escena que debía tener lugar en él: primero salía Wieland de la derecha; después, de la izquierda, su hermano Egil, y del fondo aparecía el segundo hermano, Slaghid.
Aún me parece tener ante mí el Wolfssee, junto al cual se desarrollaba la primera escena de la opera. Del Edda, un libro que le era sagrado, conocía Islandia la ruda isla del Norte, en la que los elementos de los que fuera creado el mundo se presentaban con el mismo rigor como en los días de la

creación, La furiosa tormenta, la desnuda y fría roca, el blanco hielo de los glaciares, el ardiente fuego de los volcanes. En ella situaba la escena de su ópera, pues allá se encontraba, también, la naturaleza misma aun en aquel estado de apasionada agitación que late bajo los impulsos y acciones de los dioses y de los hombres. Allí, por consiguiente, se extendía el Wolfssee, a cuyas orillas pescaba Wieland con sus hermanos, cuando una mañana tres ligeras nubes se levantaron ante el viento y avanzaron hacia los hombres. Eran tres walkirias vestidas de refulgente coraza y resplandeciente yelmo. Llevaban blancas y ondulantes túnicas, ropajes mágicos.; que les permitían volar por los aires. Recuerdo cuántos dolores de cabeza nos proporcionaron estas walkirias volantes, a las que Adolfo no quería en modo alguno renunciar. En nuestra ópera, según pude comprobar, se «volaba» demasiado. El mismo Wieland debía forjarse en el último acto unas alas, con las que luego se eleva por los aires, un vuelo con las alas metálicas, que, además, debía realizarse de manera muy fácil, casi como en un juego, para que no cupiera ninguna duda de la bondad de su trabajo. Para nosotros, como los creadores de esta ópera, un problema técnico más, que atraía a Adolfo especialmente quizá porque justamente en aquel entonces los primeros seres humanos, Lilienthal, los hermanos Wright, Farman, Bleriot, se habían levantado del suelo con aparatos «más pesados que el aire». Las «walkirias volantes» se casaban luego con Wieland, Egil y Slaghid. Poderosas luras llamaban a los vecinos, y junto al Wolfssee se celebraban los esponsales.

Nos llevaría muy lejos describir los distintos episodios a base de la vieja leyenda, aun cuando tengo aún ante los ojos, con gran claridad, diversas escenas del escenario. Pero no me atrevo ya a decir, si en esta o aquella nos atuvimos al contenido de la leyenda, o si nos alejamos de ella. Pero he conservado viva la impresión de conjunto de unas escenas impulsadas por las pasiones desencadenadas, expresadas en versos que clamaban implacablemente al corazón, llevadas por una música primitiva, también implacable.

No sé lo que fue más tarde de nuestra opera. Un día hubo de enfrentarse mi amigo con nuevos problemas, más importantes, que debían ser resueltos sin demora, y como también Adolfo, a pesar de su inmensa capacidad para el trabajo, no tenía más que dos manos, como todos, hubo de posponer el trabajo en esta ópera, aunque no se encontraba siquiera en su mitad. Hablaba cada vez menos de ella, hasta silenciarla por completo. Tal vez hubiera comprendido, entre tanto, la inutilidad de sus esfuerzos. Yo, sin embargo, que desde un principio había comprendido que no podríamos llevar a buen término estos intentos de componer una ópera, procuraba no

hablarle de ella. «Wieland el Herrero», la ópera de Adolfo, no pasó de un fragmento.

LA «ORQUESTA MÓVIL» DEL REICH

El interés de mi amigo por la música experimentó una satisfactoria expansión en suelos de Viena. En tanto que hasta ahora se había interesado solamente por la ópera, empezó a sentir un interés creciente por los conciertos. Es cierto que Adolfo asistía ya en Linz a los conciertos dados por la orquesta sinfónica de la asociación musical. En aquellos años es posible que asistiera, en total, a unos seis o siete conciertos bajo la dirección de August Göllerich. Pero su interés se centraba menos en lo ofrecido en estos conciertos que a mi propia persona. Yo actuaba en aquel entonces en la orquesta, hecho que despertó el mayor orgullo en Adolfo. Es posible que no me creyera capaz de llevar a cabo una tarea tan difícil, y más aún en público, dado mi carácter tranquilo y prudente, y se sentía cada vez lleno de ansiedad por ver cómo acabaría la cosa para mí. De todas formas, recuerdo como después de estas representaciones hablaba más de mí que del concierto mismo.
En Viena eran distintas las cosas. A ello contribuía también una circunstancia externa. En el Conservatorio me facilitaban cada semana dos o incluso tres entradas gratuitas. Adolfo recibía cada vez una de ellas, a menudo incluso dos o todas las tres, cuando mis clases nocturnas me impedían asistir al concierto. Como estas entradas eran siempre para buenas localidades, el asistir a estas representaciones no era tan fatigoso como en la Ópera Imperial.

En el curso de las conversaciones que seguían a estos conciertos, pude darme cuenta, con gran sorpresa, de que Adolfo empezaba a interesarse cada vez más por la música sinfónica. Esto me llenó de alegría, porque con ello se nos abría un nuevo campo de gustos comunes.

El director de la orquesta en el Conservatorio, Gustav Gutheil, dirigía también los conciertos de la Asociación Vienesa de Conciertos. No obstante, nosotros teníamos en gran estima a Ferdinand Loewe, el director del Conservatorio, que en algunas ocasiones tomaba también bajo su batuta a la Filarmónica de Viena.

La vida musical de Viena en aquel tiempo estaba todavía por entero bajo el signo de la acalorada discusión entre Brahms y Bruckner, aun cuando ambos maestros hablan muerto hacía más de un decenio. También Eduard

Hanslick, el temido crítico musical vienés, al que conocíamos simplemente por "Pelvímetro", había muerto. Pero su lamentable obra podía percibirse todavía con claridad. Hanslick, que era nuestro enemigo declarado debido a que se había cebado en la forma más violenta y, en parte, con medios poco objetivos y decentes contra Ricardo Wagner, se había alineado sin reservas entre los amigos de Brahms, combatiendo furiosamente a Anton Bruckner. Por el contrario, Bruckner tenía en Ferdinand Loewe un genial defensor. También Franz Schalk, que más tarde fue director de la Ópera de Viena, se mostraba decidido partidario de Bruckner.

No nos fue difícil a nosotros dos tomar partido en esta encarnizada discusión. Yo amaba mucho a Bruckner, y también Adolfo se sentía conmovido y atraído por sus sinfonías. Además, Bruckner era paisano nuestro. Con su obra defendíamos también un pedazo de nuestra patria. De todas formas, esa no era razón para que nosotros negáramos a Brahms. En esta lucha nos sentíamos como representantes de la joven generación, mostrábamos nuestro respeto por ambos maestros y sonreíamos del exagerado celo de los mayores, a nuestro modo de pensar completamente desplazado de lugar. Adolfo aun llegó más lejos en su adoración. Así como Ricardo Wagner, afirmaba él, había hecho de Bayreuth el lugar de sus más impresionantes obras, Linz tenía que hacerse cargo de la obra de Anton Bruckner. El Auditórium de Linz, cuyos trazos acababa de proyectar Adolfo, debía ser consagrado a su memoria.

Además de las grandes sinfonías de los maestros clásicos Adolfo escuchaba también con placer la música de los románticos: Carl María von Weber, Franz Schubert, Félix MandelssohnBartholdy y Robert Schumann. Lamentaba grandemente que Ricardo Wagner trabajara solamente para la escena y no con la misma fecundidad también para la sala de conciertos, por cuyo motivo solían escucharse por lo general tan sólo los preludios de sus distintas óperas.

No debo olvidar a Eduard Grieg, a quien Adolfo amaba con especial predilección, y cuyo concierto en la menor le encantaba siempre de nuevo.
Por lo demás, sin embargo, Adolfo no tenía en particular estima instrumental. Pero había algunos conciertos de solistas, a los que no faltaba nunca, como los conciertos para piano y violín de Beethoven, el concierto para violín de Mendelssohn en la menor, y, sobre todo, el concierto para piano en la menor de Schumann, que provocaba en él un verdadero entusiasmo.

Sin embargo, algo en esta frecuente asistencia a los conciertos no daba reposo a Adolfo. Durante largo tiempo no pude comprobar de qué se

trataba. Cualquier otro joven hubiera hallado placer en los conciertos. Pero no sucedía lo mismo con mi amigo.

Ahí estaba él, sentado en su localidad gratuita en la sala de conciertos, escuchando con arrobo el maravilloso concierto en la mayor de Beethoven, y se sentía feliz y satisfecho. Pero contaba la gente presente en la sala que podía escuchar estos conciertos, eran tal vez cuatrocientos o quinientos. ¿Y qué significaba este reducido número, frente a los miles que no podían escucharla? No cabe duda de que no sólo entre los estudiantes, sino también entre los artesanos, los obreros, había muchos que se sentirían tan felices como él, si pudieran sentarse también en la sala de conciertos en una localidad gratuita o fácil de adquirir, para poder escuchar esta música inmortal. Y no había que pensar solamente en Viena, pues en Viena los amantes de la música podían asistir aun con relativa facilidad a los conciertos. Pero fuera de Viena, en los pequeños lugares, las ciudades de la provincia. Él mismo había podido comprobar en Linz cuán míseras eran las reuniones y actos culturales en estos lugares. Todo esto tenía que cambiar. Esto no podía conseguirse tampoco por el sistema de localidades gratuitas, por mucho que él se beneficiara de esta ventaja. Así pues, era preciso encontrar aquí una solución de una vez para siempre.
Estos pensamientos eran típicos en Adolfo. No podía suceder nada a su alrededor que no fuera elevado por él a la categoría de generalidad. Incluso las experiencias puramente artísticas, que, como los asistentes a los conciertos, no incitaban a las demás personas más que a una percepción pasiva, despertaban en él una activa participación, y se convertían en un problema que incumbía a todos, pues en el «Estado ideal», tal como él lo soñaba en aquel entonces, nada podía ni debía ser a nadie indiferente. El «embate de la revolución» debía abrir ampliamente las puertas del arte, que basta entonces habían permanecido cerradas para tantos. "¡Reforma social" también en el campo del goce artístico!

En aquellos años es seguro que muchos jóvenes pensaban como él. La protesta contra los privilegios de ciertas clases sociales en la esfera del arte, no se dejaba oír sólo aisladamente, por el contrario. En aquel entonces no sólo existían fanáticos combatientes que aspiraban a llevar el arte al pueblo, sino también asociaciones, organizaciones e instituciones que tendían al mismo fin y con evidentes éxitos. Única en su género era, no obstante, la forma en que mi amigo quería superar esta falsa situación. En tanto que otros se contentaban con medios más modestos y se daban por satisfechos si podían acercarse paso a paso a la meta, Adolfo saltaba por encima del presente, con sus bien intencionados, pero insuficientes recursos, y aspiraba a una solución total, no importa cuándo y dónde podía ésta ser realizada.

Para él se había convertido en realidad en el mismo instante en que la idea dominante había sido expresada por primera vez.

Otro rasgo típico en él: no se limitaba a presentar simplemente esta idea, sino que inmediatamente empezaba a estudiarla en todos sus detalles, de la misma manera como si hubiera sido encargado de ello por un "mando superior". Este proyecto, elaborado hasta en sus menores detalles, substituía en él, en cierto modo, la realización práctica. Una vez la idea había sido meditada de manera consecuente hasta el final, organizada por él hasta en sus mínimos detalles, no se requería ya más que una orden para convertirla en realidad. Naturalmente, esta orden no fue jamás expresada durante nuestra amistad, razón por la cual, en lo más íntimo de mi ser, tenía yo a Adolfo por un iluso, aun cuando me había convencido plenamente de la "razón" de sus reflexiones. No obstante, ya entonces creía él firmemente que algún día podría dar por sí mismo esta orden, por la que los cientos y miles de diversos planes y proyectos, que para él estaban ya, por así decirlo, al alcance de la mano, podrían ser finalmente realizados. De todas formas, él hablaba sólo raras veces de ello, y solamente a mí, porque sabía que yo creía en él. Muy a menudo tuve ocasión de comprobar cómo, en tales instantes, cuando una idea determinada había hecho presa en él y con su concienzudo y objetivo trabajo llegaba a un punto, en el que quien le escuchaba debía preguntar: «Todo está muy bien y es muy bonito, pero ¿quién podrá pagar todo esto?»

Ya en Linz debía plantearme a menudo esta pregunta, y a menudo también descuidadamente, sólo porque se cruzaba en mi camino. No tenía el menor sentido silenciar lo más importante. En Viena me había vuelto algo más cauteloso. Y evitaba preguntar demasiado claramente por los costes o el dinero que sería preciso para sus proyectos. También las respuestas que Adolfo daba a estas preguntas, tan innecesarias para él, eran distintas. En Linz, la respuesta clásica fue "¡El Reich!", respuesta que, a mi modo de ver, no lo era realmente. En Viena, la respuesta, algo más objetiva, fue: "¡Para ello habrá que acudir a los financieros!". Sin embargo, podía suceder también que me contestara más rudamente:

-A ti no se te preguntará siquiera por ello - me decía entonces, o más brevemente todavía-: Haz el favor de dejar esto de mi cuenta.

El primer síntoma en el que podía comprobar en cada caso que se ocupaba en una idea determinada, era una palabra peculiar que surgía por primera vez en sus discursos o en nuestros debates, una forma de expresión jamás utilizada por él hasta entonces. Mientras no acababa de ver todavía claramente qué es lo que se proponía con esta idea, cambiaba de manera

correspondiente la denominación con la que quería resumir su plan. Así, en las semanas de su frecuente asistencia a los conciertos, se refería solamente a «esta orquesta, que recorre la provincia». Yo llegué a pensar que en Viena existía realmente tal orquesta. Así, pues, Adolfo hablaba de una institución realmente existente. Pero luego descubrí que esta "orquesta mobile", según la llamaba ahora, porque la palabra "viajar" le sonaba demasiado a cómicos de la legua, no existía más que en su fantasía. Como Adolfo no se contentaba jamás con soluciones a medias, no tardó en convertirse en la «Orquesta mobile del Reich». Recuerdo aún exactamente, que Adolfo, al final de nuestro común planeo de esta institución por él creada, estaba tan entusiasmado que proyectaba organizar sucesivamente hasta diez de tales orquestas y ponerlas en camino, para hacer llegar hasta el rincón más olvidado del Reich el concierto en la mayor de Beethoven y otras creaciones únicas por el estilo.

Cuando una noche empezó a hablar con su apremiante manera habitual, por primera vez con más detalle acerca de esta orquesta, le pregunté yo admirado, cómo es que se ocupaba ahora justamente de organizaciones musicales ¿Acaso no quería él ser arquitecto? La respuesta fue breve y concisa:
-Porque actualmente te tengo a mi lado.
Con ello quería decir que, en tanto yo estuviera a su lado, le sería en todo momento posible aprovechar mi consejo y mis conocimientos como futuro director de orquesta. Naturalmente esto me halagó. Pero cuando me aventuré un poco más lejos con mis preguntas y lleno de esperanza le pregunté a quién quería confiar la dirección de esta orquesta, adivinó al instante intención, se echó a reír y exclamó con ironía:

-¡A ti no, con toda seguridad!

Sin embargo, recuperando su seriedad, añadió que en caso necesario quería considerar realmente mi vocación como director de orquesta en la "Orquesta mobile del Reich". Yo me sentí, no obstante, ofendido y le contesté que renunciaba al honor, pero un mi intención era ser director de una orquesta real y existente y no simplemente de una orquesta más que dudosa creada en su simple fantasía. Esto bastó para desencadenar en él un acceso de cólera. No toleraba jamás que se dudara de la realización de sus ideas.

-¡Estarás contento todavía si te pongo en un sitio así! - vociferó dirigiéndose a mí.

Después de esta obertura ejecutada con tanto temperamento podía ya

empezar la "representación" misma. He conservado en mi memoria todos los detalles de nuestra "Orquesta móvil del Reich" con mucho más exactitud que muchos de sus otros planes de los cuales Adolfo tenía llena la cabeza, porque en este caso se trataba de mi propia especialidad Naturalmente, en esta ocasión podía hacerle saber mi parecer con más frecuencia que de costumbre, incluso más que en sus intentos de completar los dramas musicales de Wagner con su nueva ópera "Wieland el Herrero". Con cuanta minuciosidad nos pusimos a nuestra tarea puede deducirse del hecho de que a la noche siguiente nos enzarzamos en una acalorada discusión por causa del arpa cromática. Naturalmente la "Orquesta mobile del Reich" necesitaba también un arpa cromática. Pero Adolfo quería introducir nada menos que tres de estos costosos instrumentos tan difíciles de transportar además.

-¿Para qué? - le objeté yo-; un director de orquesta hábil tendrá ya suficiente con una sola arpa cromática.

-Ridículo- me atajó Adolfo iracundo-, ¿cómo pretendes ejecutar el "Fuego mágico", si no tienes más que una sola arpa en tu orquesta?
-En este caso no se incluirá el "Fuego mágico" en el programa - repliqué yo.

-Naturalmente que se incluirá en el programa - se obstinó Adolfo.

Yo hice el último intento para llegar a una solución razonable.

-Recuerda que un arpa cromática cuesta dieciocho mil florines.

Confiaba que esto le disuadiría de su punto de vista tan tenazmente defendido. Pero me había equivocado.

-jBah, el dinero! -exclamó.

Y con ello quedó terminado el asunto. La "Orquesta móvil del Reich" sería provista de tres arpas cromáticas.

Cuando pienso con cuánto celo y pasión discutíamos en aquel entonces por cosas que no existían más que en nuestra imaginación, no puedo por menos que sonreír. Y, sin embargo, ¡qué tiempos más maravillosos aquellos en que nos apasionábamos más por las vagas creaciones de nuestra fantasía que por la realidad de nuestra vida cotidiana y que con nuestras cabezas acaloradas y henchidos corazones nos sumíamos en un mundo imaginario, en el que no éramos ya unos estudiantes pobres e insignificantes, sino

grandes e importantes personalidades! Me llenaba de admiración comprobar la inaudita capacidad imaginativa con que mi amigo sabía acomodarse a este mundo fantástico, mucho mejor que en el mundo real que le rodeaba. Pero yo no podía sospechar, naturalmente, que lo que para mí no era más que un ocioso juego de la fantasía o un devaneo romántico, para él significaba mucho.

La idea que se ocultaba en el fondo de esta "Orquesta móvil del Reich" no era difícil de adivinar; también yo había meditado muchas veces sobre este particular. Las grandes orquestas, capaces de las más bellas y perfectas ejecuciones, pueden existir solamente en las grandes capitales, como en Viena, Berlín, Munich, Amsterdam, Milán, Nueva York, pues sólo en ellos cabe la posibilidad de elegir músicos solistas de primera categoría entre el infinito número de los que practican la música. La consecuencia de ello es que sólo los habitantes de las grandes ciudades pueden participar directamente de las impecables ejecuciones de estas orquestas. Y, sin embargo, también entre los habitantes de la tierra llana, de las ciudades pequeñas y medias se encuentra el entusiasmo por lo bello, sensibilidad por la música ejecutada de manera perfecta, y, a menudo, la capacidad y disposiciones artísticas de estas personas es superior a la de los habitantes de las grandes ciudades, distraídos, acosados y en cierto modo embotados por el gran número de impresiones que les rodea.

La solución encontrada por Adolfo era tan genial como sencilla: se forma una orquesta bajo la dirección de un capacitado director, capaz de ejecutar de manera perfecta obras clásicas, románticas y modernas de música sinfónica. Esta orquesta es enviada a recorrer el país de acuerdo con un plan previamente determinado.

Adolfo me preguntó qué dimensiones debería tener esta orquesta en mi opinión. El simple hecho de que se aconsejara conmigo y no en sus libros, me llenó de orgullo. Además, me sentía aludido como su futuro director. Éste era, pues, mi verdadero elemento. Recuerdo todavía cómo estructuramos esta orquesta sobre el piano - la mesa era demasiado pequeña para ello-: los instrumentos de cuerda, los de madera, los metálicos, la batería, cómo Adolfo quería enterarse de hasta los mínimos detalles, cómo se hacía explicar las peculiaridades Y características de la instrumentación de las obras sinfónicas, para no pasarse nada por alto y perfeccionar la orquesta en todos los sentidos. Esto era lo enigmático, lo extraordinario en él, este contraste inexplicable para mí: dejar desbordarse su fantasía y comprobar a la vez aun en sus mínimos detalles y peculiaridades una cosa.

A pesar de que todo este proyecto no pasara de deseo y voluntad, los detalles debían ser fijados con toda la minuciosidad imaginable. Era ya más de la medianoche cuando terminamos nuestro trabajo.

La orquesta formada por nosotros se componía finalmente de cien personas, un numero respetable, que podía competir sin duda con el de las otras grandes orquestas. El problema siguiente fue el de su equipo. Adolfo se sintió asombrado cuando yo le expuse el material necesario, no sólo instrumentos de primera clase, cuyo cuidadoso transporte debía garantizarse - lo mejor sería concertar para ello un seguro total-, sino también un abundante archivo para partituras, amén de los atriles, sillas, etc. Comprendió finalmente que un violonchelista no podía sentarse cada noche en una silla distinta. Después me encargó que me informara más detalladamente de este particular en la secretaría de la asociación de la orquesta, así mismo en el sindicato de músicos, acerca del contrato de los mismos y le preparara luego un presupuesto. Esto me pareció un encargo ciertamente cómico. ¡Mi amigo que en realidad quería ser arquitecto, me manda a mí, que quiero ser director de orquesta, a la asociación de orquestas, para buscar allí una información para él! La suma fijada en el presupuesto la pasó por alto con un gesto despreciativo de la mano. Recuerdo, todavía, cuánto nos apasionó el problema de un traje uniforme de los componentes de la orquesta. Naturalmente, la orquesta debía ofrecer una vista agradable. Yo le propuse una decente uniformidad. Adolfo estaba en contra. Nos decidimos por unos trajes obscuros y elegantes, pero en modo alguno llamativos.

Un problema difícil seguía siendo el transporte de la orquesta, pues había lugares difíciles de alcanzar con el ferrocarril. Y justamente éstos eran los más interesantes para nosotros. Pero por las carreteras circulaban ya modernos automóviles. La gente se paraba todavía a contemplar estos vehículos, que cruzaban por el Ring, jadeantes y malolientes, a la fantástica velocidad de quince kilómetros por hora. ¿Qué tal sería trasladar a nuestra Orquesta del Reich en uno de tales vehículos? No cabe duda de que con ello se aumentarían notablemente las posibilidades de su actuación gracias a la movilidad de la orquesta. No recuerdo ya exactamente hasta qué punto nos ocupamos entonces en estos propósitos, que a mi me resultaban poco simpáticos, pues no podía imaginarme que una orquesta, llegada en medio de un tal fragor y estrépito, fuera capaz de hacer sentir a sus oyentes las impresiones acústicas tan finamente diferenciadas.

¡Bueno! Llega la orquesta, es recibida solemnemente por el alcalde y es conducida luego a través del pueblo, festivamente engalanado. Primera

pregunta ¿Dónde debe dar sus conciertos? Sólo pocas ciudades disponen de un local capaz para una orquesta de cien personas y un múltiplo de oyentes.

-Los celebraremos al aire libre - opinó Adolfo.

-Los conciertos al aire libre son, en efecto, muy impresionantes - objeté yo -, pero debería poder garantizarse un cielo estrellado durante toda la representación.

Aparte de ello, sería más bien un concierto para las estrellas que para las personas pues al aire libre se pierde gran parte de la acústica. Fue de poco que todo el proyecto no se estrellara ante esta dura realidad. Adolfo guardó silencio durante unos instantes y meditó. Luego dijo:

-Iglesias las hay en todas partes. ¿Por qué no dar los conciertos en las iglesias?

Desde un punto de vista musical no había nada que objetar a ello. Adolfo opinó que yo debía informarme cerca de las autoridades eclesiásticas de si pondrían a nuestra disposición sus iglesias para las representantes musicales de la orquesta mobile del Reich. Sin embargo, hasta este punto no quería llevar yo el juego. Pero guardé silencio sobre este particular y Adolfo se olvidó de preguntarme por el resultado de mis indagaciones. Graves diferencias surgieron entre nosotros al confeccionar el programa. Adolfo quiso saber cuánto tiempo necesitaba una orquesta para preparar una sinfonía para un concierto. Le molestó que no hubiera a este respecto una norma única. Pero no quiso dejar prevalecer en modo alguno mi opinión de que el repertorio orquestal si debía limitase realmente a los compositores alemanes - punto de vista que él defendía tenazmente- debería empezar con Bach, Fux, Gluck y Händel, a lo sumo con algunas obras aisladas de Heinrich Schütz.

-Y qué había antes de ellos? - quiso saber Adolfo.

-Nada que pueda considerarse para el programa de una tal Orquesta - contesté yo.

-¿Quién ha dicho esto? - gritó, indignado.

Yo le replique tranquilamente que en este caso podía fiarse de mis indicaciones, a no ser que quisiera estudiar por su cuenta la historia de la música.

-Así haré - replicó furioso.

Y con ello puso fin a la discusión sobre la programación de los conciertos.

Yo no me tomé en serio sus palabras, pues no resultaba tan fácil estudiar la historia de la música. Además, esta asignatura estaba muy alejada de sus intereses musicales. Y, por encima de todo, sabía Adolfo que yo estaba bien documentado en este campo, desde que asistía a las clases en la escuela superior.

Tanto más asombrado me sentí, pues cuando al día siguiente le vi sentado ante un grueso volumen: "El desarrollo de la música en curso de los tiempos". Durante unos días no pude siquiera hablarle. Pero esta obra no acababa de satisfacerle. Hizo que yo le consiguiera los «Estudios de Historia de la Música» del Dr. Guido Adler y el Dr. Max Dietz, y se dedicó a su estudio con el mayor celo.

-Los chinos componían buena música hace ya más de dos mil años - me explicó-; ¿por qué no pudo ser también así entre nosotros? Después de todo, en aquel entonces existía ya un determinado instrumento: la voz humana. El hecho de que estas sabías personas caminen a tientas por los comienzos de la música, es decir, que no sepan nada de ella, no quiere decir, en modo alguno, que no existiera realmente nada.

Yo sentía el mayor respeto por la meticulosidad con que mi amigo ponía siempre manos a la obra pero algunas veces podía llevarme a la desesperación su avidez por llegar al fondo de todo lo que se proponía. No se permitía la menor tregua hasta que, a pesar de su mejor voluntad, no le era posible seguir adelante, y se adentraba de manera inequívoca ante la nada. Y también delante de esta nada colocaba él un gran interrogante. Me era fácil de imaginar que con esta manera de ser hubiera llevado a la desesperación a todos los profesores de la Academia.

De todas formas, había sido ya decidido que el programa de la "Orquesta mobile del Reich" debería empezar con Johann Sebastian Bach, para seguir por Glück y Händel hasta Hayden, Mozart y Beethoven. Seguían luego los románticos, pero la coronación del conjunto venía representada por la obra de Anton Bruckner, cuyas sinfonías eran incluidas, íntegramente, en los programas. En lo que concierne a los compositores jóvenes, todavía desconocidos, Adolfo quería seguir sus propios caminos en la selección de sus obras. De todas formas estaba en completa oposición con las opiniones expresadas por los críticos musicales vieneses, de la misma manera como

aprovechaba aun la menor ocasión que se le ofreciera para caer duramente sobre los «agremiados», los «especialistas», tal como él los denominaba. Desde los días en que llegamos a formar la "Orquesta mobile del Reich", Adolfo empezó a llevar un cuaderno especial de anotaciones, del que puedo acordarme todavía con la mayor exactitud.

Era un cuaderno de pequeñas dimensiones, fácil de ocultar en el bolsillo, y en el que después de cada concierto al que habíamos asistido, solía anotar cuidadosamente el nombre de la obra ejecutada, el nombre del compositor y el del director del conjunto ejecutante, escribiendo, al lado, su propio juicio sobre todo ello. En el futuro después de haber asistido a un concierto era para él el máximo elogio que podía hacer de una obra, cuando decía:

-Será incluido en el repertorio de nuestra orquesta.

Durante mucho tiempo no me fue posible alejar de mi mente esta idea de la "Orquesta mobile del Reich". Es cierto que en aquel entonces existían ya los gramófonos, aun cuando éstos no fueran más que unos artefactos lastimosamente chirriantes, pero gracias a los cuales se había abierto el camino para la música "mecánica".

La telegrafía sin hilos estaba en aquel entonces todavía en su primera infancia. Tau sólo en los años que siguieron recibió el italiano Marconi el premio Nobel, que dio a conocer su invento en todo el mundo. A pesar de que ente tanto el disco de gramófono y la radio habían iniciado un camino de triunfos sin igual, hasta el punto de parecer que la música "ejecutada" no sería precisa ya más que para la obtención de la música "mecánica", para todas las personas previsoras y verdaderamente amantes del arte es válido, aun hoy día, el problema estudiado tan meticulosamente por mi amigo y que quería resolver con ayuda de la "Orquesta mobile del Reich": llevar la música en su más perfecta ejecución, de manera directa, es decir, no mecánica, a las gentes sensibles para ella, dondequiera que se encuentren estas personas.

ENOJOSA INTERRUPCIÓN

Un buen día- debía ser a principios de abril - llegó una carta para mí. Como Adolfo no recibía jamas correspondencia, no solía yo dar ninguna importancia a las cartas a mí dirigidas, para no hacerle sentir aun más su duro su destino. Pero él se dio cuenta inmediatamente de que esta carta tenía para mí particular importancia.

-¿Qué sucede, Gustl? - me preguntó con interés.

Yo le contesté simplemente:

-Toma, lee tú mismo.

Me parece ver todavía como enrojeció su rostro, como sus ojos mostraron aquel peculiar fulgor que solía presagiar un arrebato de cólera. Después estalló bruscamente:

-¡No debes presentarte de ningún modo, Gustl -gritó-.

Serás un loco si te presentas. Lo mejor será romper este estúpido papelote.
Me incorporé de un salto y pude arrebatarle a tiempo la orden de presentación para el servicio militar que me había sido transmitida por mis padres, antes de que pudiera desgarrarla en su incontenible indignación. Yo estaba tan consternado, que Adolfo no tardó en tranquilizarse. Caminando nerviosamente entre la puerta y el piano, arriba y abajo, trazó inmediatamente un plan que podía librarme de la dificultad del momento.

-Todavía no es seguro que tú seas útil para el servicio, - me expuso ya con más tranquilidad -. Después de todo, hace tan sólo un año que pasaste a duras penas, por una grave pulmonía. Si te declaran inútil según confío, toda esta excitación habrá sido inútil.

Así, pues, Adolfo me propuso trasladarme a Linz y someterme a la revisión según prescrito. Caso de que declarasen útil, sin embargo, debía atravesar a escondidas la frontera por Passau y alistarme en el ejército alemán en el "Reich". De ninguna manera debía servir yo en el ejército imperial. A este decadente Estado de los Habsburgo no debía ofrecérsele ni un solo soldado más. Como mi amigo era nueve meses más joven que yo, no debía esperar la orden de presentación hasta el año próximo, es decir, en 1909. Sin embargo, como pude comprobar en esta ocasión se había forjado ya sus propios planes a este respecto, resistiéndose a servir, en ningún caso, en el ejército imperial. Tal vez no le fuera tampoco desagradable comprobar primero, en mi caso, como resultaría en la práctica la solución propuesta por él.

A la mañana siguiente me presenté al director del Conservatorio y le mostré la papeleta de presentación a filas. Arguyó que por el ingreso en el Conservatorio había adquirido el derecho a servir como voluntario durante un año, pero él me aconsejaba, como hijo único de un comerciante

inscribirme en la reserva. En ella no tenía más que seguir un cursillo de instrucción de ocho semanas y aprobar, más tarde, tres cursillos, cada uno de ellos de cuatro semanas de duración. Le pregunté qué le parecía mi intención de dirigirme a Alemania y evadirme por completo del servicio militar. Se aterró ante esta extraordinaria proposición y me disuadió, con toda decisión, de esta idea.

Incluso el servicio en la reserva le parecía a Adolfo una concesión demasiado grande en favor del Estado de los Habsburgo, y, en tanto que yo preparaba ya mi equipaje, no cesaba de hablarme con insistencia para lograr ganarme para sus propósitos.

Una vez en Linz le expliqué a mi padre la proposición que me había hecho mi amigo, pues en lo más íntimo de mi ser jugaba también un poco con estos pensamientos. Yo no sentía tampoco el más mínimo interés por el servicio militar. Incluso ocho semanas de servicio en la reserva se me aparecían como algo espantoso. Mi padre se horrorizó aún más que el director del Conservatorio.

-Por amor de Dios, ¿qué es lo que dices? - exclamó- agitando la cabeza.

Si yo cruzaba secretamente la frontera, hablando francamente, desertaba, me haría culpable. Además, no podría regresar nunca de nuevo a mi casa, y mis padres, que ya sin esto habían renunciado a tantas cosas por amor a mí, me perderían entonces por entero.

Estas palabras de mi padre y las lágrimas de mi madre bastaron completamente para volverme la razón. El mismo día se dirigió mi padre a casa de un funcionario del gobierno civil, amigo suyo, para informarse acerca de las posibilidades de alistarme en la reserva. Su amigo le redactó en seguida una instancia, que yo debía presentar en el momento de la revisión, caso de que me declararan apto para el servicio.

Le escribí a Adolfo notificándole que me había decidido finalmente, por la proposición aconsejada por el director del Conservatorio, y que dentro de algunos días me presentaría a la revisión. Después regresaría a Viena con mi padre. Quizá hubiera cambiado Adolfo entre tanto de manera de pensar, llegando a la conclusión de que el camino que había elegido para si mismo no era el más indicado para mí, pues en su respuesta no hacía la menor alusión a ello. Es posible también que no quisiera exponer por escrito este proyecto, de todas formas arriesgado. Por el contrario, pareció alegrarse de que mi padre quisiera acompañarme a mí regreso a Viena. (Este viaje no tuvo, empero, lugar, pues su justificación comercial había prescrito entre

tanto.) Yo le había escrito también a Adolfo que quería llevar conmigo mi viola, para asegurarme unos ingresos extra como viola a la primer oportunidad en alguna orquesta. Durante mis estudios en Viena había sufrido yo una conjuntivitis. En Linz me hice examinar por un oftalmólogo amigo nuestro, y le escribí a Adolfo que no se asustara si me veía llegar con lentes a la estación del Oeste.

La carta que Adolfo escribió poco antes de Pascua al "stu. mus. Gustav Kubizek", en respuesta a la mía la he conservado, afortunadamente. Dice lo siguiente:

«Querido Gustl: Después de darte ante todo las gracias por tu amable carta, quiero expresarte por la presente mi alegría, porque tu querido padre venga realmente contigo a Viena. Suponiendo que tú y tu señor padre no tengáis nada que objetar, os esperaré el jueves a las once en la estación. Me escribes que hace ahí un tiempo tan magnifico, que casi tengo que lamentarlo aun cuando de no llover entre nosotros sería también bueno, y no solamente en Linz. Por lo demás, me alegra también que traigas contigo tu viola. El martes me compraré 2 coronas de algodón y 20 kreuzer de esparadrapo para mis orejas. Que ahora te vuelvas tú también ciego me llena de profunda tristeza; aun más que antes leerás equivocadamente las partituras. Te volverás ciego y luego también loco, con el tiempo. Qué lástima! Por el momento, sin embargo, os deseo a ti y a tus queridos padres por lo menos un feliz lunes de Pascua y te saluda cordial y afectuosamente tu amigo Adolfo Hitler."

La carta está fechada el 20 de abril. Adolfo la escribió, por tanto, justamente el día de su aniversario. Que no hiciera la menor alusión a ello en su carta, es fácil de comprender en su actual situación. Es posible que no se acordara siquiera que este día era su aniversario.

Siempre que Adolfo se refiere a mi padre en su escrito, es la carta sumamente correcta. Adolfo pregunta incluso, si nos parece bien a mí y a mi padre que venga a buscamos a la estación. Pero ya al hablar del tiempo se pone de manifiesto su ironía. "De no llover entre nosotros, sería también bonito". Pero luego, cuando se trata de mi viola, abre por entero las espuertas de su hosco humor. Se burla, incluso, de mi dolencia en los ojos, hasta que con un "¡Qué lástima" se llama a sí mismo al orden y concluye de nuevo la carta de manera muy formal. En esta carta puede comprobarse claramente que Adolfo no estaba aún en muy buenos términos con la ortografía. Su antiguo profesor de alemán, el profesor Huemer, no le hubiera dado apenas un «regular», pues la puntuación es también muy deficiente. Estos continuos subrayados y puntos, que interrumpen una y

otra vez el curso de las ideas, eran en él normas tan molestas como innecesarias.

El día fijado me presenté yo a la revisión. Me declararon apto para el servicio y entregué mi instancia para la inclusión en la reserva. Cuando regresé a Viena - por lo demás, sin las temidas gafas -me recibió Adolfo muy cordialmente, pues se sentía muy complacido de que yo pudiera seguir a su lado. De todas formas, se burló duramente de los "reservistas". Aun con la mejor voluntad no se podía imaginar cómo era posible hacer de mi un soldado. Lo cierto es que tampoco yo podía imaginármelo, pero me consideré muy afortunado de poder proseguir mis estudios. Una vez en casa dibujó Adolfo mi cabeza y le plantó encima un sombrero de gala con un plumero.

-¡Pareces un veterano, Gustl - afirmó -, aun antes de ser un recluta.

Después del largo y triste invierno habla llegado, por fin, la primavera. Desde que en mi obligado viaje a Linz para la revisión pude contemplar una vez más los campos, bosques y montañas de mi patria, esta sombría habitación en la casa trasera de la Stumpergasse se me aparecía aún más tenebrosa que anteriormente.

Recordando nuestros frecuentes paseos por los alrededores de Linz traté de incitar a Adolfo a hacer algunas caminatas y excursiones por los alrededores de Viena. Yo tenía ahora algo más de tiempo libre, pues mis alumnas habían aprobado, entre tanto, sus exámenes y regresado a su ciudad natal, no sin sorprenderme antes con una considerable gratificación extra por el buen resultado de su examen. De esta manera estaba mi bolsa también, relativamente, llena. Cuando en los parterres del Ring empezó a florecer por todas partes y el suave sol de primavera nos atraía con su calor, no pude resistir ya más en los sombríos muros de la ciudad. Adolfo anhelaba también salir al campo. Yo sabía cuánto amaba mi amigo el campo abierto, las alegres llanuras, los graves bosques y, en la lejanía, el azul dentado de las montañas.

Adolfo había encontrado hacía ya tiempo una solución a este problema, pues siempre que la habitación en casa de la señora Zakreys se le aparecía demasiado estrecha y maloliente y olía demasiado fuertemente a petróleo, se escapaba hacia el Parque de Schönbrunn. A mi, sin embargo, no me bastaban estas escapatorias. Quería ver algo más de los alrededores de Viena. Adolfo también lo deseaba así, pero, en primer lugar, no tenía dinero para estos "gastos extras", como él los llamaba. Esto podía solucionarse rogándole fuera mi invitado en las excursiones. Para asegurarnos para todos los imprevistos compré algunos días antes las

provisiones. En segundo lugar - un punto mucho más difícil - debía levantarse temprano por la mañana, si es que queríamos hacer una excursión digna de este nombre. Esto no era fácil para él, pues estaba dispuesto a cualquier otra cosa antes que a levantarse temprano por la mañana.

El intento de despertarle por la fuerza era una empresa sumamente arriesgada. Podía mostrarse bastante inconveniente.

-¿Por qué me despiertas tan temprano? - me increpaba indignado.

Y si yo le decía entonces que hacía ya rato que era de día, no se dejaba convencer en absoluto por mis palabras. Yo inclinaba la parte superior del cuerpo fuera de la ventana, y miraba hacia lo alto, más allá de las hoscas paredes de fuego, para alcanza a distinguir la estrecha franja de cielo encima de nuestras cabezas.

-Un día sin nubes - comprobaba-. ¡Luce el sol!

Pero, cuando me volvía hacia la habitación, Adolfo dormía de nuevo firmemente.

Si, conseguía arrancarle de la cama y ponerle en movimiento, tenían que transcurrir, a pesar de ello, las primeras horas del día, pues después de un despertar tan inesperadamente «temprano», Adolfo permanecía durante largo tiempo ensimismado y mudo, y contestaba a todas las preguntas con un malhumorado rezongar. Tan sólo cuando estábamos ya al aire libre, en medio de la luz y del verde, parecía despertar lentamente de su somnolencia. Entonces se sentía feliz y satisfecho y me daba, incluso, las gracias por haberle despertado y no haber cejado en mi firme propósito.
Nuestro primer objetivo era la Hermannskogen en el Wienerwald. Con el tiempo tuvimos una suerte fantástica. Ya después de pasado Sievering lucía el sol esplendoroso y por todas partes florecían los árboles. En los viñedos se mecían las primeras hojas verdes y en lo alto se veían las hojas con su follaje joven y fresco. Me daba cuenta de lo bien que esta excursión le sentaba a Adolfo, después de las semanas pasadas sobre sus libros y dibujos. En la cumbre del Hermannskogel nos prometimos mutuamente subir más a menudo hasta allí. A través de Kloesterneuburg salimos al ferrocarril y regresamos a la estrecha jaula en casa de la señora Zakreys.
Al domingo siguiente salimos de nuevo en dirección al Wienerwald. No teníamos un aspecto muy emprendedor con nuestros pantalones largos, la obscura chaqueta de ciudad y los ligeros zapatos de calle; pero nuestro aspecto era engañoso. En este día recorrimos una distancia bastante considerable, en comparación con lo que solíamos. Desde St. Andrä-

Wördern, al principio del Tullner Feld, adonde nos habíamos dirigido con el tren de la mañana, caminamos por Königstetten, Katzelsdorf, Ried, Gablitz y Purkersdorf de nuevo hacia la ciudad. Adolfo estaba encantado del paisaje y afirmaba que le recordaba algunos trechos del Mühlviertel, que tanto amaba. Es cierto que también él, sin querer jamás reconocerlo, sentía entonces nostalgia por el país de su niñez y de su primera juventud, aunque no había ya allí quien se acordara de él.

Para una excursión al Wachau me tomé, incluso, un día libre en Conservatorio. Tuvimos que correr muy temprano todavía hacia la estación del Oeste, para dirigimos hacia Melk. Adolfo quedó satisfecho del día cuando vio la maravillosa abadía. Apenas si me fue posible llevármelo ya de allí. Adolfo no quiso unirse de ninguna manera al guía oficial, sino que trató de orientarse por secretos pasadizos y ocultas escaleras para llegar a los primitivos cimientos. Quena comprobar, a toda costa, cómo habían sido asentados sobre la roca. En realidad, podía creerse casi que la gigantesca construcción había sido tallada en la misma roca.

Luego, la magnífica biblioteca nos entretuvo también largo rato. Con el vapor recorrimos luego el curso del Wachau, entre la gala del florido mayo. Allí enfrente, a la izquierda, Weitenegg, luego Schönbuehel a la derecha, sobre la abrupta roca Aggstein, la atractiva cima Weissenkirchen, un idilio de por sí y Adolfo parecía como transfigurado. ¡La visión del Danubio! Por fin estaba de nuevo junto a su querido río, pues Viena no se halla en tan íntimo contacto con el Danubio como Linz, donde podía esperarse hasta que una gallarda y rubia muchacha se acercara por el puente procedente de Urfahr. ¡Cuánto había echado de menos al Danubio! Casi tanto como seguía encontrando a faltar a Estefanía. Y los castillos, las aldeas, los viñedos pasaban silenciosos ante nosotros en las empinadas laderas.

Apenas si es posible darse cuenta de que vamos avanzando hacia delante. Parece como si uno estuviera inmóvil, y este maravilloso paisaje se moviera en un suave ritmo por delante de nosotros. Qué mundo tan romántico! Nos conmovía como una escena de magia. Adolfo no se movía de la proa y contemplaba abstraído en sus pensamientos el paisaje. Cuando hacia rato habíamos cruzado por delante de Krems y viajábamos ya a través de las uniformes islas en medio de la corriente, que la acompañan desde los dos lados, no había pronunciado aun una sola palabra. ¿Dónde estarían sus pensamientos?

Como si este fantástico viaje necesitara de un contrapeso, la vez siguiente recorrimos el Danubio río abajo hasta Físchamend. Yo me sentí decepcionado. ¿Era éste, realmente, el mismo río que nos había llenado de un tan suave encanto, nuestro querido y familiar Danubio? Almacenes,

refinerías de petróleo, depósitos, entre ellos míseras cabañas de pescadores, pobres casas de viviendas e, incluso, verdaderos campamentos de gitanos. ¿Adónde habíamos ido a parar? este era el "otro" Danubio, que no formaba ya parte de la imagen de nuestra patria, sino que pertenecía a un mundo extraño, oriental. Con encontrados sentimientos, Adolfo muy pensativo y yo decepcionado, regresamos a casa.

Más vivamente ha quedado grabada en mi memoria una excursión a las montañas, realizada a principios del verano. La distancia hasta Semmering era lo bastante larga para animar a Adolfo a pesar de la temprana hora matinal. Poco después de Wiener Neustadt empezó a hacerse escarpado el terreno. Para alcanzar la altura de Semmering, el tren debía tomar, en amplios círculos, las laderas de las montañas. Lentamente, como la gente que vive en las montañas sube hacia lo alto con sus lentos y acompasados pasos, ascendía, también, el tren, majestuosamente hasta la cima. Muchas curvas y amplios recodos, túneles y viaductos eran necesarios para alcanzar la altura de novecientos ochenta metros. Adolfo estaba entusiasmado por el audaz trazado del ferrocarril. Por su gusto hubiérase apeado del tren para seguir y explorar a pie este camino. Yo esperaba de un instante a otro una fundamentada conferencia sobre el trazado de los ferrocarriles de montaña, pues no cabe la menor duda de que tenía ya en su cabeza un trazado aún mas audaz, viaductos más altos y túneles aún más largos. ¡Semmering! Descendimos del tren. Un día maravilloso. ¡Cuán puro era aquí el aire después de todo el polvo y humo, cuán azul el cielo! Los prados eran de un fresco color verde, los bosques se destacaban obscuros sobre ellos, y, por encima de ellos, con nieve aún en sus cimas, se alzaban las montañas.

El tren de regreso a Viena no partía hasta la noche. Teníamos tiempo. El día nos pertenecía a nosotros. Adolfo decidió inmediatamente la meta de nuestra excursión:

¿Cuál de las montañas, que se levantan aquí, es la más alta? Según creo, nos dijeron que el Rax. Así, pues, nos dispusimos a subir a este monte.
Ni Adolfo ni yo teníamos la menor idea de la escalada. Las montañas más altas a las que habíamos ascendido en nuestra vida eran las suaves alturas del Mühlviertel. Los Alpes no los habíamos visto hasta entonces más que de lejos. Ahora, sin embargo, estábamos en medio de ellos. El que este monte tuviera más de dos mil metros de altura, nos imponía enormemente.
Tal como sucedía siempre con Adolfo, la voluntad debía substituir la deficiencia. Carecíamos de provisiones, pues en un principio no habíamos pensado ascender a ninguna montaña, sino que habíamos proyectado una excursión desde las alturas de Semmering hacia abajo, en dirección a

Gloggnitz. Nuestros vestidos eran los mismos que solíamos llevar en nuestros paseos por la dudad. Los zapatos eran demasiado ligeros, de suela delgada, sin estar provistos de clavos. El pantalón y la chaqueta, esto era todo, sin ninguna prenda de abrigo. Pero lucía el sol y además éramos nosotros jóvenes. ¡Así, pues, en marcha!

El espectáculo que pudimos presenciar durante el descenso dejaba tan completamente en la sombra el recuerdo del ascenso, que no podría ya decir cuál fue el camino que utilizamos para la escalada. Sé, solamente, que estuvimos varias horas trepando, hasta alcanzar la planicie entre las cumbres, que se nos aparecía como el punto más elevadas con lo cual no se ha dicho que fuera realmente el Rax. Yo no había trenado jamás hasta la cima de una montaña. Tenía una sensación extrañamente ligera, libre. Me pareció como si no perteneciera ya a este mundo, sino como si estuviera ya más cerca del cielo.

«Bendita soledad en las soleadas alturas» -las palabras de Siegfried después de haber escalado las alturas del Brunhilde, acudieron a mi pensamiento. Adolfo permanecía en silencio, conmovido, y guardaba silencio. La vista se extendía muy a lo lejos sobre el país. Aquí y allá se destacaba, entre la colorida confusión de los bosques y de las llanuras, la torre de una iglesia, una aldea. ¡Cuán pequeñas e intrascendentes se aparecían desde aquí las cosas de los hombres!

Era una hora maravillosa, quizá la más bella, próxima a Dios, que vivía yo al lado de mi amigo.

El entusiasmo nos hizo olvidar de nuestro cansancio. En algún lugar en los bolsillos encontramos un pedazo de pan seco. Esto debía bastamos. En la felicidad de este día no habíamos prestado, apenas, atención al tiempo; ¿no lucia, acaso, hasta hacia poco el sol? Ahora se acercaron de repente unas nubes obscuras. Cerró la niebla. Todo esto sucedió con tanta rapidez como en un escenario en el teatro.

Rompió la tormenta azotando la niebla en largos y ondulantes jirones ante nosotros. De la lejanía llegaba hasta aquí el fragor de la tempestad. Sordo e inquietante retumbaba el trueno en las montañas. Esto no era ya el suave trueno en el teatro.

En nuestro lamentable traje de paseo empezamos a estremecernos de frío. Las delgadas perneras de los pantalones se agitaban en torno a las piernas. Con los faldones de la chaqueta al viento nos apresuramos a descender hacia el valle. Pero el camino estaba sembrado de piedras, y nuestros zapatos no estaban, en modo alguno, en condiciones de cumplir con lo que

el monte exigía de ellos. Y, además, a pesar de nuestra prisa, la tormenta era mas rápida que nosotros. Las primeras gotas caían ya a través del bosque. Después empezó a llover. ¡Y qué manera de llover! Verdaderos arroyos caían desde las nubes, descendidas hasta casi las copas de los árboles, sobre nosotros. Corríamos cuanto podíamos. Era inútil tratar de protegerse contra la tormenta. A poco, no había ya un solo lugar seco en nuestro cuerpo y también los zapatos estaban llenos de agua.

¡Y ni una casa, ninguna cabaña, ningún refugio en toda la extensión! Adolfo, que sabía siempre cómo arreglárselas en cualquier situación, no se preocupaba de los rayos ni de los truenos, de la tormenta ni de la lluvia. Para mi sorpresa estaba de un humor excelente y, a pesar de estar calado hasta los huesos, se mostraba más alegre conforme se hacía más intensa la tempestad.

Saltando por encima de los guijarros descendíamos hacia el valle. Lejos de todo camino trazado descubrí yo una pequeña cabaña para guardar el heno. Carecía de todo sentido seguir corriendo bajo la tormenta. Además, no tardaría ya en obscurecer. Así, pues, propuse a Adolfo pasar la noche en este cobertizo. Éste se manifestó inmediatamente de acuerdo. Al parecer, la aventura no podía prolongarse demasiado para él. Exploré el pequeño cobertizo de madera. En la parte inferior de la estancia había todavía un poco de heno seco, suficiente para que los dos pudiéramos dormir en él. Adolfo se quitó los zapatos, la chaqueta y los pantalones y empezó a retorcer estas prendas.

-¿Tienes tú mucho hambre? -preguntó, luego.

Cuando contesté afirmativamente, se sintió Adolfo algo más aliviado. Dolor compartido es medio dolor. Según parece, esto es verdad también para el hambre. Entre tanto había descubierto en la parte alta de la choza unos grandes lienzos cuadrados, utilizados por los campesinos para transportar el heno desde las empinadas laderas. Adolfo me inspiraba lástima, mientras estaba junto a la puerta, con su ropa interior calada, temblando de frío, y retorciendo las mangas de su chaqueta. ¡Cuán fácil sería que contrajera una pulmonía, con su predisposición para toda suerte de enfriamientos! Así, tomé yo uno de los grandes lienzos, lo extendí sobre el heno e indiqué a Adolfo que se quitara también la calada camisa y los calzoncillos y que se envolviera en el paño seco. Así lo hizo. Adolfo se tendió, desnudo, sobre el enorme lienzo. Yo uní los extremos y le envolví fuertemente en él. Después tomé un segundo lienzo y le cubrí con él. Después estrujé su ropa interior y la mía, y la tendí, así como nuestros trajes, en mitad de la cabaña, me envolví, así mismo, en uno de los lienzos y me acosté. Para no pasar frío durante la noche eché algo de heno en el lío

en que se envolvía Adolfo, y me coloqué encima otro montón. Como no disponíamos de reloj, no sabíamos la hora que era. Pero en nuestra situación bastaba por completo comprobar que ante la cabaña se extendía la más obscura noche, y que la lluvia caía sin cesar sobre el tejado. En algún lugar, allá a lo lejos, ladraba un perro. Así, pues, no estábamos demasiado lejos de una vivienda humana, idea que me tranquilizó grandemente, pero que, cuando así se lo dije, dejó a Adolfo completamente indiferente. La gente le era completamente inútil en esta situación. Todo esto le divertía grandemente, y deseaba una salida romántica. Ahora sentíamos ya un grato calorcillo. En esta obscura choza nos hubiéramos sentido casi cómodamente, de no habernos torturado tanto el hambre. Yo pensé todavía en mis padres. Después me dormí.

Cuando desperté por la mañana, la luz del día caja ya por las rendijas de los maderos. Me levanté. Los vestidos estaban casi secos.

Recuerdo todavía lo difícil que resultó despertar a Adolfo. Después liberó los pies de su envoltura y se dirigió, con el lienzo rodeándole las caderas, hacia la puerta, para ver el tiempo que hacía. Su esbelta y elevada figura, envuelta en el blanco lienzo a manera de toga sobre los hombros, le daba un aire de asceta indio.

Ésta fue nuestra última y larga excursión.

De la misma manera que mi viaje para la revisión militar había interrumpido de manera enojosa nuestra vida en común en Viena, estas excursiones y aventuras eran maravillosas y gratas interrupciones en la sombría y monótona existencia en la Stumpergasse número veintinueve, segunda escalera, puerta diecisiete.

ACTITUD DE ADOLFO CON RESPECTO A LAS MUJERES

Cuando durante los descansos de una representación paseábamos arriba y abajo en el foyer de la opera, me llamó la atención el interés que hacía nosotros mostraban las muchachas y las mujeres. En un principio dudaba yo, lógicamente, de quién de nosotros era el que despertaba este evidente interés, y suponía, para mis adentros, que estaba dedicado a mi persona. No obstante, una observación más detenida no tardó en permitirme comprobar que esta chocante preferencia no iba dedicada a mí, sino exclusivamente a mi amigo. A pesar de su modesto atuendo, su naturaleza reservada y fría en

sociedad, Adolfo despertaba tal interés entre las damas que por allí paseaban, que en ocasiones alguna que otra volvía, incluso, la cabeza para contemplarle, conducta que era considerada como improcedente según la severa etiqueta vigente en la Ópera Imperial.

Esto me sorprendía tanto más, cuanto que Adolfo no provocaba, en modo alguno, esta conducta, por el contrario, apenas si prestaba atención al incitante juego de miradas de las damas y se limitaba a hacerme alguna observación poco amable en relación con ellas. No obstante, a mí me bastaban estas observaciones para darme cuenta de que mi amigo tenía una notable suerte con el otro sexo, suerte que, de todas formas, y para asombro mío, no trataba en lo más mínimo de explotar. ¿Acaso no comprendía o no quería comprender estas inequívocas oportunidades? Yo supuse esto último, pues Adolfo era un observador demasiado agudo y crítico para no darse cuenta de algo que se refería directamente a él. ¿Por qué, pues, no aprovechaba ninguna de estas ocasiones? ¿No hubiera podido acaso hacerse más grata la triste y solitaria existencia en una casa trasera del barrio de Mariahilfer, que él mismo denominaba una "vida de perros", por la amistad de una atractiva y espiritual muchacha? ¿Acaso no se llamaba a Viena la ciudad de las bellas mujeres? Que estas palabras eran verdad de ello pudimos convencemos muy a menudo por nosotros mismos. ¿Qué es lo que le retenía de hacer, lo que era natural para los otros jóvenes de su edad? Que no había siquiera considerado esta posibilidad ya desde un principio, me lo demostraba el hecho de que, siguiendo su proposición, nos habíamos instalado conjuntamente en una misma habitación. En esta ocasión no me había preguntado si estaba de acuerdo con ello o no. Según su vieja costumbre, admitió, desde un principio, también para mí, lo que consideraba como correcto para su persona. En relación con las muchachas le era grata sin duda mi reserva, ya por el simple hecho de que podía dedicarle por entero mis escasas horas libres.

Un pequeño episodio ha quedado grabado en mi recuerdo. Estábamos en la ópera. No recuerdo ya qué ópera se representaba. Pero cuando después del descanso regresamos de nuevo a nuestra localidad, se acercó a nosotros uno de los criados vestidos de librea, tiró de la manga a Adolfo y le entregó un billete. Adolfo, en modo alguno sorprendido, sereno como si se tratara de un incidente cotidiano, tomó el billete, dio las gracias y recorrió fugazmente su contenido. Yo creí haber descubierto un gran secreto, o, por lo menos, el principio de un delicado secreto. Pero Adolfo se limitó a decir, con menosprecio:

-Una más -. y me alargó el billete.

Después me miró, medio inquiridor, medio burlón, de reojo, y me preguntó si acaso tenía yo ganas de asistir a este propuesto rendez vous.

-Es cosa tuya y no mía - le repliqué, algo picado-, y, además, no quisiera dar ninguna decepción a esta dama.

Siempre que se tratara de miembros del bello sexo, se trataba de «es cosa tuya, no mía», fuera cual fuera la capa social a la que pertenecieran las mujeres en cuestión. Incluso en la calle se ponía de manifiesto esta predilección de las mujeres por mi amigo. Cuando a altas horas de la noche regresábamos por las callejuelas, se acercaba a nosotros de vez en cuando, y a pesar de nuestros modestos atuendos, alguna de aquellas ligeras muchachas, y nos invitaba a acompañarla. Pero era siempre a Adolfo a quien iban dirigidas estas invitaciones.

Recuerdo perfectamente que en aquel tiempo me pregunté yo, muy a menudo, para mis adentros, qué es lo que encontraban las muchachas de atractivo en Adolfo. Ciertamente, era un joven de buen porte y rasgos regulares, pero, en modo alguno, lo que se conoce generalmente como un hombre «guapo». Había visto demasiado a menudo hombres "guapos" en la escena, para saber lo que las mujeres entendían bajo este nombre. Quizá fueran los ojos extraordinariamente claros, los que atraían a las mujeres y a las muchachas, O quizá fuera la peculiar y grave expresión que se mostraba en su ascético rostro. Quizá fuera, tan sólo, su evidente indiferencia hacia los miembros del sexo contrario, lo que las incitaba a poner a prueba esta resistencia masculina. De todas formas, eran las mujeres - contrariamente a los hombres, como, por ejemplo, sus maestros y sus profesores - quienes parecían adivinar en verdad lo extraordinario en mi amigo.

El melancólico aire de decadencia que en aquellos años parecía cernerse sobre el Imperio danubiano, había creado en Viena una suave atmósfera de fácil moral, cuyos huecos conceptos morales eran disipados por el famoso encanto vienés. Las ensalzadas y celebradas palabras "Verkaufts mei Gwand, i fahr in den Himmel!", arrastraban también a amplias capas burguesas en la superficialidad de los mórbidos "círculos elegantes". Aquel denso erotismo que celebraba sus triunfos en las obras teatrales de un Arthur Schnitzler, determinaba también el tono social. La frase de moda en aquel entonces, «Austria se hunde en sus mujeres», parecía ser realidad, por lo que concierne a la sociedad vienesa.

En medio de esta decadente atmósfera, cuya apremiante fundamentación amorosa podía percibirse a cada paso, mi amigo vivía en medio del

ascetismo por él mismo elegido, miraba a las jóvenes y a las mujeres con un interés despierto y crítico, pero descartando rigurosamente todo lo personal, y dejaba que se convirtiera en un problema lo que para los jóvenes de su edad era una vivencia propia, y acerca del cual solía referirse de manera tan fría y objetiva en sus charlas nocturnas, como si él estuviera muy por encima de todas estas cosas.

Lo mismo que en los otros capítulos de esta obra, también en éste, en el que me he propuesto referir la actitud de Adolfo en relación con las mujeres, quiero atenerme exacta e inequívocamente a mis propias experiencias. Desde el otoño del año 1904 hasta el verano de 1908, es decir, durante casi cuatro años, viví continuamente al lado de Adolfo. En estos años decisivos, en los que el muchacho de quince años se convirtió en un hombre joven, me confió Adolfo algunas cosas que no había mencionado a ninguna otra persona, ni siquiera a su madre. Ya en Linz eran nuestras relaciones tan íntimas que me hubiera dado cuenta inmediatamente de si había trabado efectivamente amistad con alguna muchacha. De ser así, hubiera dispuesto de tiempo para dedicármelo a mí, sus intereses hubieran mostrado otra orientación y hubieran podido observarse en él otros detalles inequívocos. Pero, prescindiendo de su ideal amor por Estefanía, no sucedió nada de todo esto. No puedo afirmar nada de sus estancias en Viena en mayo y junio del año 1906 y en otoño de 1907, pues Adolfo estaba entonces solo en Viena. Pero supongo que de existir alguna relación amorosa decisiva para él, ésta se hubiera continuado también en los tiempos subsiguientes, cuando vivíamos juntos en Viena. Creo, pues, poder afirmar con certeza: tanto en Linz como en Viena no tenía Adolfo ninguna verdadera relación con alguna chica dispuesta a entregársele por entero.

Esta directa experiencia, referida también a los menores detalles, al parecer intrascendentes, de nuestra común estancia en Viena, fue confirmada por las detenidas y francas conversaciones sostenidas entre nosotros sobre todos los aspectos de las relaciones entre los sexos. Yo había tenido ocasión de comprobar, a menudo, que entre lo que me exponía Adolfo, y lo que vivía realmente, no existía ninguna diferencia. Su conducta social y moral no era determinada por sus deseos y sus sentimientos, sino por sus comprensiones y decisiones. En este aspecto se tenía por entero en la mano a sí mismo. Así como no sentía el menor interés por aquella ligera superficialidad de determinados círculos vieneses, no puedo recordar una sola ocasión de una situación en la que, por lo que se refiera al otro sexo, se hubiera abandonado a si mismo. Puedo confirmar así mismo, con toda seguridad, que Adolfo, tanto física como sexualmente era absolutamente normal. Lo extraordinario en él no residía en lo erótico ni en lo sexual, sino en otros ámbitos de su naturaleza.

Cuando me exponía en persuasivas palabras la necesidad de un matrimonio precoz, el único capaz de garantizar para el futuro la vida del pueblo, al exponerme las medidas con las que podría evitase el elevado número de hijos en las familias, medidas que más tarde alcanzaron una inaudita actualidad, cuando me hablaba de las relaciones entre una existencia saludable y una habitación sana en el seno de la familia, y describía cómo en su estado ideal sería resuelto el problema del amor, de las relaciones sexuales, del matrimonio de la familia, de la descendencia, pensaba yo, para mis adentros, en Estefanía, pues lo que Adolfo me exponía de manera tan convincente, no era, en el fondo, más que la transferencia a un plano político y social del ideal soñado al lado de Estefanía. Había deseado a Estefanía como esposa, pues para él encarnaba el ideal de la mujer alemana, de ella esperaba tener hijos, para ella había proyectado aquel maravillosa villa que se había convertido para él en el símbolo del lugar elegido para una ideal vida familiar.

Pero todo ello no era más que deseo, sueño, ilusión. Desde hacía varios meses no había visto ya a Estefanía. Hablaba de ella cada vez mas raramente. Incluso entonces, cuando partí repentinamente para mi revisión militar a Linz, había mantenido su silencio y no me había encargado, como yo esperaba, que me informara acerca de Estefanía. ¿Qué interés tenía ésta todavía para él? ¿Le habría hecho comprender a Adolfo esta forzosa separación que lo más conveniente sería olvidarse de Estefanía? Cuando yo me había familiarizado lentamente con esta idea, no tardaba en seguir un eruptivo estallido sentimental, que venía a demostrarme que pendía aún de Estefanía con todas las fibras de su corazón.

A pesar de ello, comprendía claramente que Estefanía perdía cada vez más realidad para Adolfo, hasta convertirse en una pura imagen ideal. No podía encaminarse ya con agitados pasos hacia la Landstrasse, para convencerse por sus propios ojos de la realidad del ser amado. No tenía ya la menor noticia de ella. Sus sentimientos y percepciones para Estefanía perdían a ojos vistas todo fundamento real. ¿Sería éste el fin de un amor, iniciado con tantas esperanzas?

¡Sí y no! Era el fin, en cuanto que Adolfo no era ya el soñador jovenzuelo que en su exuberancia, tan típica para la época de la pubertad podía compensar aún las menores esperanzas con su desmesurada auto-estimación. Y, sin embargo, de otra parte me era incomprensible como Adolfo, ya un hombre joven de metas y finalidades muy concretas se aferrara a este amor tan carente de toda esperanza, hasta el punto de que

este amor por Estefanía fuera lo bastante fuerte para inmunizarle ante las tentaciones de la gran ciudad.

Yo conocía los rígidos principios de mi amigo acerca de las relaciones entre hombre y mujer. A menudo me he roto yo la cabeza sobre la forma en que Adolfo había llegado a adquirir esta severa actitud moral. Sus concepciones acerca del amor y del matrimonio no eran, ciertamente, las de su padre. La madre amó a su hijo, sin duda, de manera extraordinaria, pero poco fue lo que ella pudo influirle en este sentido, Y esto no era tampoco necesario, pues se echaba de ver que Adolfo no estaba interesado en las relaciones con las muchachas. El medio del que procedía Adolfo era el medio corriente de una familia austríaca de funcionarios y de mentalidad burguesa. La rígida actitud de Adolfo, compartida por mí hasta cierto punto, pero que me resistía a generalizar como él, podía explicármela solamente por su apasionada inclinación por los problemas sociales y políticos. Sus principios morales no estaban basados en la experiencia, sino en conocimientos aportados por la razón.

A ello debía añadirse que en Estefanía, aun cuando comprendía ahora que era inalcanzable para él, seguía viendo todavía el ideal de una mujer alemana, imagen a la que no podía acercarse nada de lo que podía encontrar en Viena. A menudo pude comprobar yo, que, tan pronto como una mujer causaba en él una fuerte impresión, empezaba a hablar de Estefanía y buscaba comparaciones, que una y otra vez redundaban en desventaja de la persona en cuestión.

Por increíble que pueda parecer, la lejana amada, que no sabía siquiera cómo se llamaba el joven cuyo amor debía corresponder, seguía ejerciendo en Adolfo una fuerte influencia, de forma que en su relación hacia Estefanía no solamente encontraban confirmados sus propios principios morales, sino que ordenaba también su propia existencia con la seriedad y la consecuencia de un monje, que ha consagrado su vida a Dios - ¡en medio de esta pecadora Babel de Viena, en la que, incluso, la prostitución era considerada artísticamente y festejada, verdaderamente, un caso excepcional!

Es cierto que en aquel entonces escribió Adolfo a Estefanía. No es posible ya comprobar si esta carta fue enviada en tiempos de nuestra común estancia en Viena, o con anterioridad. Esta carta se ha perdido. Yo he tenido noticia de ella de una manera sumamente peculiar. Mi amigo, el archivero Dr. Jetzinger, que trabaja en una biografía de Hitler y de cuya minuciosidad científica estoy plenamente convencido supo, por mí, del juvenil amor de Adolfo por Estefanía. Hace poco, este sabio encontró a la

anciana dama, que pasa los últimos años de su vida en Viena como viuda de un coronel, fue recibido por ella y le expuso el desusado ruego de hablarle de su amistad juvenil con un estudiante joven y pálido de la Humboldtstrasse, que mas tarde se había trasladado a Urfahr, a la Blütengasse.

La anciana dama le habló de bailes, paseos en carruaje, excursiones y demás, en compañía de jóvenes, casi siempre oficiales, pero, a pesar de su mejor voluntad, no le fue posible acordarse de esta extraordinaria criatura, ni tampoco cuando, para su gran asombro, supo su nombre. Pero de repente relampagueó en ella un recuerdo. ¿No había recibido acaso, en cierta ocasión una carta, escrita en un estilo algo confuso, en la que se hablaba de una solemne promesa de mantenerle la fidelidad y expresaba el ruego de no esperar ulteriores pasos del remitente hasta que éste hubiera completado su educación de artista y asegurado su futuro? La carta no estaba firmada. Pero de su redacción puede deducirse, sin la menor duda, que Adolfo había sido el remitente. Esto fue todo lo que la anciana dama pudo contar.
En aquellas horas en las que el recuerdo de la amada surgía en él de manera incontenible, no hablaba ya directamente de Estefanía, sino que se lanzaba a apasionadas consideraciones sobre la estimulación estatal del matrimonio precoz, sobre la posibilidad de facilitar una dote mediante un préstamo a las jóvenes trabajadoras, y ayudar a que las familias numerosas pudieran disponer de su propia casa y jardín. Recuerdo, todavía, cómo discutimos acaloradamente sobre un punto muy especial. Adolfo propuso instalar fábricas de muebles estatales, para que los jóvenes matrimonios pudieran adquirir muebles en ventajosas condiciones. Yo me opuse decididamente a esta idea de fabricar muebles en serie. Al fin y al cabo, yo entendía algo de muebles. Estos muebles debían ser de un buen y cómodo trabajo de artesanía, no de confección en serie. Hicimos nuestros cálculos y procuramos ahorrar dinero en otros puntos, para que los jóvenes matrimonios pudieran disponer de muebles bellos y cómodos, blandas camas de muelles, sillas tapizadas y elegantes canapés, de los que pudiera deducirse que en el país había todavía maestros tapiceros que entendían en verdad su oficio.

Así como muchos aspectos de lo que Adolfo me exponía en las largas conversaciones nocturnas, se han concentrado en mi recuerdo en una palabra determinada, típica para la manera de ser de mi amigo, sobre estas discusiones, sostenidas con fogoso apasionamiento, se ciernen estas extrañas palabras: "¡La llama de la vida! Siempre que se rozaban problemas del amor, del matrimonio, problemas sexuales, surgía esta extraordinaria fórmula. "La llama de la vida", conservarla pura e intacta,

ésta sería la tarea más importante de aquel Estado ideal con el que ocupaba mi amigo en sus horas de soledad.

En mi innata tendencia por las afirmaciones concretas yo no acababa de ver claramente qué es lo que Adolfo entendía bajo esta "lama de la vida" Estas palabras cambiaban, a veces, de significado. Sin embargo, creo que Adolfo las entendía perfectamente. La llama de la vida era el símbolo del amor casto, nacido entre seres que se han conservado puros de cuerpo y de espíritu, y que son dignos de una unión de la que surge una sana descendencia para el pueblo. Estas consignas, expuestas y repetidas con apasionamiento - Adolfo poseía una cuidadosa selección de estas consignas - tenían sobre mí un peculiar efecto. Cuando oí por primera vez estas solemnes palabras, que sonaban a mis oídos bastante patéticas, me sonreía para mis adentros sobre esta altisonante formulación, en tan rudo contraste con la intrascendencia de nuestra existencia. A pesar de ello, las palabras permanecían grabadas en mi memoria. A la manera como un abrojo se aferra con cien ganchos a la manga de la chaqueta, se grababan en mi estas palabras. Era imposible ya alejarlas de allí. Y si yo me encontraba luego en alguna situación que guardara siquiera una muy lejana relación con este tema - me cruzaba con una muchacha cuando pasaba de noche solo por la Mariahilfer Strasse, una bella y joven mujer, según me parecía, algo casquivana tal vez, pues se volvía bastante abiertamente hacia mí. Sea como sea, ahora estaba convencido de que su atención estaba dedicada única y exclusivamente a mí. No cabía la menor duda de que era, en efecto, casquivana, pues me hacía un gesto invitante -, pero ¡ahí estaban de repente ante mi estas palabras! "La llama de la vida" - ¡una sola hora de descuido y esta llama se extinguirá para toda la vida! - y si me había enojado esta moralista afirmación, en estos instantes no dejaba de surtir su efecto.

Y estas palabras estaban también relacionadas con todo lo demás. Empezaba con el «embate de la revolución», para continuar luego con todas sus consignas políticas y sociales hasta el «Santo Reich de todos los alemanes». Es posible que Adolfo hubiera encontrado parte de estas consignas en los libros. De otras tengo la seguridad de que fueron acuñadas por él. Lentamente iban uniéndose estas consignas hasta formar un sistema prácticamente cerrado. Dado que no podía suceder nada, por lo que no estuviera interesado Adolfo, todo fenómeno propio del tiempo era inmediatamente examinado, para ver si era posible encajarlo entre sus ideas políticas.

En ocasiones, mi memoria da unos bruscos saltos. Así, junto a la inasequible y santa «llama de la vida» sigue inmediatamente la "charca de los vicios", aun cuando este concepto ocupaba un nivel muy inferior en el

mundo conceptual de mi amigo. Naturalmente, en el estado ideal no existía ninguna "charca de los vicios". Con estas palabras aludía Adolfo a la prostitución reinante en aquel entonces en Viena. Como típica manifestación de aquellos años de decadencia moral salía a nuestro encuentro en las más distintas formas. En las elegantes calles del centro de la ciudad, como la reacción nacida de la convulsión sexual de los más elevados círculos sociales por la incontinencia interior de la vida, y en los barrios pobres de los arrabales en la repelente forma de prostitución pública.

Adolfo se sentía grandemente indignado por este fenómeno. A su entender no era culpable de la general prostitución el directamente afectado, sino los responsables de las condiciones políticas y económicas imperantes. Un «estigma de la época» era como él calificaba la práctica de los burdeles. Una y otra vez se enfrentaba con este problema y trataba de encontrar soluciones que en el futuro hicieran imposible cualquier forma de amor venal.

Una noche ocurrió lo que no he podido olvidar: habíamos asistido a una representación del «Despertar de primavera», de Wedekind, del que vimos, incluso, como cosa excepcional, el último acto. Las monedas destinadas al portero se encontraban ya en nuestros bolsillos. Seguimos por el Ring en dirección a nuestra casa, y torcimos en la Siebensterngasse. De repente me asió Adolfo por el brazo y me dijo de manera inesperada:
-Ven, Gustl. Vamos a contemplar por una vez esta «charca de los vicios».

Ignoro qué es lo que le impulsó a hacerlo. Pero Adolfo se dirigía a la estrecha y mal iluminada Spittelberggasse. Ahí estábamos, pues.

Caminamos a lo largo de las bajas casuchas, de un solo piso. Las ventanas situadas en la planta baja estaban iluminadas de manera que de la calle se podía ver directamente la habitación adyacente. Detrás de los cristales de las ventanas, en parte junto a las ventanas abiertas, estaban las muchachas, algunas de ellas aún notablemente jóvenes, otras precozmente envejecidas y marchitas. Vestidas ligera y descuidadamente se les veía allí sentadas, mientras se pintaban, se peinaban los cabellos o se contemplaban en el espejo, sin perder por ello de vista a los hombres que pasaban por la calle. Aquí y allá se detenía un hombre, se inclinaba sobre la ventana, para contemplar mejor a la muchacha de su interés, y seguía entonces un diálogo fugazmente susurrado. Como señal de que se había llegado a un acuerdo, se apagaba entonces la luz. Recuerdo la impresión que en mí causó justamente esta costumbre, pues de las luces que se apagaban podía deducirse la

frecuencia. Entre los hombres era válida también la norma de no detenerse delante de las habitaciones obscurecidas.

Naturalmente, nosotros no nos detuvimos tampoco delante de las ventanas iluminadas, sino que descendimos hacia la Burggasse. Allí dio Adolfo de nuevo la vuelta y cruzamos, una vez más, por la "charca de los vicios". En mi opinión, bastaba ya con el sencillo experimento. Pero Adolfo me arrastraba de nuevo hacia las iluminadas ventanas.

Quizá llamó la atención a estas muchachas lo «peculiar» en Adolfo, quizá se habían dado cuenta de que aquí había unos hombres con inhibiciones morales, como los que pueden llegar del campo a la impura ciudad, fuera como fuera, se esforzaron en aumentar sus incitaciones. Recuerdo todavía cómo una de dichas perendecas, justamente en el momento en que pasábamos por delante de su ventana, sintió la necesidad de quitarse o cambiarse la camisa, otra de ellas se arregló las medías mostrando las desnudas piernas. Me sentí francamente aliviado cuando este excitante juego hubo terminado y alcanzamos finalmente la Westbahnstrasse, pero guardé silencio, en tanto que Adolfo exteriorizaba su indignación por las artes de seducción de las rameras.

Una vez en casa empezó Adolfo a pronunciar una conferencia sobre las impresiones adquiridas, de manera tan fría y objetiva como si se tratara de su punto de vista sobre la lucha contra la tuberculosis o de algún aspecto de la incineración. Me admiró que pudiera hablar de ello sin la menor excitación interna. Ahora había tenido ocasión de conocer las costumbres en el mercado del amor venal, con lo cual se habla cumplido el objeto de su visita. El punto de partida residía en que el hombre llevaba en sí una necesidad de satisfacción sexual, en tanto que las muchachas en cuestión no pensaban más que en el dinero, quizá para asegurase con él la existencia de un hombre, al que amaran realmente, suponiendo que tales mozas de] partido fueran todavía capaces de sentir amor. En estas pobres criaturas la «llama de la vida» estaba ya, prácticamente, hacía tiempo extinguida.
Quisiera referir todavía otro episodio. Cierta noche, en la esquina Mariahilfer StrasseNeubaugasse se dirigió a nosotros un hombre bien vestido, de aspecto muy burgués, quien nos preguntó por nuestra condición. Cuando le dijimos que éramos estudiantes, "mi amigo estudia música" -declaró Adolfo-; "yo arquitectura", nos invitó el hombre a cenar en el Hotel Kummer. Nos dejó pedir lo que deseáramos. Por una vez pudo saciar Adolfo su hambre de sopas de harina y tortas. El hombre nos explicó que era fabricante de Vöcklabruck, que rechazaba la amistad de las mujeres porque éstas no pensaban más que en dinero. A mí me agradó particularmente lo que contó acerca de la música de aficionados, para la

que era muy sensible, Le dimos las gracias, nos acompañó incluso hasta la calle, y después regresamos a casa.

Llegados a nuestra habitación, me preguntó Adolfo si me había gustado este señor.

- ¡Extraordinariamente!- le contesté yo-, es un hombre muy culto, con notables inclinaciones artísticas.

-¿Algo más? - inquirió Adolfo, con una enigmática expresión en el rostro.

-¿Qué más tiene que haber? - le pregunté, asombrado.

-Como al parecer no comprendes Gustl, de lo que se trata en este caso, ¡echa una mirada a esta tarjeta!

-¿Qué tarjeta?

En efecto, sin que yo me hubiera dado cuenta, el hombre le había entregado una tarjeta a Adolfo, en la que había consignado la invitación para que le visitara en el Hotel Kummer.

-Se trata de un homosexual - aclaró Adolfo concisamente.

Yo me sentí aterrado. Hasta entonces no había oído siquiera esta palabra, y mucho menos, por tanto, podía representarme algo determinado bajo ella. Así, pues, fue Adolfo quien me inició en este fenómeno. Naturalmente, hacía ya tiempo que esto se había convertido para mí en un problema, al que deseaba combatir con todos los medios como a un fenómeno antinatural, de la misma manera como mantenía alejados de sí, con una angustiosa meticulosidad, a tales criaturas. La tarjeta de visita del famoso fabricante de Vöcklabruck desapareció en nuestra estima.

Me parecía natural que Adolfo, con su asco y repugnancia ante los extravíos sexuales de la gran ciudad, rechazara también el onanismo, frecuente entre los muchachos, y que en todos los aspectos sexuales se sometiera a aquellas rígidas normas de vida prescritas a sí mismo y a su futuro Estado. Pero ¿por qué no trataba de establecer alguna relación social y, a pesar de sus implacables y duros principios, probar de ganar nuevos estímulos en un ambiente serio, espiritual, tanto social como políticamente, abandonando su soledad? ¿Por qué se mantenía solitario, aislado de todos, evitando todo trato con las personas, puesto que participaba con apasionado corazón en todos los acontecimientos humanos? ¡Cuán fácil le hubiera sido,

con sus excelentes disposiciones, alcanzar una posición en aquellos círculos sociales de Viena que se mantenían a un lado de la general decadencia, lo cual, no solamente le habría de permitir lograr nuevas perspectivas y conclusiones, sino también dar otra orientación a su solitaria existencia!

Lógicamente, en Viena había más personas decentes que de las otras, aun cuando no se hicieran tan evidentes. No tenía, por consiguiente, la menor justificación moral para distanciase de la gente. Eran más bien su pobreza y la sensibilidad a ella unida, las que le hacían vivir solitario. Además, creía entregarse en exceso a si mismo, consintiéndose distracciones y reuniones sociales. Se tenía en demasiada estima para un flirteo superficial o incluso para unas relaciones con algunas muchacha orientadas exclusivamente a una satisfacción sexual. Por lo demás, no hubiera consentido tampoco en mí un amorío semejante. Cualquier paso en este sentido hubiera significado, inevitablemente, el fin de nuestra amistad, porque Adolfo, prescindiendo de la bajeza que veía en una tal conducta, no hubiera consentido jamás que yo, además de su amistad, tuviera también interés por otras personas. En este respecto no permitía la menor concesión.
Aun cuando sabía hasta qué punto rechazaba Adolfo las reuniones sociales, cierto día llevé a cabo un intento en este sentido. La ocasión que se me ofrecía para ello era extraordinariamente favorable. Al secretariado del Conservatorio venían, de vez en cuando, entusiastas por la música que buscaban colaboradores para una velada musical en su casa, a cargo de estudiantes de música. Esta participación ofrecía no solamente la posibilidad de unos ingresos extra, bien recibidos - por lo general se recibían unos honorarios de cinco coronas, además de una cena frugal-, sino que aportaban, también, algo de brillo social en mi mísera existencia de estudiante. Yo era muy solicitado como hábil viola. Así tuve entrada también en la familia de un acomodado fabricante en la Heiligenstaedter Strasse, el doctor Jahoda.

Se trataba de un círculo de personas de gran comprensión artística y de gusto muy cultivado, una sociedad verdaderamente escogida, como en su clase no se encontraba más que en Viena y que ha fecundado desde siempre la vida artística de la ciudad. En algunas ocasiones, durante la cena, solía referirme a mi amigo, hasta que me invitaron a llevarlo conmigo la próxima vez. Esto es lo que yo había esperado conseguir, por lo que me sentí sumamente feliz.

Adolfo me acompañó, efectivamente. La reunión le gustó tambien excepcionalmente. En especial le sobrecogió la biblioteca, instalada por el Dr. Jahoda, y que para Adolfo significaba una fundamentada medida para

juzgar a las personas aquí reunidas. Menos le gustó el hecho de que durante toda la noche hubo de permanecer como un oyente interesado, aunque había sido él mismo quien se había impuesto este papel.

En el camino de regreso a casa me explicó luego, que se había sentido muy a gusto entre estas personas, pero que, como él no era músico, no había podido intervenir en el debate. A pesar de ello, asistió conmigo también a las veladas musicales en casa de las familias Graf y Grieser, en las que lo único que le molestaba era su pobre vestuario.

En medio de la decadente ciudad de Viena, mi amigo se rodeaba de un muro de firmes e inconmovibles principios, que le permitían edificar su propia existencia con independencia del amenazador e inquietante ambiente, y en una completa libertad interior. Según me confesaba a menudo, temía el contagio. Hoy día sé que con ello no se refería solamente al contagio sexual, sino también un contagio mucho más general, a saber, el peligro de participar en las condiciones imperantes y ser arrastrado finalmente al torbellino de la perdición. Es fácil comprender que se le tuviera por un solitario, y que los pocos que le trataban le tuvieran por presuntuoso y altivo.

Pero él seguía su camino, sin dejarse afectar por el hacer de los hombres, y también intangible a un amor verdaderamente arrebatador. Seguía siendo un solitario y guardaba -¡curioso contraste! -con el más rígido ascetismo monacal la sagrada «llama de la vida».

EN EL PARLAMENTO

La imagen trazada hasta ahora del amigo de mi juventud sería incompleta de no estar acabada y redondeada por la exposición de su inmenso interés por los asuntos políticos. Que esto tenga lugar al final del libro y que a pesar de mis esfuerzos sea insuficiente no se debe a mi deficiente e comprensión sino a que mis inclinaciones eran ante toda artísticas y que la política no representaba para mí prácticamente nada.

Más todavía que en Línz me sentía yo en el Conservatorio como un músico en potencia, lo que parecía justificar también algunos éxitos, y no quería tener nada que ver con la política. En mi amigo, sin embargo, el desarrollo era inverso, En tanto que en Linz su interés por el arte dominaba todavía por encima de su interés por la política, en Viena, como punto central de los acontecimientos políticos en el Imperio danubiano, la política alcanzaba el predominio, llegando a absorber lentamente también los otros intereses. No cabe duda de que este contrapuesto desarrollo por el cual me convertía yo, cada vez más, en un compañero poco indicado para Adolfo, fue una de

las razones que le impulsó a cortar de manera inesperada nuestra amistad. Yo fui testigo de que casi todo problema, en apariencia aún tan alejado, de que se ocupaba, acababa desembocando fatalmente en la política Su primitiva posición artísticoascética en relación con las manifestaciones de su medio se transformaba cada vez más en una consideración política del acontecimiento. Él mismo nos dice acerca de esta característica transformación de su manera de ser:

"En la época de esta amarga lucha entre la educación espiritual y la fría razón, la enseñanza visual de la calle vienesa me prestó inestimables servicios. Llegó el día en que yo no caminaba ya, como en los primeros días ciego por la poderosa ciudad, sino que contemplaba con los ojos abiertos además de las construcciones también a los hombres".
Los hombres le interesaban a él, que en realidad quería ser arquitecto de forma que él mismo encauzó su meta profesional hacia la política. Si quería edificar realmente algún día lo que llevaba en su cabeza y que en parte había fijado ya en sus proyectos una nueva Linz, embellecida por las impresionante edificaciones como el puente sobre el Danubio, el ayuntamiento, la sala de conciertos, estación ferroviaria subterránea, calle elevada y puente de arco sobre la abrupta orilla del Danubio en su punto más estrecho; una Viena, cuyos sombríos barrios pobres debían ser substituidos por casitas avanzadas hacia el río, era preciso que una tormenta revolucionada eliminara las condiciones políticas, hechas insostenibles, ofreciendo la posibilidad de una generosa creación.
Fueran cuales fueran sus ideas y pensamientos las ocurrencias artísticas, como, por ejemplo, la de la "orquesta viajera", al ser meditadas de manera consecuente, desembocaban finalmente en sus concepciones políticas generales. Entre el número ingente de problemas y tareas que le acosaban, buscaba instintivamente un lugar en el que pudiera aplicarse la palanca para mover la enorme carga que le oprimía y llevarla en la dirección deseada. Hasta los diecisiete años, aproximadamente creyó haber encontrado en el arte este punto de apoyo, y poder crear sus grandes obras como afamado pintor, poeta o arquitecto. Sin embargo, es posible que luego se diera cuenta de que sus disposiciones artísticas no eran suficientes para ello, pues aun la más ardiente voluntad no puede compensar la insuficiente disposición. Es posible que ya entonces se le apareciera el arte a fin de cuentas como un camino demasiado lejano y penoso para alcanzar la meta anhelada En Viena, y considerado desde el punto de vista de su personal voluntad, se había convertido ya el arte en un camino prometedor de escasos éxitos, pues entre tanto había descubierto el punto de apoyo más apropiado para él: la política.

Efectivamente, la política fue adquiriendo, cada vez más, en la ordenación

de los valores, una especie de posición clave. Aun los más difíciles problemas que no podían resolverse por sí mismos, se hacían de repente solubles tan pronto se les trasladaba a la política. En este plano se acumulaban todas las decisiones.

Con la misma consecuencia con que profundizaba hasta lo más hondo en todos los poblemos que le ocupaban, hasta llegar al punto decisivo del acontecimiento, había descubierto, en medio de la agitada actividad política de la capital y ciudad residencial, aquel punto en el que, como dirigidos por una lupa, se concentraban los rayos divergentes de la política: el Parlamento.

-Ven conmigo, Gustl - se dirigió, de nuevo, a mí un día.

Yo le pregunté, adónde se proponía ir, pues tenía que asistir a mis clases en la universidad y además debía prepararme para el concurso, una especie de examen en el piano. Pero mis objeciones no causaron mella en Adolfo.

Todo esto no era tan importante como lo que se proponía hacer hoy. Además, se había procurado ya una invitación para mí.

Yo medité qué podría ser esto. ¿Quizá un concierto de órgano, una visita a la pinacoteca en el Museo Imperial?

Pero ¿y mis clases? ¿Y mi examen? Si fracasaba en éste las cosas se presentarían mal para uno.

-¡Ven de una vez? - me gritó Adolfo enojado.

Yo conocía bien esta expresión en su rostro, que no consentía ninguna contradicción. Además, debía tratarse de algo especial para que Adolfo se mostrara tan alegre y activo ya a las ocho y media de la mañana, cosa que me asombró.

Cedí, finalmente, y me encaminé con él hacia el Ring. A las nueve en punto torció por la Stadiongasse y se detuvo delante de una pequeña puerta lateral, junto a la que se habían congregado algunas personas inexpresivas, al parecer sólo ociosos. Finalmente, se hizo en mí la luz.

-¿Al Parlamento? -pregunté, aterrado-; ¿qué es lo que tengo que hacer yo aquí dentro?

Recordé, entonces, que Adolfo me había hablado ya a menudo de sus

visitas al Parlamento. A mí esto me parecía, simplemente, una perdida de tiempo. Pero antes de que pudiera decir nada en contra, me puso la invitación en la mano, se abrió la puerta y un ordenanza nos señaló la galería.

Desde allí arriba se tenía una perspectiva sumamente favorable sobre el imponente semicírculo del gran salón de sesiones. El espacio, con su clásica belleza y armonía se me apareció digno de una representación artística. Podía imaginarme aquí perfectamente un solemne concierto, un hímnico canto coral y, con algunas modificaciones, también una representación de ópera, incluso una obra sacra. Adolfo trató de explicarme la sobria marcha del Parlamento:

-Aquel hombre que se sienta allí arriba, con aire bastante desvalido y que agita, de vez en cuando, una campanilla a la que nadie presta atención, es el presidente. Los dignos caballeros en aquellos asientos elevados son los ministros. Delante de ellos, inclinados sobre su pupitre, se sientan los taquígrafos del Parlamento, los únicos que hacen algo en esta casa. Por ello me son relativamente simpáticos, aunque puedo asegurarte que estos hombres, realmente aplicados, no tienen la menor importancia. Delante de ellos, en los bancos, deben sentarse todos los diputados de los Imperios y países representados en el Parlamento austríaco. La mayoría de ellos, sin embargo, prefieren pasear por los pasillos.
Después me explicó mi amigo los distintos procedimientos. Justamente en aquel instante presentaba un diputado una moción y la fundamentaba. El hecho de que casi todos los demás diputados habían abandonado entre tanto la sala, significaba que esta moción no les interesaba. Pero el presidente no tardaría en abrir el debate sobre la propuesta, y entonces se animarían las cosas.

Debo reconocer que Adolfo entendía perfectamente el funcionamiento interno del Parlamento. Incluso tenía ante si una copia de la orden del día. Todo se desarrollaba tal como él lo había anunciado. Apenas había concluido el solo del señor diputado - hablando musicalmente - cuando empezó inmediatamente la orquesta. Los diputados que regresaban tumultuosamente a la sala vociferaban a voz en grito. El uno interrumpía las palabras del otro. El presidente agitaba sin cesar la campanilla.

Los diputados contestaban levantando y batiendo las tapas de los pupitres. Otros se dedicaban a silbar, y en medio de este lamentable espectáculo volaban insultos en alemán, checo, italiano y polaco - sabe Dios cuántos idiomas había allí representados - por la sala. Yo miré a Adolfo. ¿No era éste acaso el mejor momento para marcharme? Pero ¿qué es lo que le

sucedía a mi amigo? Se había levantado de un salto, apretaba convulsivamente los puños, su rostro ardía de excitación. En estas circunstancias me pareció preferible seguir tranquilamente sentado, aun cuando no tenía la menor idea del porque de toda esta excitación en la sala.

El Parlamento atraía cada vez con más fuerza a Adolfo, en tanto que yo procuraba librarme de ir siempre que me era posible. En cierta ocasión, cuando Adolfo me había obligado, una vez más, a acompañarle - hubiera puesto en peligro nuestra amistad, si me hubiera negado a ir con él - un diputado checo pronunciaba un discurso de obstrucción de varias horas de duración. Adolfo me explicó que éste era un discurso cuyo único objeto era llenar el tiempo e impedir que otro diputado pudiera tomar la palabra. Era indiferente lo que decía este checo podía repetirse una y otra vez, pero no podía interrumpirse. A mí me pareció como si este hombre hablara siempre da capo al fine. Naturalmente, yo no entendía una palabra de checo, ni tampoco Adolfo. Lamentaba verdaderamente el tiempo perdido.

-Si no tienes nada que objetar, me marcharé ahora - le dije a Adolfo.

Este se volvió furioso hacia mí:

-¿Ahora, en medio de la sesión?

-Pero si yo no entiendo una sola palabra de lo que dice este hombre.

-No tienes ninguna necesidad de entenderlo. Es un discurso de obstrucción. Ya te lo he explicado.

-Prefiero marcharme, pues.

-¡Quédate! - exclamó Adolfo, furioso, y me obligó a permanecer sentado tirándome de la chaqueta.

Me quedé, pues, sentado, y dejé que siguiera hablando el bizarro checo, que parecía ya bastante agotado. Nunca me admiró tanto Adolfo como en esta ocasión. Era extraordinariamente inteligente y tenía, ciertamente, todos sus cinco sentidos. Pero cómo podía escuchar con todos los nervios en tensión este discurso, del que no entendía una sola palabra, se me hacia realmente difícil de comprender. Sin embargo, pensé para mis adentros, es posible que la culpa fuera mía, y era probable que yo no entendiera todavía cuál era la verdadera esencia de la política.

A menudo me preguntaba, en aquel entonces, por qué me obligaría Adolfo

a acompañarle al Parlamento. No pude descifrar este enigma, hasta que un día comprendí que Adolfo necesitaba un compañero con el que elaborar sus impresiones. En estos días aguardaba con impaciencia mi regreso a casa por la noche. Apenas había cruzado el dintel de la puerta, me recibía ya:

-¿Cómo has tardado tanto?

No había probado yo todavía un solo bocado, cuando me decía:

-Cuándo piensas acostarte?

Esta pregunta tenía una especial justificación. Como nuestra habitación era tan pequeña que Adolfo no podía recorrerla arriba y abajo más que cuando yo estaba sentado en el taburete ante el piano o me acostaba, necesitaba crearse espacio para lo que tenía que decirme.

Apenas me había deslizado en el lecho, empezó Adolfo a caminar con apresurados pasos arriba y abajo y a descargar su contenida pasión. En el excitado tono de su voz pude darme cuenta yo de hasta qué punto le acosaban sus pensamientos. Rebosaba de ellos literalmente, y debía descargarse, para poder tolerar las enormes tensiones que llenaban su interior.

¡Y que es lo que le agitaba tanto! Era, a fin de cuentas, siempre lo mismo: su amor desmedido por todo lo alemán. Pendía con verdadera devoción del pueblo madre. Nada en el mundo estaba para él más alto que el amor por todo lo que era alemán.

Pero justamente lo alemán debía sostener una difícil y amarga lucha en el suelo de la monarquía danubiana para poder conservar su existencia nacional. Él mismo escribe más tarde a este respecto:

«Nadie se daba cuenta de que si en Austria no hubiese existido un núcleo alemán de la mejor sangre, el germanismo no hubiera tenido jamás la energía necesaria para dar su sello a un Estado de 52.000.000 de habitantes, y hasta tal punto que en Alemania mismo pudo surgir incluso la errónea opinión de que Austria era un Estado alemán. Un error de las más graves consecuencias, pero a pesar de ello un brillante testimonio para los 10.000.000 de alemanes en la Marca del Este...»

Y, más adelante, dice:

«Enormes eran las cargas que se pretendía imponer al pueblo alemán,

inauditos sus sacrificios en impuestos y en sangre, y a pesar de ello cualquiera no del todo ciego debía reconocer, que todo esto habría de ser en vano. Lo que más dolor nos causaba de todo ello, era todavía el hecho de que todo este sistema era cubierto moralmente por la alianza con Alemania, con lo que la lenta eliminación de lo alemán en la vieja monarquía era sancionado, incluso, en cierto modo por Alemania misma.»
Pero ¿de dónde podía venir la ayuda, sino de Alemania? El emperador era incapaz de dirigir la lucha de todos contra todos. El heredero del trono, Franz Ferdinand, en el que se habían concebido muchas esperanzas, estaba casado con una condesa checa, la condesa Chotek, y proyectaba la constitución de un fuerte bloque eslavo de sello católico. Así, los alemanes en Austria debían confiar en ellos mismos y luchaban amargamente por sus derechos.

Con el corazón rebosante tomó parte Adolfo en esta apasionada lucha. Que la situación política fuera tan desesperada para los alemanes y pareciera sin salida, estimulaba hasta el máximo su celo y le hacia odiar a la casa imperial.

Así, pues, yo yacía despierto en la cama, en tanto que Adolfo, como tan a menudo, caminaba excitado arriba y abajo y se dirigía a mí con tal pasión, como si yo no fuera un pobre e insignificante estudiante de música, sino un poderoso político, que hubiera de decidir sobre el ser o no ser del pueblo alemán.

Inolvidable sigue siendo para mi, todavía, otra conversación nocturna. Adolfo había hablado con una entrega casi extática. Después, sin embargo, me describió el dolor que se cernía sobre este pueblo, la desgracia que le amenazaba, el futuro lleno de riesgos y de peligros. Y al hablar así luchaba visiblemente por contener las lágrimas.

Estas amargas quejas le llevaron entonces, empero, una vez más, a sus esperanzados pensamientos. Habló de nuevo del Reich de todos los alemanes, que pondría en su lugar a los "pueblos anfitriones", como llamaba a los demás pueblos de la monarquía. Cuando estas disquisiciones se prolongaban demasiado, solía dormirme a veces. Tan pronto se daba cuenta, me agitaba hasta despertarme, y me preguntaba, gritando, si sus palabras acaso ya no me interesaban. En este caso podía seguir durmiendo tranquilamente, como dormían en este tiempo todos aquellos que carecían de conciencia nacional. Pero me aprestaba a incorporarme en el lecho y me esforzaba por mantener abiertos los ojos.

Más adelante, Adolfo concibió un método más amistoso en estas

conversaciones nocturnas. En lugar de perderse en utopías, se limitaba a problemas, de los que suponía que habrían de interesarme. Así, en cierta ocasión se lanzó al ataque contra las asociaciones de ahorro, formadas en numerosas pequeñas hospederías de los barrios obreros.

Cada uno de sus miembros pagaba, semanalmente, una determinada cuota y recibía por Navidad la suma ahorrada. El cajero era, casi siempre, el dueño del local. Adolfo criticaba estas asociaciones porque la bebida consumida por el trabajador en una de estas «veladas de ahorro», era, a menudo, más elevada que la suma ahorrada, de forma que, en realidad, el patrón era el único beneficiado. En otra ocasión me describió, con vivos colores, la manera como se imaginaba los hogares para estudiantes en su «Estado ideal». Unos dormitorios sencillos y claros, un estudio, un salón de música y una sala de dibujo para ser utilizada comúnmente, comida sencilla pero nutritiva, entradas para los conciertos, óperas y exposiciones artísticas, y billetes gratis para dirigirse a sus respectivas facultades.

Así como a menudo son justamente los incidentes sin importancia los que se graban más fuertemente en la memoria, puedo acordarme de una de estas conversaciones nocturnas, en la que se habló del avión de los hermanos Wright. En un artículo de periódico, que me leyó Adolfo en voz alta, se decía que estos mundialmente famosos pioneros de la aviación habían instalado en su avión un pequeño cañón, relativamente ligero, con el que pretendían probar el efecto con que era posible disparar desde el aire. Adolfo, que era marcadamente pacifista, se indignó por esta noticia. «Apenas se ha hecho un nuevo descubrimiento - afirmó-, cuando se le coloca ya al servicio de la guerra. ¿Quién es el que ordena las guerras? En modo alguno el hombre pequeño. Bien lejos de ello! La guerra la disponen las testas coronadas o sin corona, impulsadas e incitadas por la industria de los armamentos situada detrás de ellos. En tanto que estos hombres ganan sumas gigantescas y se mantienen bien alejados de los disparos, el hombre pequeño debe poner en juego su vida, sin saber para qué.»
Estas «pequeñas gentes», el «pobre y traicionado pueblo», jugaban un dominante papel en el pensamiento de Adolfo. En cierta ocasión pudimos presenciar en el Ring una manifestación obrera. De manera repentina se transformó todo el aspecto de la concurrida calle. Las elegantes tiendas bajaron apresuradamente las puertas metálicas. Se detuvo el tranvía. Los policías, a pie y a caballo, salieron al encuentro de los manifestantes. Nosotros estábamos en medio de los espectadores en las cercanías del Parlamento, y pudimos presenciar desde la primera fila la excitante escena. Esta visión se ha quedado grabada en mi imaginación. "Este era el ambiente - pensé con el corazón palpitante, que Adolfo llamaba el "embate de la revolución"". Algunos hombres marchaban al frente de la

manifestación, y llevaban una pancarta que ocupaba toda la anchura de la calle. En ella estaba escrita una sola palabra: Hambre Para mi amigo no hubiera podido haber una palabra más enardecedora que ésta, que le incitara a participar de la miseria de las depauperadas masas, pues cuán a menudo debía pasar Adolfo también hambre.

Adolfo estaba allí, a mi lado, y captaba la escena con todos sus sentidos. Por fuerte que fuera, en este instante, su identificación por estas personas, se mantenía todo lo más alejado de ellas posible y contemplaba toda la escena con tanta objetividad y serenidad, como si, lo mismo que en sus visitas al Parlamento, no tuviera otro interés que estudiar el desarrollo de su conjunto, por así decirlo, la realización técnica de una tal demostración. A pesar de sentirse tan solidario de estas "pequeñas gentes", no pensaba, siquiera, en intervenir de manera activa en la manifestación, que se dirigía contra el aumento en el precio de la cerveza, dado a conocer justamente en estos días.

Continuamente llegaban nuevas masas de obreros. Todo el Ring parecía llenarse de gentes llenas de excitación y apasionamiento. La manifestación no podía ya abarcarse con la mirada. Algunos de ellos llevaban banderas rojas. Pero más aún que las pancartas y las banderas, sus figuras, míseramente vestidas y el rostro de los manifestantes, con la expresión marcada por el hambre y la miseria, revelaban cuan grave era la situación. Amargadas exclamaciones, gritos de indignación se oían por doquier. Los puños se blandían llenos de cólera. Los primeros de la manifestación habían alcanzado la plaza frente al Parlamento y trataban de asaltar el edificio; de repente, los policías que habían seguido a la manifestación, desenvainaron sus armas y cargaron sobre los mas próximos, sable en alto. Como respuesta, una granizada de piedras voló hacia los policías. Durante unos instantes se mantuvo indecisa la situación. Pero luego, gracias a la llegada de nuevos refuerzos, pudieron ser dispersados los manifestantes y disuelto el tumulto.

Esta escena había conmovido profundamente a Adolfo. Sin embargo, fue tan sólo de repaso ya a nuestra habitación cuando expresó su identificación hacia los manifestantes. Compartía los anhelos de los hambrientos, de los desheredados. Pero rechazaba también, rotundamente, a los hombres que organizaban estas manifestaciones.

¿Quiénes eran los que tiraban los hilos que se ocultaban detrás de estos hombres doblemente engañados y que les hacían moverse según su voluntad? Ninguno de estos hombres obscuros se dejaba ver en tales manifestaciones. ¿Por qué? Porque podían llevar a cabo sus manejos

mucho mejor en la penumbra y, además, porque no querían arriesgar su cabeza, pues temían a las fuerzas contra las que movilizaban estas masas, tanto como a las masas mismas. ¿Quién es el que guía a este pueblo en la miseria? No son hombres que comparten la miseria del pequeño hombre, sino políticos ambiciosos, ávidos de poder, en parte incluso, ajenos al pueblo, que se enriquecen con la miseria de las masas. Un estallido de cólera contra estos buitres políticos concluyó la amargada acusación de mi amigo. Esta era su demostración.

Una pregunta que le torturaba después de una escena semejante, aunque no la hubiera jamás expresado directamente, era: ¿A qué lado se encontraba él? Si se consideraban sus propias condiciones de vida, su situación económica, el ambiente social en el que vivía, no cabía la menor duda de que debía alinearse entre aquellas personas que marchaban detrás de las pancartas. Vivía en una casa mísera, llena de chinches, muy a menudo no comía al mediodía más que un pedazo de pan seco en un banco del parque de Schönbrunn. Quizá hubiera entre estos manifestantes muchos a quien las cosas no le fueran tan mal como a él. ¿Y por qué no marchaba, pues, al lado de estos manifestantes? ¿Qué es lo que le contenía? Quizá fuera la sensación de que, por su origen, pertenecía a otra clase social enteramente distinta. Era el hijo de un funcionario austríaco con rango de capitán. Cuando pensaba en su padre, le veía como el oficial de aduanas, de todos respetado y considerado, ante quien la gente se quitaba el sombrero, y cuya palabra era decisiva en las reuniones en el café. Por su dignidad y porte, el padre no tenía nada que ver con estas gentes en la calle.

De la misma manera como temía ser contagiado por la decadencia general moral y política de los círculos elevados, mayor era, todavía, el temor que sentía por la proletarización. Es cierto que vivía como proletario, pero no quería serlo de ninguna manera. Es posible que detrás del increíble derroche de energía con que seguía sus estudios, se ocultaba, instintivamente, el propósito de protegerse de la caída en esta miseria de las masas gracias a su amplia fundamentada cultura.

En el fondo, sin embargo, seguía siendo decisivo para Adolfo el hecho de que en sus opiniones políticas no se sintiera atraído hacia ninguno de los partidos y movimientos dominantes. Es cierto que me decía a menudo que era partidario de Schönerer en cuerpo y alma. Pero esto lo decía solamente entre las cuatro paredes de nuestra habitación. Como estudiante hambriento y carente de todo futuro se hubiera encontrado desplazado en las filas de un Georg Ritter von Schönerer. Para poder identificarse por completo con este hombre, el movimiento de Schönerer hubiera precisado un impulso social más poderoso. ¿Qué es lo que podía ofrecer Schönerer a las masas, que se

manifestaban, hambrientas, por el Ring? A sus enemigos, empero, a la socialdemocracia, les faltaba la comprensión para la difícil situación en que se encontraban los alemanes en Austria. La base internacional, marxista, sobre la que se había desarrollado este movimiento separaba a las masas de las «pequeñas gentes» - y esto es, a fin de cuentas, el pueblo mismo - de las decisiones en un plano nacional, decisiones tan necesarias para el futuro del pueblo como una solución de los problemas sociales. Entre los cerebros políticos dirigentes de aquella época, el alcalde de Viena, Karl Lueger, era quien mas imponía a Adolfo. Pero para identificarse por entero con su partido, le molestaba su relación con el clero, que intervenía continuamente en la política. Es por ello que Adolfo no encontraba ninguna patria espiritual en esta época para los ideales que le llenaban. En su pensamiento político seguía siendo un solitario.

A pesar de que en su absoluta independencia no pertenecía a ningún partido, a ninguna organización, ni entraba en ninguna asociación - con la única excepción a que me referiré más tarde-, no era preciso más que salir con él a la calle para comprender con que intensidad participaba de la suerte de las demás personas. La ciudad de Viena le ofrecía, a este respecto, un magnifico material de enseñanza. Cuando recorríamos los distritos de Rudolfsheim, Fünfhaus u Ottakring, y los trabajadores que regresaban al hogar cruzaban por nuestro lado, podía suceder que Adolfo me asiera fuertemente por el brazo, diciendo.

-¿Lo has oído, Gustl? Checo!

En otra ocasión nos encaminamos por Spinnerin hacia la Cruz, porque Adolfo quería admirar este viejo símbolo de Viena. Entonces nos encontramos con unos obreros de una fábrica de tejas que hablaban italiano con vivas gesticulaciones.

-¡Ahí tienes a t Viena alemana! - gritó indignado.

También ésta era una de las frases continuamente repetida: "La Viena alemana". Pero Adolfo pronunciaba estas palabras con una amarga entonación. ¿Era acaso esta Viena a la que de todas partes acudían checos, magiares croatas, polacos italianos, eslovacos, rutenos y, sobre todo, judíos de la Galitzia, todavía una ciudad alemana?

Para él, las circunstancias imperantes en Viena se habían convertido en el símbolo de lucha por el germanismo en el Estado de los Habsburgo. Odiaba esta babel de pueblos en las calles de Viena, este "incesto encarnado", como escribió más tarde. Odiaba a este Estado, que arruinaba todo lo

alemán. Y su odio se dirigía directamente a las cabezas de este Estado. La casa imperial, el clero que intervenía en la política, la nobleza, el gran capital, el judaísmo.

El Estado de los Habsburgo debía desaparecer, cuanto antes mejor, pues cada día que seguía existiendo todavía este Estado le costaba al pueblo alemán dignidad, existencia, terreno y, sobre todo, personas. La fanática lucha de las distintas naciones de este Estado entre sí la consideraba Adolfo como el síntoma más decisivo de la esperada decadencia del Estado. Iba a1 Parlamento para tomar el pulso, por decirlo así, al moribundo paciente, cuyo pronto fin se profetizaba ya de todos los lados. Lleno de impaciencia aguardaba este momento pues tan sólo cuando el Estado de los Habsburgo hubiera desaparecido quedaría libre el camino para aquellas soluciones que él soñaba en sus horas de soledad.

Su odio almacenado contra todas las fuerzas que oprimían al germanismo se concentraba sobre todo en el judaísmo, que en Viena ocupaba una destacada posición. Yo no tardé mi darme cuenta de ello. Un pequeño incidente, al parecer sin importancia, ha quedado en mi recuerdo. Yo opinaba que la mísera existencia llevada por Adolfo tendría que llegar a su fin. Lo mejor sería ayudarle para que pudiera valerse de sus disposiciones como escritor. Un compañero mío, que estudiaba en el Conservatorio para cantante, trabajaba tomo periodista en el Wiener Tagblatt.. Yo le hablé de Adolfo. El joven mostró una gran comprensión por esta situación y me propuso que mi amigo escribiera primero, a titulo de prueba, un trabajo literario y que fuera a entregárselo personalmente durante las horas de trabajo en la redacción. Luego podrían discutirse los detalles. Adolfo escribió en esta noche una novela, de la que, por desgracia, no recuerdo más que el titulo. Se llamaba "La mañana siguiente", un titulo lleno de presentimientos, pues a la mañana siguiente, cuando nos encaminamos a la Langegasse para hablar con mi colega, hubo un enorme escándalo. Armas hubo visto Adolfo al hombre sin soltar la novela de la mano, se volvió hacia la puerta y me gritó en la escalera:

-¡Estúpido! ¿Acaso no has visto que es un judío?

Yo no me había dado, ciertamente, cuenta de ello. Pero, a partir de entonces me volví más precavido en estos asuntos.

La situación no tardó en empeorar. Justamente los días en que debía ejercitarme muchas horas para mi examen entró Adolfo muy excitado en la habitación. Venia de la Jefatura de policía-me explicó-, pues había tenido un incidente en la Mariahilfer Strasse con un judío, naturalmente.

Estaba tan excitado que tuvo que andar primero un rato arriba y abajo por la habitación antes de poder referirme con hilvanadas palabras lo sucedido. Delante de los almacenes Gerngross se encontraba un "Handelee". La palabra "Handelee" caracterizaba a los judíos orientales, vestidos con un caftán y botas, que solían comerciar en calles y plazas con cordones para los zapatos, botones, tirantes y demás menudencias El "Handelee" formaba el escalón inferior de aquellos judíos, rápidamente asimilados, que en el curso del tiempo llegaban a ocupar destacadas posiciones en la vida económica austríaca. A los "Handelees" les estaba prohibido pedir limosna a los transeúntes. Este hombre, sin embargo, tendía la mano abierta a los que ante él pasaban, y algunos le habían dado un par de kreuzer. Un policía que se había dado cuenta de ello invitó al judío a que se identificara. Entonces empezó éste a retorcerse las manos, gimiendo que era un hombre pobre, viejo y enfermo, y que debía vivir de su pequeño comercio Pero no había pedido limosna. El policía condujo al "Handelee", que gemía y protestaba, al cuartelillo e invitó a los presentes, que habían sido testigos de que el hombre pedía limosna, a prestar declaración en este sentido. A pesar de su resistencia a presentarse en publico, se había anunciado Adolfo como testigo. Así había podido luego presenciar cómo lo extraían al "Handelee" tres mil coronas del caftán; una prueba concluyente, según afirmaba Adolfo, de la explotación de Viena por parte de los judíos inmigrados del Este.

Este incidente ha sido referido también en su obra Mí lucha. Adolfo escribe a este respecto:

«Cuando un día caminaba yo por el centro de la ciudad, tropecé, de repente, con una figura vestida con un largo caftán con rizos negros. ¿Era éste también un judío? fue mi primer pensamiento. Éste no era, ciertamente, el aspecto de los judíos de Linz. Observé al hombre con disimulo y cautela, pero cuanto más contemplaba yo este extraño rostro, estudiándolo rasgo por rasgo, tanto mas se convertía en mi cerebro la primera pregunta en otra pregunta: ¿es éste también un alemán? Como de costumbre en estos casos, empecé a intentar disipar mis dudas por los libros.»

Recuerdo todavía con qué celo estudiaba Adolfo en aquel entonces el problema de los judíos, cómo hablaba continuamente de ello, y cuán poco me interesaba a mí este problema. En el conservatorio había también judíos, tanto entre los profesores como entre los alumnos. No obstante, mis experiencias con ellos eran excelentes y yo tenía magnificas relaciones personales con algunos de ellos. ¿Acaso no estaba Adolfo mismo entusiasmado por Gustav Mahler y escuchaba con placer las composiciones

de MendelssohnBartholdy? No había que considerar el problema de los judíos simplemente desde el punto de vista de los «Handelee». Yo traté de apartar con cautela a Adolfo de su obstinado punto de vista. La respuesta fue muy peculiar:

-Ven, Gustl - dijo, una vez más, y yo tuve que dirigirme con él a pie, para ahorrar el dinero del tranvía, hasta la Brigittenau.

¡Cuán asombrado me sentí cuando Adolfo me llevó hasta la sinagoga! Entramos en el templo.

- Déjate puesto el sombrero - me susurró Adolfo al oído. Efectivamente, todos los hombres conservaban puesto el sombrero. Todavía me llamó más la atención observar que todos ellos hablaban aquí en voz tan alta como en el mercado. Adolfo había podido averiguar que en esta sinagoga y a una hora determinada debía tener lugar una boda. En efecto, así fue. Esta ceremonia causó en mi una profunda impresión. Primeramente, todos los judíos allí reunidos entonaron una extraña antífona, que me gustó. Después, el rabino pronunció una plática en hebreo y colocó, finalmente, la filacteria en torno a la frente de los novios.
Yo tomé esta extraía visita como una señal de que Adolfo, en su empeño por estudiar el problema de los judíos, se había propuesto llevarlos a cabo con la misma meticulosidad de costumbre, y quería convencerse de las costumbres religiosas todavía en vigor entre los judíos. Tal vez esto pudiera contribuir a suavizar su obstinada actitud. Pero me había engañado al suponer esto, pues un día regresó Adolfo a casa y exclamó, decidido:

-Hoy he ingresado en la liga antisemita y te he inscrito también a ti.

Éste era el punto culminante de aquella violación política a la que yo me había ido acostumbrando lentamente en mis relaciones con Adolfo. Pero me sentí tanto más asombrado cuanto que Adolfo evitaba siempre, con el máximo cuidado, ingresar en cualequiera asociación u organizaciones. Guardé silencio, pero en mi interior decidí resolver en adelante mis asuntos por mí mismo.

Cuando vuelvo mi pensamiento a aquellos tiempos vividos en Viena y me represento, una vez más, el contenido de aquellas largas conversaciones nocturnas, debo reconocer que Adolfo había alcanzado ya aquella "imagen del mundo" - una expresión a la que estaba muy aficionado en aquel entonces - de acuerdo con la cual organizó y dispuso más tarde su entera existencia. Esta imagen procedía de las impresiones y experiencias directas obtenidas en la calle, aumentada y profundizada cada vez más en el curso

de sus lecturas. Y yo pude ser testigo de su exteriorización, la primera, y a menudo aún poco equilibrada y madura, pero llena de pasión. Pero yo no daba a todo ello una gran importancia, pues mi amigo no desempeñaba ningún papel en la vida pública, no tenía relación con nadie, fuera de mi, y, en consecuencia, todos sus proyectos y detalles políticos pendían enteramente del aire. Que más tarde pudieran convertirse en realidad, no me atrevía siquiera a imaginármelo.

BRUSCA RUPTURA DE LA AMISTAD

Los exámenes en el Conservatorio habían pasado ya. Yo había obtenido en ellos excelentes calificaciones. Ahora me quedaba todavía dirigir el concierto para violín en la mayor de Mozart ó el solista era mi compañero de estudios Karl Penn ó y una parte del concierto para piano en do menor de Beethoven, con la señora Erika Hornik como solista, una tarea en modo alguno fácil, si se tiene en cuenta la timidez de la solista y. . . del director. Sin embargo, todo fue perfectamente. Mucho más excitante fue para mí la segunda noche, en la que el cantante de cámara Rossi cantó por vez primera tres canciones: acompañado de orquesta compuestas por mí y dos tiempos de mi sexteto para instrumentos de cuerda. Ambas composiciones me aportaron un bello éxito. Adolfo se encontraba en el camerino de los artistas, cuando el profesor Max Jentsch, que había sido mi maestro en teoría de la composición, me felicitó. También lo hizo el dirigente de la escuela de directores de orquesta Gustav Gutheil y, finalmente, se presentó así mismo en el camerino el director del conservatorio para estrecharme cordialmente la mano. Esto significaba mucho para mí, que sólo un año antes trabajaba en el polvoriento taller de tapicería de mi padre. Adolfo ardía de entusiasmo y estaba realmente orgulloso de su amigo. Yo podía imaginarme fácilmente lo que se agitaba en su corazón. Con seguridad, nunca hasta entonces había comprendido tan amargamente como en esta ocasión la indecisión de su estancia en Viena, al ver cómo en medio de mi embriagador triunfo me encontraba en el firme y seguro camino en pos de la meta por mi elegida.

Pocos días después había terminado ya el curso. Sentía una íntima alegría por el regreso al hogar, pues, a pesar de mis afortunados estudios, en medio de esta extraña capital no me había abandonado jamás el amargo sentimiento de la nostalgia. Adolfo carecía de hogar, y no sabía adónde debía dirigirse. Entre los dos discutimos nuestro porvenir en las siguientes semanas y meses. También la señora Zakreys entró silenciosamente en

nuestra habitación preguntó, entre tosecillas, qué es lo que nos proponíamos hacer ahora.

Sea como sea nos quedaremos juntos ó manifesté yo en seguida, palabras por las que quería significar no solamente que estaba conforme en mantenerme al lado de Adolfo, esto me parecía lógicoó, sino también que seguiríamos viviendo en casa de la señora Zakreys, con la que tanto habíamos congeniado. Por lo demás, yo había hecho ya mis planes: inmediatamente después de terminado el curso me proponía partir para Linz, para permanecer allí hasta el otoño en casa de mis padres, para pasar acto seguido el período de ocho semanas de servicio en la reserva, cosa que había comunicado ya a la dirección del Conservatorio. A lo más tardar en la segunda quincena de noviembre me proponía estar de regreso en Viena. Prometí mandar regularmente mi parte del alquiler a la señora Zakreys para que nos guardara la habitación.

La señora Zakreys se proponía dirigirse también en los próximos días al campo. Tenía parientes en Moravia, a los que se proponía visitar. Su única preocupación era tener que dejar la vivienda sola. Pero Adolfo tranquilizó inmediatamente a la buena mujer. Él se quedaría aquí esperando su regreso. Después podría dirigirse también él, por un par de días, a casa de los parientes de su difunta madre en el Waldviertel.

La señora Zakreys se mostró muy satisfecha por esta solución y nos reiteró cuán contenta estaba de nuestra compañía. En toda Viena no encontraría ella dos señoritos tan amables, que pagaban con toda puntualidad su alquiler y que no llevaban a sus amistades femeninas a la habitación. Cuando estuve a solas con Adolfo le dije que en los próximos años trataría de ingresar como viola en alguna orquesta sinfónica en Viena. Con ello mejoraría mi situación económica de tal manera que me sería posible ayudarle también a Él. Adolfo, que en estos días se mostraba sumamente irritable, no dijo ni sí ni no a mi propuesta. No pronunció tampoco la menor palabra acerca de sus pronósticos para el futuro, pero yo no le tomé a mal esta actitud a la vista de mis éxitos. Para mi gran extrañeza no me encargó tampoco le informara acerca de Estefanía. Sin embargo. me hice el propósito de escribirle cuanto pudiera averiguar. Adolfo me prometió escribirme a menudo e informarme de todos los acontecimientos ocurridos en Viena que pudieran interesarme.

La despedida ó la fecha, a principios de julio de 1908, tiene una especial importancia ó fue muy difícil para los dos. Aun cuando a pesar de mi natural docilidad no siempre me había sido fácil adaptarme a la manera de ser de Adolfo, nuestros sentimientos de amistad habían triunfado siempre

por encima de todas las dificultades personales. Pronto se cumplirían los cuatro años de nuestra amistad, y nos habíamos adaptado el uno al otro en nuestras cosas externas. El rico tesoro de nuestros recuerdos artísticos comunes en Linz y en muchas maravillosas excursiones se había luego incrementado y ahondado en Viena de manera considerable. Para mí, Adolfo en Viena significaba una parte de mi hogar, pues él había compartido los más bellos momentos de mi juventud y me conocía mejor que cualquier otra persona. A él tenía yo que agradecer el haber podido ingresar en el Conservatorio. Este sentimiento de agradecimiento, ahondado por la comprensión de una auténtica amistad, surgida de nuestras comunes vivencias, me unía a él de manera indisoluble. Yo estaba dispuesto a aceptar también en el futuro todo lo que pudiera aportarme su impulsivo temperamento. Cuánto apreciaba yo a Adolfo como amigo, al aumentar mi madurez y comprensión de la vida, lo demuestra el hecho de que a pesar de nuestra íntima vida en común y de lo divergente de nuestros intereses nos habíamos entendido realmente mucho mejor en Viena que en Linz. Estaba dispuesto a seguirle, no sólo al parlamento, sino también a la sinagoga, incluso a la Spitelgasse y Dios sabe adónde, y me alegraba de poder pasar también el tiempo de mis próximos estudios a su lado.
Naturalmente, yo significaba para Adolfo mucho menos de lo que él significaba para mí. Que yo me hubiera trasladado con él a Viena desde su patria, le recordaba quizá, aun en contra de su voluntad, sus difíciles circunstancias familiares y la extrema miseria de su juventud. Es cierto también que mi presencia le rememoraba así mismo su amor por Estefanía, pero, sobre todo, Adolfo había tenido ocasión de apreciarme como voluntarioso oyente. No podía desearse un público mejor, pues, por obra y gracia de su elocuencia tan sugestiva, estaba dispuesto a admitir sus razonamientos, aun en aquellos casos en los que yo era de opinión enteramente opuesta a la suya. Pero, para él y lo que él se proponía, mis opiniones carecían por entero de trascendencia. Me necesitaba a mí simplemente para poder hablar de sí mismo, pues no podía sostener monólogos en voz alta en el viejo banco de piedra en el parque de Schönnbrunn. Cuando se sentía absorbido por una idea, de tal manera que necesitaba descargarse, me necesitaba a mí, de la misma manera que un solista precisa de su instrumento para poder comunicar una expresión a sus sentimientos. Este, por decirlo así, "carácter instrumental" de nuestra amistad, hacía que yo fuera para él más valioso de lo que correspondía a mis propias y modestas disposiciones.

Así, pues, nos despedimos el uno del otro. Adolfo me aseguró por milésima vez cuán a disgusto se quedaba solo en esta ciudad. Me sería fácil imaginarme cuán solitario se sentiría él en nuestra habitación. De no haber anunciado a mis padres mi llegada, es posible que hubiera permanecido aún

un par de semanas en Viena, a pesar de mis accesos de nostalgia por el hogar.

Adolfo me acompañó hasta la estación del Oeste. Coloqué mi equipaje sobre mi asiento y salí, una vez más, al andén. Adolfo odiaba toda suerte de sentimentalismos. Cuanto más intensamente algo le afectaba, más frío se mostraba externamente. Así, pues, se limitó a tomar mis manos ó cosa extraordinaria, que me tomara las dos manos ó y las estrechó firmemente. Luego se volvió y se encaminó, con pasos presurosos, hacia la salida, sin volverse ni una sola vez. Yo me sentí abatido. Subí al tren y me alegré cuando arrancó éste y me hizo imposible cualquier otra decisión.
Mis padres se alegraron de tener de nuevo entre ellos a su único hijo. Por las noches tuve que contarles con toda suerte de detalles el resultado de mi concierto final de curso. Los resplandecientes ojos de mi madre eran para mí la mejor de las recompensas. Cuando a la mañana siguiente, con la camisa arremangada, ceñido al cinto el azul mandil de trabajo, entré en el taller y me dispuse a ayudarle, se mostró satisfecho también mi padre, pues vio que yo tenía en gran estima el oficio que constituía la base de nuestra existencia. Sin muchos cumplidos me confió un gran encargo del municipio para su ejecución.

En mis horas libres encontraba mucho a faltar a Adolfo. Me hubiera gustado poderle escribir algo acerca de Estefanía, aun cuando no hubiera recibido ningún encargo de él en este sentido. Pero no tenía ocasión de verla. Probablemente se habrían dirigido con su madre a pasar los meses de verano en el campo.

Como yo había dejado algunos asuntos por resolver en Viena, le escribí a Adolfo para que me hiciera el favor de poner en orden estos asuntos míos. Ante todo debía pagar mi cuota mensual al cajero de la asociación musical, Riedl. Además, debía recoger allí mi libro de socio y mandarme las publicaciones editadas por la asociación musical.

Adolfo cumplió minuciosamente estos encargos y me envió lo que le solicitaba. En una tarjeta postal que me mandó el 15 de julio de 1908, en la que se representaba el llamado Graben, en el distrito primero, me daba cuenta de ello. El texto de esta tarjeta es el siguiente:

«Querido Gustl:

»Fui tres veces a ver a Riedl sin encontrarle jamás: hasta el jueves por la tarde no pude pagarle. Te doy mis más expresivas gracias por tu carta y especialmente por tu postal. La fuente tiene, ciertamente, un aspecto muy

prosaico. Desde tu partida trabajo con gran celo, a menudo de nuevo hasta las dos o las tres de la madrugada. Ya te escribiré cuando parta de aquí. No tengo el menor deseo de ello si viene también mi hermana. Por lo demás, no hace aquí mucho calor e incluso llueve alguna que otra vez. Te mando también tus revistas, así como el libro. Muchos saludos para ti y para tus apreciados padres de

Adolfo Hitler.»

La fuente de la que Adolfo escribe que era muy «prosaica» había sido levantada en el Volksgarten. La escultura que debía adornarla procedía del escultor Hanak y llevaba el título «Alegría en la belleza», que Adolfo consideraba como una ironía en vista de la sobria objetividad de su representación.

Interesante es la alusión a su hermana, con la que se refiere a Angela Raubal. A Adolfo no le era en modo alguno agradable que Angela fuera también al Waldviertel, pues después de la discusión con su esposo no quería volver a encontrarse con ella.

Pocos días después llegó de nuevo una tarjeta de Adolfo, fechada el 19 de julio de 1908, que mostraba una vista del dirigible "Zeppelin", que en aquel entonces era considerado como una obra de arte de la moderna técnica y que se tenía en cierto modo como el símbolo de la futura importancia de la navegación aérea para la Humanidad.

Esta tarjeta tiene el texto siguiente:

«Querido amigo:

» Mis mejores gracias por tu amabilidad. No necesitas mandarme por el momento más mantequilla ni queso. Te doy cordialmente las gracias por tu buena voluntad. Esta noche asistiré al «Lohengrin». Muchos saludos para ti y tus apreciados padres de

Adolfo Hitler.»

En el margen hay la siguiente observación:

«La señora Zakreys te da las gracias por el dinero y me encarga te salude a ti y a tus padres.»

Yo le había contado a mi padre la difícil situación de mi amigo y que, a menudo, pasaba hambre, Esto había bastado para mi madre. Sin hablar más

de ello le mandó a Adolfo algunas veces en el verano de 1908 paquetes con alimentos. Que me rogara no le mandara más, por el momento, estaba sin duda relacionado con el proyectado viaje al Waldviertel. Más importante para él, sin embargo, que todo esto era poder ver «Lohengrin». Yo podía comprender perfectamente este sentimiento.

¿Cómo trabajaría ahora, completamente solo, en nuestra habitación? Mis pensamientos estaban muy a menudo a su lado. Quizá aprovechara la circunstancia de tener toda la estancia a su disposición para reanudar de nuevo sus grandes proyectos arquitectónicos. Desde hacía ya tiempo se había propuesto restaurar el Hofburg vienés. En nuestros recorridos por el centro de la ciudad se sentía una y otra vez atraído por este proyecto, completado ya en su imaginación, y que debía ser simplemente fijado por el lápiz. Le molestaba que el viejo Hofburg y las caballerizas reales estuvieran construidas de ladrillos. A sus ojos, los ladrillos eran un material poco sólido para las edificaciones monumentales. De ahí que estas edificaciones debieran ser demolidas y substituidas por edificaciones de piedra del mismo estilo. Además, Adolfo quería levantar frente al maravilloso semicírculo de columnas del nuevo palacio una construcción adecuada para delimitar de esta manera de manera peculiar la Plaza de los Héroes. El portal del palacio debía ser conservado. Dos ingentes arcos de triunfo ó la pregunta de qué "triunfo" debía conmemorar estos arcos la había dejado Adolfo sabiamente sin contestar ó encima del Ring debían ser incluidos también en el proyecto con la maravillosa plaza y los Museos Imperiales. Las viejas caballerizas debían ser derruidas. En su lugar debía alzarse una construcción digna del Hofburg, unida por otros dos arcos de triunfo al complejo del conjunto. En opinión de mi amigo, Viena dispondría de esta manera de una plaza digna de una ciudad cosmopolita.
Pero yo me había equivocado. Adolfo no se ocupaba de Viena, sino de Linz. Quizá fuera ésta la mejor manera de compensar en su interior la amarga sensación por la pérdida de la casa paterna y por la patria tan distante. Linz, en la que el destino le había propinado golpes tan espantosos, tenía que conocer ahora su agradecimiento.

Llegó una carta, cosa rara en Adolfo, que solía mandar sólo tarjetas, siquiera fuera por ahorrarse los portes. Aun cuando ignora él mismo «lo que debe contarme» siente la necesidad de hablarme de su vida de ermitaño. La carta, fechada el 21 de julio de 1908, tiene el texto siguiente en el original:

"Querido amigo:

»Habrás pensado ya, quizá, cómo es que hace tanto tiempo que no te escribo; la respuesta es muy sencilla: no sabría qué es lo que podría

contarte, y lo que más puede interesarte. Primeramente: sigo todavía en Viena y me quedaré también aquí. Estoy solo aquí, pues la señora Zakreys está en casa de su hermano. A pesar de ello me encuentro muy satisfecho en mi vida de ermitaño. Solamente una cosa encuentro a faltar. Hasta ahora me llamaba la señora Zakreys siempre muy temprano por la mañana, de manera que me levantaba muy pronto para empezar a trabajar, en tanto que ahora debo confiar solamente en mí. ¿No hay nada nuevo por Linz? ¿No se oye nada de la sociedad para la construcción del nuevo teatro? Cuando el banco esté terminado mándame, por favor, una tarjeta postal. Y tengo aún otros dos favores que pedirte. Primero. Si fueras tan amable y quisieras comprarme la "Guía por la ciudad danubiana de Linz", no el Wöhrl, sino el editado por Krakowitz. En la portada se ve una mujer de Linz, el fondo representa Linz desde el lado del Danubio con el puente y el palacio. Cuesta sesenta hellers, que te adjunto en sellos. Te ruego me lo envíes inmediatamente ya sea franco de porte o a reembolso. Ya te abonaré los gastos. Fíjate, sin embargo de que estén incluidos el horario de la línea de vapores, así como el plano de la ciudad. Necesito un par de datos que he olvidado y que no encuentro en el Wöhrl. Y, en segundo lugar, te ruego que cuando vuelvas a viajar en este buque me traigas uno de estos horarios tal como tenías en otros tiempos, que ya te lo abonaré «a voluntad». No sé de ninguna novedad, a lo sumo que esta mañana he sorprendido a un monstruo de chinche, que poco después nadaba en mi sangre, y que ahora los dientes me castañetean de calor.

"Creo que días tan fríos los habrá pocos en verano como el de hoy. Lo mismo sucede entre vosotros, ¿no es cierto? Da muchos saludos a tus apreciados padres, y repitiendo mis ruegos me reitero tu amigo Adolfo Hitler.»

Adolfo trabajaba con tal intensidad en sus nuevos proyectos de transformación de Linz que en la carta incluía todavía sesenta heller en sellos de sus escasos caudales, para que yo le procurara la guía de la ciudad editada por Krakowitz. Con el «banco» se refería al edificio del Banco de Austria y Salzburgo. Adolfo estaba muy preocupado de si esta edificación no destruiría la impresión cerrada ofrecida por la plaza principal de Linz. Yo podía comprender perfectamente que aguardara con impaciencia noticias positivas de la sociedad dedicada a la construcción del nuevo teatro, pues junto con el puente sobre el Danubio el nuevo teatro de Linz era una de sus ideas favoritas.

Cuán meticuloso era Adolfo, a pesar de su propia necesidad, lo demostraba no sólo la suma adjunta para la compra de la guía, sino la observación de

que estaba dispuesto a abonarme también el folleto horario que podía obtenerse en los vaporcillos del Danubio.

¡Ah!, y las chinches. ¡Argucias del destino! Yo era casi inmune contra ellas, en tanto que a Adolfo le causaban profundo asco. Muy a menudo, después de haberme dormido mientras él se dedicaba a la caza de chinches, me mostraba a la mañana siguiente algunos ejemplares cuidadosamente ensartados en una aguja. Por lo demás, muchas de las casas de Viena estaban entonces llenas de chinches. ¡Así, pues, un nuevo monstruo. Había tenido que creer en ello!

Durante mucho tiempo permanecí sin noticias. Pero luego ó fechada el 17 de agosto de 19086 llegó una deliciosa carta de Adolf o, quizá la más significativa de las que me había escrito. Su texto decía:

«Buen amigo:

»Primero te ruego me disculpes por no haberte escrito durante tanto tiempo. Esto tenía sus buenas razones, o, mejor dicho, sus malas; no sabía nada que hubiera podido contarte. Que yo te escriba ahora por fin demuestra solamente que he tenido que buscar largamente para reunir un par de novedades. Primeramente, nuestra patrona, la Zakreys me encarga te dé las gracias por el dinero. Y segundo, yo también te doy las gracias por tu carta. A la Zakreys le sería probablemente difícil escribirte (domina tan poco el alemán), y me ruega agradezca a tus padres y a ti por el dinero. Yo acabo de pasar justamente un fuerte catarro bronquial. Me parece que vuestra asociación musical atraviesa una crisis. ¿Quién ha editado las revistas que te mandé la última vez? Hacía ya tiempo que había pagado entonces tu cuota. ¿No sabes más detalles de ello? El tiempo es aquí muy bello y agradable; llueve muy fuerte. Y junto a la estufa es esto una bendición del cielo. Pero ahora podré gozarlo sólo por poco tiempo. El sábado o el domingo partiré probablemente... Ya te lo comunicaré detalladamente. Ahora escribo bastante, generalmente por la tarde y por la noche. ¿Has leído la última decisión de la comunidad en relación con el nuevo teatro? Según parece, éstos se proponen remendar una vez más el viejo trasto. No es posible seguir así, no obstante, porque no reciben la autorización necesaria por parte de las autoridades. De todas formas, toda esta palabrería demuestra que estos distinguidos y definitivos factores tienen de la construcción de un teatro la misma idea que un hipopótamo de tocar el violín. Si mi manual de arquitectura no estuviera ya tan maltratado, lo mandaría con gusto a la dirección del comité encargado de la construcción del nuevo teatro. ¡Al alto, distinguido y encomiable comité para la eventual edificación y decoración...! Y con ello termino ya. Te saluda a ti y a tus apreciados padres muchas veces y se reitera tu amigo

Adolfo Hitler.

¡Éste es Adolfo, en su vivo retrato! Ya el desusado encabezamiento, "querido amigo", demuestra que se encontraba en un estado de ánimo casi emocionado. Hay que añadir a ello la larga introducción, que caracteriza el "impulso" tan típico de él, utilizado también en sus discursos nocturnos, para ambientarse. El chiste del "agradable tiempo lluvioso", que surge también en otra variante en su carta del 20 de abril del mismo año, es utilizado para estimular a la pluma, aún reticente. Primeramente recibe la suya nuestra buena patrona, de suave dialecto bohemio. Después cae Adolfo sobre la asociación musical. Pero todo esto no son más que escaramuzas para aguzar el sable, pues ahora se lanza con toda su vehemencia sobre la asociación teatral de Linz, que no es capaz de levantar un nuevo teatro, sino que pretende renovar, simplemente, el "viejo trasto". Con mordaces palabras cae sobre estos burócratas provincianos, que le amargan su idea favorita, que le ocupa desde hace ya años. Cuando leí esta carta me pareció ver a Adolfo recorriendo arriba y abajo la habitación entre la puerta y el piano, e increpando con vehementes palabras a estos burocráticos consejeros municipales.

El viaje anunciado en esta carta tuvo efecto, realmente, pues ya el 20 de agosto, es decir, tres días más tarde, me mandó Adolfo una tarjeta postal desde el Waldviertel, en la que se representaba el palacio de Weitra. Sin embargo, me parece que no debía sentirse muy a gusto en casa de sus parientes, pues no tardó en seguir una tarjeta de Viena, en la que Adolfo me felicitaba por mi onomástica.

Así pues, todo había sucedido según lo acordado. La señora Zakreys había estado en Moravia y Adolfo en el Waldviertel. En tanto que la vida en la Stumpergasse seguía de nuevo su cauce normal, tuve que presentarme, para mi dolor, el 16 de septiembre en el cuartel del regimiento número 2 de infantería. Prefiero pasar por alto lo que tuve que hacer en estas ocho semanas, mejor dicho, lo que me sucedió en el curso de mi instrucción. Estas ocho semanas forman, por así decirlo, un lugar absolutamente vacío en mi vida. Pero también este tiempo pasó, y así pude anunciar, finalmente ó era el 20 de septiembre ó, a Adolfo mí próximo regreso a Viena. Como le escribí a Adolfo, tomé el primer tren de la mañana para ganar tiempo, y llegué ya a las tres de la tarde a la estación del Oeste. En la barrera, en el lugar de costumbre, debía encontrarse Adolfo. Él me ayudaría a llevar la pesada maleta, que como saludo de mí madre, contenía también algunas cosas para él. ¿Acaso me había pasado inadvertido? Retrocedí de nuevo. Sea como sea, no estaba junto a la barrera. Salí a la sala de espera.

Fue en vano que mirara a mi alrededor, Adolfo no estaba allí. Quizá estuviera enfermo. En su última carta me había escrito que su antigua dolencia, el catarro bronquial, le había atormentado de nuevo últimamente. Dejé la maleta en la consigna y me encaminé, lleno de preocupación, a la Stumpergasse. La señora Zakreys me saludó alegremente, pero se apresuró a añadir que la habitación estaba ya alquilada.

Pero, ¿y Adolfo, mi amigo? le pregunté, asombrado.

La señora Zakreys me miró con los ojos muy abiertos en su rostro surcado de arrugas y marchitado.

Pero ¿no sabe usted de verdad que el señor Hitler ha partido?

No, yo no lo sabía. ¿Y adónde se ha trasladado? ó quise yo saber.

Esto no lo ha dicho el señor Hitler.

Pero tuvo que dejar alguna nota para mí, una carta o algún breve mensaje.

¿Cómo podré, si no encontrarle?

La patrona sacudió la cabeza.

No, el señor Hitler no ha dejado nada.

¿Ni siquiera un saludo?

No ha dicho nada.

Pregunté a la señora Zakreys si había recibido puntualmente su alquiler. Adolfo había pagado meticulosamente su parte. La señora Zakreys me devolvió el resto que me correspondía, ya que yo había mandado el importe del alquiler del mes de noviembre por adelantado. Lamentaba mucho perdernos a los dos. Pero no era posible hacer ya nada. Por esta noche ya procuraría ella alojarme.

Al día siguiente me busqué una nueva habitación. En la Glasauerhof, cerca de la Mariahilfer Strasse, encontré una bonita y clara pieza y me alquilé un pequeño piano. A pesar de ello, encontraba mucho a faltar a Adolfo. Sin embargo, estaba convencido de que algún día volvería a presentarme a mi lado. Para hacerle esto más fácil, dejé mi nueva dirección en casa de la señora Zakreys. Adolfo disponía ahora de tres medios para encon trarme inmediatamente. Por mediación de la señora Zakreys o por el secretariado del Conservatorio o a través de mis padres. Alguno de estos

caminos lo aprovecharía Adolfo, con seguridad, si quería reunirse de nuevo conmigo. No pensé, naturalmente, en que yo podría también encontrarle en la oficina central de empadronamiento de la jefatura de policía.

Sin embargo, pasaron días, pasó la semana, la siguiente... Adolfo no venía.

¿Qué habría sido de él? ¿Habría sucedido algo entre nosotros que le hubiera incitado a separarse de mi? En mi imaginación repasé de nuevo las últimas semanas pasadas juntos. Es cierto que en ellas había habido divergencias de opinión y también disputas, pero esto eran cosas habituales en Adolfo. Las cosas no habían sido nunca de otra manera con él. Por mucho que me esforcé en descubrir las razones de esta desaparición, no pude encontrar la menor justificación para tal conducta. Él mismo había dicho repetidas veces que en otoño, cuando yo regresara a Viena, quería que permaneciéramos juntos. Ni con la menor palabra había insinuado una posible separación, ni siquiera en un momento de enojo. Nuestra amistad se había estrechado de tal manera en estos cuatro años, que no había nada que hablar a este respecto. Esto era tan natural como el mutuo propósito de mantenernos unidos también en el futuro.

Al rememorar en mi pensamiento las últimas semanas pasadas juntos, hube de comprobar, contrariamente a lo que quería encontrar, que nuestras relaciones mutuas habían sido mejores que en ningún otro momento, más intimas; estas últimas semanas en Viena, con las maravillosas vivencias en la Ópera, en el "Burg", con la aventurera excursión al Rax, eran, por así decirlo, el punto culminante de nuestra amistad.

¿Qué es lo que podía haber incitado a Adolfo a separarse de mí de manera tan inesperada?

Cuanto más me rompía la cabeza sobre ello, tanta más cuenta me daba de lo que Adolfo había significado para mí. Me sentía solo y abandonado, pues por el continuo recuerdo de nuestra amistad no podía tampoco decidirme a buscar alguna otra relación. Aunque no dejaba de ver las ventajas de esta situación para mis estudios, mi vida entera se me aparecía ahora vulgar y casi aburrida. Asistir a selectos conciertos y a las representaciones de ópera era, ciertamente, un consuelo. Pero era lamentable no poder compartir con nadie estas emociones. En cada concierto, a cada ópera a la que asistía, confiaba encontrarme a Adolfo. Tal vez le encontraría a la terminación del concierto a la salida, esperándome, y podría oír de sus labios, como en tantas ocasiones, su familiar e impaciente:

¡Ven de una vez, Gustl!

Pero todas las esperanzas de encontrar de nuevo a mi amigo eran en vano. Una cosa había comprendido entre tanto: Adolfo no quería volver a mi lado. No era la casualidad lo que le había alejado de mí, ni tampoco la expresión de un malhumor pasajero o de unas lamentables circunstancias. Si hubiera querido encontrarme, me hubiera encontrado, con toda seguridad.

Me resistía a dar por terminada una amistad, que tanto significaba para mí, sin una señal de agradecimiento. Así pues, la próxima vez que me dirigí a Linz me encaminé a la casa de la señora Raubal, para tratar de encontrar allí su dirección.

La mujer estaba sola en casa y me recibió con extraña frialdad. Yo le pregunté dónde vivía ahora Adolfo en Viena. Tampoco ella lo sabía, me contestó rudamente; Adolfo no la había vuelto a escribir. También aquí estaba yo ante el vacío. Cuando la señora Raubal empezó a reprocharme mi parte de culpa por mis aspiraciones artísticas que Adolfo, a sus veinte años, no tuviera todavía ningún oficio, ni tampoco una existencia asegurada, le expuse yo mi opinión sobre este particular y defendí a Adolfo con toda mi alma, pues Angela no hacía más que expresar lo que pensaba su esposo. Mi opinión sobre este no era mejor de la que Adolfo tenía de su cuñado. La conversación se hizo cada vez más desagradable. Así pues, me levanté y me despedí.

Pasó el año sin que yo hubiera sabido y oído nada de Adolfo. Habían de transcurrir cuarenta años hasta saber yo, gracias al archivero de Linz, que se ocupaba de indicar las fechas en la vida de Adolfo Hitler, para saber que mi amigo se había trasladado de la habitación en la Stumpergasse, porque el alquiler era demasiado elevado para él, instalándose en uno de los llamados «Hogares para hombres» en la Meldemannstrasse, en el distrito veinte. Adolfo se había sumergido en la obscuridad de la gran ciudad. Para él empezaron ahora aquellos años de la más cruel y amarga miseria, de los que él mismo nos habla en raras ocasiones, y para los que no existe tampoco ningún testigo de confianza, pues de una cosa no cabe la menor duda en esta fase, la más difícil de toda su vida: no tenía ya ningún amigo.
Ahora me fue posible comprender su anterior conducta. No quería a su lado a una amistad, porque se avergonzaba de su propia miseria. Quería seguir solo y solitario su propio camino, y llevar la carga que le impusiera el destino. Era el camino hacia la soledad, al desierto, a la nada. Después de aquella separación había podido yo comprender que el hombre no se siente jamás tan solo como en medio de la multitud de una gran ciudad.
De esta manera nuestra bella amistad de juventud tuvo un final poco hermoso. Pero con el tiempo me reconcilié yo también con esta idea. Me

pareció que esta repentina conclusión de nuestra amistad, provocada por Adolfo, era, en el fondo, más razonable que un final al que se llegara por la mutua indiferencia, o que yo no significara la nada para Adolfo. No cabe duda de que un final semejante hubiera sido para mí más difícil de tolerar que aquella forzada despedida, que, en realidad, no lo era. Como esta separación tuvo lugar en un momento en que nuestra amistad, por lo menos en mi opinión, había alcanzado su punto máximo, por decirlo así, ideal, la imagen de mi amigo se grabó en mi recuerdo de una forma mucho más viva e imborrable de lo que hubiera podido conservar su imagen a través de una despedida enturbiada como consecuencia de unas circunstancias desfavorables. No cabe la menor duda de que ésta es la razón de por qué estos años de mi juventud, tan distantes ya, han quedado grabados de manera tan viva en mi recuerdo.

EPÍLOGO

Después de unos intensos estudios de cuatro años en el Conservatorio de Viena, fui contratado en octubre de 1912 como segundo director de orquesta en el Teatro Municipal de Marburg, donde me presenté como director de orquesta en la obra «Der Waffenschmied" de Lortzing. Este primer trabajo independiente me reportó una gran alegría. La ciudad, aun cuando más pequeña que Linz, era muy abierta a las representaciones artísticas. La Asociación Musical y los orfeones reforzaban voluntariosos los elementos puestos a mi disposición en el teatro. Representamos un buen número de óperas cómicas, de las que en particular "Martha", de Flotow, obtuvo un resonante éxito. Desde las lejanas comarcas de la Estiria, una campiña agradable, resplandeciente va por el brillo del sur, y a la que aprendí a amar, venían los visitantes a la ciudad. Terminada la temporada me trasladé con mi orquesta a Bad Pystian para hacerme allí cargo do la dirección musical en el balneario. Mi contrato en Marburg tenía validez todavía por un año más. Me había adaptado de manera excelente a la vida en la pequeña y alegre ciudad. La general aprobación que había encontrado aquí elevaba la conciencia juvenil de mi propio valer y reforzaba mi celo.
En aquel entonces, después de una representación de "Eva", me llamó el director a su palco y me presentó al director del Teatro Municipal de Klagenfurt, que estaba interesado en contratar un director de orquesta para su teatro. Al parecer, estaba tan impresionado por mi labor, que me contrató en el acto para la próxima temporada. Cuando a principios de verano de 1914 puse fin a mi actividad en Marburg, para dirigirme a casa de mis padres en Linz, interrumpí el viaje en Marburg y me informé acerca de mi futuro campo de actividades. Una buena orquesta de cuarenta

miembros, una bella casa, un moderno escenario, y, todo ello, además, en la capital de Carintia, una región famosa por su elevado nivel musical. Aquí podía atreverme a representar incluso el «Lohengrin», quizá también «Los maestros cantores». ¿Qué más podía yo desear? Realmente, el cielo parecía abierto para mí. Pero tan próximos a su realización, todos los sueños de mi juventud se desvanecieron bajo el fuego de las baterías rusas, cuando, pocos meses más tarde, sufrí el bautismo de fuego como soldado de la reserva del regimiento de infantería imperial número 2 en los campos do batalla de Galitzia. Era ésta una música en la que no había soñado jamás. Aunque no me sentía llamado para el oficio del soldado, traté de cumplir con mi deber, lo mismo que todos mis otros camaradas. Este intento terminó, después del espantoso invierno en los Cárpatos del año 1915, en el mísero hospital de campaña do Eperjes, en Hungría. Cuando los heridos graves y enfermos fueron trasladados de allí, en un espantoso viaje que duró siete días, hasta Budapest, en tanto que los muertos eran descargados en las estaciones principales del trayecto, también yo creí haber terminado con la vida, y calculaba en qué estación sería también descargado. Pero, como en un milagro, resistí todos los dolores y espantos de este transporte. Sin embargo, mi resistencia estaba quebrada para siempre.

Cuando después de largos meses de enfermedad mejoré lo bastante para poder visitar a mis padres, encontré mi hogar enteramente cambiado. Mi padre, agotado por las fatigas del trabajo y despojado de la ilusión de su vida, la empresa que había levantado él por sí mismo, y que confiaba poder entregar en manos de su único hijo, la había abandonado en el año 1916, comprando una pequeña propiedad agrícola en Fraham, cerca de Eferding. En vano buscó allí mi madre su curación. Cuando salí por segunda vez para el frente, murió mi padre en septiembre del año 1918, en medio del dolor y la desesperación de aquella época. ¡Con qué fervor le hubiera deseado yo una muerte más bella!

El final de la guerra me sorprendió en una sección motorizada en Viena, con la que fui desarmado el 8 de noviembre de 1918. ¿Qué es lo que debía hacer ahora? Mis perspectivas profesionales eran igual a cero. Los teatros de provincias estaban cerrados. Partí para Viena en busca de algún trabajo. Los dos teatros del Estado seguían abiertos, pero era inútil esperar poder ingresar en ellos. La orquesta sinfónica en la que me había ganado mi sustento durante varios años como viola en tiempos de mis estudios, había sido disuelta. ¿Qué es lo que quedaba? Algunas orquestas de baile en los grandes cafés. No, esto no era nada para mí. Durante un tiempo trabajé como director de orquesta en uno de los nuevos cines, al frente de la orquesta de seis músicos, cuyo objeto era «subrayar musicalmente» las

películas mudas, actividad ésta que no me interesaba lo más mínimo. Traté de encontrar algún empleo como viola, o por lo menos como substituto en alguna orquesta. ¡En vano! Nadie se interesaba tampoco por clases de repaso.

Estaba al final de mis fuerzas. En este momento llegó una carta de mi madre. Me comunicaba que en la ciudad de Eferding había sido abierto un concurso para cubrir la plaza de secretario de la comunidad. Y como ella conocía muy bien a su hijo, sabía también como podría hacerme un poco más atractiva esta oferta, de por sí tan poco tentadora para mí. Había expuesto al alcalde mis disposiciones musicales y me informaba que se confiaba que el futuro secretario organizaría de nuevo la Asociación Musical, disuelta durante la guerra, y que se haría cargo de su dirección.
Regresé a casa y estudié la oferta. Los honorarios eran ciertamente escasos, y las posibilidades artísticas se me aparecían como muy modestas. Pero entre tanto había renunciado de manera definitiva a la idea de llegar a ser algún día director de una orquesta profesional. Por lo tanto, en particular por amor a mi madre, presenté la correspondiente instancia para este empleo. Después, regresé de nuevo a Viena, siempre con la esperanza de encontrar trabajo en alguna orquesta. Estando allí, en enero del año 1920 me llegó la carta del alcalde de que el comité de la comunidad, entre treinta y ocho aspirantes, me había elegido a mi para secretario. Con ello me había convertido en funcionario.

Lentamente fui adaptándome a este trabajo y algunos años más tarde hice el examen como funcionario de la comunidad ante la comisión nombrada por el gobierno provincial de la Alta Austria. Por modesta que fuera esta existencia, me dejaba también tiempo para poder atender a mis inclinaciones musicales. Organicé una orquesta que podía presentarse muy bien en cualquier parte. La vida musical en la pequeña ciudad no tardó en mostrar un satisfactorio incremento en su nivel, Desde la contemplativa música de aficionados de un cuarteto de cuerda hasta el concierto del coro de instrumentos de viento y las festividades de los orfeones, había allí un campo de trabajo muy agradable para mí.

Durante todos estos años no había sabido ya nada de mi amigo de juventud, que me había abandonado de manera tan inesperada. Finalmente había renunciado a seguir buscándole. Además no hubiera sabido ya cómo podía obtener alguna noticia de é1. Su cuñado Raubal había muerto hacía tiempo. Angela, su hermana, no vivía ya en Linz. ¿Qué habría sido de mi amigo? Estaba seguro de que fue mejor soldado que yo, ¿Habría caído, acaso, como tantos otros jóvenes de nuestra edad?

Alguna que otra vez oía hablar de un político alemán que se llamaba Adolfo Hitler. Pero creía que se tratada de un hombre que llevaba casualmente el mismo nombre que mi amigo. A fin de cuentas, el nombre de Hitler no era tan raro. Si yo llegaba a saber algún día de mi amigo, daba yo, por supuesto, que sería más bien la noticia de que se había convertido en un famoso arquitecto, o por lo menos un artista, pero no algún político sin importancia, ni mucho menos en Munich.

Un anochecer, cruzaba por la tranquila plaza de nuestra ciudad y, sin el menor propósito definido, me detuve delante de la librería. En el escaparate estaba la «Münchner Illustrierte». La portada mostraba el rostro de un hombre en medio de los treinta, de rasgos delgados y pálidos, al que a la primera mirada le reconocí. Era Adolfo. Apenas si había cambiado. Calculé el tiempo transcurrido desde nuestra vida en común en la Stumpergasse ¡Quince años! ó. Este rostro me pareció más severo, más viril, más maduro, pero no notablemente envejecido.

Bajo el retrato se leía: «El conocido orador de masas de los nacionalsocialistas, Adolfo Hitler». Así pues, mi amigo era idéntico con aquel renombrado político. Lamenté que, lo mismo que yo, tampoco él hubiera podido concluir su carrera artística. Sabía muy bien lo que significa tener que renunciar a todos los sueños y esperanzas. Ahora tenía que ganarse el sustento como orador en las reuniones políticas. Un pan amargo, aun cuando él era, de por sí, un orador excelente y persuasivo. Yo había tenido ocasión de comprobarlo a menudo. También su interés por la política podía yo comprenderlo. Pero la política era un tema tan peligroso como desagradecido. Me sentía feliz de verme por encima de los acontecimientos políticos del día, gracias a mi empleo profesional como secretario, pues tenía que interesarme por un igual por todos los miembros de la comunidad. Mi amigo, por el contrario, navegaba con todas las velas al viento por el proceloso mar de la política, y no me causó, ciertamente, ninguna sorpresa que su impetuosidad, según pude leer en los periódicos, le llevara a la prisión de Landsberg.

Pero reanudó de nuevo la lucha. La Prensa se ocupaba cada vez más de su persona. Sus ideas políticas, que lentamente encontraban también sus partidarios en Austria, no me sorprendieron en modo alguno, pues, en el fondo, eran los mismos principios que me expusiera en otros tiempos en Viena, aunque algo más confusa y apasionadamente. Al leer sus discursos, me parecía verle de nuevo ante mí, caminando arriba y abajo en la poco acogedora habitación en la casa trasera del 29 de la Stumpergasse, mientras me hablaba sin cesar. En aquel entonces era yo su único oyente. Ahora eran

miles los que le escuchaban. Su nombre se oía por todas partes. Y la gente empezaba a preguntarse: ¿De dónde ha salido este Hitler?

De ello podía yo dar muchos datos. ¿Acaso no conservaba todavía cartas y dibujos de él? Me había olvidado por completo de ello. Subí al desván. Allí estaba todavía el viejo cofre de madera, guardado en casa de mis padres y que me había seguido a mi casa en Eferding, pasando por la pequeña casíta de Fraham, cuando la madre, siguiendo mis consejos, había vendido todos sus bienes para reunirse conmigo.

Busqué la llave, la encontré finalmente y abrí el cofre. En efecto, allí se encontraba un gran sobre azul, sobre el que, escrito por mi mano, se leía "Adolfo Hitler". No podía acordarme ya de este sobre. En medio de los espantosos acontecimientos de la guerra, en la miseria de los años de la postguerra, me había olvidado de mi amigo, de no haber surgido de nuevo ante mí como político.

Abrí el sobre. Tarjetas postales, cartas, dibujos del amigo de mi juventud, ciertamente sólo una parte de lo que había recibido de él. Pero bastantes cosas, de todas formas. Leí de nuevo sus cartas y sus tarjetas. ¿Qué debía hacer con todo ello? ¿Mandarle toda esta correspondencia? Él tendría ahora otras cosas que hacer, que no refrescar los recuerdos de su juventud. Quizá se hubiera olvidado, hacía ya tiempo, del delgado oficial de tapicero, tan apasionado por la música, a quien había conocido en otros tiempos en las localidades de paseo en el Teatro Municipal de Linz ¿Debía escribirle acaso? También esto se me aparecía innecesario, pues ya entonces se había burlado él de mi falta de interés por la política, y ahora se hubiera sentido todavía más decepcionado de mí.

Así pues, me limité a seguir el ulterior destino de mi antiguo amigo en los periódicos. Sus partidarios se contaban ahora por millones. Sin pisar suelo austríaco, sus radicales teorías e ideas llevaban también la excitación e inquietud a nuestra empequeñecida Austria, una razón más para que yo me retrajera.

Es posible que alguien no comprenda que yo, una vez que Adolfo se había conquistado un nombre como político, no entrara inmediatamente en contacto con él. Y, sin embargo, debo constatar a manera retrospectiva que como nuestra amistad se cimentaba en nuestras comunes aspiraciones y deseos artísticos, y las cuestiones políticas estaban muy lejos de mí, no había nada que me impulsara de nuevo hacia Adolfo, a quien yo no podía ofrecer absolutamente nada en su nuevo campo de intereses.

Entonces, el 30 de enero de 1933 llegó hasta mí la noticia de que Adolfo Hitler había sido nombrado canciller del Reich. Involuntariamente hube de recordar aquellas horas nocturnas vividas en el Freinberg, en las que Adolfo me había descrito cómo también él, lo mismo que Rienzi, quería llegar a ser algún día tribuno popular. Lo que el muchacho de dieciséis años había presentido entonces en su visionario éxtasis, se había trocado en realidad. Esto me decidió a escribir un par de líneas dirigidas al "Canciller del Reich Adolfo Hitler en Berlín".

No esperé recibir ninguna respuesta a mi carta. Un canciller del Reich tenía algo más importante que hacer que contestar a la carta de un cierto Augusto Kubizek en Eferding, cerca de Linz, con el que había tenido amistad hacía ya un cuarto de siglo. Pero, dejando a un lado toda consideración política, me pareció un deber de la cortesía felicitarle como amigo de la juventud por el cargo alcanzado.

Para mi gran sorpresa recibí, sin embargo, un día la siguiente carta:

«Munich 4 de agosto 1933.

»Adolfo Hitler Casa Parda

»Señor Magistrado municipal August Kubizek. Eferding Ob.Ost.

»Mi querido Kubizek:

»Hasta hoy no me ha sido presentada tu carta del 2 de febrero, Dadas las cientos de miles de ellas que he recibido desde enero, no es esto de extrañar. Tanto mayor fue mi alegría al recibir, por primera vez al cabo de tantos años, una noticia de tu vida y tu dirección. Me gustaría mucho = una vez pasado el tiempo de mis más difíciles luchas - poder rememorar de nuevo personalmente el recuerdo de los años más bellos de mi vida. Quizá fuera posible que tú me visitaras. Te deseo lo mejor a ti y a tu madre y me reitero en el recuerdo a nuestra vieja amistad »

tu

»Adolfo Hitler e. h.

Así, pues, no me había olvidado. Que a pesar de su abrumadora actividad se recordara todavía de mí, me alegró sobremanera. Llamaba «los años más bellos» a los años que habíamos vivido juntos. Así pues, había olvidado ya la amarga miseria que los había acompañado. Sólo la juventud con su

ímpetu y entusiasmo llenaba de calor su corazón. El final de la carta, no obstante, me desconcertó. "Quizá fuera posible que tú mi visitaras", escribía Hitler. Esto era más difícil decirlo que hacerlo. Yo no podía dirigirme simplemente al Obersalzberg y decir: «Aquí estoy yo.» Además, este encuentro hubiera sido también para él, sin duda, embarazoso. ¿Qué es lo que podía contarle yo? Mi propio destino, comparado con el suyo, era intrascendente y poco interesante. Hablarle de Eferding no haría más que aburrirle. Y fuera de esto no tenía yo nada que contarle. Por lo tanto, dejé estar las cosas y me convencí a mí mismo de que esta amable invitación no debía considerarse más que como un acto de formal cortesía, de la misma manera que, exactamente veinticinco años antes, no se olvidaba tampoco de saludar al final de sus cartas a mis padres, como ahora tan sólo a mi madre. Tiene también sus ventajas cuando un amigo es tan inauditamente consecuente. Pero me pareció absurdo referir esta consecuencia, tambien, a la continuación de nuestra amistad pues el destino nos había conducido demasiado claramente por, distintas direcciones.

No obstante, el 12 de marzo del año 1938 atravesó Adolfo Hitler la frontera, exactamente por el mismo lugar en el que su padre había servido como funcionado de aduanas. El ejército alemán entraba en Austria. La noche del 12 de marzo habló Adolfo Hitler desde el balcón del Ayuntamiento de Linz, que seguía siendo todavía tan modesto y sencillo como en tiempos de nuestra juventud, a la población de la ciudad congregada en la Plaza principal. Me hubiera gustado dirigirme a Linz, para hablar con él, pero tenía tanto que hacer buscando alojamiento para las tropas alemanas, que no me fue posible abando-nar Eferding. Pero cuando el 8 de abril llegó Adolfo Hitler de nuevo a Linz y después de una manifestación política en los talleres de la fábrica de locomotoras Krauss se instaló en el Hotel Weinzinger, traté de entrevistarme con él. La plaza delante del hotel estaba llena de gente. Me abrí paso a través de la multitud hasta la línea de guardias y les dije a los hombres de la SA que quería hablar con el canciller del Reich. Éstos me miraron en el primer momento con extrañeza, y me tuvieron, con seguridad, por un loco. Pero cuando les enseñé una de las cartas de Hitler, se desconcertaron y llamaron a un oficial. Cuando también éste hubo visto la carta, me dejó pasar en seguida y me acompañó hasta el vestíbulo del hotel.

El vestíbulo parecía un enjambre de abejas. Numerosos genera-es formaban grupos y comentaban los acontecimientos. Ministros del Estado, conocidos por las revistas ilustradas, altos funcionarios del Partido y otras personas de uniforme entraban y salían. Los ayudan-tes, posibles de reconocer por sus brillantes charreteras, pasaban pre-surosamente por la estancia. Y todo este agitado movimiento giraba en torno a un solo hombre, él mismo, a quien yo

quería también ver. Sentí que la cabeza me daba vueltas, y me di cuenta de que mi empresa carecía de sentido. Tenía que hacerme a la idea de que mi antiguo amigo de juventud era ahora el canciller del Reich, y que este cargo, el máximo en el Estado, había creado entre nosotros una distancia infranqueable. Los años en que yo era la única persona a la que él dedicara su amistad y a quien confiara los problemas más íntimos de su corazón, habían terminado de manera definitiva. En con-secuencia, lo mejor sería alejarme de nuevo de allí y no interponerme por más tiempo en el camino de estos elevados personajes, que con toda seguridad deberían atender a importantes misiones.

Uno de los ayudantes más destacados, Albert Bormann, a quien yo había transmitido mi deseo, vino a mí de nuevo al cabo de unos instantes y me participó que el canciller del Reich se encontraba algo indispuesto y que hoy no recibiría ya a nadie. Me rogaba venir de nuevo mañana al mediodía. Bormann me invitó luego a sentarme por unos momentos, pues quería hacerme algunas preguntas. Me preguntó, con voz doliente, si en su juventud el canciller se había acostado siempre tan tarde. En la actualidad no se acostaba jamás antes de la medianoche, y dormía hasta avanzada la mañana, en tanto que los que le rodeaban, que por la noche debían seguir el ejemplo del canciller, debían levantarse temprano también a la mañana siguiente. Bormann se lamentó también de los accesos de cólera de Hitler, a los que nadie podía hacer frente, así como de la extraña alimentación del canciller, que consistía en manjares sin carne, platos a base de harinas y zumos de frutas. ¿Era ésta también la costumbre del canciller en su juventud?

Yo contesté afirmativamente, pero añadí que entonces solía comer también carne. Con ello me despedí. Este Albert Bormann era un hermano del conocido dirigente del Reich Martin Bormann.

Al día siguiente me dirigí de nuevo a Linz. Toda la ciudad estaba en pie. En todas las calles se agolpaba la multitud, Conforme iba acercándome al hotel Weinzinger, tanto más compacta se hacía la masa. Finalmente, pude abrirme paso hasta el hotel y ocupé de nuevo un sitio en el fondo del vestíbulo. La excitación y la agitación eran aún mayores que el día anterior. El día de hoy era el fijado para el plebiscito anunciado para Austria. Es fácil de imaginarse que en torno a la persona de Adolfo Hitler se concentraban todas las decisiones. De todas formas, no hubiera podido encontrar una oportunidad menos favorable para este reencuentro. Calculé mentalmente. A principios de julio de 1908 nos habíamos despedido en el vestíbulo de la estación del Oeste. Hoy era el 9 de abril de 1938. Habían transcurrido, pues, exactamente treinta años entre aquella inesperada

separación en Viena y el encuentro de hoy, caso de que ésta pudiera llegar a realizarse. Treinta años - ¡la vida entera de un hombre -. ¡Y qué acontecimientos más trascendentales no habían traído consigo estos treinta años!

Yo no me hacía la menor ilusión de lo que habría de suceder, si es que Hitler sentía realmente el deseo de verme. Un breve apretón de manos, quizá un familiar golpecito en la espalda, un par de apre-suradas palabras, dichas entre la puerta y el dintel, y con ello tendría que darme por satisfecho. Me había preparado también cuidadosa-mente un par de palabras adecuadas. Lo que me causaba ciertas preocupaciones era la manera como debía dirigirme a él. Era impo-sible dirigirme al canciller del Reich como "Adolfo". Sabía bien cuán penoso le era cualquier falta contra el protocolo. Lo mejor sería atenerse a la interpelación generalmente utilizada. Pero Dios sabría si llegaría a tener siquiera ocasión de recitar el "discurso" preparado.

Lo que luego tuvo lugar va unido lógicamente en mi recuerdo a la emoción del momento.

Cuando Hitler salió repentinamente de una de las habitaciones del Hotel Weinzinger, me reconoció al instante y me tomó del brazo, dejando plantado a su séquito y saludándome con un alegre:

-¡Eh, Gustl!

Recuerdo todavía cómo tomó entre sus dos manos mi mano de-recha, extendida hacia él, y cómo sus ojos, claros y penetrantes como en otros tiempos, se clavaron en mí. Lo mismo que yo, estaba él tam-bién visiblemente emocionado. Pude adivinarlo en el timbre de su voz. Los dignos personajes del vestíbulo nos miraron a los dos con asombro. Nadie conocía a este extraño hombre de civil a quien el Führer y canciller del Reich saludaba con una cordialidad que mu-chos me envidiaban, con toda seguridad, en estos momentos.

Finalmente, pude recobrar de nuevo la serenidad y declamé las palabras preparadas. El me escuchó atentamente mientras sonreía ligeramente. Cuando hube terminado, asintió con la cabeza, como si quisiera decir ¡Bien aprendido, Gustl!, o incluso quizá: "Mi ami-go de la juventud me habla ahora como todos los demás". A mí, sin embargo, que parecía fuera de lugar cualquier muestra de confianza que partiera de mí.

Después de una breve pausa, me dijo:

-¡Venga usted!

Es posible que con mis estudiadas palabras no me aplicara ya aquel "tú", utilizado por él en su carta del año 1933. Pero, hablando con franqueza, me sentí aliviado cuando le oí dirigirse a mi de usted.

El canciller del Reich me precedió hasta el ascensor. Subimos hasta el segundo piso del hotel, donde se encontraban sus habitacio-nes. Su ayudante personal abrió la puerta. Entramos en ellas. El ayu-dante salió de la estancia. Estábamos solos. Nuevamente tomó Hitler mi mano, me miró fijamente durante largo rato y dijo:

-Su aspecto es exactamente igual al de entonces, Kubizek. Le hubiera reconocido al instante en cualquier parte. No ha cambiado, sólo ha envejecido.

Después me llevó hasta la mesa y me invitó a sentarme ante ella. Me aseguró cuánto se alegraba de volver a verme al cabo de tanto tiempo. Le había complacido especialmente mi felicitación, pues yo era quien mejor sabía cuán difícil había sido para él el camino. Esta ocasión no era ciertamente la más favorable para una larga conversación, pero confiaba que en el futuro habría de presentarse ocasión para ello. Él ya me lo haría saber. No era aconsejable escribirle a él directamente, pues las cartas que se le escribían no llegaban, muchas veces, siquiera a sus manos, pues debían ser previamente selecciona-das para descargar su trabajo.

-Yo no tengo ya vida privada como en aquellos tiempos, ni puedo hacer tampoco lo que quiero, como cualquier otra persona.

Así diciendo se levantó y se acercó a la ventana, que ofrecía una perspectiva sobre el Danubio. Seguía allí todavía el viejo puente de tirantes, que tanto le había enojado ya en su juventud. Como era de esperar, se refirió inmediatamente a él.

- ¡Este feo camino! ó exclamó ó sigue todavía aquí. Pero no por mucho tiempo, se lo aseguro a usted, Kubizek.

Con ello se volvió de nuevo a mi y sonrió.

-A pesar de todo, me gustaría cruzar una vez más este puente en su compañía. Pero esto no es posible ya, pues allí donde yo aparezco, todos vienen detrás de mí. Pero, créame, Kubizek, es mucho lo que me propongo hacer todavía en Linz.

Esto no lo sabía nadie mejor que yo. Como era de esperar, me expuso de nuevo todos aquellos proyectos que le ocuparan en su juventud, como si entre tanto no hubieran transcurrido treinta, sino a lo sumo tres años. Poco antes de haberme recibido a mí había recorrido en coche la ciudad, para informarse acerca de las modificaciones que habían sufrido sus edificaciones. Ahora me expuso los distintos proyectos. El nuevo puente sobre el Danubio, que debía llevar el nombre de «Puen-te de los Nibelungos», debía ser una obra de arte. Me refirió con detalle la ejecución de las dos cabezas del puente. Después me habló - yo me sabía ya desde un principio el orden de continuidad - del Teatro Municipal, que debería recibir ante todo un nuevo escenario. Cuando estuviera terminada la nueva Ópera, que habría de venir a substituir la fea estación, el teatro sería utilizado solamente para las comedias y las operetas. Además, Linz necesitaba también una nueva sala de conciertos, si es que quería ser digna del nombre de una ciudad de Bruckner.

-Quiero que Linz ocupe una situación destacada desde un pun-to de vista cultural y crearé las condiciones necesarias para ello

Yo pensé que con ello estada terminada ya la entrevista. Pero Hitler pasó ahora a referirse a la creación de una gran orquesta sin-fónica para Linz, y con ello la conversación dio un brusco giro hacia lo personal.

-¿Qué ha sido de usted, realmente, Kubizek?

Yo le expliqué que desde el año 1920 era un funcionario de la comunidad, actualmente en el cargo de un magistrado municipal. ¿Magistrado municipal? ópreguntóó, ¿qué significa esto? Ahora fui yo el desconcertado. ¿Cómo podía explicarle en pocas palabras lo que debía entenderse bajo este cargo? Busqué en mi vo-cabulario la expresión más adecuada para ello.

Peso entonces me interrumpió.

-¡Así pues, se ha convertido usted en un funcionario, un escri-biente! Esto no es lo más adecuado para usted. ¿Adónde han ido a parar sus inclinaciones musicales?

Le contesté la verdad, que la guerra perdida me había lanzado por completo fuera de la órbita de mis inclinaciones. Si no quería pasar hambre, era forzoso cambiar de profesión.

Hitler asintió gravemente y dijo luego:

-Si, la guerra perdida.

Después fijó de nuevo en mí la mirada y dijo:

Usted no acabará su tiempo de servicio como escribiente de la comunidad, Kubizek.

Por lo demás, me comunicó su interés por ver este Eferding, del que yo le hablaba.
Le pregunté si lo decía en serio.

Naturalmente que iré a visitarle, Kubizek -confirmó-, pero mi visita será para usted sólo. Entonces nos dirigiremos los dos juntos de nuevo hacia el Danubio. Aquí no es posible pues no me dejan salir solo.
Quiso saber si me ocupaba de la música con el mismo celo de antes.
Ahora habíamos llegado a mi tema favorito y así pasó a referirle con todo detalle la vida musical en nuestra pequeña ciudad. Temía que, a la vista de los trascendentales problemas sobre los que había de decidir en aquel entonces, mi informe habría de aburrirle. Pero me había equivocado.

Cuando, para ganar tiempo, le refería algo sólo por encima, me atajaba inmediatamente.

-¡Qué dice, Kubizek, incluso sinfonías ejecutan ustedes en esta pequeña Eferding! Esto es maravilloso. ¿Qué sinfonías han ejecutado ustedes?

Yo anoté: la "Inacabada", de Schubert, la Tercera, de Beethoven, la Sinfonía Júpiter, de Mozart, la Quinta, de Beethoven.

Hitler quiso saber el número y composición de los ejecutantes de mi orquesta, se mostró asombrado por mis datos y me felicitó por mis éxitos.

-Tengo que ayudarle a usted, Kubizek ó exclamóó; redácteme usted un informe y dígame qué es lo que le hace falta. ¿Y cómo le va a usted personalmente? ¿No tiene usted ninguna necesidad?

Le contesté que mi cargo me permitía una existencia ciertamente modesta, pero enteramente satisfactoria, y que en consecuencia no tenía que pedirle ningún favor personal. Levantó la mirada sorprendido. Que alguien no tuviera nada que pedirle, parecía ser algo poco corriente para él.

-¿Tiene usted hijos, Kubizek?

-Sí, tres hijos!

-Tres hijos - repitió conmovido.

Repitió varias veces estas palabras y con el rostro muy serio.

-Tres hijos tiene usted, Kubizek. Yo no tengo familia. Estoy solo. Pero quisiera poder preocuparme de sus hijos.

Tuve que contarle con detalle de mis hijos. Quería saber todos los detalles. Se alegró al saber que todos los tres estaban dotados musicalmente y que dos de ellos eran también hábiles dibujantes.

Yo me hago cargo de la tutela para la instrucción de sus tres hijos, Kubizek - me dijo -; no quisiera que otros seres jóvenes y dotados tuvieran que seguir el mismo penoso camino que seguimos nosotros. Ya sabe usted, lo que tuvimos que sufrir en Viena. Y para mí, los tiempos más difíciles empezaron tan sólo después de que nuestros caminos se habían ya separado. No debe suceder más, que un joven talento pueda perecer por la necesidad. Allí donde yo puedo ayudar personalmente, ayudo, y mucho más si se trata de sus hijos, ¡Kubizek!

Quiero añadir en este lugar, que el canciller del Reich costeó, efectivamente, los gastos de la educación musical de mis tres hijos en el Conservatorio Bruckner de Linz a través de su oficina, y que por disposición suya los trabajos de dibujante de mi hijo Rodolfo fueron enjuiciados por un profesor de la academia en Munich. Yo había contado simplemente con un apretón de manos, y ahora llevábamos ya, en realidad, más de una hora juntos.

El canciller del Reich se levantó. Creí que la conversación habría terminado, y me levanté también. Hitler, sin embargo, hizo entrar a su ayudante y le dio las disposiciones relativas a mis hijos. Aquél le llamó entonces la atención sobre las cartas que yo conservaba todavía de los tiempos de nuestra juventud.

Ahora tuve yo que extender las cartas, tarjetas y dibujos encima de la mesa. Su asombro fue grande al ver el considerable número de estos recuerdos. Quiso saber cómo se habían conservado estos documentos. Yo le hablé del cofre pintado de negro conservado en el desván, con su bolsa en la tapa y el sobre con la anotación «Adolfo Hitler». Contempló atentamente la acuarela del Pöstlingberg. Había algunos hábiles pintores, que sabían copiar tan exactamente sus acuarelas, que éstas no podían distinguirse ya del original, me refirió. Estas gentes mantenían un fructífero negocio y encontraban en todas partes tontos que caían en este engaño. Lo mejor sería no soltar de la mano este original.

Como ya en cierta ocasión habían intentado arrebatarme este material, le pregunté al canciller del Reich su opinión sobre este par-ticular.

-Estos documentos son propiedad exclusiva suya, Kubizek ó me contestó; nadie podrá nunca discutírselos.

La conversación versó después sobre el libro de Rabitsch. Rabitsch había sido alumno de la escuela real de Linz algunos años más tarde que Hitler, y escrito, probablemente con la mejor intención, un libro sobre la época escolar de aquél. Pero Hitler estaba muy indig-nado por ello, dado que Rabitsch no le había conocido siquiera personalmente.

-Vea usted, Kubizek, desde el principio estuve disconforme yo con este libro. Solamente puede escribir sobre mi alguien que me conociera realmente. Y si alguien es aquí el más indicado, éste es usted, Kubizek.

Y volviéndose a su ayudante, añadió:

-Tome usted en seguida nota de ello.

Con ello tomó de nuevo mis manos.

-Ya ve usted, Kubizek, cuán necesario es que nos veamos más a menudo. Cuando me sea posible le llamaré a usted de nuevo.

La entrevista había terminado. Como embriagado abandoné el hotel.

Los tiempos que siguieron llevaron la inquietud a mi vida tranquila y retraída, y tuve ocasión de comprobar que no era sólo bello y agradable ser el amigo de juventud de un hombre tan famoso. Aunque apenas si me había referido a ello en mis conversaciones, y también en el futuro procuré hacer gala de la mayor discreción, no tardé en tener ocasión de conocer el lado desagradable de mi amistad de juventud con Hitler. Ya en los días de marzo había tenido un anticipo de lo que me esperaba. Apenas había sido anexionada Austria al Reich alemán, cuando un automóvil se detuvo delante de mi casa. Los tres caballeros uniformados que descendieron del vehículo venían directamente de Berlín hacia mí. Por encargo del Führer debían hacerse cargo de todos los documentos de la juventud del Führer que obraban en mi poder, con el fin de que pudieran ser guardados en un lugar seguro en la cancillería. Por suerte, no me dejé yo engañar. Según pude comprobar más tarde, en la fecha en que se ordenó esta incautación, el Führer no tenía aún la menor noticia de estos recuerdos. Se trataba más bien de la decisión arbitraria de alguna oficina del partido que se había enterado de mi paradero y existencia. De todas formas, me negué a entregar

los documentos a los tres miembros de las S.S., cosa que éstos no podían acabar de comprender. Al parecer, esperaban encontrar gentes más sumisas en Austria, de lo que yo era. Su altiva actitud no hizo en mí la impresión esperada. ¡Y encima, no era yo siquiera un miembro del partido! Era extraño que el Führer hubiera elegido a un tipo tan raro para su amigo de juventud, pensarían sin duda, cuando tuvieron que alejarse de nuevo con las manos vacías.

Fue una suerte haber resistido firmemente este primer ataque. Los que siguieron serían ya más fáciles de parar, pues podía remitirme a las palabras del Führer, de que estos documentos eran de mi exclusiva propiedad.

En el tiempo que siguió, las diversas dependencias del partido trataban de desbancarse sucesivamente ante mi persona. Según tuve ahora ocasión de saber, Hitler, cada vez que en el círculo de sus más íntimos colaboradores surgía el tema de sus recuerdos de juventud, se remitía a mí.

- ¡Preguntad a Gustl - era la estereotipada respuesta a todas las preguntas, que versaban sobre determinadas facetas de su juventud. Fue así como en su inmediata proximidad fue surgiendo lenta-mente el interés por este peculiar individuo, que vivía allá en algún lugar de Austria, sin dar mayor importancia a su amistad con Adolfo Hitler. Pero este «Gustl», que hasta ahora había sido más o menos inaccesible, se había convertido, de pronto, en ciudadano alemán, gracias al Anschluss al Reich alemán, lo que le hacía accesible sin más para todas las dependencias del partido.

El ministro del Reich Goebbels me mandó como emisario suyo a un joven muy simpático. Se llamaba Carl Cerff, ya no recuerdo ni su rango ni la posición oficial que ocupaba. Cerff me informó que se tenía prevista la edición de una gran biografía del Führer y se me encargaba a mi la redacción del periodo entre los años 1904 a 1908. Cuando llegara el momento, me llamarían a Berlín para que allí, con la colaboración de especialistas, pudiera llevar a cabo esta labor. Mientras tanto me rogó comenzara ya con un borrador detallado de mis memorias. Le respondí al joven que no tenía tiempo para dedi-carme a aquel trabajo, ya que desde el Anschluss teníamos, nosotros los funcionarios municipales, mucho quehacer. Comprendió que no quería ligarme y se divirtió la mar con mis explicaciones. Finalmente, sin embargo, insistió que no menospreciara mi «sobresaliente respon-sabilidad ante la historia», tal como se expresó él. Si yo lo deseaba haría que inmediatamente me concedieran el permiso correspondiente. Pero yo me negué rotundamente a ello. Se despidió de mi prome-tiendo volver en "otro momento más propicio". Pero como el futuro sólo nos proporcionaba momentos cada vez menos propicios, ya no volví a

ver a Karl Cerff. Sea como fuere, está fuera de toda duda que supo llevar a cabo la misión que le había sido encomendada con gracia y gran comprensión por su parte.

Muchos más obstinados y menos agradables eran los encargos que me mandaba Martin Bormann, que al parecer se consideraba él el único responsable con respecto a mi persona y mi labor y que vigilaba celosamente que nadie más se pudiera acercar a mí. Sus escritos y sus órdenes estaban redactados en un tono como si hubiese arrendado la vida de Adolfo Hitler para sí mismo y sin que nadie pudiera decir o escribir una palabra sobre él sin que hubiese dado previamente su aprobación y consentimiento. Cuando fracasó en su intento de asegurar los documentos, que estaban en mi poder, en las cajas fuertes de la Cancillería ó «el lugar donde les corresponde estar» ó, tal como me escribió, recibí la tajante orden de que ningún intruso pudiera echar una mirada a los mismos y que tampoco los entregara a nadie sin su orden expresa. No había necesidad de que Martin Bormann me ordenara esto, puesto que ésta era mi intención. Pero cuando me transmitió la orden de comenzar inmediatamente con mis recuerdos de juventud que hicieran referencia a Adolfo Hitler y que le presentara el borrador, le contesté que antes quería yo mismo discutir el asunto con el propio Hitler. Este método obtuvo un éxito decisivo. Cuando en el futuro uno de aquellos caballeros, un tanto autoritarios, quería ejercer su presión sobre mí, bastaba con que lo dijera: «Perdóneme usted, pero antes deseo discutir personal-mente con el Canciller del Reich las proposiciones que usted me ha hecho», para que inmediatamente cambiara de actitud.

Por el contrario, recuerdo con placer mi entrevista con Rudolf Hess. Estaba de visita en Linz y me mandó llamar, Uno de sus coches me llevó al Bergbahnhotel en el Pöstlingherg. El ministro del Reich Hess me saludó muy cordialmente. "Bien, de modo que es usted Kubizek"ó exclamó alegrementeó, el Führer me ha contado tantas cosas de usted. Inmediatamente comprendí que aquella amabilidad y cordialidad eran sinceras. Durante esta visita vi confirmada mi antigua experiencia. Cuando más íntima era una persona al Canciller, tanto más le había hablado éste de mí. Rudolf Hess y la señora Winifred Wagner eran los que estaban mejor informados sobre los años de juventud de Hitler y, por consiguiente, también de mí mismo. El ministro me invitó a almorzar con él en la hermosa tenaza del hotel. Durante la sobremesa me invitó a hablarle larga y detalladamente de mis recuerdos más antiguos, interrumpiéndome continuamente con preguntas y observaciones. Obtuve la impresión de que Rudolf Hess, visto en el aspecto puramente humano, estaba mucho más cerca de Hitler que muchos otros y este hecho no dejó de alegrarme.

También los demás caballeros que almorzaron con nosotros intervinieron en la charla. Fue una conversación animada, cordial, que se diferenciaba grandemente de aquellas otras entrevistas que había sostenido previamente con funcionarios del Partido. Lo que me plació en extremo fue que desde aquel maravilloso lugar podía mos-trar al ministro del Reich los lugares más interesantes e históricos de la ciudad. Allí, detrás de la colina verde con el polvorín se hallaba Leonding y podíamos seguir perfectamente el camino que había seguido el Canciller cuando era estudiante del Instituto de segunda enseñanza. Allá, la Humboldstrasse, adonde se había mudado la señora Hitler a la muerte de su esposo y muy cerca de nosotros, a nues-tros pies, el encantador Urfahr con la Blütengasse, un lugar que alber-gaba tantos y tantos recuerdos de mi amigo de juventud.

Rudolf Hess me produjo una muy buena impresión que se diferenciaba en su modo de ser sencillo y cordial de la actitud de otros personajes mucho menos importantes que él mismo. Lamenté vivamente que estuviera enfermo y que su aspecto fuera tan decaído.

Mientras tanto, también en la patria había recaído la atención sobre mi persona. Hasta aquel momento nadie había sabido en la Alta Austria de la existencia de un amigo de juventud de Adolfo Hitler, un hecho que yo había bendecido. Pero por fin me habían descubierto. Todavía no era miembro del Partido, era algo que mu-chos no acababan de comprender, puesto que siendo yo amigo de juventud de Hitler lo lógico era que fuese yo el miembro número 2 del Partido. Pero ya de siempre había estado en disconformidad con Adolfo en las cuestiones políticas, no por el hecho de rechazar su punto de vista, sino simplemente porque no me interesaba o no lo comprendiera.

Claro está que tan pronto se enteraron de mi existencia me vi acosado por todos los lados por personas que por un motivo u otro se hallaban en una situación comprometida. Ayudaba en todo lo que podía aun cuando no me hacía la menor ilusión con respecto a la verdadera influencia de mis decisiones políticas. Pronto experimenté por mí mismo que un amigo de juventud de Adolfo Hitler, no es una credencial para una intervención decidida. Cuando no lograba ponerme en contacto personal con Hitler, me replicaban tan cortés como decididamente que aquél o el otro asunto no eran de mi incumbencia.

Tal como había temido, Hitler no efectuó su proyectada visita a Eferding. En este estado de ánimo un tanto resignado, dominado más por la razón que los sentimientos, llegó, inesperadamente, una carta certificada de la Cancillería del Reich. Con el corazón latiéndome vigorosamente abrí el sobre y encontré impreso sobre el papel de hilo más hermoso lo que había

de ser la mayor alegría de mi vida. En nombre del Reichskanzler se me invitaba a asistir aquel año a los Festivales Wagner en Bayreuth, rogándome al mismo tiempo me presentara el martes, 25 de julio de 1989, al señor Kannenberg en la Casa Wahnfried.

Lo que durante toda mi vida apenas me había atrevido a soñar, se convertía ahora en realidad. No pude expresar en palabras mi alegría. Desde siempre había sido mi ambición artística más elevada emprender un peregrinaje a Bayreuth y asistir allí a una representa-ción de los dramas musicales del gran maestro. Pero yo era pobre y en mi modesta existencia no podía pensar en sufragarme este viaje.

Y, ahora, de pronto, todos mis sueños se convertían en realidad. Los días antes de mi partida los pasé dominado por la fiebre y durante las noches apenas lograba conciliar el sueño lleno de alegría y excitación. Luego emprendí el viaje por Passau, Regensburg y Nuremberg hasta Bayreuth. Cuando desde el tren vi por vez pri-mera la colina con el teatro, creí que iba a morir de alegría y felicidad. El señor Kannenberg me recibió con suma amabilidad y me destinó un bonito alojamiento en casa de la familia Meschanbach, en la Lisztstrasse 10. Puntualmente me dirigí a asistir a la representación. Los Festivales del año 1989 fueron inaugurados con el "Holandés errante". Ocupé mi butaca. ¡Dios mío, qué suerte haber pasado por esta experiencia! ¡Una orquesta compuesta por ciento treinta y dos maestros! Estaba encantado.

Al "Holandés errante" siguió al día siguiente "Tristán e Isolda", una representación inolvidable. El jueves, 21 de julio, representaron "Parsifal". Ya en mi casa me había preparado para esta audición, había estudiado la partitura y toda la literatura que a este respecto hallé, Cuando la orquesta comenzó la interpretación del motivo de la Santa Cena se transformó el mundo en torno mío y viví las horas más felices de mi vida terrenal. Con el "Ocaso de los dioses", el miércoles 2 de agosto de 1939, terminaron mis días de vacaciones y distracción en Bayreuth. Me pre-paré para el viaje de regreso y visité nuevamente al señor Kannen-berg para agradecerle todas las atenciones que había tenido conmigo.

¿De veras quiere usted ya regresar a casa?, me preguntó con una sonrisa muy significativa. Creo que es conveniente que se quede usted un día más aquí. Comprendí inmediatamente la insinuación y me quedé aquel 3 de agosto en Bayreuth.

A las dos se presentó un oficial de las S.S. en mi alojamiento y me invitó a seguirle. No había un gran trecho hasta Wahnfried. En el vestíbulo de la casa me aguardaba el Obergruppenführer Julius Schaub, quien me condujo

a un vestíbulo mayor en la que se hallaban numerosas personalidades que conocía por haberlas visto en Linz o en las revistas ilustradas. La señora Winifred Wagner sostenía allí una animada charla con el ministro del Reich Hess. El Obergruppen-führer Brückner charlaba con el señor Von Neurath y unos generales. Había muchos militares en la sala y de repente recordé que la situa-ción política estaba muy tensa, sobre todo por lo que hacía referen-cia a Polonia y que continuamente se hablaba de tener que tomar una decisión por la fuerza. En aquel ambiente tan cargado me encon-traba muy desplazado y aquella sensación que ya me había dominado en el vestíbulo del Hotel Weinzinger se volvió a apoderar de mí. No cabía la menor duda de que el Reichskanzler, antes de regresar a la capital, quería intercambiar unas palabras conmigo. Mientras el co-razón me latía rápidamente, traté de encontrar unas palabras de agradecimiento. En uno de los lados de la sala había una gran puerta de dos alas. El ayudante que estaba de guardia a la misma hizo una señal al Obergruppenführer Schaub, a lo cual éste se acercó a mí y me acompañó hasta la puerta en cuestión.

Abrió la puerta y anunció:

¡Mi Führer, el señor Kubizek! Dio unos pasos atrás y cerró la puerta a mis espaldas. Yo estaba a solas con el Canciller del Reich. Sus claros ojos brillaban por la alegría de nuestro encuentro. Con rostro resplandeciente avanzó hacia mí. Nada permitía adivinar en aquel momento la gigantesca responsabilidad que cargaba sobre sus hombros. A mí me dio la impresión de ser uno más de los invitados que habían asistido a los Festivales. Aquella atmósfera de felicidad que se respiraba por doquier en Bayreuth también le había prendido a él. Me cogió la mano derecha entre las suyas y me dio la más cordial bienvenida. Aquel saludo íntimo en un lugar tan sagrado me conmovió tan profundamente que apenas tenía fuerzas para hablar. Mis pala-bras de agradecimiento debieron sonar ridículas y emití un suspiro de alivio cuando dijo: "Sentémonos", y logré salir de mi inhibición.

óLe conté de mi viaje a Bayreuth, de la visita que había efectuado a los museos de Wagner y, claro está, de la impresión que me había dominado durante las representaciones. Recobré mi tranquilidad y hablamos de todo aquello que nos entusiasmaba a los dos, como habíamos charlado cuando éramos todavía muy jóvenes. Recordó la representación de las obras de Wagner que habíamos visto en Linz y en Viena y me expuso sus deseos de que quería que la mayor parte del pueblo alemán llegara a conocer las obras de Ricardo Wagner. ¿Cuánto hacia ya que yo conocía aquellos planes? Hacía ya casi treinta y cinco años que él me había hablado de ellos. Pero ahora ya no se trataba de ilusiones. Seis mil personas, me informó, que jamás hubieran estado en condiciones de asistir a los Festivales en

Bayreuth se encontraban aquel año, gracias a una magnífica organización, entre los invitados. Le contesté que yo me consideraba uno más de ellos. Rió y dijo (recuerdo perfectamente sus palabras): ahora le tengo a usted como testigo aquí en Bayreuth, Kubizek, puesto que es el único que sabe que desarrollé por primera vez estos pensamientos cuando todavía era un hombre pobre y desconocido. Por aquel enton-ces me preguntó usted cómo pensaba desarrollar estos planes. Y ahora es testigo de la realización de los mismos. Luego me informó de lo que había conseguido ya hasta aquel entonces, de lo que pensaba hacer todavía en el futuro en Bayreuth como si tuviera que darme cuenta de todo.

Pero yo me sentía dominado por preocupaciones muy materiales. Llevaba un paquete de fotografías de Hitler en el bolsillo. Tanto en Eferding como en Linz había un número de personas queridas a las que quería proporcionar una alegría regalándoles una fotografía del Canciller con su firma autógrafa. Durante unos instantes vacilé en sacarlas del bolsillo, puesto que mi deseo se me antojaba muy banal. En aquel momento Hitler estaba sentado frente a la mesa escritorio.

Si dejaba pasar aquella oportunidad, tal vez no se me volviera a pre-sentar nunca más. Recordé a mis amigos y me decidí.

Tomó las fotografías en su mano y mientras buscaba sus gafas le alargué mí estilográfica. Luego comenzó a estampar su firma. Cogí el secante y me puse a su lado. De pronto levantó la mirada, me vio con el secante en la mano y sonrió: "Se nota que es usted ahora escribiente, Kubizek. Lo que no comprendo es cómo ha podido usted aguantar en esta profesión. En su puesto, yo lo hubiera mandado todo al diablo. A propósito, ¿por qué no vino a verme antes?

Me encontraba en una situación de compromiso y busqué una excusa plausible. Cuando me escribió el 4 de agosto de 1933 que quería intercambiar nuestros recuerdos mutuos cuando hubiera pasado el período de luchas más difíciles para usted, decidí esperar. Además, antes del año 1938 era yo funcionario austríaco y hubiese necesitado un pasaporte para trasladarme a Alemania y con toda seguridad no me lo hubiesen concedido si hubiese indicado el motivo de mi viaje. Rió cordialmente y observó: «Sí, políticamente ha sido usted siempre un niño". Había contado con otro comentario por su parte y reí ya que el "patán" de la Stumpergasse se había convertido mientras tanto en un "niño".

Luego recogió el Reichskanzler las fotografías y se puso en pie. Le agradecí su gesto y las metí en mi bolsillo. Creía ya que la entre-vista había terminado. Pero con expresión grave me dijo: "Venga usted"

Abrió la puerta que conducía al jardín y bajó los peldaños. Un sendero muy bien cuidado nos llevó hasta una verja de hierro for-jado. La abrió. Allí florecían hermosas flores y arbustos. Las frondosas copas de los árboles formaban un techo sobre nuestras cabezas, de modo que todo quedaba sumido en la penumbra. Unos pasos más y nos encontramos junto a la tumba de Wagner.

Hitler cogió mi mano en la suya. Comprendí lo emocionado que estaba. La hiedra cubría la pesada losa que albergaba los restos del gran maestro y de su esposa. Nadie interrumpía aquel silencio tan solemne que nos rodeaba.

Luego, dijo Hitler: "Soy feliz de encontramos los dos aquí, en este lugar que siempre ha sido el más sagrado de todos para nosotros dos". Mientras permanecía silencioso al lado de mi amigo de juventud, surgieron en mi mente imágenes del pasado. Veía de nuevo a aquel joven alto y delgado a mi lado en cuyo rostro enjuto y pálido brillaban ardientes sus ojos llenos de entusiasmo apasionado, oía de nuevo su voz profunda, grave y apasionada y volví a experimentar aquel profundo deseo de poder algún día visitar la tumba del gran maestro que había dado sentido y contenido a nuestras vidas. En aquel momento se realizó el sueño de mi juventud. Pensé en los caminos tan extraños, apenas inconcebibles que señala el destino a los hombres. ¿Quién es capaz de descubrir el secreto de estas rutas? Nada puede forzarse.

Aquel que nos hubiese conocido por aquel antaño en Viena, a mi amigo y yo, hubiese llegado al convencimiento de que la ruta de mi vida estaba ya, tanto interior como externamente, condicionada en cierto modo. Después de terminar los estudios en el conservatorio emprendería la carrera de director de orquesta. Ya los primeros éxitos señalaban claramente en esta dirección. Y también se hubiese podido prever ya que Adolfo con su desprecio por todas las profesiones prácticas había de fracasar en la vida. El destino había hablado. Aquí, junto a la tumba de Ricardo Wagner se encontraban aquellos dos po-bres y desconocidos estudiantes que habían vivido en la obscura ha-bitación de la Stumpergasse. ¿Qué había sido de ellos? El que parecía iba a tener un porvenir más seguro, no había pasado de ser un insig-nificante funcionario municipal en una pequeña ciudad de la Alta Austria, que en sus horas libres se dedicaba a la música; el otro, empero, cuyo futuro aparecía tan incierto, había llegado a Canciller del Reich. ¿Qué nos deparará el futuro? Una cosa se podía prever con toda seguridad: en tanto que el uno continuaría en la vida anóni-ma e insignificante que había llevado hasta aquel momento, el otro pasaría a la historia.

No recuerdo ya cuánto tiempo permanecimos en aquel lugar sa-grado. El tiempo se había esfumado para mí. Creí percibir el aleteo de la eternidad. Regresamos a la casa Wahnfríed. Wíeland, el hijo de la señora Winifred Wagner, el nieto del maestro, nos esperaba con un manojo de llaves a la entrada del jardín. Mientras el joven abría las diversas estancias, me explicaba el Canciller todo cuanto había de importante en las mismas. Primero visitamos la construcción antigua, cuyas habi-taciones conocía ya por haberlas visto reproducidas en tarjetas postales. En la sala de música se encontraba el piano de cola en el cual Wagner había compuesto. Vi la grandiosa biblioteca. El Canciller me presento a la señora Wagner, que se alegró visiblemente de co-nocerme cuando la conversación derivó hacia el entusiasmo juvenil que habíamos mostrado siempre por las obras del maestro, recordé una vez más la representación de Rienzi en Linz. Hitler terminó el relato con las siguientes palabras: "Fue entonces cuando empezó".

Hitler me dio unos cuantos consejos para el viaje de regreso. Me aconsejó que asistiera a una audición en Munich de la orquesta sin-fónica del Reich y visitara también la gran exposición del Arte alemán. Puesto que consideraba poco conveniente que nos encontráramos en el Obersalzberg, había dado órdenes para que yo siempre me encontrara en Bayreuth por la misma época que él. "Quiero tenerle siem-pre aquí a mi lado", dijo, y me tendió la mano en despedida. Le agra-decí lo que había hecho por mí mientras se me humedecían los ojos. Se detuvo junto a la puerta de la verja y me saludó nuevamente con un ademan. Me quedé solo. Poco después escuchaba las ovaciones de la muchedumbre que le esperaba en la Richard Wagner Strasse. El Canciller del Reich había abandonado Bayreuth para trasladarse de nuevo a Berlín.

Cuando el 8 de julio de 1940 recibí de la Cancillería del Reich las invitaciones para el primer ciclo de los festivales Wagner me sentí dominado por una gran preocupación. La guerra había transformado el trabajo y el servicio en mi patria chica ¿podría asumir la responsabilidad de emprender el viaje a Bayreuth cuando estaba tan cargado de trabajo? Es cierto que el Canciller del Reich había expresado su deseo de tenerme cerca de él. Pero ahora estábamos en plena guerra una guerra que no exigía tanto de nadie como de él mismo. ¿Asistirla Hitler a las representaciones? En comparación con el año anterior, representaron en aquella ocasión, además del "Holandés errante", sólo el "Anillo de los nibelungos". La señora Winifred Wagner, a la que visité, me llevó durante la primera representación a su palco. De nuevo me sentí dominado por la cordial simpatía de aquella mujer única e inolvidable.

Al día siguiente representaron "El Oro del Rin" y a continuación "Las Valkirias". Durante una pausa me informó la señora Wagner que Hitler asistiría tal vez a la representación del "Ocaso de los dioses". También Wolfgang Wagner, el segundo hijo de la señora Winifred, con el cual sostuve una larga e interesante charla durante un entreacto del «Sigfrido», confirmó esta noticia. Al día siguiente, durante el cual no tenía lugar ninguna representación, fui invitado a una velada artística en el Hotel "Bayrischer Hof". Con tal ocasión conocí a una serie de relevantes personalidades artísticas: el director general de música Elmendorf, a los cantantes Ludwig Hoffman, Hans Reinmar, Erich Zimmennann, Josef Manovarda y otros. La señora Wagner me informó que había hablado con el Führer por teléfono.

En efecto, al día siguiente emprendería el vuelo para asistir a la representación del «Ocaso de los dioses» desde el Cuartel general, pero al fin de la representación emprendería inmediatamente el vuelo de regreso.

"Me ha preguntado si estaba usted aquí, señor Kubizek. Quiere hablar con usted durante el entreacto."

El martes, 23 de julio de 1940, a las tres de la tarde, anunció un coro de instrumentos de viento el comienzo de la ópera con el mo-tivo del Sigfrido. Me dirigí a ocupar mi butaca. Pocos instantes des-pués Hitler ocupaba su puesto en su palco. Sonaron los primeros acordes graves, del despertar.

Perdí la noción del tiempo y me entregué por completo a la magia de aquella obra maravillosa.

Durante el primer entreacto se acercó Wolfgang Wagner donde yo estaba y me comunicó que el Führer quería hablar conmigo. Nos dirigimos al salón, en el cual se encontraban unas veinte personas que charlaban animadamente formando pequeños grupos. No divisé inmediatamente a Hitler, puesto que no iba ya de paisano, sino con el uniforme gris. Poro su ayudante personal me había ya anunciado. Llevaba una guerrera sencilla y me tendió inmediatamente las dos manos. Su rostro tenía una expresión lozana y tostada por el sol. La alegría de volverme a ver parecía ser ahora más profunda, más íntima. Tal vez contribuyera a ello la gravedad de la situación que le llevaba también a él a meditar sobre los problemas más profundos de nuestra existencia. Para él, empero, que venía del frente no era yo en aquel momento sólo el testigo de su juventud, sino también el amigo que, prescindiendo por completo de los sucesos externos, le había acompañado un buen trecho en el camino de su vida. Hitler me condujo a un rincón de la sala. Allí estábamos a solas, mientras los demás invitados

continuaban algo alejados de nosotros sus charlas. Me cogió de la mano y me miró durante largo rato a los ojos.

"Esta representación es la única a la que asistiré este año -me dijo- . No puede ser de otra forma, es la guerra." Y con un tono de disgusto añadió: «Esta guerra aplaza en muchos años nuestros trabajos de reconstrucción. Es una verdadera lástima. No soy Canciller del Gran Reich alemán para dirigir guerras."
Me sorprendió que el Canciller hablara en estos tonos después de los grandes éxitos militares que había obtenido en Polonia y Fran-cia. Tal vez contribuyen a ello el hecho de que mi presencia le recordaba lo rápido que pasa el tiempo.

"Esta guerra me roba mis mejores años. Usted ya sabe, Kubizek cuáles son mis proyectos y lo mucho que quiero hacer aún. Y todo esto lo quiero vivir yo mismo, ¿comprende? Usted sabe mejor que nadie cuántos son los planes que me dominan ya desde mi juventud. Sólo he podido realizar muy poco hasta la fecha. Increíblemente queda mucho por hacer todavía. ¿Quién podrá hacerlo? Y ahora esa guerra me roba mis mejores años. Es una verdadera lástima. El tiempo no se para, continúa. Nos hacemos viejos, Kubizek. ¿Cuántos años todavía?..., y será demasiado tarde para ver realizado todo aquello que tengo proyectado.»

Con aquel tono excitado, lleno de impaciencia, que conocía de nuestros años de juventud, comenzó a exponerme sus grandes proyectos para el futuro, la ampliación de las autopistas, los canales de navegación, la modernización de los ferrocarriles y muchos otros. Apenas podía seguirle. Tuve de nuevo la impresión como si quisiera justificarse ante mí, el testigo de sus planes juveniles. Aun cuando en mi posición era sólo un insignificante funcionario municipal, era, sin embargo, yo la única persona que le quedaba de su juventud. Tal vez le satisfacía íntimamente a él, que estaba acostumbrado a hablar ante los jefes militares y políticos, personalidades de alto rango todas ellas, exponer sus pensamientos y proyectos ante un simple ciudadano que no era miembro de su Partido.
Traté de desviar la conversación hacia los años que hablamos vivido en común. Cogió inmediatamente una de mis observaciones y dijo: "Estudiantes pobres, sí, eso era lo que éramos. Y tambien pasamos hambre, eso lo sabe Dios. Emprendíamos excursiones con sólo un pedazo de pan en el bolsillo. Pero ahora todo esto ha cambiado. El año pasado muchos de nuestros jóvenes emprendieron un crucero de placer hasta Madeira. Vea usted allí está sentado el Dr. Ley con su joven esposa, él ha creado esta organización."

A continuación se refirió Hitler a sus planes culturales. La mu-chedumbre ante el teatro deseaba saludarle. Pero él estaba tan en-frascado en su charla que no se dejó interrumpir a sabiendas segura-mente de que yo, lo mismo que antaño en la pequeña habitación de la vieja señora Zakreys, le escuchaba de todo corazón cuando hablaba de los problemas del arte. "Todavía estoy ligado por la guerra. Pero espero que ya no por mucho tiempo y entonces podré volver a construir y crear. Entonces le volveré a llamar, Kubizek, y permanecerá usted siempre a mi lado." Había terminado el entreacto. Agradecí al Reichkanzler sus muestras de amistad y le deseé suerte y éxito en el futuro.

Me dirigí hacia la puerta, me acompañó hasta la escalinata y me siguió con la mirada.

El «Ocaso de los dioses», una representación que me había con-movido muy profundamente había terminado. Me encaminé hacia la salida y observé que la calle estaba acordonada. Me detuve en la esquina de la Adolfo Hitler Strasse para ver una vez más al Canciller. Pocos minutos más tarde aparecía una columna de coches. Hitler se hallaba de pie en el suyo. Dos coches de su escolta corrían a ambos lados, muy cerca del acordonamiento.

Lo que ocurrió en los momentos siguientes jamás lo olvidaré. El director general de música Elmendorff y la señora Lange, así como su hija Susi, en compañía de una dama ya de edad, estaban cerca de mí y me felicitaban. Yo no sabía por qué motivo. Yo estaba cerca de los policías que acordonaban la calle y saludé. En aquel momento me reconoció el Reichskanzler y dio una señal al chófer. La columna de coches se detuvo y el coche en el que iba Hitler se acercó y me dijo cordialmente: "¡Hasta la vista!"

Y cuando el coche se puso nuevamente en marcha, Hitler se volvió hacia mí y me saludó nuevamente. Luego la columna continuó su marcha hacia el campo de aviación.

En torno mío se desató una tormenta. Todos querían saber quién era aquel individuo vestido de paisano a quien Hitler había hecho aquel alto honor en mitad de la calle. Hasta entonces siempre había visto al Relchskanzler a solas o en un círculo íntimo. Con ello había conservado nuestra amistad un carácter personal pero ahora se había convertido, por así decirlo, en una cuestión pública y comprendí entonces claramente lo que representaba para mi aquella amistad de juventud.

Todos querían estrecharme la mano. Mis amigos intentaron dar explicaciones a la muchedumbre. En vano. Nadie les escuchaba. Me empujaban de todos lados, todos querían verme de cerca. Dios mío, ¿por quién me tenían toda aquella gente? Tal vez por un diplo-mático extranjero que les traía la paz. En este caso hubiese aceptado gustosamente todas aquellas molestias. Finalmente pude respirar. "¡Señores. Hagan paso, si sólo soy su amigo de juventud!

Aquel 28 de julio del año 1940 vi por última vez a Adolfo Hitler. La guerra continuaba y adquiría cada vez mayor intensidad y amplitud. No veía su fin.

El servicio en la pequeña comunidad ocupaba todo mi tiempo. La guerra nos cargaba continuamente con nuevas responsabilidades, nuevos deberes y obligaciones. Apenas podía despachar todo el trabajo que se me presentaba. Y a esto se unían preocupaciones de índole personal. Mis hijos fueron incorporados a filas.

En el año 1942 ingresé en el Partido nacionalsocialista No por el hecho de que hubiera cambiado en mi modo de pensar político. Pero mis superiores eran del parecer que ahora que la lucha era a vida y muerte, todos habían de tomar parte. Claro está que me decidí por Adolfo Hitler, pero no por motivos políticos sino por razones mucho más amplias y profundas. o sea, como amigo de juventud. Hubiese sido fácil para mí rehuir aquel problema con la consabida fórmula: "consultaré a este respecto personalmente con el Führer". Pero estábamos en guerra y no quería consideraciones personales hacia mí.

"¿Acaso el Führer jamás le ha preguntado si era usted miembro o no del Partido?", me preguntó mi alcalde. No, en absoluto. Yo era su amigo, esto era más que suficiente. Con creces había demostrado que me apreciaba como amigo y persona. Contesté al alcalde que Hitler jamás me había preguntado por mi pertenencia al Partido.

Las sombras de la guerra se cernían cada vez más profundas sobre nosotros. A las privaciones y preocupaciones generales se añadían resentimientos y desengaños personales. Sobre todo, el caso del doctor Bloch me dio mucho qué pensar. Aquel anciano médico que siempre se había apiadado de los hombres vivía en Linz y me escribió por mediación del profesor Dr. Huemer, el antiguo maestro de escuela de Hitler, rogándome que intercediera cerca del Führer en su favor para que, en su calidad de judío, no fuera molestado, puesto que entre sus pacientes se había encontrado también la madre de Adolfo Hitler. La petición se me antojó justa y razonada. Con motivo del problema de los judíos había

sostenido en Viena graves discusiones con mi amigo, puesto que en modo alguno compartía sus puntos de vista tan radicales. Recuerdo que en cierta ocasión cuando le presenté a un judío me lo reprochó amargamente. Pero en el caso del Hitler tenía que mostrar comprensión. No conocía personalmente al anciano médico, pero escribí inmediatamente a la Cancillería del Reich y adjunté la carta que me había enviado el doctor Bloch. Al cabo de unas semanas recibí una carta de respuesta de Martin Bormann en la que me prohibía terminantemente interceder en favor de terceras personas. Con respecto al caso Bloch, sólo podía avanzarrne que el caso sería tratado como todos los por el estilo. Era esta una orden expresa del Führer. No creo que el caso le fuera presentado a Hitler. Y tampoco lograba tranquilizarme el hecho de que el doctor Bloch no fuera objeto de ataques ni molestias de ninguna clase. Comprendí que el camino hacia Hitler me estaba vedado si no me presentaba personalmente. Y esto, mientras durase la guerra, era un hecho imposible.

Llegó el final. Perdimos la guerra. Cuando aquellos terribles días del mes de abril de 1945 escuchaba por la radio la lucha por la Canci-llería del Reich, que ponía fin a la conflagración mundial, recordé involuntariamente la escena final de "Rienzi", cuando el tribuno desaparece entre las llamas del Capitolio.

"Er ist verflucht, er ist gebannt!
Herbei Herbei! Auf, eiIt zu uns!
Bringt Steine her zum Feuerbrand."

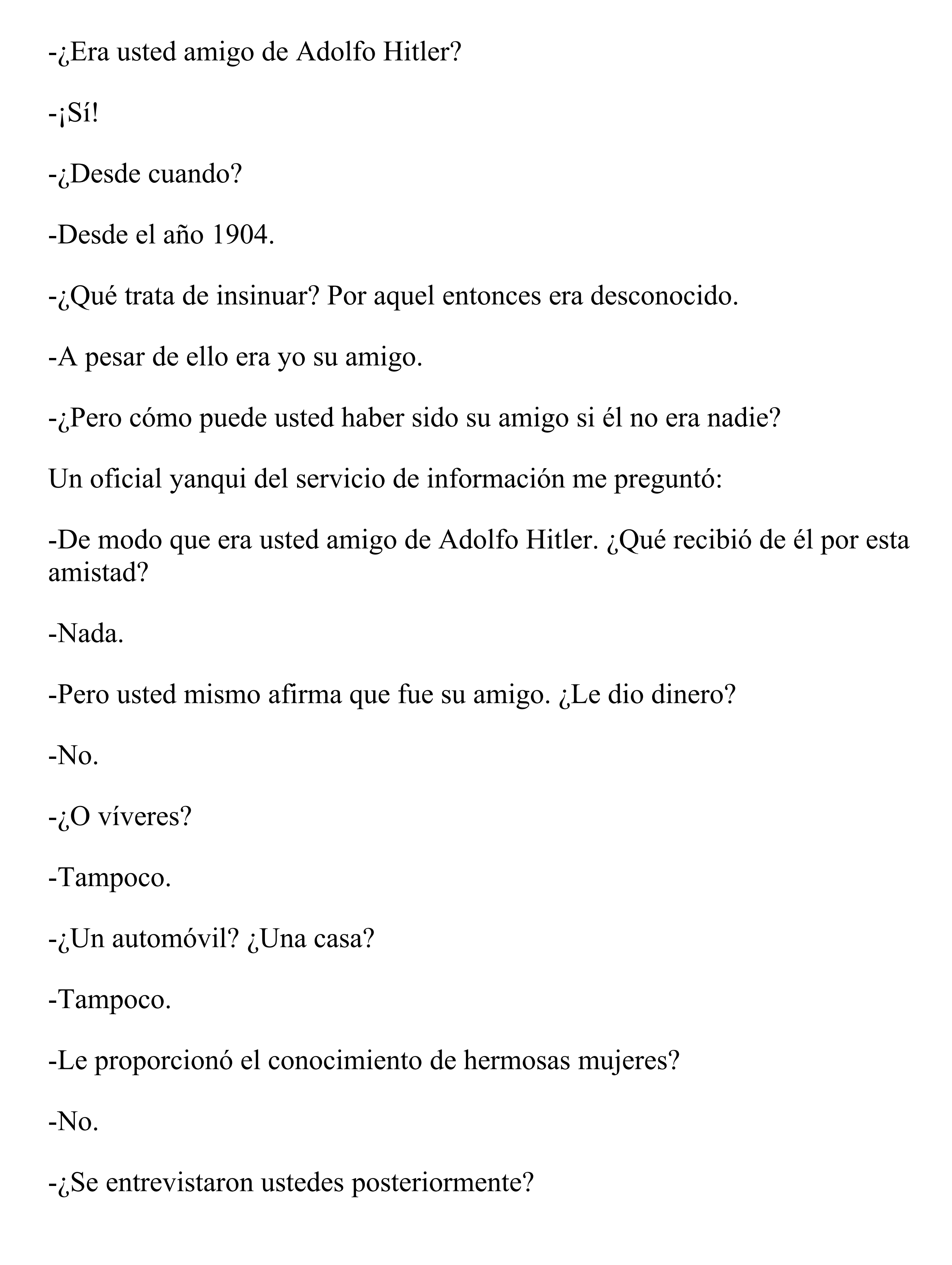
Pero también en el tumulto del hundimiento recordé la voz de Rienzi:

"...verlässt mich auch das Volk
das ich zu diesem Namen erst erhob?
Verlässt mich jeder Freund,
den mir das Glück erschuf?"

Mi respuesta a esta pregunta que me había dirigido a mí mismo no admitía discusión: De la misma forma que yo, como un hombre político, no podía identificarme con los acontecimientos políticos de aquella época, que en el año 1945 terminaban para siempre más, tampoco podía, ni obligado por ningún poder terrenal, negar mí amis-tad con Adolfo Hitler.

Mi primera y más urgente preocupación fueron los recuerdos que yo poseía. Había que salvarlos, pasase lo que pasase, para la posteridad. Hacía ya años que había metido las cartas, tarjetas postales y dibujos en hojas de celofán. Metí todos aquellos docu-mentos en una cartera de piel y la escondí en mi casa en Eferding. Al día siguiente fui detenido y conducido

al campo de concentración de Glasenbach. Claro está que durante mi ausencia buscaron aquellos documentos, pero los había escondido a conciencia.
Fui interrogado repetidas veces, primero en Eferding y luego en Gmunden. Pero todos estos interrogatorios se parecían el uno al otro como un huevo al otro.



-¿Era usted amigo de Adolfo Hitler?

-¡Sí!

-¿Desde cuando?

-Desde el año 1904.

-¿Qué trata de insinuar? Por aquel entonces era desconocido.

-A pesar de ello era yo su amigo.

-¿Pero cómo puede usted haber sido su amigo si él no era nadie?

Un oficial yanqui del servicio de información me preguntó:

-De modo que era usted amigo de Adolfo Hitler. ¿Qué recibió de él por esta amistad?

-Nada.

-Pero usted mismo afirma que fue su amigo. ¿Le dio dinero?

-No.

-¿O víveres?

-Tampoco.

-¿Un automóvil? ¿Una casa?

-Tampoco.

-Le proporcionó el conocimiento de hermosas mujeres?

-No.

-¿Se entrevistaron ustedes posteriormente?

-¡Sí!

-¿Cuántas veces?

-Con frecuencia.

-¿A qué se debían estas entrevistas?

-Sencillamente, iba a visitarle.

-¿Y le permitían acercarse a él?

-¡Sí!

-¿A solas?

-A solas.

-¿Sin vigilancia?

-Sin vigilancia.

-En este caso usted le hubiese podido asesinar.

-Desde luego, así es.

-¿Por qué no le asesinó?

-Porque era mi amigo.

Con el tiempo me fui acostumbrando a este círculo cerrado de preguntas estúpidas y desistí de hacerles comprender a los demás lo que en alemán se entiende por amistad.

Pero no quiero ser injusto. Aquellos meses que pasé entre alambradas me dieron ocasión para conocer a personalidades muy valiosas y sumamente interesantes, aun cuando ésta no fuera la intención de aquellos que nos habían metido a todos nosotros allá dentro. También conocí a oficiales norteamericanos muy comprensivos y a otros que por un auténtico souvenir de Hitler, hubiesen sido capaces de ponerme inmediatamente libertad, una situación realmente paradójica que al principio me sorprendió en gran manera, pero a la que luego me fui acostumbrando.

Puesto que cuando fui detenido había cumplido ya los cincuenta y siete años, o sea, que me encontraba en una edad en la que ya no suelen hacerse

muchos cambios en el concepto de la vida y para los cuales, después de un detenido estudio de mí mismo, no encontraba motivo alguno, me quedaba mucho tiempo para meditar con toda tranquilidad sobre mi destino.

Cuando en aquella atmósfera tan cargada del campo de concen-tración escuchaba los apasionados comentarios en favor y en contra de Hitler, surgió paulatinamente en mí el convencimiento de que cuanto más pronto nuestro pueblo haya superado esta época, tanto mejor comprenderá la personalidad política de Hitler. Y a esto podía contribuir yo mismo con hechos que sólo yo conocía. Fue entonces cuando nació en mí la decisión de escribir los recuerdos de juventud de Adolfo Hitler.

Claro está que en el campamento no cogí ningún lápiz ni ninguna pluma. Nadie me había dado tampoco este encargo. No quería escribir el libro para aquellos que nos tenían presos, ¡Dios me libre de esto! Quería proceder de un modo independiente y tampoco hubiese aceptado ninguna clase de consejo o instrucciones por parte de nuestros antiguos enemigos.

El 8 de Abril de 1947 me pusieron en libertad. Cuando vi cómo habían cambiado tantas personas en su actitud y en su modo de ser, vacilé nuevamente. Esperé.

Mientras tanto han pasado ya seis años. Desde el punto de vista histórico este período no es nada; considerado desde el punto de vista humano, sin embargo, se trata de un lapso que ha servido para fortalecer muchos hechos de tal forma que el libro relata los años de juventud que pasé al lado de Adolfo Hitler y que no ha sido escrito para hablar en su favor, pero tampoco para condenarle; se trata de un trabajo que no ha sido incluido ni encargado por nadie y destinado a servir única y exclusivamente a la verdad y con ello a un juicio objetivo y justo de la personalidad de Adolfo Hitler.



August Kubizek

La malograda fuga hacia una vida regida por la estética

El joven Adolf Hitler se sentía llamado a hacer grandes cosas; no quería ser funcionario o empleado, sino artista. Pero pese a ese claro deseo, entre los 16 y los 25 años, esto es, entre 1905 y 1914, llevó una vida que se podría calificar de pseudobohemia. Nuestros conocimientos acerca de ese período de su vida no son muy abundantes y quien intenta seguir sus vericuetos se pierde pronto en un laberinto de contradicciones, ocultamientos y sorprendentes vacíos en las fuentes históricas. Aunque se pueden reconstruir ciertas relaciones y acontecimientos, la biografía del joven Hitler permanece curiosamente en la oscuridad.

Ocupémonos pues en primer lugar de lo que sabemos; aunque no sea mucho, al menos cabe deducir de los hechos conocidos un marco en el que nos podemos orientar: su madre, viuda desde 1903, vendió en junio de 1905 el hogar de la familia en Leonding y se trasladó junto con sus hijos Adolf y Paula y su hermana Johanna Pölzl, la tía Hani, a la vecina Linz. En aquella época, el joven Adolf, que contaba 16 años, estudiaba todavía en la Realschule de Steyr, a unos ochenta kilómetros, y volvía a casa únicamente los fines de semana. Abandonó entonces la escuela, con el certificado del año escolar 1904-1905, pero sin el título de bachiller, y regresó junto a su familia. En la segunda mitad de 1905, ya instalado permanentemente en Linz, conoció en el teatro municipal al joven August Kubizek, de 17 años, aprendiz de empapelador, y entre ambos se desarrolló pronto una estrecha amistad.

En mayo de 1906 visitó por primera vez Viena, donde permaneció al menos dos semanas. Un año después, la familia se trasladó de Linz a Urfahr, al otro lado del Danubio. En los primeros días de septiembre viajó de nuevo a Viena para realizar el examen de ingreso en la Academia de Arte. Pasó con éxito la primera parte del examen, pero fue suspendido en la segunda, a principios de octubre. Tras esa decepción volvió junto a su madre, gravemente enferma de cáncer, que ya no podía levantarse de la cama y que murió poco antes de Navidad. Después de solventar las cuestiones testamentarias, en febrero de 1908 se trasladó definitivamente a Viena; contaba con una herencia de 1000 coronas y una pensión de orfandad mensual de 25.

Poco después le siguió los pasos su amigo August Kubizek, que se matriculó en el conservatorio, y ambos se instalaron en una habitación en casa de la señora Zakreys, en el número 31 de la calle Stumper, en la que ya se había alojado Hitler durante su segunda estancia en Viena. Vivieron juntos durante unos cuatro meses, hasta que Kubizek volvió a casa de sus padres en Linz al terminar el año escolar para pasar allí el verano. Recibió algunas postales y cartas de Hitler, la última a finales de agosto desde Waldviertel, donde éste pasaba unos días con su tía Hani. De regreso a Viena, Hitler intentó de nuevo aprobar el examen de ingreso en la Academia de Arte, pero esta vez ni siquiera pasó la primera prueba. August Kubizek también volvió a la capital en otoño para proseguir sus estudios, pero ahora buscó una habitación para él solo. El 18 de noviembre, Hitler abandonó la vivienda de la calle Stumper y se instaló como "estudiante" en la cercana calle Felber, en la que vivió durante nueve meses, hasta el 20 de agosto de 1909. Dos días después se empadronó dando como profesión "escritor" y como nuevo alojamiento el 56 de la calle Sechshauser, que

también estaba cerca de la estación del Oeste. No habían transcurrido ni siquiera cuatro semanas cuando desapareció de allí el 16 de septiembre de 1909.

No existen referencias sobre el domicilio de Hitler en los siguientes cinco meses. Antes de instalarse el 9 de febrero de 1910 en el albergue masculino de la calle Meldemann, en el distrito de Brigittenau, no tenía al parecer residencia fija, aunque a veces se alojaba en el asilo para los sin techo en Meidling; quizá fue allí donde conoció a Reinhold Hanisch, cinco años mayor que él, con quien se mantuvo en estrecho contacto durante unos meses. Ambos mantenían una especie de negocio en común: Hitler pintaba postales y cuadros y Hanisch intentaba vender las obras de su amigo. Pero pronto apareció un competidor para Hanisch en la persona del marchante Josef Neumann. Hitler y Hanisch discutieron al parecer sobre los beneficios obtenidos, llegando a intervenir la policía en agosto de 1910 y Hanisch fue a dar con sus huesos en la cárcel.

En la primavera de 1911 cambió la situación financiera de Hitler: su pensión de orfandad fue destinada enteramente a su hermanastra Ángela Raubal, que se había quedado viuda, y él se encontró sin ingresos fijos durante más de dos años. Hasta mayo de 1913 no le entregaron la herencia de su padre, que ascendía a 820 coronas. Entonces abandonó Viena en compañía de Rudolf Häusler, cinco años más joven, y se trasladó a Munich, donde se instalaron ambos en una habitación en casa del sastre Popp, en el 34 de la calle Schleissheimer. Hitler no había cumplido el servicio militar en Austria, pero las autoridades consiguieron dar con él en Munich y en enero de 1914 fue detenido por la policía. Tras algunos trámites burocráticos se vio obligado a acudir a principios de febrero a Salzburgo, donde sin embargo lo declararon "demasiado débil" para el servicio militar y pudo así regresar a Munich. El 15 de febrero de 1914 Häusler abandonó la habitación que ambos compartían, pero siguió viviendo cerca de Hitler hasta su regreso a Viena a comienzos de agosto. A los pocos días, Hitler se presentó como voluntario de guerra en Munich.

Evidentemente, todas esas fechas, certificados de empadronamiento y actas judiciales nos dicen muy poco de la persona de Hitler y ni siquiera los escasos testimonios escritos existentes, ya sean de él mismo o de sus amigos, nos transmiten una imagen suficientemente expresiva. Hemos revisado los informes y recuerdos de algunos testigos de la época, como las Memorias de August Kubizek, del año 1953, o una serie de artículos de Reinhold Hanisch, publicados póstumamente en 1939, o las declaraciones de la señora Popp en una entrevista realizada en 1934. Pero incluso esos

escasos testimonios son imprecisos y poco convincentes. Si se examina detenidamente su génesis, hay algo que salta a la vista: ninguno de los nombrados quería, podía o estaba en condiciones de decir todo lo que efectivamente sabía. Aun así, no cabía rendirse ante la renuencia de esas fuentes, ya que los testigos tenían algo que transmitir, querían decir algo, aunque en muchas ocasiones se tratara de contradecir la verdad histórica, y así se esbozaron los primeros trazos de nuestra tarea. Había que extraer de esas fuentes, que entremezclaban de forma peculiar encubrimientos y desvelamientos, una imagen coherente, y creo que la mejor forma de conseguirlo consistía en incluir en nuestra interpretación el entorno vital y las experiencias prácticas del mundo en el que suponemos a Hitler en esa época: el ambiente de los círculos homosexuales, socialmente estigmatizados. Al hacerlo así, los difusos contornos de los años juveniles de Hitler cobran de repente mayor nitidez y lo que antes era tan contradictorio gana plausibilidad.

Gustl y Adi

"Durante toda mi vida, la personalidad de mi amigo de juventud ha sido un elemento clave." Con esta frase expresaba August Kubizek en 1949 lo que había significado para él su relación con Hitler, y cuatro años más tarde le dedicó todo un libro. Pero antes de que entremos en eso deberíamos quizá aclarar primero quién era exactamente ese hombre.

August Kubizek nació en Linz el 3 de agosto de 1888. Tras el período escolar inició un aprendizaje de empapelador en el taller de su padre, pero su verdadera pasión era la música. Su amistad con Hitler reforzó tanto esa inclinación que en febrero de 1908, con la aprobación de sus padres, partió hacia Viena para cursar estudios musicales, que concluyó con éxito en otoño de 1911. Trabajó como director de orquesta en distintos teatros y el 1 de septiembre de 1914, poco después del estallido de la guerra, se casó en Viena con una violinista, con la que tuvo tres hijos. La guerra interrumpió su carrera y cuando en 1918 quiso volver a ella apenas pudo conseguir algunos empleos satisfactorios, por lo que la propuesta de ocupar un puesto de funcionario municipal en la pequeña localidad de Eferding, cerca de Linz, donde vivía su madre, le vino de perlas. Aunque no tenía conocimientos administrativos se le concedió el puesto, ya que se precisaba a alguien con "la capacidad de dirección artística de la sociedad musical así como de la organización de actividades culturales", algo que Kubizek estaba realmente en condiciones de asumir. En 1926 fue ascendido al puesto de secretario municipal y tres años más tarde al de director administrativo, en el que permaneció hasta 1945. Pero siempre se sintió

más músico que funcionario, hasta el punto de que consideraba "explicable que como artista pueda mostrarme de vez en cuando algo liberal en mi trabajo en la administración municipal, ya que como músico me veo atrapado en un ambiente poco variado".

En 1923, esto es, 15 años después de que se vieran por última vez, Kubizek se encontró de nuevo en un titular del Münchner Illustrierten con el nombre de su otrora compañero Hitler, quien había conseguido ya cierta celebridad, lo que Kubizek deja adivinar en las postales, cartas y notas que testimonian su antigua amistad con el Führer del partido. Pero todavía no había llegado el momento para ir a verle personalmente; le bastó, al principio, seguir desde lejos la carrera de Hitler. Hasta 1933 no intentó un contacto personal, mediante una carta de felicitación por la toma del poder. Hitler al parecer recibió información acerca de la trayectoria profesional y las circunstancias de Kubizek, ya que en su seca carta de respuesta le envió saludos para su madre, pero no para su padre, lo que deja suponer que conocía la muerte de éste. Más adelante escribía: "Me gustaría mucho volver a recordar contigo -cuando haya pasado el tiempo de mis luchas más duras- los más bellos años de mi vida." Pero no se volvió a hablar nunca de tal encuentro.

Aun así, en la primavera y el verano de 1938 volvió a despertarse el interés de Hitler por su viejo amigo de juventud. En marzo, poco después de la incorporación de Austria al Reich alemán, tres hombres de las SS, procedentes de Berlín, aparecieron a la puerta del domicilio de Kubizek. Según contó más tarde, le quisieron arrebatar los documentos que guardaba de Hitler, pero consiguió eludir sus exigencias. Lo que no nos cuenta Kubizek es que en 1938 se encontró en dificultades cuando se le abrió un expediente disciplinario. Quizá se enviara notificación a Berlín. En cualquier caso, durante su visita a Linz, Hitler reservó unos minutos para mantener un encuentro con Kubizek, en el que seguramente hablaron de ese problema. Kubizek necesitaba ayuda y Hitler no se la negó. En sus memorias sólo aparece sin embargo que, como en los viejos tiempos, Hitler habló de sus planes de remodelación de la ciudad y le pidió que le contara cómo le iba la vida; luego le prometió financiar los estudios de música de los hijos de Kubizek en el Conservatorio de Linz. Hitler parecía ahora preocupado por su amigo de otros tiempos: en abril de 1938 le invitó a su residencia de verano en Obersalzberg e incluso llegó a planearse una visita privada en Eferding. No sabemos si alguno de esos encuentros llegó realmente a tener lugar, pero sí que Kubizek mantuvo una conversación en Linz con el hombre de confianza de Hitler, Rudolf Hess. "Noté inmediatamente que aquella cordialidad era auténtica y que provenía realmente de su corazón." Así pues, la vieja amistad del Führer había

cobrado de repente interés. La suposición de que eso tuviera algo que ver con la acusación lanzada por aquel entonces contra Kubizek parece justificada.

¿Pero qué se le imputaba? De las actas del gobierno regional se deduce que en mayo de 1938 un subordinado de Kubizek, el secretario del ayuntamiento de Eferding, Franz Neuburger, había acusado públicamente a su superior en un restaurante. Neuburger era un conocido nazi, que desde 1938 ocupaba el puesto de tesorero del grupo local del NSDAP, por lo que se sentía al parecer lo bastante fuerte para atacar a su jefe, que no pertenecía al partido, y probablemente esperaba conseguir con ello alguna ventaja para su carrera. Pero Kubizek salió indemne de aquel encontronazo; en octubre de 1938 Neuburger retiró su acusación en un juicio de faltas por difamación. Los documentos correspondientes están disponibles, pero en el que recoge la acusación de Neuburger algunos pasajes resultan ilegibles: "Sostengo aquí claramente que Kubizek ha robado o malversado dinero. Intentó hacerme cómplice de su robo. Kubizek es un [palabra tachada] funcionario incapaz [frase tachada]. Me he ocupado ya de que no pueda ser ascendido." En la sorprendente retractación de Neuburger éste afirma que no tenía "ningún fundamento para dirigir tan graves acusaciones y reproches contra el director administrativo Kubizek. Mis observaciones en ese sentido se debieron más bien a una valoración equivocada de la gestión de las cuentas municipales, que desde el punto de vista del derecho era efectivamente irreprochable, y eran en parte producto del acaloramiento". ¿Cómo se puede entender esta retractación? ¿Es posible que algún poderoso amigo extendiera a tiempo su mano protectora sobre Kubizek? En cualquier caso, el expediente fue archivado y Neuburger solicitó un traslado en la primavera de 1939.

Todo indica que en este asunto se trataba de algo más que de la acusación de malversación de fondos públicos. ¿Por qué, si no, se tacharon posteriormente ciertas frases en la declaración de Neuburger? Algo en ella debía ser tan terrible que había que hacerlo desaparecer. El teniente de alcalde de Eferding, Hugo Wanivenhaus, hizo en julio de 1938 una declaración ante el juez del distrito que deja adivinar un trasfondo de extorsión o coacción: "Kubizek ha perdonado a su acusador y Neuburger le debe agradecimiento de por vida." Sin embargo, Neuburger le había dicho a Wanivenhaus: "Destruiré a Kubizek [...] profesional, socialmente y en cualquier otro terreno." Neuburger debía pues de tener algo en sus manos para poder pronunciar palabras tan duras. Wanivenhaus aludía a "circunstancias por todos conocidas y que generan rumores", que sin embargo prefería no explicitar "aquí". En cualquier caso, Kubizek se veía

presionado por Neuburger desde hacía ya dos años. Parece verosímil que se tratara de una clásica denuncia sexual, que sin embargo -Neuburger jamás lo habría imaginado- podía arrojar alguna sombra sobre el pasado de Hitler. Esto explicaría el repentino interés por Kubizek de la máxima autoridad del partido nazi, más en todo caso que la acusación de haber malversado dinero público. También es de señalar que Hitler invitara a su amigo de juventud en el verano de 1939, es decir, poco después de todo este asunto, al festival de Bayreuth. Kubizek se lo agradeció efusivamente: "Mein Führer! Sólo usted puede comprender que con su gran generosidad ha hecho posible mi sueño de toda la vida [...] ¡De qué forma tan grandiosa y magnífica se ha realizado y completado su misión, de la que usted era ya plenamente consciente hace 35 años! ¡Me inclino ante la inconcebible grandeza de mi Führer! [...] Le saludo, mein Führer, con el corazón conmovido y agradecido!"

En 1940 tuvo lugar otro encuentro entre ambos, de nuevo en Bayreuth, donde pasaron juntos por última vez algunas horas; para Kubizek fue otro acontecimiento emocionante. Pero aunque no se volvieron a encontrar personalmente, Hitler no dejó de ocuparse de su antiguo compañero. Kubizek, quien disfrutó por aquel entonces de cierta notoriedad como "amigo de juventud del Führer", seguía en posesión de los documentos que atestiguaban esa amistad. Distintas delegaciones del partido se interesaron por esos "recuerdos", pero Kubizek se mantuvo firme y no se deshizo de su tesoro, o al menos no de todo. En abril de 1940 ingresó en el NSDAP, siendo nombrado "jefe de propaganda, jefe principal de cultura y administrador local" en Eferding de la organización "para el tiempo libre" Kraft durch Freude [Hacia la Fuerza por la Alegría]. Por encargo del partido escribió en 1943 el primer borrador de sus recuerdos sobre Hitler y como recompensa fue incluido ese mismo año, por una orden excepcional, en una categoría de funcionarios de remuneración anormalmente elevada. Además recibió ayudas directas de la cuenta privada de Hitler: un pago de 6000 marcos y una pensión de 500 marcos al mes, lo que era entonces mucho dinero.

Al terminar la guerra Kubizek fue relevado de su puesto por las fuerzas de ocupación americana y encarcelado durante 16 meses. En su proceso de desnazificación se le clasificó como "implicado", pero gracias a la intervención de Franz Jetzinger, un antiguo político socialdemócrata que investigaba sobre la juventud de Hitler en Austria y que había dado con Kubizek en diciembre de 1948, se le concedió el estatus de "levemente implicado", y con él la reposición en su cargo con jubilación inmediata. Kubizek se había beneficiado así de nuevo de su amistad con Hitler. La

ayuda de Jetzinger se debe entender como una especie de contraprestación a cambio de las informaciones que Kubizek le proporcionó para su proyecto de libro sobre la juventud de Hitler. En el otoño de 1953, tres años antes de morir, Kubizek publicó su propio libro, Adolf Hitler, mi amigo de juventud.